

Laureano Benítez · Óscar Peña

# El Padre Pío

Hechos extraordinarios del Santo de los estigmas



DESCLÉE DE BROUWER



Laureano Benitez Grande-Caballero  
Óscar Peña Mayoral

# El Padre Pío

HECHOS EXTRAORDINARIOS  
DEL SANTO DE LOS ESTIGMAS

DESCLÉE DE BROUWER



© Laureano Benítez Grande-Caballero, 2015

[www.grandecaballero.com](http://www.grandecaballero.com)

[www.santopadrepio.com](http://www.santopadrepio.com)

© Óscar Peña Mayoral, 2015

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2015

Henao, 6 - 48009 Bilbao

[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

[info@edesclée.com](mailto:info@edesclée.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –[www.cedro.org](http://www.cedro.org)–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-330-3758-9

Adquiera todos nuestros ebooks en

[www.ebooks.edesclée.com](http://www.ebooks.edesclée.com)

*A los mártires de nuestro tiempo,  
para que desde el Calvario  
Cristo les lleve al Tabor de la Gloria.*

*«Crees que sabes cuánto te amo, pero no sabes que mi amor  
es mucho más grande de lo que imaginas.  
Te acompaño con mis oraciones, con mis sufrimientos,  
y con mis lágrimas».*

**(Padre Pío)**

*«He trabajado y quiero trabajar. He orado y quiero orar.  
He velado y quiero vigilar.  
He llorado y me dan ganas de llorar siempre  
por todos mis hermanos que están en el exilio.  
Sé y entiendo que esto es muy poco, pero esto es  
lo que yo sé hacer; esto es lo que soy capaz de hacer; y esto es  
todo lo que yo puedo hacer».*

**(Padre Pío)**

*«Con el Padre Pío lo extraordinario era ordinario,  
lo raro era común,  
lo sobrenatural era natural,  
lo impensable era rutina,  
y lo impredecible era normal».*

**(Giuseppe Caccioppoli)**



# INTRODUCCIÓN: EL SANTO DE LOS MILAGROS

*«Maestro, sabemos que has venido de parte de Dios a enseñarnos, porque nadie puede hacer los milagros que tú haces si Dios no está con él».* (Juan 3:2)

El Padre Pío es el santo de los milagros. Mundialmente conocido porque llevó los estigmas de Cristo durante 50 años –siendo el único sacerdote estigmatizado de la historia de la Iglesia, y la persona que más tiempo llevó las llagas de Cristo–, el santo de Pietrelcina es protagonista de una lista inacabable de sucesos maravillosos, de hechos extraordinarios: estigmas, sanaciones, visiones, profecías, clarividencia, olor de santidad, bilocaciones, éxtasis, levitación, inedia (sobrevivir sin ingerir alimentos), don de lenguas, don de lágrimas...

Aunque los dones místicos son comunes a muchos santos, en el Padre Pío llama la atención el hecho de que los tuviera todos, en una concentración de carismas única en la historia de la Iglesia. Para la mayoría de los santos, la causa de canonización recoge de media cinco cajones de documentación, que se presentan a la Congregación para las Causas de los Santos. En el caso del Padre Pío, ¡más de cien cajones se presentaron al inicio de su causa!

A la sobrecogedora cantidad y variedad de sus milagros, hay que añadir una característica más de sus hechos extraordinarios: su actualidad. En efecto, el Padre Pío sigue hoy día derramando a manos llenas los maravillosos dones que Dios le concedió a todo aquel que le invoca con fe, y en cantidad incluso mayor que cuando vivía entre nosotros. Son innumerables los testimonios de personas que afirman haber recibido alguna gracia a través de su intercesión, confirmándose la predicción que realizó antes de su muerte: «Tú les dirás a todos que, después de muerto, estaré más vivo que nunca. Y a todos los que vengan a pedir, nada me costará darles. ¡De los que asciendan a este monte, nadie volverá con las manos vacías!».

Sus incontables prodigios han hecho del Padre Pío el santo más popular de la cristiandad, al que más se pide su intercesión para conseguir algún favor o gracia de la misericordia divina, hasta el punto de que su tumba en san Giovanni Rotondo es visitada por cerca de 8 millones de peregrinos, con lo cual es el segundo santuario más visitado de la Cristiandad, solo por detrás del santuario de Guadalupe, y por delante de la mismísima Basílica de san Pedro. Estas muchedumbres de fieles y peregrinos han producido el fenómeno de conversión de masas más impresionante de la historia del cristianismo.

¿Por qué le fueron concedidos tantos dones sobrenaturales al Padre Pío? ¿Por qué esa sobreabundancia de milagros, de carismas maravillosos en la figura de un humilde capuchino que nunca salió de su convento, que no atesoró títulos ni dignidades, que era un simple sacerdote que decía Misa y confesaba? Aunque es verdad que los dones sobrenaturales nunca pueden ser merecidos por ningún ser humano, que dependen absolutamente de la misericordia divina, eso no quiere decir que los milagros se regalen, que se otorguen gratuitamente. El Padre Pío los «compró» con sus sufrimientos, y con la sangre que brotaba de sus estigmas. Los prodigios innumerables que protagonizó y sigue protagonizando para derramar la misericordia divina sobre las almas necesitadas, sobre los cuerpos enfermos, los consiguió al precio de su sangre, de sus lágrimas, y de los increíbles sufrimientos que padeció durante toda su vida. Podemos hacernos una idea de la tremenda magnitud de su sufrimiento si caemos en la cuenta de que con él «compró» una asombrosa cantidad de milagros a la misericordia divina. Esa relación directamente proporcional entre sufrimientos y milagros da a la misión sacrificial del Padre Pío una dimensión sobrecogedora.

Sin embargo, a pesar de esta predilección divina por el estigmatizado del Gargano, el Padre Pío era plenamente consciente de su indignidad, de que esas gracias no se le habían puesto para su autoglorificación. Aclamado como un hacedor de milagros, el Padre Pío se veía a sí mismo como un pobre pecador, insistiendo continuamente en recalcar el hecho de que los milagros vienen de Dios y solo de Dios. Cuando se le daba las gracias por la curación de un enfermo, el Padre Pío siempre respondía: «No me des las gracias mí, sino a Dios».

Para entender plenamente el por qué de esta sobreabundancia de carismas místicos en el Padre Pío es preciso que primeramente encontremos la respuesta a esta pregunta fundamental: ¿Cuál es el sentido y la finalidad de los milagros? ¿Cuál es su función en el Cuerpo de Cristo? ¿Acaso es simplemente crear un escenario de «efectos especiales» que hagan más atractiva la fe? ¿Suscitar asombro por la omnipotencia divina? ¿Sanar cuerpos cuyo destino ineluctable es la tumba? ¿Forjar un divertimento que suavice la aspereza del camino de la salvación?

«La teología y la fe nos dicen que la finalidad del milagro es motivar al hombre para su conversión, reconciliándole con Dios, mostrándole el amor misericordioso del Padre hacia los que sufren, derrotando el mal y el pecado, fuente de todo dolor. El mensaje evangélico nos hace comprender y casi “sentir” que los milagros de Jesús tienen su fuente en el corazón amoroso y misericordioso de Dios que vive y vibra en su mismo corazón humano. Jesús los realiza para superar toda clase de mal existente en el mundo: el mal físico, el mal moral, es decir, el pecado, y, finalmente, a aquel que es “Padre del

pecado” en la historia del hombre: a Satanás»<sup>[1]</sup>.

Con sus intervenciones milagrosas, Dios quiere dar un signo y un mensaje al hombre, dándole pruebas de su existencia y su actuación en nuestra historia, con el fin último de hacer una llamada a la conversión, ya que el más grande de todos es el milagro que se produce cuando alguien cuyo corazón está cerrado a Dios llega a creer en Él, a confiar en Él y a ser cambiado. «La mayor prueba de un milagro es la vida cambiada que resulta cuando alguien pasa de ser no-creyente a ser creyente»<sup>[2]</sup>.

«Los milagros, las bilocaciones, el discernimiento de las conciencias, la sanaciones, etc., ¿qué significado tienen? Mediante todos estos fenómenos, el Padre Pío ha obrado como instrumento del amor infinito de Dios. Son medios providenciales, establecidos por Dios para acreditar el ministerio de la reconciliación. Todo cuanto ha realizado el Padre Pío entre los hombres, todo cuanto ha podido merecer ante Dios con su maravillosa vida, todo va dirigido a conseguir la reconciliación de los hombres con Dios, con particular referencia al sacramento de la confesión»<sup>[3]</sup>.

En consonancia con esta idea, la vocación esencial del Padre Pío fue —es— ofrecerse como alma víctima por la salvación de las almas. Y las almas se salvan mediante su conversión, a través de un cambio profundo que las lleva de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, del pecado a la gracia. El Padre Pío repetía con frecuencia que la finalidad de un milagro era estrechar los vínculos entre el hombre y Dios. Tenía claro que el poder divino que se manifestaba en esas señales milagrosas tenía por objeto la salvación de las almas, aumentando la fe de los creyentes y moviendo hacia la conversión a quienes vivían alejados de Dios.

Todos los portentosos dones que Dios le regaló no tenían otra función que atraer a las multitudes al confesionario para, una vez allí, arrodillados ante un santo revestido de la misericordia divina, experimentar conversiones fulminantes, que llenaron de pasmo a quienes las presenciaron.

Atraía con el reclamo de los estigmas increíbles, encandilaba espiritualmente con una Misa sobrecogedora por su intensidad, sanaba los cuerpos enfermos... y, como final, esperaba a los pecadores en el confesionario para reconciliarlos con Dios, para traerlos de vuelta a la Madre Iglesia, al Cuerpo Místico de Cristo, operando sorprendentes metamorfosis incluso en las almas más desviadas de la Iglesia.

Además de ser una llamada a la conversión, los dones maravillosos que el Cielo derramó sobre el fraile de Pietrelcina son motivos de credibilidad de su misión en el mundo, medios providenciales para acreditar el misterio de la reconciliación con Dios que constituía el polo esencial de la misión del Padre Pío. En este sentido, la sobrenaturalidad

del milagro es un componente esencial del *kerigma*, una herramienta para la predicación del mensaje evangélico, utilizada por el mismo Jesús y por los apóstoles.

Nuestro Señor prometió que los milagros se dan testimonio de la verdad de su Evangelio (Mc. 16:17-18). Es por esta razón por la que los milagros suelen llamarse *gratiae gratum facientes*, lo cual significa que son dones otorgados con el fin de promover el desarrollo externo de la Iglesia, es decir, extender el Reino de Dios aumentando la fe de los que creen, lo cual es autenticado por la intervención divina que ratifica que la creencia es correcta, pues goza de la «garantía» del poder de Dios.

Como decía el cardenal Pie (un famoso defensor de la Fe del siglo XIX): «Ahora, para la conversión del pueblo el taumaturgo [el hacedor de milagros] es más poderoso que el maestro; y, en consecuencia, en la memoria y adoración del pueblo, el maestro es eclipsado y borrado por el taumaturgo»<sup>[4]</sup>.

En nuestro tiempo, los milagros son más necesarios que nunca, pues garantizan y certifican con un sello de veracidad las creencias cristianas, ya que demuestran la existencia y la intervención en nuestra historia y en nuestras vidas de un poder sobrenatural que solo puede tener su fuente en la misericordia divina, nunca en la capacidad humana.

«¿Existen los milagros?: ¡Oh, sí! Viajando con ojos abiertos alrededor del mundo podemos ver que los milagros sí existen. Pero somos demasiado cobardes para reconocerlos. Los atribuimos a la casualidad o a la buena suerte. Como dice el Padre Pío, ninguna de estas dos existe ante Dios. ¿Necesitamos maravillas? Sí, y muy urgentemente. El gran mal del mundo es la enorme falta de devoción. Y cuán severamente sufre la humanidad por sus innumerables enfermedades [...]

Frecuentemente escuchamos rumores de que los hombres buscan maravillas. No es así: se han vuelto temerosos de ellas. Los hombres niegan estas maravillas tan solo porque no quieren cambiar su modo de vida. Si admitieran la verdad detrás de ellas, tendrían también que admitir aquella verdad que las realiza: Dios. Cada maravilla está impregnada con la sangre de nuestro Salvador. Para terminar, quiero decir: para aquel que cree no se necesita ninguna explicación y para aquel que no cree, no hay explicación posible»<sup>[5]</sup>.

Negar la evidencia de los milagros equivale en cierto sentido a pretender eliminar la acción de Dios en nuestra vida: «Quien por principio niega el milagro, tiende a eliminar a Dios de la visión del mundo y de la vida; quien mantiene su negación frente a la evidencia, muestra su servilismo hacia los prejuicios, las mentiras convencionales de la sociedad; no piensa ya con su propio cerebro» (Alberto del Fante).

El mismo Padre Pío dijo: «Es humano y natural que el hombre se sienta atraído por las

maravillas; por ellas podemos conocer mejor a Dios y a su gloria».

Con sus incalculables milagros, el Padre Pío ha manifestado ante el mundo moderno, incrédulo ante las cosas sobrenaturales, que todavía existen los milagros y que Dios no ha abandonado a los hombres, sino que todavía sigue confiando en ellos, pues todo milagro quiere decir que Cristo sigue vivo, pues esos hechos extraordinarios, esos carismas sobrenaturales –además de probar la veracidad de la doctrina cristiana– demuestran que la gracia divina –sin la cual es imposible cualquier milagro– fluye ahora y siempre a través de la Iglesia, probando que Cristo sigue vivo, pues es él quien otorga los dones místicos y los carismas sobrenaturales. Todo poder para realizar milagros viene por delegación de Él, ya que es Él quien concede esa potestad. «El que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún [...] y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14: 12-13).

«Fue el propio Cristo quien nos otorgó los milagros como signo de reconocimiento de su presencia operante, a lo largo de los siglos, a través de los cristianos [...] Por lo tanto, si observamos –por ejemplo, a través de un santo como el Padre Pío– el obrar de un Ser Viviente que manifiesta un poder tan grande sobre la naturaleza, capaz de realizar milagros extraordinarios e incluso de reproducir en la carne del santo que lo ama, prodigiosa e inexplicablemente, sus mismas señales de crucifixión, ¿no deberíamos concluir que Él está vivo? ¿No deberíamos estar convencidos de que Él está realmente presente aquí y ahora porque obra visiblemente?»<sup>[6]</sup>.

Agudamente dice San Agustín: «Si en la Iglesia Católica hay milagros es porque es verdadera; y si no hay milagros, es enorme milagro que sin milagros haya creído en ella el Imperio Romano»<sup>[7]</sup>.

«Ahora cabe preguntar ¿el cuerpo de Cristo sigue siendo el cuerpo? ¿Ha cambiado? ¿No es Dios el mismo ayer, hoy y por los siglos? Si el Cuerpo de Cristo aún no ha sido transformado y el Rey de Reyes aún no ha venido a la Tierra, ¿no sigue obrando de la misma manera con sus diversas actividades que son obra directa de Dios y no de los hombres?»<sup>[8]</sup>.

Los dones sobrenaturales del Padre Pío –al igual que ocurre con todos los milagros realizados después de la Ascensión de Cristo– no son sino una continuación del *kerigma*, una prolongación de la historia de la Redención, una pervivencia *ad infinitum* de un evangelio eterno.

Jim Gallagher, en su obra *Biografía del Padre Pío*, escribió estas reveladoras palabras, que suscribimos en su totalidad: «Ahora entiendo lo que el evangelista Juan sentía cuando escribió: “Hay muchas otras cosas que hizo Jesús. Si todas fueran escritas, una

por una, la totalidad del mundo no podría contener los libros que deberían escribirse».

Pero aparte de enraizarse en el *evangelium ad infinitum*, además de constituir la esencia de la vocación carismática de la Iglesia expresada a través de su historia, su Magisterio y su Tradición... junto a su dimensión kerigmática que la inserta plenamente en la historia de la Salvación, los milagros expresan igualmente una realidad escatológica que suele pasar desapercibida: son una llamada al futuro, un anticipo de la *parusía* triunfal que aguarda a la humanidad, una muestra de un mundo venidero donde lo sobrenatural llegará a ser natural, tal y como se anuncia al final del libro del *Apocalipsis*. Sobre este punto, el pastor y teólogo Timothy Keller dice: «[Los milagros] conducen no solo a la creencia cognitiva, sino a la adoración, el asombro y la maravilla. Los milagros de Jesús en particular nunca fueron trucos de magia, diseñados solo para impresionar y coaccionar... Más bien, él usaba el poder milagroso para sanar a los enfermos, alimentar a los hambrientos y resucitar a los muertos. ¿Por qué? Nosotros, la gente moderna pensamos en los milagros como la suspensión del orden natural, pero Jesús quería que fueran la restauración del orden natural. La Biblia nos dice que Dios no hizo al mundo originalmente para que tuviera enfermedad, hambre y muerte en él. Jesús vino a redimir lo que está mal y a sanar el mundo donde está roto. Sus milagros no son solo pruebas de que tiene poder, sino que también son anticipos maravillosos de lo que va a hacer con ese poder. Los milagros de Jesús no son solo un desafío a nuestras mentes, sino una promesa a nuestros corazones de que el mundo que todos queremos llegará»<sup>[9]</sup>.

Al socaire de esta idea, el Hermano Francisco María afirma estas impresionantes palabras: «¡Qué sorpresa será para muchos cuando se revele en el día del juicio la ingente cantidad de almas que [el Padre Pío] compró a través de su vida de sufrimiento!».

Otra función de los milagros consiste en investir de autoridad a las personas que sirven de mediadoras al poder divino, estrechando el vínculo entre el hombre y Dios. Esa enormidad de prodigios de que le dotó tan abundantemente el Cielo tenía la función de que a través de su persona el santo de los estigmas transparentara y encarnara más fielmente la persona de Cristo, de quien provienen todos los milagros.

El Padre Pío insistía siempre sobre el particular: «Cuando Dios os conceda un favor, dirigid hacia Él vuestros transportes de gratitud. Lo mismo que Cristo, después de resucitar a Lázaro, dio las gracias: “Padre, te doy gracias por haber escuchado mi ruego”».

«Para la Teología Mística el milagro, además de ser una intervención misericordiosa de Dios para satisfacer una necesidad humana, tiene la función de indicarnos a las claras la predilección divina por aquellos que se santificaron, que vivieron una existencia de

entrega total a la Voluntad de Dios. Cuando Dios marca a alguien con carismas extraordinarios, los utiliza como “reclamo” para llamar la atención del mundo sobre la vida de esa persona, deseando que la espectacularidad de esos milagros dé a conocer valores y virtudes que podrían correr el riesgo de no ser suficientemente conocidos.

En este sentido, los milagros tienen la función de ser “las pruebas exteriores de la revelación [...] son signos ciertos de la revelación, adaptados a la inteligencia de todos, motivos de credibilidad que muestran que el asentimiento de la fe no es en modo alguno un movimiento ciego del espíritu»<sup>[10]</sup>.

El presente trabajo es la tercera obra que dedicamos al santo de Pietrelcina. En las dos anteriores –*Orar con el Padre Pío* (2004), *El Padre Pío: mensajes del santo de los estigmas* (2014)– nos centramos en exponer las líneas básicas de su pensamiento, expresado frecuentemente a través de sus propias palabras y testimonios, con los cuales delineamos los mensajes esenciales de su vocación corredentora, las enseñanzas cardinales que su figura aporta como soluciones a los problemas que tienen planteados la Iglesia y el Mundo en la hora actual. Desde este enfoque, dedicamos un espacio muy escaso a la exposición de sus dones milagrosos y carismas sobrenaturales, pues estos son de una magnitud y abundancia tan considerables, que vimos claramente el peligro de que «los árboles no dejasen ver el bosque», es decir, el riesgo de que el portentoso «maravillosismo» del santo eclipsara y ahogara su espiritualidad, sus enseñanzas, su ministerio corredentor, su pensamiento doctrinal. Para conjurar esta amenaza, optamos por reducir mucho el componente milagroso de la vida extraordinaria del Santo de Pietrelcina.

Esbozadas y explicadas ya en aquellas dos obras las líneas maestras de su vida y su mensaje, en este libro pretendemos rellenar ese vacío que conscientemente buscamos en nuestros trabajos anteriores sobre el Santo, exponiendo una antología de sus milagros, pues sus dones maravillosos constituyen sin duda «la otra cara de la moneda» de la misión del Padre Pío en el mundo, el reverso de su vocación sacrificial como alma víctima por la salvación de las almas, de su teología de la Cruz y el sufrimiento redentor. Y, por supuesto, la llave maestra que explica la enorme devoción que tiene en la actualidad.

Esta tarea ha sido de extrema complejidad, pues la increíble cantidad y variedad de sus hechos extraordinarios ha hecho especialmente difícil su selección, hasta el punto de que con el material que reunimos podría haberse elaborado otro libro. Por otra parte, esta enorme abundancia no significa que nos haya resultado fácil encontrar los hechos extraordinarios del Padre Pío, pues sigue siendo escaso el número de obras sobre él publicadas en castellano, lo cual da como resultado que en estas obras tiendan a repetirse

los mismos episodios, hecho que da lugar a que tengamos pocos hechos muy bien conocidos, «tópicos», mientras que un gran número de ellos permanecen totalmente desconocidos.

Por estas razones, hemos tenido que recurrir a obras editadas en otros idiomas, en especial en inglés, de las cuales muchas son la traducción a este idioma de libros editados en italiano, la lengua que reúne la más amplia bibliografía sobre el Santo. Al proceder con esta metodología, hemos conseguido recopilar un elevado número de milagros que son totalmente ignotos para el público de lengua castellana, lo cual sin duda aumenta su relevancia y su atractivo.

Hemos optado por exponer los milagros en forma de antología, divididos según su temática, pero sin ninguna elaboración teórica, ya que en nuestras dos obras anteriores explicamos extensamente la mayoría de los contenidos temáticos que aparecen en el presente trabajo, por lo cual animamos al lector interesado en profundizar en ellos a consultar nuestras obras anteriores, ya que, de incluir aquí exposiciones y explicaciones caeríamos con toda seguridad en la repetición de ideas ya expuestas.

El conjunto de los carismas sobrenaturales que recogemos conformarían algo así como unas «floreillas» del Padre Pío, es decir, una recopilación de hechos de su vida en los que lo sobrenatural se da la mano frecuentemente con lo anecdótico, lo portentoso con lo cotidiano... Aparte de su «maravillosismo», en estos hechos se trasluce también la personalidad del Santo, su conducta ante los hechos más simples de la vida diaria, los rasgos más sobresalientes de su personalidad, su manera de interactuar con los demás, las líneas esenciales de su ministerio sacerdotal... En una palabra, sus dones milagrosos nos sirven para conocer mejor la faceta humana del Padre Pío, pues formaban parte consustancial de su cotidianeidad, de su vida de cada día. Por ello, junto al asombro que producen, aparte del divertimento y la amenidad que suscitan, estos hechos extraordinarios también proporcionan motivos para la reflexión, pues a través de ellos se traslucen historias humanas, episodios concretos que vivieron personas como nosotros, relatos de vidas que interactuaron con el Padre Pío, adquiriendo muchas veces la forma de un cuento breve, de una anécdota que lleva implícita su «moraleja», una enseñanza que puede iluminar algún aspecto de nuestra existencia, hasta el punto de que podemos afirmar que la cantidad y variedad de hechos extraordinarios que aportamos llevan implícitos tal cantidad de mensajes y enseñanzas, que su conjunto viene a ser finalmente toda una exposición del programa genuino de la vida cristiana: la Misa, la confesión, María, el Rosario, el Ángel de la Guarda, la vida del más allá, la oración, la lucha con el Diablo, la conversión...

Estas «floreillas» tendrán su continuación en una obra que publicaremos dentro de

poco, dedicada a las anécdotas del Santo, es decir, a los hechos ordinarios de su existencia, a episodios de su vida cotidiana donde no se traslucen sus poderes milagrosos, a historias reales contadas a partir del testimonio de quienes le conocieron. El conjunto de estas dos obras complementarias creemos que contribuirá a aumentar el conocimiento del Padre Pío, y su devoción hacia él.

Al final de su obra *Padre Pio: Heavenly facts, and words of wisdom*, Giuseppe Caccioppoli resume la vida del santo de los estigmas en unos breves párrafos que condensan magníficamente la extraordinaria aventura espiritual del Padre Pío, textos que transcribimos con la intención de que sirvan de escenario a los hechos prodigiosos que iremos narrando a lo largo de las páginas de la presente obra:

«¿Quién es el Padre Pío?: el Padre Pío es una obra maestra del amor de Dios por nosotros.

Desde el nacimiento hasta la muerte todos los días de su vida fue consumido por el amor y la imitación de Dios a través de Jesús; consumido por el amor y la ayuda a la humanidad que sufre; consumido por el amor y el sufragio de las almas en el Purgatorio para acortar su sufrimiento y mitigar su dolor; consumido por el amor y la obediencia a cualquier precio a la Iglesia Católica Romana.

Dios le prodigó sus dones con una abundancia que no tiene igual. Y el Padre Pío hizo un buen uso de ellos, con curaciones, resurrecciones, levitaciones, profecías, lectura de los corazones, hablar en lenguas, leer idiomas desconocidos, difusión de olor de santidad, multiplicación de alimentos en tiempos de necesidad, presencia visible y permanente del Ángel Guardián, visitas frecuentes de los seres celestiales, visión de las almas del Purgatorio, sabiendo con detalle su estado, prevención de accidentes y realización de sanaciones por bilocación...

Él hizo todas esas cosas con una mínima ingestión de alimentos, sin apenas dormir, con constantes dolores de cabeza, soportando una bronquitis crónica durante toda la vida, frecuentemente diagnosticada como tuberculosis pulmonar, pasando por episodios de fiebres extremadamente altas y sudoración nocturna profusa.

Características distintivas del Padre Pío eran la bondad, la alegría, la serenidad, la humildad, la modestia, la piedad, la actitud del perdón, la obediencia perfecta a todas las autoridades eclesíásticas.

Revivió la Pasión de Cristo a través de miles de misas. Elevando en el confesionario su mano herida derecha, absolvió millones de pecados.

Caminó millones de pasos dolorosos en sus pies heridos.

Sus dedos rezaron miles de rosarios. Sus labios pronunciaron millones de “Avemarías”.

Su cuerpo fue martirizado por el dolor de sus estigmas.

Todos y cada uno de sus millones de latidos del corazón eran una sinfonía grandiosa para la Gloria de Dios.

Ahora está en el cielo inmerso en la alegría de la visión beatífica. En el Paraíso continúa trabajando para nosotros, rogando por nosotros, intercediendo por nosotros, distribuyendo todo tipo de gracias para atender nuestras peticiones.

Demos gracias a Dios por habernos dado al Padre Pío»<sup>[11]</sup>.

Madrid, a 1 de junio de 2015

Para más información sobre el Padre Pío, consultar nuestra web:

[www.santopadrepio.com](http://www.santopadrepio.com)

1. *Los Milagros: Signos del Amor de Dios*, Audiencia general de SS Juan Pablo II el 9 de diciembre de 1987.
2. ERIC METAXAS, *Miracles: what they are, why they happen, and how they can change your life*, Dutton, Nueva York, 2014.
3. CARDENAL C. URSI, *Il messaggio di Padre Pio*, Voce di Padre Pio 2, 1971, 4s.
4. BROTHER LAWRENCE MARY, M.I.C.M., Tert, *The Miracles of St. Padre Pio*, <http://www.basilica.org/pages/ebooks/Brother%20Lawrence%20Mary-The%20Miracles%20of%20Saint%20Padre%20Pio.pdf>
5. KARL WAGNER, *Informe sobre el Padre Pío*, Ntra. Sra. Del Monte Carmelo, Nueva York, pp. 1-2.
6. ANTONIO SOCCI, *El secreto del Padre Pío*, La esfera de los libros, Madrid, 2009, pp. 135-136.
7. SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, 1ª, XXII, 5. ML, 41, 756s.
8. JUAN PABLO VALLÉS, <http://www.centraldesermones.com/sermones/1538-existen-los-milagros>
9. TIMOTHY KELLER, *The reason for God*, Dutton, Nueva York, 2009. <http://www.exploregod.com/es/los-milagros-de-jesus-por-que-no-ocurren-milagros-en-la-actualidad#sthash.u2dVzZHk.dpuf>
10. Cc. Vaticano I: DS 3008-10.
11. GIUSEPPE CACCIOPPOLI, *Padre Pío: heavenly facts, words of wisdom*, <http://caccioppoli.com/%27%202014%20Padre%20Pio.pdf>, 2014.





# CLARIVIDENCIA

## **Leyendo la mente**

El Padre Pío estaba rezando y meditando. Fray Daniele Natale estaba arrodillado cerca de él. Deseando comprobar si era realmente capaz de leer su mente, le preguntó mentalmente que ofreciera al Señor sus oraciones. El Santo asintió con la cabeza.

Pero seguía sin estar convencido, así que volvió a hacerle mentalmente la petición. El Padre Pío volvió a asentir. Aún dudaba, pues pensaba que necesitaba una prueba más clara.

En ese momento el Padre se volvió hacia él, y le dijo en voz alta: «¿Estás satisfecho ahora?».

## **¿Cómo lo sabía?**

El cardenal Giuseppe Siri informó el 23 de septiembre de 1975, en el transcurso de una homilía: «Yo había estado dudando durante mucho tiempo acerca de una decisión que debía tomar. No había hablado con nadie sobre ello. Un día recibí un telegrama del Padre Pío en el que me explicaba qué hacer. Seguí el consejo al pie de la letra y todo terminó bien. ¿Cómo lo supo? Nunca he entendido cómo este hombre podía saber lo que estaba pasando por mi mente».

## **El bombardeo**

Una mujer de San Giovanni observaba que su esposo enfermo iba de mal en peor y que iba a morir. Con gran angustia, corrió hacia el monasterio para conseguir del Padre Pío una oración por su recuperación. Pero había tanta gente alrededor del sacerdote que no podía acercarse a él.

Pensó que lo mejor sería hablar con él en la confesión, pero había mucha gente esperando, y también desechó esta idea. Interiormente, oraba de continuo para que el Padre Pío ayudara a su marido, el cual podía morir en cualquier momento, dejándola sola para criar a sus hijos.

Cuando vio al Padre Pío ir al altar para celebrar la Misa, corrió hacia él, pero la multitud era muy grande, hasta el punto de que ni siquiera podía verle. Intentó ir a la derecha, luego a la izquierda, pero no fue posible. Solo podía seguir orando interiormente, llena de una angustia que arrancaba su corazón, porque lo inevitable podría suceder a su marido en cualquier momento.

Cuando terminó la Misa, la pobre mujer logró meterse en el corredor donde solía volver al monasterio. Allí continuó orando en su corazón. El Padre Pío llegó y se detuvo a su lado, diciendo: «¡Mujer de poca fe! ¿Por qué insistes y me bombardeas con tu oración? ¿Tú crees que estoy sordo? ¡Ya me has dicho lo que quieres, en cinco ocasiones, desde la derecha y la izquierda, de frente y por detrás! ¡He comprendido! Este es el mensaje: ¡Ve a tu casa! ¡Todo está bien!».

Llena de alegría, la mujer le dio las gracias y corrió a su casa como si tuviera alas en sus pies. Cuando llegó, sin aliento, encontró a su marido en perfecto estado de salud.

### **«¿Crees que soy sordo?»**

El Padre Francesco Napolitano presentó al Padre Pío a algunos peregrinos de Castellammare di Stabia, que querían pedir sus oraciones.

Una de las mujeres del grupo le dijo al Padre: «Le hemos llamado en todo momento». El Santo le respondió: «Sí. ¿Crees que soy sordo? Han estado zumbando en mis oídos con todas esas pequeñas cosas tuyas».

### **Diagnóstico acertado**

Una señora de Bolonia contaba: «Una vez mi madre fue a ver al Padre Pío con algunas de sus amigas. Apenas llegó a San Giovanni Rotondo encontró en la Sacristía del convento al venerado Padre, quien enseguida le dijo: “¡Y tú estás aquí! ¡Vete enseguida a casa porque tu marido está mal!”. Mi madre quedó sin aliento, pues cuando partió le había dejado con buena salud.

Dejó san Giovanni con el primer transporte que salía. Cuando llegó a casa, alarmada, no había ninguna novedad. Pero durante la noche mi padre tuvo graves dificultades de respiración. Algo le comprimía la garganta. Mi madre trató de calmarle y llamó al médico. Hacia las once de la noche mi padre fue hospitalizado y llevado de urgencia al quirófano. El cirujano que le operó le extrajo de la garganta dos vesículas de pus. El Padre Pío vio por lo tanto con antelación lo que estuvo a punto de ocurrirle a mi padre».

### **Trepar por el cristal**

*(Testimonio del P. Pasquale Cattaneo, Fiera di Primiero, Italia, Julio 31, 1988)*

Durante su viaje en autobús a san Giovanni Rotondo, el Padre Pasquale Cattaneo preparaba a fondo el examen de conciencia, con el fin de hacer una buena confesión con el Santo. Estaba ya cerca de su destino, cuando un pensamiento de desánimo cruzó por

su mente: «¡La vida espiritual... es como intentar escalar por el cristal!».

Cuando se encontró arrodillado ante el Padre, le contó todo lo que llevaba preparado. Tras la absolución, cuando estaba a punto de marcharse, el Padre Pío le miró y, con una sonrisa cómplice, le dijo: «Así que la vida espiritual es como escalar por el cristal, ¿eh?».

### **Los consejos del Padre Pío**

Un sacerdote argentino decidió emprender un viaje de su país a Italia con el fin de pedir al Padre Pío que le diera algunos consejos útiles para su vida espiritual. Sin embargo, lo único que recibió después de confesarse con el Santo fue la absolución y la bendición. Después de haber hecho un viaje tan largo desde Argentina, no escondía a nadie su desilusión: «No entiendo por qué el Padre no me dijo nada»... «¡Y yo que viajé desde la Argentina solo para eso!»... «El Padre Pío lee las conciencias y sabía que yo había ido con la esperanza de que me diera alguna recomendación»... etc., etc.

Ante tantas quejas, sus fieles comenzaron a preguntarle: «Padre, ¿está seguro que de que no le dijo nada? ¿No habrá hecho algún gesto, algo fuera de lo común?». Entonces el sacerdote se puso a pensar y finalmente se acordó que el Padre Pío sí había hecho algo un poco extraño: «Me dio la bendición haciendo la señal de la cruz sumamente despacio, tan despacio que yo pensé: ¿es que no va a acabar nunca?», contó a sus fieles. «¡He ahí el consejo! –le dijeron–: usted la hace tan rápido cuando nos bendice que más que una cruz parece un garabato».

El sacerdote quedó contentísimo con esta forma tan original de aconsejar que tenía el Padre Pío.

### **El cuidado de una hija**

Una mujer cuya hija acababa de morir en el proceso de dar a luz se acercó al Padre Pío. La mujer no podía pensar en otra cosa que en la pérdida de su hija. Viendo su estado, el Padre Pío le dijo: «¿Por qué lloras tanto por ella, cuando ya está en el Paraíso? Sería mucho mejor que dedicaras más atención a las actividades de tu hija de diecisiete años, que viene a casa tarde en la noche después de bailes y entretenimientos».

### **Buena memoria**

Una señora fue a ver al Padre Pío desde Bolonia, y le rogó que la aceptara como hija espiritual, a lo que él consintió. La mujer tenía cinco hijos, y todos los días pedía al Padre Pío que les bendijera y protegiera.

Al cabo de cinco años, volvió a visitar San Giovanni Rotondo. Después de la

confesión, le dijo al Padre Pío:

—Padre, le ruego que proteja y bendiga a mis hijos.

—Pero, ¿cuántas veces me va a repetir la misma cosa? —rezongó el Santo.

—Pero, Padre, si es la primera vez que se lo pido —dijo sorprendida la madre.

—Nada de eso: usted me lo ha pedido todos los días durante estos cinco años.

### **Un caso de reincidencia**

Biagio Fusco vio al Padre Pío por primera vez en 1919. Aunque llevaba tiempo alejado de la Iglesia, se sintió tan conmovido por su Misa, que sintió deseos de cambiar su vida y volver a los sacramentos, por lo cual hizo una confesión con el Santo.

De vuelta a su casa, Biagio notó a veces un olor inexplicable de violetas, rosas e incienso en el aire, que sintió como una señal de que el Padre Pío estaba tratando de animarle a mantener su fe en esos primeros tiempos después de su conversión.

Dos años más tarde, Biagio regresó al monasterio de Nuestra Señora de Gracia y quiso confesarse nuevamente con el Padre Pío. Cuando Biagio confesó un pecado en particular, el Santo le interrumpió y le dijo: «Confesaste ese pecado hace dos años: eres un reincidente». Biagio sabía que el Padre había oído miles de confesiones día tras día, por lo cual se asombró de que fuera capaz de recordar lo que le había confesado en el pasado.

### **El hábito hace al monje**

En el convento de las dominicas de Pompeya había división de opiniones sobre el Padre Pío, ya que mientras unas monjas estaban a favor de él, otras tenían una opinión contraria. Un Padre dominico que conocía este estado de la cuestión decidió que para salir de dudas lo mejor era visitar al Padre Pío en San Giovanni Rotondo.

Vestido de civil, se presentó en la sacristía donde confesaba a los hombres. Mientras lo hacía, el Santo no le quitaba ojo al dominico disfrazado, que sentía su mirada clavada en él. En esto, un fraile se acercó y le dijo que el Padre Pío quería decirle algo. Cuando se acercó, le dijo al oído: «Vaya a ponerse el hábito antes de que yo le confiese». A lo que repuso el dominico: «No hay por qué, Padre: vine a buscar algo y ya lo he encontrado».

### **Buen recibimiento**

Es bien sabido que el Papa Benedicto XV tenía al Padre Pío en alta estima. En su entorno, sin embargo, algunos consideraban al sacerdote un impostor. Entre ellos estaba un obispo que creía que era su deber advertir al Papa acerca del capuchino. Benedicto

XV señaló a este obispo que antes de tomar partido en contra del fraile, debía reunirse con él para conocerle mejor, por lo cual le aconsejó ir a San Giovanni Rotondo, ver las cosas por sí mismo y descubrir la verdad sobre el estigmatizado.

Cuando el prelado llegó a Foggia, fue recibido por dos capuchinos. Le explicaron que el Padre Pío les había enviado para acompañarle a San Giovanni Rotondo. Asombrado, el obispo les dijo que nadie sabía nada sobre su visita, ¡y menos aún el Padre Pío! Los dos capuchinos, sin embargo, le dijeron que el Padre les había dado la descripción de un obispo, enviado por el Papa, dándoles instrucciones para que le acompañaran a San Giovanni Rotondo. El obispo estaba muy avergonzado por todo esto. ¿Qué debería hacer? ¿Debería ir o no? Se dio cuenta de que si el sacerdote ya sabía de su llegada, era probable que supiera también lo que había dicho al Papa en contra de él. Para salvar la situación, decidió excusarse, y regresó a Roma.

### **El problema moral del padre Benoit**

El Padre Benoit, secretario general del Instituto Católico de Lille, fue a ver al Padre Pío acompañado por algunos sacerdotes franceses. Quedaron complacidos con la visita, pero en su interior estaban algo decepcionados por no haber sido testigos de ningún episodio milagroso.

Al final de la visita, le pidieron que les firmara unas estampitas, a lo que el capuchino consintió con gusto. Cuando le llegó el turno al Padre Benoit, el Padre Pío le pidió que le entregara su breviario. Cuando lo tuvo en sus manos, lo hojeó y, cuando encontró una página en blanco, escribió unas líneas. Cuando el Padre Benoit las leyó, quedó asombrado, ya que en pocas palabras el Santo le aportaba la solución a un problema moral que le tenía agobiado desde hacía varios años. ¡Lo más sorprendente era que durante su estancia en San Giovanni Rotondo no había pensado ni un solo minuto en ese problema!

### **Palabras innecesarias**

#### ***(Testimonio de Pasquale Cattaneo)***

«Durante mucho tiempo había estado preocupado acerca de un problema espiritual al que no podía poner remedio porque no sabía sus causas. Yo nunca había hablado con nadie sobre esto, pero un día recibí la oportunidad que necesitaba para sacarlo a colación.

Un amigo que vivía en San Giovanni Rotondo, bien conocido por los capuchinos, me invitó a quedarme en su casa y organizó para mí una cita con el Padre Pío. Fui recibido

por el padre Venanzio, uno de los sacerdotes que programaban las visitas con el Santo. “Espera aquí –me dijo–: El Padre Pío no tardará, pero hoy es viernes, el día que las heridas le sangran más intensamente. Ha ido a la cocina a fregar”. Durante la espera, repasé en mi mente todo lo que yo quería decirle para presentar mi situación de la manera más precisa y de la forma más clara posible.

Poco después, vi que el Padre Pío venía por el pasillo. A medida que se acercaba a mí, y sin darme tiempo para hablar, me susurró al oído: “Esta es la razón de su situación”, y la resumió en una sola frase.

Aunque han pasado treinta años desde que me dijo esto, ¡lo recuerdo palabra por palabra como si fuera el día de ayer! Estaba completamente conmocionado por esto. No había necesidad de hablar porque el sacerdote, al mirar mi corazón, supo de mi problema y conoció su causa».

### **Al que no había dicho su Misa**

Al terminar su confesión, el Padre Pío le preguntó a un sacerdote que había ido desde Bolonia si no se le había olvidado algo. El sacerdote respondió que no recordaba nada más. Entonces el Santo le dijo: «No lo hizo usted con malicia, pero se trata de una negligencia grave que ha ofendido al Señor. Usted llegó a Bolonia a las cinco de la mañana. Como las iglesias estaban cerradas, se fue al hotel para descansar un poco antes de decir Misa, y se quedó dormido hasta las tres de la tarde. Ya no era hora de la Misa, y su negligencia ofendió a Dios».

### **De bailes y Misas**

El Padre Pío era director espiritual de una joven terciaria franciscana, que iba con alguna frecuencia desde San Martino para ver al Santo. A la muchacha le gustaba mucho el baile, por lo cual iba a bailar a menudo por la tarde a casa de unos amigos suyos. Como una regla de los miembros de la orden tercera prohíbe el baile a no ser que sea en reuniones familiares, antes de ir a San Giovanni Rotondo Ana confesaba ese pecado, para no tener que confesárselo al Padre Pío.

Hasta que un día este le preguntó si iba todas las mañanas a Misa. «No –repuso–, no todas», y alegó la excusa de que para ir a Misa tenía que atravesar una gran plaza, que era tímida y que eso le daba miedo. Para su asombro, el Padre Pío le replicó: «Pero no tienes miedo de cruzar esa misma plaza de noche para ir a bailar».

### **En nombre de la Virgen**

Una joven enfermera de Bolonia fue hospitalizada en octubre de 1952 por una enfermedad nefrítica muy grave, necesitando urgentemente una operación. Una noche se le apareció en sueños el Padre Pío, diciéndole: «En nombre de la Virgen María tus riñones, desde este momento, no sangrarán más», y le avisó que volvería. A la mañana siguiente, los médicos la encontraron clínicamente curada y le dieron el alta. Sin embargo, ella decía que los médicos la habían curado.

Se le apareció nuevamente el Padre Pío, muy serio, reprochándole su mentira. «Ha sido la Virgen quien vino a curarte, recuérdalo, y repíteselo a todo el mundo, porque hay muchas jóvenes de tu edad que se están perdiendo, pero cuando sepan lo que a ti te ocurrió, podrán rehabilitarse».

### **Del cuartel al hotel**

Durante la Segunda Guerra Mundial el hijo de la señora Luisa, que era oficial de la Marina Real Británica, era motivo de angustia para su madre, que oraba todos los días por la conversión y la salvación de su hijo.

Cierto día llegó un peregrino inglés a San Giovanni Rotondo, y trajo algunos periódicos ingleses. Al leerlos, Luisa se enteró de que el barco en el que viajaba su hijo se había hundido. Arrasada en lágrimas, fue a ver al Padre Pío, quien de inmediato la consoló: «¿Quién le ha dicho que su hijo está muerto?» Entonces le dio el nombre y la dirección del hotel en el que su hijo se alojaba, pues se había salvado del naufragio. El Santo estaba en lo cierto, pues su madre le envió una carta a esa dirección, y su hijo respondió a los 15 días.

### **Un Santo de fiar**

El Padre Constantino Capobianco contaba que un día, en el tren que iba a Roma, se sentó a su lado una mujer que viajaba con su hermano, el cual trabajaba en la policía costera. Ambos eran de Pietrelcina. La mujer, vestida de negro, parecía muy deprimida. Después de hablar con ellos un tiempo, el sacerdote se enteró de que regresaban a casa desde San Giovanni Rotondo, donde habían hablado con el Padre Pío sobre la ansiedad que la mujer tenía respecto a su marido, el cual era marino, y del que se temía que se había hundido con su barco patrulla. El Padre Pío le dijo a la afligida mujer y a su hermano que no se preocuparan y confiaran en el Señor: «¡En pocos días usted recibirá buenas noticias!» La mujer estaba tan convencida de que su marido estaba muerto, que no creyó en lo que le dijo el Santo.

Pocos días después de su regreso a Pietrelcina, recibió un telegrama de su marido, en el que le decía que no se preocupara, que estaba a salvo, ya que el submarino que había

torpedeado el crucero había recogido a los supervivientes, y él estaba entre ellos, a salvo en Inglaterra. Su esposa ahora sabía que las palabras del Padre Pío eran de fiar.

### **El fraile detective**

Durante la recreación vespertina en el jardín del convento, el Padre Pío advirtió que no tenía consigo el pañuelo, por lo cual pidió a uno de los contertulios que fuera a buscárselo: «Por favor, toma la llave de mi habitación. Tengo que sonarme la nariz: tráeme el pañuelo». El hombre fue a la habitación, pero, además del pañuelo, tomó uno de los medios guantes del Padre Pío y se lo puso en el bolsillo: ¡no podía perder una ocasión tan magnífica de tener una reliquia! Al regresar al jardín, le entregó el pañuelo, pero de inmediato recibió la recriminación del Santo: «Gracias, pero ahora vuelve a la celda y repones en el cajón el medio guante que te has metido en el bolsillo».

### **La risa de un devoto**

Antes de dormir, una señora tenía la costumbre de arrodillarse delante de una foto del Padre Pío para pedirle su bendición. A pesar de ser un buen católico y devoto del Santo, su marido se reía de aquel gesto de su esposa, considerándolo exagerado.

Un día que estaba hablando con el capuchino, le habló sobre la devoción de su esposa: «Mi mujer se arrodilla por las noches delante de su fotografía y le pide la bendición». «Ya lo sé –replicó el Padre Pío–, y tú te ríes al ver eso».

### **«¡Está loco!»**

Pasquale Cattaneo contaba que en cierta ocasión un amigo suyo, médico, fue a ver al Padre Pío, al mismo tiempo que el famoso actor Carlo Campanini, y junto con un veterinario de Bolonia. El Santo le dijo a Campanini que diera un hogar a su hijo. A continuación el Santo miró una radiografía del hijo del veterinario, del cual los médicos sospechaban que padecía un tumor cerebral. El sacerdote le dijo al hombre que no se preocupara, pero que llevara a su hijo de vuelta a Bolonia, asegurándole que su hijo estaba bien.

Todo esto se hizo realidad. En ese momento, sin embargo, el doctor pensó que sería un poco arriesgado. «¡Esta loco!», se dijo. Y se convenció más todavía cuando el Padre Pío se le acercó, le puso la mano en la cabeza y le dijo: «Tú eres un poco despistado, ¿no es así?»

El médico dijo para sí: «Ahora sé con certeza que está completamente loco!», pues tenía, de hecho, una memoria excelente, tan buena que podía recordar todos los nombres

de los muchos tipos de medicamentos, algunos de los cuales tenían nombres muy extraños. Es por esto que consideraba que estaba fuera de toda discusión que pudiera ser olvidadizo.

Sin embargo, después de su visita al Padre Pío, recordó que antes de ir a ver al sacerdote había entrado en un bar para tomar un café. No tenía cambio para pagar la consumición, por lo cual le había entregado al camarero un billete de diez mil liras.

El camarero le había puesto el cambio en el mostrador, pero el médico se había olvidado de recogerlo. Cuando recordó esto, volvió de nuevo a la barra, pero el camarero fingió que no sabía nada sobre el olvido del cambio, asegurándole que se lo había dado. Mi amigo trató de explicar que no había recibido el cambio, pero no hubo nada que hacer.

Al final, se dijo: «No es el Padre Pío quien está loco, sino yo, que terminé pagando diez mil liras por una taza de café que costaba treinta liras».

### **Un saludo grande, grande**

Una hija espiritual del Padre Pío había ido a San Giovanni Rotondo desde Suiza para poder confesarse con él. Después de tres semanas, al no conseguir su objetivo, decidió regresar, pero se acordó de que el Padre Pío todos los días daba la bendición a los fieles desde la ventana de su celda. Con la idea de que al menos podría obtener su bendición, regresó al convento.

Por el camino le iba diciendo al Padre Pío: «Quiero un saludo grande, grande, solo para mí». Sin embargo, cuando llegó a la explanada se encontró con que el Padre Pío ya había terminado su bendición, y que la gente se había marchado, quedando solo un grupo de mujeres que rezaba el Rosario. Pero la señora no perdió la esperanza, sino que se arrodilló también ella, a la vez que decía para sí misma: «No importa: yo quiero un saludo grande, grande, solo para mí».

Minutos después se volvió a abrir la ventana de la celda del Padre Pío, el cual, después de dar otra bendición, empezó a agitar una sábana para saludar, en vez de su habitual pañuelo. Las mujeres presentes se echaron a reír: «¡Miren, el Padre se ha vuelto loco!».

Al ver aquello, la hija espiritual rompió a llorar, emocionada: allí estaba su saludo «grande, grande».

### **El cazador cazado**

En el tiempo en el que el Padre Pío era director espiritual del monasterio de San Giovanni había, entre los postulantes, un joven apodado Marocchino. Este novicio

amaba las artes y la naturaleza.

Un día, un jilguero voló desde el jardín y quedó atrapado en el pasillo que bordeaba el refectorio de los frailes. Cuando Marocchino vio el ave, quiso cogerla y mantenerla en una jaula para su disfrute. Se fue tras ella, pero el pájaro voló y saltó de lugar en lugar, zigzagueando. Finalmente se metió en una esquina cerca de la cocina. Marocchino corrió hacia adelante para atraparlo, pero en ese mismo momento la campana sonó para la oración, por lo que tuvo que abandonar la persecución e ir a la capilla.

Una vez allí, en lugar de orar trazó planes mentalmente para la captura del ave, la fabricación de la jaula, y el mejor lugar para ponerla. Durante la cena siguió pensando en el pájaro. Al salir del refectorio tenía solo un pensamiento en la cabeza: ¡coger el pájaro! El Padre Pío, que había estado leyendo sus pensamientos durante la oración y en el refectorio, llamó al joven: «¡Estás perdiendo la cabeza con ese pájaro!» El Padre Pío había leído las ideas del postulante, una por una, las que habían venido a él en la oración y durante la cena.

### **Lo prometido es deuda**

El hijo pequeño de un guardia civil quería tener a toda costa un tren eléctrico. Estaba ya cerca de la festividad de los Reyes Magos cuando un día, dirigiéndose a un retrato del Padre Pío que estaba colgado en una pared de su casa, le hizo la siguiente promesa: «Oye, Padre Pío: si haces que me regalen un trenecito eléctrico, yo te llevaré un paquete de caramelos». El día de Reyes, por fin, consiguió su regalo tan deseado.

Después de algún tiempo, una tía suya le llevó a San Giovanni Rotondo. Al verle, el Padre Pío le preguntó, con actitud paternal y sonriente: «Y los caramelos... ¿dónde están?».

### **Besa su mano**

*(Testimonio de Teresa Venezia, Tolve, Italia, 19 de octubre de 1986)*

«Después de la confesión esperé en el pasillo del claustro para poder besarle la mano cuando pasara –los fieles siempre deseaban besar las manos estigmatizadas del Padre Pío, ya que consideraban esto un gran privilegio y bendición–. Cuando llegó, no se detuvo cerca de mí, así que no pude besar sus estigmas. Inmediatamente me sentí muy apenada, lamentándome profundamente en mi corazón. De repente, el Santo se volvió, se acercó a mí, me tendió la mano, y me dijo bruscamente, a la vez que esbozaba una sonrisa ligera: “Vamos, bésala, antes de que te de un cachete”».

## **Tres besos**

Una vez una mujer joven se disponía a hacer un viaje al Monasterio de Nuestra Señora de Gracia con el fin de hacer su confesión con el Padre Pío. Ella también quería discutir algunos importantes asuntos personales con él.

Antes de partir hacia el monasterio la madre de la chica habló largo y tendido con ella sobre el Santo. Al final de la conversación, la madre besó la palma de la mano de su hija tres veces e hizo una solicitud: «Así como he besado la palma de tu mano, te pido que beses la mano del Padre Pío de mi parte».

La joven se irritó por las palabras de su madre, que no parecían tener mucha importancia. Explicó a su madre que su tiempo en el confesionario sería muy limitado, y que estaba segura de que sería imposible que pudiera besar la mano del Padre Pío mano tres veces... Tendría suerte si tenía la oportunidad de besarla una sola vez. Además, objetó que tenía algunas cosas muy importantes que discutir con el Santo, por lo cual no podía prometerle nada.

Cuando la chica estaba haciendo su confesión, este llevó suavemente la palma de su mano a los labios de la joven. La chica la besó, y luego continuó su confesión. El Padre Pío repitió este gesto dos veces más.

Después de que la confesión hubo terminado, la joven caminó hacia el patio enfrente de la iglesia y, conversando con otras personas que había allí, comentó el extraño gesto del Santo de ponerle la mano en la boca, preguntando si alguien sabía qué significaba ese gesto. Pero nadie fue capaz de dar una respuesta a su pregunta.

No fue sino hasta el día siguiente cuando la joven se dio cuenta finalmente de lo que había sucedido: El Padre Pío estaba concediendo el deseo de su madre.

## **Una bendición notable**

*(Testimonio de Alma De Concini, Terzolas, Italia, 23 de julio de 1995)*

«El Padre Pío estaba confesando a las mujeres, y yo estaba en la iglesia a tres o cuatro metros de él. Ese día yo no iba a tener la oportunidad de hablar con él, así que hable con él interiormente, diciendo: “Padre, envíeme una bendición. Realmente necesito una”.

Acababa de terminar de expresar mi deseo cuando vi que se abría la ventana de la reja del confesionario que escondía su rostro. El Padre Pío me miró fijamente y luego hizo la señal de la cruz. Luego se volvió e inclinó la cabeza una vez más para seguir confesando».

## **Solo era un sueño**

*(Testimonio de Ana Baroni de Chiavari, Italia, 08/12/1994)*

Un matrimonio que no podía tener hijos comenzó a orar al Padre Pío para que intercediera por ellos ante el Señor. No mucho tiempo después, la joven quedó embarazada y estaba extremadamente preocupada ante el temor de perder el niño.

Una noche, no mucho antes de la fecha prevista para dar a luz, ella tuvo un sueño reconfortante: estaba en la sala de operaciones de la maternidad y, antes de que el ginecólogo llegase, vio a un hombre con barba de pie en un rincón de la habitación, mirándola y sonriendo. Entonces se despertó. A juzgar por las fotos que había visto, ella pensó que el hombre parecía el Padre Pío. Habló a todo el mundo de su sueño, que para ella se había convertido casi en una obsesión.

Unos días más tarde, nació el niño y todo salió perfectamente bien, sin problemas.

Después de unos meses, la madre feliz comenzó a planear un viaje a San Giovanni Rotondo, pues quería ver por sí misma si el Padre Pío, a quien habían rezado, era realmente la persona que había visto en su sueño, y, en caso de que así fuese, para darle las gracias.

Su marido, viendo cuánto fervor ponía sobre el asunto, trató de calmarla, diciéndole en repetidas ocasiones: «No te preocupes, todo era solo un sueño, solo un sueño... solo un sueño y nada más».

Por fin, hicieron el viaje. Cuando llegaron a San Giovanni Rotondo, la pareja tomó su lugar en el vestíbulo de la sacristía, por donde pasaría el Padre Pío. Al cabo de un momento el Santo llegó, se detuvo cerca del marido, le miró acariciando suavemente su hombro y, con una amplia sonrisa, dijo en un tono irónico y algo divertido: «Por lo tanto, todo era solo un sueño, ¿eh?».

## **Excomulgada**

El Padre Tarsicio contaba que la logia masónica de Monza mandó en mayo de 1954 a San Giovanni Rotondo a una joven, hija de un sacerdote, con la finalidad de sustituir hostias consagradas por otras sin consagrar a ver si el Padre Pío se daba cuenta. También tenía la intención de poner veneno, para ver si era descubierto.

«Pero una amiga de la joven hizo llegar la conspiración al Padre Michelangelo. Yo le hablé al Padre Pío, el cual, sintiendo el pecado que se quería cometer hacía Jesús Eucaristía, lloró mucho durante varios días hasta que el peligro desapareció. Y es de notar que, cada vez que la joven se acercaba a comulgar, el Padre, sin conocerla, la

saltaba siempre, sin darle la comunión».

### **Un largo viaje**

Pía Forgione, sobrina del Padre Pío, fue en tiempos de la Segunda Guerra Mundial a visitarle con una amiga, llamada Titiana Romano. Al tercer día de estancia en San Giovanni Rotondo, el Santo les dijo: «Partan de inmediato, o será demasiado tarde. Tomen el coche hasta san Severo y de san Severo tomen el tren hasta Termoli, y después el tren Termoli-Campobasso hasta Pietrelcina».

«Obedecí, no de buena gana, por no poder estar más tiempo con mi tío. Llegamos a Termoli y tuvimos que ir al refugio por las alarmas antiaéreas. Llegadas a la estación de Pietrelcina vimos, mirando hacia la ciudad, que la ciudad estaba envuelta en una nube de humo. Supimos que Benevento, y especialmente la estación, había sido duramente bombardeada. Después tuvimos conocimiento también de que la estación de Foggia había sido destruida la misma mañana de nuestra partida. Entonces entendimos que aquel largo viaje había sido porque mi tío había querido que regresáramos sanas y salvas y para evitar que tardáramos mucho tiempo en llegar a casa, pues de inmediato toda la región de la Puglia quedó en manos de los alemanes y la Campania fue ocupada por los americanos».

### **Un fraile goloso**

Los visitantes que llegaban a san Giovanni Rotondo traían a menudo regalos de comida y bebida al monasterio para que los frailes disfrutaran. El Padre Agostino siempre era el encargado de comprobar el contenido de cada regalo, dando el visto bueno a la mayoría de ellos.

En cierta ocasión, dos militares americanos amigos del Padre Pío le llevaron una bolsa de dulces. Finalizado el almuerzo, alguien se dio cuenta de que faltaban muchos pasteles. El Santo o dijo entonces: «Así que alguien se ha comido los dulces. Bueno... yo sé quién ha sido». Los frailes que se encontraban cerca y oyeron estas palabras del Padre rápidamente abandonaron la zona. Nada podía ocultarse a sus ojos, y ninguno de los que eran culpables quería ser descubierto.

### **Pillado *in fraganti***

Silvio Scocca estaba en un tren con una bolsa de pasteles que tenía la intención de dar al Padre Pío. En el tren tuvo hambre, así que la abrió y comió algunos de los pasteles.

Cuando le dio el regalo, el Santo le dijo: «¿Qué tal estaban los pasteles que te comiste

en el tren?».

### **Sorpresa programada**

Una vez, Leo Fanning y Joe Asterita –dos militares americanos destinados en Italia que se hicieron amigos del Padre durante la Segunda Guerra Mundial– decidieron hacer una visita sorpresa al Padre Pío, y preguntaron al Padre Paolino si le gustaría ir con ellos, a lo cual este accedió.

Cuando llegaron, el Padre Paolino les dijo que esperaran en el *jeep* un momento mientras él iba dentro. Antes de salir, les dijo que aparcaran en el granero detrás del convento. Cuando el Padre Paolino se encontró con el Padre Pío, este le dijo: «¡Por fin has llegado! He estado esperándote a ti y a los dos soldados estadounidenses toda la mañana».

Los visitantes aprendieron que no era tan fácil sorprender al Padre Pío.

### **Una carta sellada**

Un párroco que vio a muchos de su pueblo ir a ver al Padre Pío estaba resentido por esta situación, y maquinó ponerle una trampa enviándole una carta, en la cual le preguntaba al fraile una cuestión. Selló el escrito, y se lo dio a uno de sus feligreses que iba a San Giovanni Rotondo, insistiéndole en que debía colocar personalmente la carta en las manos del Padre Pío y esperar una respuesta. El hombre estuvo de acuerdo en hacer esto, y se marchó para San Giovanni Rotondo con un grupo parroquial.

Cuando llegó, el Padre Pío celebró la llegada del hombre con todos los demás y, a continuación, le identificó y se acercó a él, diciendo: «Coja la carta que tiene en su bolsillo, y escriba esta respuesta en el sobre». El mensajero trajo la carta y, de su puño y letra, anotó la respuesta dictada por el fraile.

Cuando llegó a casa, el hombre fue al párroco y le dijo que el Padre Pío había respondido a su carta, ¡sin siquiera abrirla! El sacerdote leyó la respuesta, que el feligrés había escrito en el sobre sellado, y para su sorpresa vio que estaba recogida la respuesta exacta a la pregunta que hizo al Padre Pío. Obviamente, no era fácil engañarle.

### **Café de rosas**

Rosa de Pietrelcina era muy devota del Padre Pío. Cuando se enteró de que al Santo le gustaba el café americano, empezó a enviar regularmente paquetes de café a su tía, que vivía en San Giovanni Rotondo, con instrucciones de llevarlo al monasterio y dárselo al Santo.

Un día, Rosa pudo hacer un viaje a San Giovanni Rotondo. Una tarde, estaba entre una gran multitud de personas reunidas fuera del monasterio, que saludaban con sus pañuelos al Padre Pío. Este se encontraba asomado a una ventana, agitando un pañuelo para responder al saludo de la muchedumbre. Mientras miraba la gran reunión de personas, el Santo señaló a Rosa a uno de los capuchinos, el cual se acercó al grupo de personas y le dijo a Rosa que el Padre Pío quería hablar con ella.

Cuando estuvo en el interior del monasterio, se le pidió que esperara. Después de un rato regresó el capuchino, el cual pidió disculpas a Rosa en nombre del Padre, que no había podido bajar para darle las gracias personalmente por el café que ella le enviaba.

El Padre Pío nunca había visto a Rosa anteriormente, y nadie le había comentado que era ella quien le hacía llegar el café.

### **Manzanas de Rodi**

María Rosa Valente, de Rodi Garganico, dio una manzana muy hermosa al Padre Vincenzo de Montemarano, pidiéndole que se la diera de su parte al Padre Pío. El fraile fue a cumplir el encargo, pero antes de que abriera la boca, el Santo dijo: «Esa manzana viene de Rodi».

### **Un marido en París**

Yvette Levasseur había experimentado tristeza y dificultades desde sus primeros años. Sus padres murieron cuando ella era solo una niña. Después de la muerte de sus padres, su tía y su tío, que vivían en París, la adoptaron. Eran dueños de una pequeña empresa en el centro de París, dedicada a fabricar zapatos para los discapacitados. Yvette pronto aprendió el oficio y fue capaz de ayudarles en el negocio.

Cuando Yvette tenía dieciséis años, su tía falleció de cáncer. Apenas dos años más tarde, su tío murió también. Yvette estaba sola, pero continuó haciendo zapatos.

Vivía sola en una pequeña habitación encima de la tienda. Tenía una lucha constante para mantener el negocio en marcha, ya que apenas tenía suficiente dinero para sus necesidades. A veces, el pan y la leche eran sus únicos alimentos, pues no podía permitirse más.

Un día, en la librería de la parroquia de Nuestra Señora de Victorias, Yvette vio un libro sobre el Padre Pío. Lo vio tan interesante, que lo compró. Después de que lo hubo leído, sintió un gran deseo de visitar al Santo en San Giovanni Rotondo, pero sabía que sería imposible, ya que no tenía los medios financieros para hacer un viaje así.

Por un golpe de suerte, poco después de leer el libro, conoció a una pareja que iba a ir

a San Giovanni Rotondo. La invitaron a ir con ellos, y aceptó. Era el año de 1958.

Asistió a su Misa, y sintió lo que ella llamaba la «verdadera grandeza» de la presencia del Padre Pío.

Después de regresar a París, Yvette le escribió una carta pidiendo sus oraciones. Recibió una carta de respuesta en la que se le comunicaba que el Santo estaba orando por ella, y le enviaba su bendición.

Poco después, a Yvette se le ofreció un trabajo, como tutora de dos niños en un viaje de vacaciones a Savoia. Estaba por aceptar el trabajo, pero primero quería la aprobación del Padre Pío, así que le escribió para pedirle consejo.

Pronto llegó una carta en el correo: «No tome el trabajo: permanezca en París», fue su respuesta. Yvette siguió su consejo.

Mientras tanto, el negocio en la tienda de zapatos continuó su declive. Yvette decidió que lo mejor sería vender el negocio y conseguir todo el dinero que pudiera de él, en lugar de seguir en una espiral descendente y posiblemente perderlo todo.

Escribió al Padre Pío de nuevo para pedirle consejo, pero la respuesta volvió a ser un «no» rotundo. Yvette, confiando en él por completo, desistió de vender el negocio.

Pronto se le presentó una tercera oportunidad: una mujer quería contratar a Yvette como ayudante en su *boutique* de Luxemburgo. Parecía una buena oportunidad. Por tercera vez, le preguntó al Padre Pío buscando asesoramiento, y por tercera vez su respuesta fue «no». Yvette volvió a obedecerle ciegamente.

Poco después de eso, la joven conoció en París a un hombre muy agradable, llamado Maurice. En poco tiempo, se casaron. Poco antes de la boda, Maurice heredó un negocio muy rentable de uno de sus parientes. A causa de esa herencia, Maurice y Yvette fueron capaces de vivir cómodamente. Las preocupaciones financieras que habían acongojado a Yvette durante tanto tiempo, habían terminado para siempre.

Pronto, su matrimonio fue bendecido con un hermoso hijo, al que siguieron dos más. Cuando Yvette pensó en su vida y todo lo que le había pasado, se hizo claro para ella por qué el Padre Pío siempre le aconsejaba quedarse en París: si hubiera aceptado los trabajos que se le habían presentado, habría tenido que abandonar París y nunca hubiera conocido a su marido.

## **De monja a esposa**

En febrero de 1956, una joven se acercó a confesarse, y pidió consejo al Padre Pío, pues había decidido hacerse monja. El Santo se sorprendió, pues conocía su situación, aunque nadie se la había contado. «Primero, ve donde tu empleador. Irán a la playa en

vacaciones. Irás con ellos. Después de eso regresa aquí, y entonces hablaremos sobre la toma del hábito».

Tras decir esto, el Padre Pío se marchó. La joven quedó conmovida, pero feliz.

Unos meses después la joven regresó de sus vacaciones y fue a confesarse de nuevo con él. La espera fue larga, pues tuvo que esperar 28 días.

Cuando estaba en el confesionario, la joven le dijo: «Padre, no quiero tomar el hábito ya. He conocido a un joven en vacaciones en la playa y vamos a casarnos».

A lo que el Padre contestó: «¿Sí? ¿En serio? Ya te lo había dicho: ve primero de vacaciones y después hablaremos sobre eso».

El Padre Pío sabía que lo que iba a ser una monja se convertiría en una esposa.

### **Adivina, adivinanza**

Dorothy Gaudiose estaba ante el Padre Pío con dos monjas de la caridad. En italiano, le dijo al Padre Pío: «Padre, le presento a dos monjas estadounidenses. Dicen que tienen una pregunta para usted». Él las miró, y respondió, también en italiano: «Sé lo que quieren: desean saber cómo ponerse delante de Dios. Cuéntales que sigan las reglas de su orden y que hagan lo que han estado haciendo hasta ahora».

Doroty se volvió a las monjas y le dijo: «Hermanas, ¿qué preguntas tienen para el Padre Pío?». Contestaron casi al unísono: «Dile que queremos saber cómo debemos estar delante de Dios».

### **Dios es bueno**

Un bien conocido escritor ateo argentino, llamado Pitigrilli, acudió a San Giovanni Rotondo convocado por el dramaturgo Antonelli. Llegó sin previo aviso, y durante la Misa del Padre Pío permaneció sentado en la oscuridad, al fondo de la iglesia.

Después de dejar el altar, el Padre Pío le dijo a los concurrentes: «Oremos fervientemente por alguien que tiene gran necesidad de oración, y que un día vendrá a la mesa eucarística y traerá a muchos que han estado en el error como él mismo».

Pitigrilli se deshizo en lágrimas. Más tarde, el Padre Pío le dijo: «¿Qué le beneficia un hombre ganar el mundo entero mientras pierde su alma. Verdaderamente, Dios es bueno contigo».

Pitigrilli experimentó una conversión profunda y duradera. Durante más de 30 años, escribió obras, artículos y libros con mensaje cristiano.

### **Asesor financiero**

Una pareja en Florencia era dueña de una tienda de joyería en el Ponte Vecchio, el famoso puente sobre el río Arno. Estaban dándole vueltas a venderla, pero estaban indecisos.

Pidieron consejo al Padre Pío, a través de su hijo espiritual Graziano Borelli, y el Santo les aconsejó: «Vendan tan pronto como sea posible».

El matrimonio no siguió el consejo: la inundación de noviembre de 1966 destruyó todas las tiendas en el puente.

### **Un marchante de arte**

Aure Caviggioli, un marchante de antigüedades de Montecarlo, tenía una pintura de la Virgen María que había comprado por veinticinco mil liras. Decidió darle el cuadro al Padre Pío como regalo.

El día antes de hacer el viaje a San Giovanni Rotondo, mostró la pintura a un amigo, afirmando que valía millones. Esa misma noche vio en sueños al capuchino, quien le dijo: «¿Por qué estás diciendo que la pintura vale millones, si solo se pagaron 25.000 liras por ella?».

Cuando Aure presentó la pintura al Padre Pío, él se echó a reír y dijo: «¿Con quién soñaste anoche, bribón?». Aure también se rió.

### **El lirio amado**

El famoso tenor Beniamino Gigli fue a visitar al Padre Pío en una limusina con chófer, cuando se encontraba en la cima de su carrera. En italiano Beniamino significa “amado”, y Gigli significa “lirio”.

Cuando el Padre Pío le vio, le dijo: «Usted se llama a sí mismo “lirio”, pero está engañando a su esposa y tiene una relación secreta con otra mujer. Se llama a sí mismo “amado”, pero usted no es amado de Dios».

El famoso tenor aceptó la acusación y se convirtió en un amigo fiel del Padre Pío. Solía cantarle la canción *Mamma* (Mamá), la canción favorita del Padre Pío.

### **El impostor**

En un autobús, durante un viaje organizado en 1961 para ver al Padre Pío, un hombre le dijo a su esposa: «Voy solo por acompañarte, porque no creo en ese impostor».

Cuando el Santo pasó por el vestíbulo y le vio, le dijo: «Bueno, aquí está el impostor». Y le puso la mano en la cabeza, mientras que el hombre pedía perdón.

## **Unos chicos traviesos**

En 1945, tres pilotos italianos fueron a ver al Padre Pío varias veces. En el transcurso de una de sus visitas, pidieron al padre Ignacio que se hiciera con una de las vendas con las que el Padre Pío cubría sus estigmas. El fraile rechazó tajantemente esa petición, pues estaba prohibido hacerse con reliquias del Santo, pero finalmente accedió al deseo de los militares, a condición de que no dijeran nada a nadie, incluyendo el Padre Pío.

Mucho tiempo después, volvieron al monasterio, y entonces el Padre Pío, al encontrarlo en el vestíbulo, les increpó, diciéndoles: «Sois muy traviesos. Sois la causa de que uno de mis hermanos haya cometido pecado». Ante aquellas palabras del Padre Pío, que había dicho con visible enfado, uno de ellos le preguntó qué que habían hecho de malo: «Sabéis de sobra lo que habéis hecho: hicisteis que el padre Ignacio entrara en mi habitación y consiguiera una de mis vendas para entregárosla».

Después de tan severas palabras, su expresión se suavizó, y dijo al padre Ignacio que le perdonaba, y que también perdonaba a aquellos hombres, pero que no le dijeran nada a nadie: «Llevé esas vendas sobre mi corazón. Iros en paz».

## **Agencia de colocación**

El Dr. Carlo Colalillo, de Boiano, Campobasso, declaró que una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial regresó a su casa. Estaba deprimido porque no tenía dinero ni trabajo. Su hermana ya había planeado ir a ver al Padre Pío, y cuando se encontró con él le pidió que rezara para que su hermano encontrara trabajo pronto.

El Padre Pío le dijo: «Él ya tiene trabajo». Ella hizo una mueca de perplejidad, no comprendiendo qué quería decir aquello. Ante la confusión de la mujer, añadió: «¿Tienes algún problema, o no has comprendido que tu hermano ya tiene un trabajo?». Ella estaba confundida. De vuelta a casa, su hermano le dijo que le habían ofrecido un trabajo importante, y él había aceptado.

## **Apóstol de los refugiados**

En septiembre de 1943, Luigi Pulcinelli era estudiante de oficial en el XII regimiento, cerca de Foggia. Los alemanes atacaron y tomaron la sede. A duras penas escapó hacia las montañas con otros cinco soldados. Una vez allí, se les sugirió que pidieran asilo en el convento.

«Llegamos al monasterio. Un fraile estaba celebrando Misa, y nos acomodamos en la zona más oscura de la parte trasera de la iglesia, para no llamar la atención. Al final de la Misa, el fraile volvió para la bendición, y antes de que lo hiciera invitó a los presentes a

que llevaran ropa de civil para los soldados que acababan de llegar. ¿Cómo lo supo?

Salimos de la iglesia y preguntamos quién era ese fraile. Nos dijeron que era el Padre Pío. Nos quedamos petrificados.

Se nos pidió que fuéramos a la sacristía. Estaba allí. Nos abrazó y habló con nosotros. Luego hizo que nos sirvieran una comida digna de un rey, preparada por Mary Pyle.

El Padre Pío nos recomendó que no saliéramos hasta que él lo dijera. Fuimos a preguntarle todos los días. El quinto día nos comunicó: «Váyanse ahora. Ya está todo seguro para que puedan marcharse. Confíen en Nuestra Señora».

Nos fuimos, y marchamos durante cinco días. Finalmente, llegamos a Campobasso sin encontrar alemanes por el camino».

### **Una buena noticia**

El Padre Juan San Juan, capellán del 15º Ejército, escribió que un día el Padre Pío le preguntó si sabía de cierto sargento: «Le dije que no lo conocía. El Padre Pío me dijo entonces: “Bueno, está en el segundo grupo de bombarderos. Dile que el bebé nació ayer y que tanto la esposa como el bebé se encuentran bien”».

El padre Juan se dirigió al escuadrón que el Santo le había indicado, y encontró al sargento, al cual preguntó si sabía algo del capuchino. Ante su respuesta negativa, el padre Juan le transmitió el aviso del Padre Pío, diciéndole que su hijo había nacido el día anterior. El sargento palideció.

Dos días más tarde le fue notificado por la Cruz Roja que su bebé había nacido.

### **Felicitación inesperada**

En 1944 el cabo Leo Fanning (en italiano sería Leone Fanning) fue asignado a la 304 División de bombarderos, junto con Mario Avignone y Joe Peluso. Cuando se le presentó al Padre Pío, este le dijo: «Tu nombre no es Leone. Algún día serás el Padre Leone. Debes ir al altar de Dios. No quiero que vayas a ningún otro sitio».

De vuelta a casa, Leo entró en el seminario y fue ordenado en Paterson, Nueva Jersey, el 30 de mayo de 1954. Diez minutos antes de la ordenación, recibió un telegrama de Western Union: «Felicitaciones por el día de tu ordenación. Padre Pío».

Leo no lo podía creer, porque él no le había dicho nada.

### **A la hora convenida**

El fotógrafo Modesto Vinelli testificó que solía ver al Padre Pío casi a diario. Un día, a

finales de 1918, el Santo le dijo: «Modesto, tenemos cincuenta años por delante».

Modesto también tomó fotografías en el día del 25 aniversario de su sacerdocio, en 1943. El Padre le recordó: «Modesto debo recordarte que todavía tenemos 25 años para irnos».

El 20 de septiembre de 1968, el Padre Pío concluyó: «Modesto, los cincuenta años se han terminado».

El Padre Pío murió tres días después.

### **Crónica de una muerte anunciada**

Don Pierino Galeone informó: «Un día, había un gran grupo de hombres en la sacristía. El Padre Pío estaba orando en acción de gracias después de la Misa. Cuando se levantó para irse, llamó a un hombre, para hablar con él. Todos teníamos envidia de ese gran privilegio.

Después de un tiempo el hombre se reunió con nosotros. Estaba pálido y triste, porque el Padre Pío le había dicho algo terrible: «Amigo mío, en una semana vas a dejar este mundo. No te preocupes. Ora con humildad. Voy a estar constantemente cerca de ti, y te acompañaré al cielo».

El hombre murió una semana después.

### **La lluvia asiática**

El Padre Denys estaba hablando con el Padre Pío en una ocasión, cuando hizo un comentario sobre el tiempo:

—¿Qué pasa con San Giovanni Rotondo? ¡Está siempre lloviendo!

—Sí, es cierto, llueve mucho aquí –contestó el Padre–: pero aquí también llueve la gripe asiática.

Evidentemente, el Padre Pío podía presentir lo que estaba a punto de pasar, porque poco después de que él dijo esas palabras, el Padre Denys enfermó con la gripe asiática.

### **«¡Llámenlo Pío!»**

De rodillas, mientras el Padre Pío estaba pasando por el pasillo, un hombre le dijo:

—Padre, mi esposa está esperando un bebé. ¿Qué nombre debemos dar al niño?

—Llámenlo Pío –contestó inmediatamente el Santo.

—¿Y si es una niña? –insistió el hombre.

—¡Llámenlo Pío! –repitió.

Por supuesto, fue niño.

Dos años más tarde, el mismo hombre hizo una petición similar, y el Padre Pío le dijo:  
—Llámenlo Francesco.

También fue varón.

### **A la hora exacta**

El Padre Agostino de Campolieto visitaba con alguna frecuencia al Padre Pío en San Giovanni Rotondo. En una ocasión, le mencionó que pronto iba a volver a Argelia. El Padre Pío le advirtió que allí iba a estar en peligro, por lo cual le aconsejó que no fuera. El Padre Agostino pensó seriamente en la advertencia del Santo, pero sentía que ya no podía cancelar su viaje.

Cuando regresó a Argelia, había allí un conflicto entre los franceses que vivían en el país y algunos grupos étnicos. Como el Padre Agostino hablaba francés, fue considerado sospechoso.

Una noche, a las 11:30 pm, la policía llegó a su casa y le arrestaron. En ese momento, recordó las palabras del Padre Pío. Fue llevado a la comisaría de policía e interrogado. Finalmente, fue liberado a las 5:00 am de la mañana siguiente.

Los capuchinos de San Giovanni Rotondo señalaron que el Padre Pío se sintió repentinamente enfermo a las 11:00 pm la misma noche que el Padre Agostino fue arrestado, y que permaneció enfermo hasta las cinco de la mañana siguiente.

### **«El Padre Pío lo había predicho»**

El Padre Pío predijo el bombardeo de Génova en otoño de 1940: «¡Ay! —exclamó, con los ojos arrasados en lágrimas— ¡Cómo van a destruir esa pobre ciudad! ¡Cuántos hogares, iglesias y monumentos reducidos a polvo!» Luego, dirigiéndose a su interlocutor, predijo: «Pero tranquilícese usted, su casa no ha sido tocada».

Esa profecía no permaneció en secreto. Cuando las bombas derrumbaron tantos monumentos y suntuosas mansiones, y en medio de las ruinas quedó intacta la casa en cuestión, muchos dijeron moviendo la cabeza: «El Padre Pío lo había predicho».

### **Cambio de planes**

En 1948, el misionero capuchino Louis Magliacanni estaba a punto de regresar a la India después de una visita a su familia en Italia. En pocos días el barco dejaría Nápoles para viajar hacia allí.

Un amigo le sugirió que visitara al Padre Pío. Louis creía que el Santo era una estafa, pero su amigo. El amigo sugirió que fuera de todos modos, y así tendría una visión de primera mano de la estafa.

Una vez en san Giovanni Rotondo, el Padre Pío le dijo: «Nunca vas a volver a la India. Vas a ir a Arabia».

El Padre Louis le replicó: «Antes de venir aquí pensé que estaba usted loco. Ahora sé quién es».

El Padre Louis permaneció para el almuerzo en el convento. Durante la comida, le llamaron por teléfono. Era un cardenal de la Congregación para la Propagación de la Fe, quien le dijo que no fuera a la India, sino que tenía que ir de inmediato a Roma. Allí, el cardenal y el Padre Louis tuvieron una audiencia privada con el Papa Pío XII.

El Papa le dijo a Louis: «Has sido elegido para abrir una nueva misión en Arabia». Louis respondió: «¡Ya lo sabía! El Padre Pío me lo dijo. Pensé que estaba loco. Ahora me doy cuenta de que es un santo!».

### **Un retraso en la salida**

El Padre Paolino da Casacalenda, Superior del monasterio cuando el Padre Pío recibió los estigmas, y más tarde Superior Provincial, tenía una hermana que vivía en San Giovanni. Iba allí a menudo, ya sea para visitar al Padre Pío o bien para ver a su hermana.

En el día concreto en el que sucedió este episodio, el padre Paolino estaba muy apurado. Después de haber comido con sus compañeros, se dio cuenta de que el Padre Pío se marchaba sin despedirse, así que le llamó: «Así que, ¡te vas sin abrazarme!» El Padre Pío contestó: «Reverendo Padre, no te vas a ir hoy». El Padre Paolino le aseguró que ciertamente iba a marcharse, pues el coche y el conductor le esperaban ya en la puerta. El Padre Pío se limitó a repetir que no se iría ese día.

El Padre Paolino estaba convencido de que el Padre Pío se estaba burlando de él, así que se despidió de todo el mundo y fue a la casa de su hermana. Cuando llegó allí, se encontró con que el conductor estaba reparando el motor del coche. Le dijo al sacerdote que era un problema menor que no impediría su partida.

Después de tiempo y esfuerzo, sin embargo, se hizo evidente que el problema era más grave que lo que había pensado el conductor. Era un trabajo para un mecánico, lo que significaba que no podrían salir hasta el día siguiente.

El Provincial regresó al monasterio para pasar la noche, y cuando el Padre Pío le vio, dijo: «Y bien, Padre, ¿qué te había dicho?».

## **Un río de bendiciones**

El señor Alberto Galletti, muy amigo del cardenal Montini, arzobispo de Milán, en junio de 1956 fue a San Giovanni Rotondo llevando los saludos del cardenal al Padre Pío, y le pidió una bendición especial para su arzobispo.

—No una bendición, sino un río de bendiciones —dijo el Santo. Y añadió—: Tú debes decirle al cardenal Montini que, después de este, él será Papa. ¿Has entendido? Tienes que decírselo, para que se prepare.

## **De estudiante a Papa**

Conocemos también lo que le dijo el Padre Pío al joven sacerdote Karol Wojtyla cuando en el verano de 1947 fue a San Giovanni Rotondo para encontrarse con él. El estudiante polaco habló largamente y se confesó con él. Se sabe que en aquella ocasión el Padre Pío le dijo al joven sacerdote:

—Serás obispo y llegarás a ser Papa, pero veo sangre.

Esta noticia nunca fue desmentida por el Vaticano, antes bien fue confirmada por varias personas, entre ellas el párroco del famoso santuario de Czestochowa.



# EL APÓSTOL DEL CONFESIONARIO

## **Deseo cumplido**

Eran muchísimas las personas que querían confesarse con el Padre Pío, por lo cual que crearon un registro para inscribirse. Después, la gente tenía que volver a casa y esperar a que les llamaran por teléfono. Para los hombres la espera llevaba alrededor de un mes; para las mujeres, de 10 a 12 semanas.

Todo el proceso fue muy estricto, y no había manera de conseguir acortar los tiempos de espera. Las personas inscritas iban cada mañana para comprobar el libro de reserva. Luego, avisaban al penitente cuando su turno era de 2-3 días.

Por un error, Gaetana Caccioppoli se enteró consternada cuando estaba en la fila de que había cometido un error en la fecha, ya que su turno estaba fijado realmente para la semana siguiente.

Salió de la Iglesia apesadumbrada, y se sentó en un banco de la plaza. Rumiando sus pensamientos, se dirigió al Padre Pío mentalmente, pidiéndole que enviara a buscar por ella para la confesión. No habían transcurrido ni cinco minutos cuando un fraile que había salido de la iglesia se le acercó:

—¿Signora Caccioppoli? El Padre Pío la está esperando: dice que es su turno para confesar.

La mujer se dirigió hacia el fraile, a pesar de sus piernas temblorosas. Entró en el convento, y se confesó con él.

## **Debajo del colchón**

Una señora que sufría de terribles jaquecas decidió poner una foto del Padre Pío debajo de su almohada, con la esperanza de que el dolor desapareciera. Al ver que después de varias semanas el dolor no remitía, decidió “vengarse” del Santo: «Pues mira, Padre Pío, como no has querido quitarme la jaqueca te pondré debajo del colchón como castigo». Y así lo hizo.

Meses después acudió a San Giovanni Rotondo para confesarse con el Santo. Nada más arrodillarse, la miró fijamente y, dando un ruidoso golpe, cerró la rejilla del confesionario. La señora quedó asombrada ante aquel gesto. Enseguida, la rejilla se abrió, y el Padre Pío le dijo con una sonrisa: «No te gustó ¿verdad? ¡Pues a mí tampoco me gustó que me pusieras debajo del colchón!».

## **El zapatazo**

Un paisano del Padre Pío sufría un tremendo dolor de muelas. Su esposa le recomendó que rezara al Padre Pío para que desapareciera: «¿Por qué no rezas al Santo para que te quite el dolor de muelas? Mira, aquí está su foto, rézale». Ante aquel consejo, el hombre empezó a vociferar: «¿Con el dolor que tengo quieres que me ponga a rezar?» A continuación, cogió un zapato y lo arrojó con violencia contra la foto del Santo.

Meses después, fue con su esposa a confesarse con el Padre Pío. Al acabar de decir sus pecados, le dijo: «¿Qué más recuerdas?» «Nada más», contestó el hombre. «¿Nada más? ¿Y qué hay del zapatazo que me diste en plena cara?».

## **Manos sucias**

Una joven terciaria franciscana, que ayudaba a repartir a los pobres, halló cierto día una buena pieza de tela y, pensando que también ella era una necesitada, se la guardó. Cuando fue a confesarse con el Padre Pío, este le gritó:

- ¿Tienes las manos sucias!
- No, Padre, me he lavado las manos.
- ¿Y aquella tela que has robado?
- Era la tela era para los pobres, y yo soy pobre.
- Sí, pero debiste pedir permiso.

## **El caso de la cartera robada**

Un señor se acercó al confesionario y confesó sus pecados, pero el Padre Pío le preguntó: «Y el asunto de la cartera robada, ¿lo quieres confesar?» El hombre, sorprendido, le dijo: «¿Cuál cartera?». El Padre respondió: «No parece recordarlo ya. Fue en la campaña francesa: entraste en una casa y encontraste una cartera. Había 75.000 francos en ella. No estabas necesitado y no tenías derecho a coger ese dinero». El hombre respondió: «No sabía a quien pertenecía la cartera». «Es extraño», replicó el Padre, «tampoco sabías de quien era la casa. ¿Por que no la tomaste también?». El señor se quedó mudo, sin saber qué decir. El Padre Pío le instó a que devolviera ese dinero a través de la limosna, hasta que reintegrara toda la cantidad que había en un principio en la cartera.

El hombre le contestó con rabia: «¡No quiero hacer eso, Padre!» «Entonces, no te daré la absolución», contestó el capuchino.

Unos días después, el señor, agobiado por el remordimiento, volvió y accedió a

devolver el dinero. Solo entonces el Padre Pío le perdonó los pecados.

## **Derecho preferente**

*(Testimonio de Rachele Ricciardi, Campitello Matese, Italia, 26 de diciembre de 1998)*

La señora Rachele Ricciardi, de San Giovanni Rotondo, quería confesar con el Padre. Como tenía una gran familia que cuidar, necesitaba encontrar un momento en que no hubiera mucha gente. Robó algunos momentos de sus muchos deberes y tareas, subió al convento y se unió a la cola delante del confesionario. Esto sucedió antes de que hubiera que sacar turno para las confesiones, por lo cual el orden en el confesionario lo marcaba el lugar que se ocupara en la fila.

Sin embargo, esa mañana había mucha gente y parecía como si su vez nunca fuera a llegar. Esperó pacientemente como pudo, pero finalmente sus pensamientos corrían a la preparación de la comida y los otros trabajos que tenía que hacer en casa. Así que decidió volver a casa. Pero cuando estaba a punto de abandonar, el Padre Pío recorrió la cortina del confesionario y dijo a las mujeres que estaban delante de ella en la fila: «Dejad que pase esa mujer».

Y así fue que a la madre ocupada se le dio la gracia de hacer su confesión de la mañana.

## **Un pecado oculto**

El Padre Rómulo declaró: «El Padre Benito me contó que él confesaba a una mujer que comulgaba frecuentemente. Un día el Padre Pío le escribió para advertirle que aquella mujer tenía un pecado oculto y que el Señor estaba cansado de ella. El Padre Benito trató de preguntarle, pero ella no decía nada. El Padre Pío le dijo cuál era su pecado y ella no lo pudo negar».

## **Cuestión de paciencia**

María Pompilio contaba el hecho siguiente, que escuchó en su propia casa al Padre Prior de santa María Maggiore, que decía a otros dos sacerdotes: «Esta mañana me he convencido de lo que es el Padre Pío. Estaba él orando en el coro, mientras yo también estaba allí dando gracias después de la Misa. En un cierto momento se acercó fray Constantino y le dijo: “Padre Pío, en el pasillo hay un señor que quiere confesarse, ¿puedo hacerle entrar?” El Padre ni respondió ni se movió. A los pocos minutos, de

nuevo fue a decirle lo mismo. Entonces el Padre Pío levantó la cabeza y le respondió: “Ese señor ha hecho esperar 25 años a Nuestro Señor, ¿y no me puede esperar cinco minutos?”

Salí al corredor y vi al señor impaciente que me dijo: “Padre, tengo temor de que me rechace el Padre Pío, porque son 25 años que no me confieso”. Yo le di ánimos y, en ese momento, apareció el Santo, que le llamó y le invitó afablemente a confesarse.

### **Una chuleta innecesaria**

Una vez, monseñor Gannon –el «Monseñor americano», como lo llamaba el Padre Pío– estaba hablando con algunos amigos en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia. De repente, un hombre se acercó al grupo con un boleto para el confesionario del Padre Pío:

—Yo no voy a ser capaz de utilizar este billete –dijo el hombre– ¿A alguno de ustedes le gustaría quedarse con él?

—Déselo a Monseñor Gannon –respondió un hombre del grupo.

Monseñor Gannon tenía ahora un billete para el confesionario, pero tenía un problema: no sabía hablar italiano, y el Padre no oía confesiones en inglés. Uno de los amigos de Monseñor que hablaba italiano se ofreció a ayudarlo, proponiéndole que escribiera su confesión, y que después él la traduciría al dialecto italiano que hablaba el Santo.

Monseñor Gannon se mostró muy agradecido por la ayuda, y practicó su confesión en italiano hasta que tuvo la confianza necesaria en que el Padre Pío sería capaz de entenderle.

Una vez en el confesionario, comenzó a leer el papel que su amigo había transcrito para él. Cuando estaba a mitad de camino de su confesión, el Padre Pío de repente le interrumpió, y comenzó a decirle lo que había en el resto del papel, palabra por palabra. Monseñor Gannon sabía que era imposible para el Padre ver lo que contenía el escrito que tenía en la mano, por lo cual apenas podía creer lo que había sucedido.

### **Dos miserables**

Un hombre y un amigo salieron de su ciudad en un camión, con algunos muebles que tenían que transportar a una localidad cercana a San Giovanni Rotondo. Estaban cerca de su destino cuando el camión sufrió una avería y se detuvo. Trataron de arrancar el motor de nuevo, pero sin éxito. En ese momento el conductor perdió la calma y lleno de ira empezó a maldecir.

Al día siguiente, los dos hombres fueron a San Giovanni Rotondo, donde uno de los

hombres tenía una hermana. Con la ayuda de ella lograron ir a la confesión del Padre Pío.

El primer hombre entró en el confesionario, pero el Santo le despidió. Luego fue el turno del conductor. Empezó a decir algo al Padre Pío: «He estado enfadado...». Pero el Padre le gritó: «¡Miserable! ¡Has maldecido a nuestra Madre! ¿Qué culpa tuvo Ella?» Y también le echó fuera del confesionario.

### **¿Imágenes o galletas?**

En 1926, un conductor de autobús de San Severo llevaba a varios peregrinos a la gruta en Monte Sant'Angelo. Era un santuario dedicado a San Miguel Arcángel, que se había aparecido allí y había sido venerado durante siglos.

El conductor, un seguidor del Padre Pío, asistió a la Misa con los peregrinos y luego se fue a dar una vuelta por la ciudad. Llegó a una panadería donde estaban haciendo galletas, una especialidad de la zona, y compró algunas para compartir con los peregrinos. Cuando recibió la bolsa, se dio cuenta de que había recibido solo la mitad la cantidad que había pedido. Esto le irritó tanto que se le escapó una blasfemia.

Regresó para recoger a los peregrinos y los llevó a San Giovanni Rotondo, donde iban a confesarse con el Padre Pío. Cuando el sacerdote terminó de escuchar sus confesiones, se volvió hacia el conductor y le preguntó: «Y tú, hijo mío, ¿No quieres una bendición?» El conductor respondió que en realidad no tenía nada que confesar y que su conciencia estaba en paz. El Padre Pío insistió, por lo que el conductor entró en el confesionario.

El sacerdote le preguntó por lo que había estado haciendo durante todo el día. El conductor dijo que había ido a Misa con los peregrinos en Sant'Angelo y que había comprado algunas fotos. El sacerdote le dijo: «Pero no fueron las imágenes las que te hicieron blasfemar, más bien algo que comiste». El hombre recordó entonces la blasfemia que había pronunciado al salir de la panadería.

### **Un buen espectáculo**

En septiembre de 1955, algunas personas de la parroquia de Nuestra Señora de Gracia de San Severo, junto con algunos capuchinos, fueron en peregrinación al santuario de Nuestra Señora de las Lágrimas en Siracusa.

Los sacerdotes vieron al Padre Pío antes de emprender su viaje, para pedir sus oraciones y su bendición, pero también le invitaron a unirse a ellos si así lo deseaba. Ante esta invitación, el Santo dijo: «¡Adelante! Voy a seguiros». Sin embargo, no se marchó de San Giovanni Rotondo.

Los peregrinos comenzaron el viaje. Cuando llegaron a las cercanías de Cosenza vieron un enorme campo de melones, y no pudieron resistir la tentación de darse un festín con ellos. Detuvieron el autobús, compraron algunos melones al agricultor, y se hartaron. Pero los melones no son fáciles de digerir y, recalentados por el sol, produjeron efectos desastrosos en los sistemas gastrointestinales de los peregrinos. El autobús tuvo que pararse, ya que los peregrinos necesitaron dispersarse alrededor de los campos para aliviarse de esa comida tan copiosa. Finalmente, salieron y llegaron a Siracusa sin más paradas. Visitaron el santuario, orando por todas sus intenciones, y subieron al autobús de regreso a casa.

En el camino, el conductor tuvo que parar porque la carretera estaba bloqueada. Salió del autobús para buscar otro camino, pero no lo había. Nerviosos, todos comenzaron a invocar al Padre Pío para que les ayudara a salir de esa situación. Inmediatamente, como era normal cuando el Santo estaba cerca, surgió un fuerte perfume que parecía venir en oleadas. A continuación, los peregrinos vieron a algunos policías haciendo sus rondas y desbloqueando la carretera, y así el viaje continuó sin incidentes.

A su regreso, los peregrinos fueron a buscar al Padre Pío, que acababa de decir Misa y se preparaba para hacer su acción de gracias. Los miró de una manera afable y, con una sonrisa un poco burlona, dijo: «¡Fue un buen espectáculo lo que pasó con los melones! ¡Y fue un buen susto lo de la carretera de Palermo la otra noche!».

### **Dos payasas**

A dos estudiantes de enfermería vestidas con minifalda se les dijo que, si querían confesarse con el Padre Pío, era necesario llevar ropa más larga. Así lo hicieron, y una de ellas, mirándose en un espejo, dijo: «Vamos a parecer payasas». Cuando llegó el Padre Pío miró a la cola de la gente que esperaba, y dijo al fraile que le acompañaba: «No voy a confesar a esas dos payasas».

### **Más payasas**

A una chica en minifalda se le dijo que necesitaba un vestido más largo si quería confesar con el Padre Pío, por lo cual fue a una tienda con su madre para comprar ropa adecuada. Mirándose en el espejo con el nuevo vestido, dijo: «Si mi novio me viera, pensaría que parezco una payasa».

Cuando llegó su turno y la reja se abrió, escuchó: «¡Vete! ¡No confieso a payasas!».

### **No y no**

El Padre Gerardo Di Flumeri refiere: «Algunos años antes de la muerte del Padre Pío, llegó a san Giovanni Rotondo un señor, bienhechor de sus obras, que vivía en América. Al acercarse al Padre Pío, le mandó fuera bruscamente. El pobre hombre insistía en hacerse reconocer como benefactor, pero el Santo le insistió en que se fuera. Fue a san Severo a contarme el trato humillante que había recibido y yo le aconsejé que fuera a confesarse con otro sacerdote, pero él me pidió que le acompañara y que intercediera ante el Padre Pío como bienhechor. Hablando con él pudo confiarme que tenía una joven amante con la que traicionaba a su esposa algunas veces. Entonces entendí el porqué del rechazo del Padre Pío, que tenía el don del conocimiento de los corazones. Por eso, le dije: “Si vamos los dos a verlo, nos echará afuera a los dos”.

Fuimos al convento y, apenas nos vio, dijo: “¿Has ido a llamar a un abogado? ¡Váyanse afuera los dos!”.

Nos retiramos y él se echó a llorar. Yo le exhorté a confesarse con otro sacerdote. Se confesó y regresamos los dos de nuevo a ver al Padre Pío. Esta vez él le recibió bien, y le abrazó. Al despedirse, le insistió: “Ahora que vuelves a América, vive como buen cristiano, ¿has entendido?”

Vuelto a América, después de un año me escribió una carta, pidiéndome que le preguntara al Padre Pío si podía volver a visitarlo, pero el Padre respondió tajante que NO. Supe por una hija suya que había vuelto a retomar la relación con su amante, que era la causa de la discordia en la familia. Después de varios meses, me escribió diciendo que ya todo había terminado y había vuelto a Dios definitivamente. Entonces el Padre Pío me hizo escribirle que ya podía volver. Así pudo recibir la bendición del amado Padre para sí y su familia».

### **Un puerco en el confesionario**

El mismo Padre Gerardo Di Flumeri relató el hecho siguiente: «En 1951 fui a predicar la Cuaresma a cierta parroquia y el párroco me preguntó si conocía al Padre Pío. Yo le respondí que sí, y que era un religioso de santa vida. Él me dijo que un ciego de su parroquia había ido a confesarse a san Giovanni Rotondo y el Padre Pío, antes de arrodillarse, lo mandó fuera, diciéndole: “¡Puerco!, ¡fuera de aquí!” Él se alejó resentido. Hablé con el ciego y, preguntándole, me aclaró que vivía con su empleada sin estar casados. Yo le expliqué que eso era un pecado, y por eso el Padre Pío le había expulsado del confesionario, a donde había ido buscando solamente la curación física. El ciego meditó en mis palabras y, después de algunos días, se acercó para manifestarme que había decidido casarse y quería que le confesara, asegurando que, después de casados, iría a san Giovanni Rotondo para agradecer al Padre Pío por su amorosa rudeza».

## **Otro cerdo en el confesionario**

Un hombre, que fue arrojado fuera del confesionario por el Padre Pío, declaró: «¿Qué clase de monje canalla es este fraile? ¡No me dio tiempo de decir ni una palabra, pero en seguida me llamó “viejo cerdo” y me dijo que me fuera!» Alguien le dijo que el Padre Pío probablemente tenía buenas razones para llamarlo así y tratarlo de esa manera. «No acierto a saber por qué», repetía el hombre que había sido expulsado de la confesión, aunque más tarde, tras una pausa, confesó que podría deberse «a que estoy viviendo con una mujer que no es mi esposa».

## **Cómo pillar a un mentiroso**

Un hombre de Padua que había ido a confesarse con el Padre Pío trató de ir a la confesión de nuevo antes de que hubiera transcurrido el período de espera de ocho días. Con el fin de eludir ese problema, mintió acerca de la cantidad de días que habían pasado desde su última confesión. Pero cuando entró en el confesionario, el Padre Pío le echó fuera, mientras le acusaba de ser un mentiroso. Después de ser expulsado, el hombre dijo con lágrimas: «He dicho muchas mentiras durante mi vida, y pensé que podía engañar al Padre Pío también».

## **El tiro por la culata**

Dos masones, que se oponían firmemente a Dios y a la Iglesia Católica, decidieron hacer confesiones falsas con el Padre Pío, contándole pecados inventados, con el objetivo de profanar el sacramento de la Penitencia. Fueron al confesionario en momentos distintos, pero nada más empezaron a confesar sus supuestos pecados, el Padre Pío les detuvo, les dijo que él sabía lo que estaban haciendo, y luego empezó a contar los pecados reales de cada uno, así como el tiempo, el lugar y la forma en que los habrían cometido. Los dos hombres quedaron tan abrumados, que pocos días después se arrepintieron de sus vidas pecaminosas y se convirtieron.

## **¡Me ha dicho todo!**

Un día un hombre salió de la iglesia, después de haberse confesado con el Padre Pío, y se puso a gritar loco de alegría a todas las personas que se le acercaban: «Hacía 35 años que no entraba en una iglesia. ¡Sí, 35 años que no quería saber nada ni de Dios ni de la Virgen ni de los Santos! ¡Llevaba una vida de infierno! Hasta que, un día, una persona me dijo: “¡Vaya a San Giovanni Rotondo!” Solté una carcajada y contesté: “¡Si usted cree que ese Padre me va a convencer está muy equivocado!”

Pero esa idea no me dejó en paz. Era como una perforadora que excavaba dentro de mí. Finalmente, no pudiendo más, me dije: “¿Por qué no ir? Así acabaré con esta obsesión”.

Llegué anoche. No había lugar para uno como yo, acostumbrado a las comodidades. Pasé la noche pensando en mis pecados y sudando abundantemente. A las dos de la madrugada, se oyeron varios despertadores. Me levanté con todos los demás, pero blasfemando contra todos. No obstante, me dirigí a la iglesia. No entendía lo que me sucedía por dentro. Esperé como los demás y entré con todo el mundo. Asistí a la Misa del Padre Pío. ¡Qué Misa! Me mordía los labios, me defendía... pero no tenía nada que hacer, comenzaba a perder terreno. La cabeza me estaba explotando. Después de la Misa seguí a los hombres que iban a la sacristía como un autómata. Al entrar, el Padre Pío vino a mi encuentro y me dijo: “¿No sientes en la cabeza la mano de Dios?” Yo contesté: “Confíeseme, Padre”.

Apenas me había arrodillado, sentí la cabeza vacía como una olla. Me era imposible recordar mis pecados. El Padre esperó un poco y luego me dijo: “¡Animo, hijo!: ¿no me dijiste todo durante la Misa? ¡Ánimo!” ¡Y me dijo todos mis pecados! Yo le contestaba solamente “Sí”. ¡Ahora me siento limpio como un niño! ¡Ahora me siento feliz!».

### **La memoria de Joe Greco**

Joe Greco, un gran devoto del Padre Pío, tuvo un sueño en el que se encontró con él en un camino y le pidió que salvara a su padre enfermo. El padre de Joe se recuperó sorprendentemente después del sueño. Con el fin de darle las gracias personalmente, decidió viajar a San Giovanni Rotondo. Tras una espera de cuatro días, logró confesarse. Joe describió así aquella confesión:

«Cuando el Padre Pío me vio, me dijo: “Entonces, ¿tu padre ya está bien?”. Aquello me dejó asombrado, porque yo nunca antes había estado en San Giovanni Rotondo, ni conocía a nadie allí. Pensando en mi sueño, mentalmente le hice la pregunta: “¿Era usted?” Y él respondió: “En el sueño, en el sueño”. Empecé a temblar, y le dije: “Sí, Padre, en el sueño”. Le dije mis pecados, y antes de que él me diera la absolución me dijo: “Ahora bien, hay algo más que usted sabe, y que no mencionó en la confesión”. “Padre –le respondí–, no puedo recordar nada más”.

Entonces pasó a describir un incidente con una chica en un parque cuando estuve por primera vez en el ejército. De repente aquella escena volvió a mí. Deseaba que la tierra se abriera y me tragase, tan avergonzado estaba. Entonces le dije: “Sí, Padre, ya me acuerdo y me temo que se me olvidó decírselo en la confesión... Estoy tan avergonzado”.

“Bueno”, dijo, “has estado llevando este pecado contigo desde 1941, y el lugar estaba en Blackburn”. Me levanté para marchar, pero entonces añadió: “Hay algo más que te has olvidado”, y había una leve sonrisa en su rostro. Le dije: “¡Oh no, Padre!: realmente no hay nada más que pueda recordar”. Pensé que se trataba de algún pecado más. “Mira en tu bolsillo”, me ordenó. Allí encontré mi Rosario, que había llevado con la intención de que lo bendijera. Se lo di, lo bendijo y me lo devolvió».

## **Historia de Joey Lomangino**

Joey Lomangino perdió la vista y el olfato en 1947 como consecuencia de un absurdo accidente que le cortó el nervio óptico y el olfativo. Después de un penoso período de rehabilitación, rehízo su vida, convirtiéndose en un exitoso hombre de negocios.

De origen italiano, cuando su médico le recomendó que tomara unas vacaciones debido al exceso de trabajo decidió ir a visitar a algunos familiares al sur de Italia. Una vez allí se enteró que su tío tenía planeado un viaje a San Giovanni Rotondo, para visitar al Padre Pío. Joey no era practicante en aquellos tiempos, pero accedió a acompañarle.

Sin saber muy bien cómo, al acabar la Misa se encontró en una sala junto con otros hombres, que esperaban al Santo para que les impartiera su bendición. Joey contaba así lo que sucedió:

«Cuando el Padre Pío entró en la habitación todos nos arrodillamos para recibir la bendición. Entró por el lado izquierdo del cuarto y lo atravesó por el frente. Oí movimiento de rodillas, sin saber qué pasaba. De repente, el Padre Pío puso sus brazos sobre mí, me besó en la frente, y me dijo: “¡Joey, me alegro tanto de verte!” Fue mi tío quien me dijo que era él quien me abrazaba; yo no sabía qué decir, pues había sido casi el último en entrar, y nadie sabía que iba a ir, ni yo mismo».

Joey quedó profundamente impactado. En 1963 decidió ir a confesarse con el Santo: «Fui a ver al Padre Pío al confesionario, arrodillándome en el reclinatorio. El Padre estaba sentado frente a mí. Me tomó de la mano, cosa que me impactó por su contraste con el confesionario americano, con paneles entre el sacerdote y el penitente. “Joey, confíésate”, me dijo. Para ser franco, encontré esto muy embarazoso, pues no estaba llevando una vida correcta. Me sentía confundido y no sabía qué decir. Entonces, el Padre Pío me dijo en italiano: “Confíésate”. Pero de nuevo no encontraba qué palabras decirle.

Entonces, en perfecto inglés, me dijo: “Joey, ¿recuerdas cuando estuviste en un bar con una mujer de nombre Bárbara? ¿Recuerdas los pecados que cometiste?” Y me recordó los sitios donde había estado, las personas con las que había estado, y los pecados que había cometido. Sudando de angustia, tuve la gracia de reconocer que valía

la pena soportar todo eso si eso significaba volver a ser feliz.

Realmente, creía que el Padre Pío podría ayudarme. Cuando llegó al fondo de todos mis pecados, después de lo que me pareció como un millar de años, me dijo en italiano: “¿Estás arrepentido?” Y yo contesté: “Sí, lo estoy, Padre”.

Al darme la absolución, me restregué los ojos con las manos, mientras la cabeza me daba vueltas y más vueltas. De repente, mi mente se aclaró total y completamente. Entonces puso su mano estigmatizada sobre mis labios y besé las llagas. Me dio entonces un ligero golpe en la cara y me dijo en italiano: “Joey, un poco de paciencia y coraje y estarás bien”.

Tenía 33 años y el firme propósito de enmendar mi vida. Estaba arrepentido de todos los pecados que había cometido. Me sentía tan bien, tan limpio, que no quería siquiera involucrarme con nadie por miedo a perder la gracia recibida».

Mientras Joey se arrodillaba con otros hombres para recibir la bendición del Santo, recibió otra gracia: «Cuando sufrí el accidente en 1947, perdí no solo la vista, sino también el sentido del olfato. Al arrodillarme para recibir la bendición, quedé atónito al percibir la fragancia de rosas que venía de la sangre de sus manos. Me eché hacia atrás contra la pared y levanté los brazos para protegerme, pues no sabía qué pasaba. El Padre Pío bajó mis brazos y me dijo en italiano: “Joey, no tengas miedo”, y me tocó en el puente de la nariz, devolviéndome el sentido del olfato, después de estar sin él desde el día del accidente, en junio de 1947, hacía 16 años».

Lomangino se convirtió posteriormente en un activo propagandista de las apariciones marianas de Garabandal, fundando en Estados Unidos una asociación para difundir sus mensajes, y también para propagar la obra del Padre Pío.

### **Camino al sacerdocio**

El Padre Mariano Paladino, uno de los capuchinos de San Giovanni Rotondo, fue abordado en una ocasión por un joven del norte de Italia. El joven confió al capuchino las muchas cargas que estaban en su corazón: estaba pasando por un momento religioso particularmente difícil, y muchos otros problemas pesaban sobre él. Después de escucharle, el Padre Mariano sugirió al joven que hablara con él.

Siguiendo su consejo, un día el joven se fue a confesar con el Padre Pío, pero, antes de que pudiera pronunciar siquiera una palabra, el Santo le dijo: «Quiero que respondas sí o no a las preguntas que te voy a hacer: solo eso y nada más». Entonces comenzó un examen de conciencia: uno por uno, nombró una lista de pecados graves, preguntándole al joven si los había cometido o no. Para su vergüenza, el joven tuvo que responder que

sí a todo pecado que el Padre Pío había nombrado.

Después de esta experiencia humillante, le dijo que debía abandonar el confesionario, dándole a entender que no le daba la absolución.

El joven quedó deprimido y comenzó a llorar. Lloró durante tres días. Pero algo le impulsó a volver al monasterio, y así lo hizo. Se las arregló para posicionarse en un lugar por donde el Padre Pío estaba pasando. Sintió entonces una maravillosa fragancia de perfume, y supuso que el capuchino llevaba colonia para después del afeitado.

Cuando regresó a su hotel, vio una fotografía del Padre Pío en la pared. Su mirada penetrante era tan intensa que tuvo que cerrar sus propios ojos. Cuando los abrió, la foto había desaparecido. Entonces preguntó a uno de los empleados del hotel sobre la imagen, y este le informó de que nunca había habido una imagen del Padre Pío colgada en la pared. El joven se dio cuenta entonces de que la presencia del fraile era solo para él, y comenzó a reflexionar profundamente sobre el encuentro que había tenido con el Santo.

Después de recuperar su paz, decidió volver al monasterio y visitar al Padre Pío, una vez más. Se confesó nuevamente, y habló con él acerca de la dirección de su vida.

Se hizo sacerdote.

## **Una bofetada lejana**

### ***(Testimonio de Pasquale Cattaneo)***

«Aunque, hasta cierto punto, yo estaba involucrado personalmente en esta historia, no habría conocido la secuencia de los hechos de no habérmelos contado la misma Giovanna Rizzani, marquesa de Boschi, la protagonista de la primera bilocación del Padre Pío.

Hace muchos años vivía en Nápoles, en la Via del Casale, cerca de la Via Marechiaro, donde yo residía.

Llegué a conocerla porque mi comunidad había pedido a su marido, un ingeniero, que llevara a cabo algunos trabajos en nuestra casa. Esto significaba que, en ocasiones, tuve que llamar a la casa de la marquesa Boschi.

En el curso de una conversación hablamos del Padre Pío, a quien había conocido desde 1940. De vez en cuando, ella venía a nuestra capilla de la comunidad para la confesión y la Santa Comunión.

Un día llegó a eso de las nueve de la mañana, y bajamos para escuchar su confesión y darle la comunión. Luego, subí a mi habitación.

Más tarde, en Roma, me preguntó si, en esa mañana que fue a la confesión, había oído

el sonido de una bofetada o había mirado fuera del confesionario. Durante nuestra conversación la marquesa me dijo: «¿Sabes que el día que fui a confesarme el Padre Pío me dio una bofetada?».

«¡Una bofetada! –le dije– Pero no he oído nada!».

«Tal vez usted no –respondió ella–, pero yo sí, ¡y cómo!» Luego pasó a explicar que el Padre Pío, al ver que ella había desarrollado el hábito de confesar los pecados ya mencionados en confesiones anteriores, le prohibió hacerlo. A pesar de su consejo, siguió haciéndolo, hasta que un día le dijo: «La próxima vez que hagas eso, te daré una bofetada!».

¡Esa mañana había cumplido su palabra!



# BILOCACIONES (1)

## Historia de Giovanna

La primera bilocación conocida del Padre Pío tuvo lugar en enero de 1905, cuando era un fraile de 18 años de edad, y estudiaba en Sant’Elia a Pianisi.

En una carta a su director espiritual de febrero de 1905 relataba así su experiencia: «Hace días me pasó algo insospechado: mientras me encontraba en el coro me hallé de repente en una casa señorial donde moría un padre mientras nacía una niña. Se me apareció entonces la Santísima Virgen, que me dijo: “Te confío esta criatura, es una piedra preciosa en estado bruto. Trabájala, límpiala, hazla lo más brillante posible, porque un día quiero usarla para adornarme...”»

Le contesté a la Virgen:

—¿Cómo puede ser posible eso, si yo soy todavía un estudiante y no sé si un día podré tener la suerte y la alegría de ser sacerdote? Y, aunque llegue a ser sacerdote, ¿cómo podré ocuparme de esta niña, viviendo yo tan lejos de aquí?

La Virgen me respondió: “No dudes. Será ella quien irá a buscarte, pero antes la encontrarás en la Basílica de San Pedro en Roma”. Después de esto... me encontré otra vez en el coro».

La niña de la que se habla en el escrito era la marquesa Giovanna Rizzani Boschi, «Vanina» para sus amigos. Ella fue uno de los 6 testigos que declararon en el proceso de beatificación. Su vida estaba llena de circunstancias que no tenían una explicación racional.

Su padre estaba inscrito en la Masonería, y tenía la casa vigilada para impedir el paso a cualquier sacerdote. Horas antes de morir, su esposa Leonilde —que era muy religiosa— estaba cerca del lecho del moribundo recogida en oración y lágrimas, muy angustiada ante el hecho de que su esposo moriría sin recibir los auxilios religiosos. De repente, vio salir de la recámara y alejarse por el pasillo a un fraile capuchino. Se levantó enseguida, le llamó, y le siguió, mientras el fraile desaparecía,

Al salir al jardín, sintió los dolores del parto, y dio allí mismo a luz a una niña prematura. El administrador dejó pasar al extraño sacerdote, que bautizó a la niña y administró los sacramentos a su marido antes de que muriera.

La carta del Padre Pío estuvo en poder del Padre Agostino durante muchos años, hasta que finalmente se la entregó a Giovanna. Esta preguntó al Padre Pío sobre la carta, y el Santo confirmó su autenticidad.

Tras la muerte de su marido, Leonilde se trasladó con su hija a Roma, para vivir con sus padres.

Naturalmente, el encuentro vaticinado de aquella niña y el capuchino en Roma se produjo, sin que el Padre Pío saliera de su convento.

En el verano de 1922, Giovanna fue con una amiga a confesarse en la basílica de San Pedro. Cuando llegaron era casi la hora de cierre, y se les dijo que volvieran el próximo día. A la salida, Giovanna vio a un capuchino meterse apresuradamente en un confesionario. Ella de inmediato se dirigió a él, y se confesó. Después de la confesión, ella y su amiga esperaron a que saliera el capuchino para saludarle. Pero al ver que no salía miraron dentro, y vieron que el confesionario estaba vacío.

En 1923, Giovanna fue a ver al Padre Pío con algunos amigos. Al verla, el Santo le dijo: «Te conozco. Naciste el día que murió tu padre. He estado esperándote todos estos años». Giovanna respondió: «Me está confundiendo con otra persona». Mas el Padre Pío replicó: «No, tú me conoces: el año pasado en San Pedro yo era el sacerdote capuchino que te confesó. ¿No te acuerdas?».

Giovanna estaba muy sorprendida y confundida. El Padre Pío continuó: «Giovanna, la Virgen María me llevó a Udine justo antes de que tú nacieras, y fui testigo de la muerte de tu padre. Nuestra Señora me informó que tu madre estaba a punto de dar a luz a una niña, y que Ella estaba colocando a esta niña bajo mi cuidado. Hija mía, eres mi responsabilidad. Un día vas a estar presente en mi muerte».

Giovanna estaba perpleja y llena de emoción, y preguntó: «¿Debo ser monja?».

«No – contestó el fraile–. Ven con frecuencia a San Giovanni Rotondo, pues voy a guiar tu alma».

### **La *bambina* del padre Pío**

Cristina Montella<sup>[1]</sup> nació en Cercola (Nápoles) el 3 de abril de 1920. Durante su niñez experimentó fenómenos místicos, con visiones frecuentes del niño Jesús, la Virgen María y su ángel custodio.

A la edad de catorce años tuvo su primer encuentro con el Padre Pío, quien se le apareció por bilocación en la noche del 25 de agosto de 1934, mientras estaba orando. Cristina nunca le había visto antes, por lo que se presentó diciendo: «Cristina, soy el Padre Pío», y comenzó a llamarla *bambina* (niña), no por su edad sino por su inocencia. El 14 de septiembre de 1935 recibió los estigmas, que al comienzo eran visibles, pero que después se hicieron invisibles a petición de Cristina. En uno de sus encuentros místicos con el Padre Pío, este le dijo, mientras besaba sus manos: «¡Qué suerte, niña, que tienes

las llagas escondidas!»).

Desde ese 14 de septiembre de 1935 rezó la «Hora Santa», dedicada a los sacerdotes. Durante este tiempo, revivía la Pasión del Señor en su cuerpo durante tres horas cada noche, pero ella no sufría sola, ya que el Padre Pío se le unía místicamente.

Cristina iba a menudo en bilocación a Budapest, junto con el Padre Pío, para consolar al Cardenal Mindszenty —encarcelado por los comunistas durante 8 años a partir de 1948— y llevarle los implementos necesarios para que pudiera celebrar la Misa. Tanto la hermana Cherubina Fascia como el Padre Franco D’Anastasio, un sacerdote pasionista que ha recogido gran parte de la información sobre la vida de Sor Rita en un manuscrito inédito, pueden dar fe de este hecho. En él se encuentra la siguiente conversación que el P. Franco tuvo con la hermana Rita:

—¿Es cierto que estabas presente cuando condenaron al cardenal? ¿Qué dijiste?

—Yo estaba allí y les dije que al hacer eso ellos iban a ir al infierno. Uno de ellos me dijo que no le importaba.

—¿Ibas vestida como una monja?

—No, estaba vestida como una señora de la ciudad.

—¿Solía el Padre Pío ir con usted a visitar al cardenal?

—Sí, a menudo.

—¿De dónde tomaste los vasos sagrados para la celebración de la Misa?

—De la sacristía de mi monasterio.

—¿Qué idioma se hablaba?

—Diferentes idiomas. Eso no fue un problema.

—¿Qué pasaría si le pregunto al cardenal personalmente para confirmar estos casos de bilocación?

—Él no dirá nada, porque tiene que mantenerlo en secreto.

## **Dos voluntarios en la guerra**

Durante la Segunda Guerra Mundial, la Hermana Rita visitaba a menudo por bilocación a soldados en peligro a soldados. «Una vez fuimos a un campo de concentración en Alemania a liberar a un soldado italiano. Los guardias pensaron que éramos espías y dispararon contra nosotros, pero los tiros no nos hicieron nada».

Una de las personas asistidas por ellos fue Alfonso Montella, el hermano de la hermana Rita, que fue hecho prisionero en Grecia. Un día, Rita le dijo al P. D’Anastasio: «Alfonso fue hecho prisionero por los griegos. Durante un bombardeo aliado que tuvo lugar en

marzo de 1943, fue alcanzado en la cabeza. Nosotros (Padre Pío y ella) vimos trozos de su cerebro dispersos por el suelo». Cuando el Padre D’Anastasio le preguntó si ella había acompañado a su hermano al cielo como lo hizo con su padre, respondió: «Sí, el Señor lo recibió en el Paraíso el mismo día de su muerte».

### **El fraile pálido**

Hacia fines de 1919, mientras el Padre Pío se estaba quitando los ornamentos en la sacristía después de la Misa, había un señor que le miraba fijamente. Decía:

—Sí, es él, no me equivoco.

Cuando la gente salió, se acercó, se puso de rodillas, y llorando le dijo:

—Padre Pío, gracias por haberme salvado de la muerte.

El Santo le puso la mano en la cabeza y le dijo:

—No a mí, hijo mío, sino a Nuestro Señor y a la Virgen dale las gracias.

Después estuvieron hablando unos minutos. Al salir, algunos le preguntaron qué había sucedido, y el hombre contó lo siguiente:

«Yo era capitán de infantería. Un día, en el campo de batalla había un fuego terrible. Cerca de mí vi un fraile pálido, de ojos vivos y bellos, que no tenía el distintivo de capellán, y que me llamó diciendo: “¡Capitán, aléjese de ese lugar, venga aquí!”. Fui hacia él y, en ese momento, en el lugar donde estaba primero explotó una granada que abrió un gran hoyo. Si hubiese estado allí hubiera volado por los aires. Quise agradecerle al fraile, pero ya había desaparecido.

Otro colega, ese mismo día, me contó que un fraile le había salvado también de un grave peligro de muerte, y lo mismo dijeron algunos soldados. Entre ellos había uno que dijo que era el Padre Pío, el Santo del convento de san Giovanni Rotondo, que se hacía ver en los campos de batalla. Y yo, por curiosidad más que por fe, vine a ver si el fraile que me había salvado era él, porque tenía su figura bien grabada en mi mente. Ahora que lo he visto, pueden imaginar mi sorpresa y la gratitud que siento por él. Soy feliz de haberle podido agradecer personalmente y de besar sus manos sagradas».

### **Un monje en la guerra**

En la Segunda Guerra Mundial, durante la Campaña de África del Norte, un regimiento italiano estaba siendo ferozmente bombardeado por los aliados. Uno de los soldados italianos se había puesto a cubierto detrás de una gran roca. De repente, un «monje», – como él lo llamó–, apareció junto a él, le tiró suavemente de la manga y le dijo que saliera de detrás de la roca. El soldado se negó a abandonar lo que él creía que era un

lugar seguro. El monje le tiró de la manga con más fuerza, pero el soldado todavía no se movió. Por último, el monje le agarró del brazo y tiró de él con toda su fuerza. En ese mismo momento, un proyectil explotó donde habían estado y devastó la toda la zona. El soldado estaba a salvo, y el monje desapareció.

Algunos días más tarde, el soldado le contó la historia a un compañero. Su amigo le mostró una foto del Padre Pío, que siempre llevaba con él: «¡Ese es el monje que me salvó la vida!», exclamó el soldado, quien nunca antes había oído hablar de él.

### **La oración de una madre**

Una familia americana procedente de Filadelfia llegó a San Giovanni Rotondo en 1946 para agradecer al Padre Pío que salvara a su hijo, piloto de un bombardero, en la Segunda Guerra Mundial. Cuando estaba punto de aterrizar, fue alcanzado por fuego japonés: «El avión –contaba el hijo– se precipitó y estalló apenas un momento antes de que la tripulación pudiera tirarse en paracaídas. Solamente yo, no sé cómo, logré salir a tiempo del aparato. Traté de abrir el paracaídas, pero no se abrió: me habría estrellado, por tanto, contra el suelo si de repente no hubiera comparecido un fraile con barba que, tomándome en los brazos, me depuso dulcemente delante de la entrada del mando de la base. Imaginad el estupor que provocó mi cuento. Fue increíble, pero mi presencia “obligó” a todos a creerme. Reconocí al fraile que me salvó la vida cuando regresé a casa con un permiso, y mi madre me enseñó la fotografía del Padre Pío, el fraile a cuya protección mi madre me había encomendado con sus oraciones y lágrimas. ¡Qué grande e importante es la oración de una madre!».

### **«¡Escape! Escape!»**

Teseo Isani era un oficial del ejército que estaba estacionado en Verona durante la Segunda Guerra Mundial. Durante ese tiempo, un amigo le confió a Teseo que desde hace muchos días había estado ocultando un soldado estadounidense en su casa. Él era consciente del peligro de la situación, ya que si era capturado por la Gestapo sería su sentencia de muerte. El amigo preguntó a Teseo si estaría dispuesto a ocultar al soldado estadounidense, y él accedió a hacerlo.

Como una solución provisional, Teseo escondió el americano en su camioneta, bajo una gran carga de madera. Desafortunadamente, la camioneta de Teseo fue registrada por la Gestapo y encontraron al americano. Fue arrestado inmediatamente y puesto en detención preventiva, siendo finalmente condenado a muerte por su crimen de albergar a un enemigo.

En el centro de detención, Teseo esperó a que llegar el día de su ejecución. No había

nada que pudiera hacer para salvarse.

Un día, Teseo escuchó una voz muy extraña que le dijo con gran insistencia: «¡Escape! Escape!». No sabía de dónde provenía esa voz, y tampoco estaba seguro de su significado, ya que no tenía ningún medio para escapar. Sabía que, si trataba de salir del centro de detención, sería fusilado inmediatamente, ya que había guardias armados apostados por todas partes que no tendrían ningún reparo en usar sus armas en caso de necesidad. Sin embargo, Teseo razonó para sí mismo que, si iba morir de todos modos, le daba igual hacerlo ese día que al día siguiente.

Armado de determinación, abrió la puerta de su celda y miró por el pasillo, y vio a algunos guardias armados en diferentes puestos a lo largo del corredor.

Decidió pasar a la acción. Salió al pasillo, comenzó a caminar y, para su asombro, los guardias no parecían reparar en él. De repente, uno de los guardias advirtió a Teseo y cogió su pistola, le apuntó y apretó el gatillo, pero no hubo ninguna detonación. Teseo echó a correr con todas sus fuerzas y logró huir ileso.

Los nazis publicaron su foto por toda la ciudad de Verona. Una gran suma de 100.000 liras fue ofrecido a cualquier persona que pudiera informar del fugitivo. Pero Teseo estaba a salvo: ya había conseguido entrar en Suiza.

Tres años más tarde, Teseo escuchó con gran interés la historia que alguien le contó acerca de un santo sacerdote llamado Padre Pío que vivía en el sur de Italia, hasta el punto de que decidió hacer un viaje para verle. En el monasterio de Nuestra Señora de Gracia, se confesó con el Santo.

Esa noche, cuando regresó a su hotel, tuvo una experiencia sorprendente: tan pronto como se abrió la puerta de su habitación, escuchó una voz que le decía: «¡Escape! ¡Escape!». Era la misma voz que había escuchado en el centro de detención la noche de su fuga. Como ya había oído la voz del Padre Pío durante la confesión, comprendió que aquella extraña voz era la del Santo.

Se dirigió de inmediato al monasterio. Cuando estuvo en la presencia del capuchino, una vez más, se sintió abrumado por la emoción y rompió a llorar. El Padre Pío entendió todo perfectamente. Refiriendo todo el mérito a Dios, dijo simplemente: «Demos gracias al Señor».

### **Bombardeo en Rímimi**

Francesco Cavicchi y su esposa visitaron al Padre Pío en junio de 1967, y se había confesado tres días antes, pero quería confesarse con el Padre de todos modos, y él se había confesado. Él se puso en la fila, y cuando fue su turno el Padre Pío le llamó y le

dijo: «Continuemos, hijo mío: te he estado esperando mucho tiempo».

El santo empezó la confesión preguntando, como era habitual en él: «¿Cuántos días han pasado desde la última confesión?».

Francesco dijo que no podía recordar, y entonces el Padre Pío le reprochó: «Tienes poca memoria, ¿no? Pero déjame preguntarte esto: ¿recuerdas el bombardeo en Rímini muchos años atrás? ¿A que recuerdas el refugio antiaéreo? ¿Recuerdas el trolebús? Pero... ¿Por qué te estoy pidiendo que retrocedas en el tiempo, si ni siquiera puedes recordar lo que hiciste hace menos de una semana?».

En ese momento, Francesco comenzó a recordar que en noviembre de 1943, cuando tenía 28 años de edad, viajaba en un trolebús con una decena de otras personas, entre ellas un monje de mediana edad. Las bombas empezaron a caer. Francesco tuvo dificultades para bajar del autobús y llegar al refugio antiaéreo, y llegó a pensar que estaba a punto de morir. El monje le ayudó.

Una vez en el refugio, el capuchino comenzó a recitar el rosario, inspirando calma y confianza a todo el mundo. Después de que las sirenas dieron la señal de que todo estaba despejado, el monje capuchino fue el primero en marcharse.

De repente, Francesco dijo:

—¿Era usted el monje?

—Bueno... ¿quién pensabas que era? —respondió el Santo.

## **Historia de un general**

El año de 1917 fue desastroso para las tropas italianas, derrotadas por los austrohúngaros en Caporetto. El generalísimo Luis Cadorna, sin culpa, tuvo que pagar la derrota y, víctima de las intrigas políticas, fue depuesto del alto mando. No aguantó la humillación y pensó en suicidarse.

Una noche, mientras el general estaba en el cuartel de Treviso, dio órdenes severas de no dejar pasar a nadie. Despidió a su lugarteniente y se quedó solo, pensando en acabar con su vida. Pero, de improviso, entró un fraile que, parándose delante de él y mirándolo fijamente, le dijo:

—No, mi general, usted no puede cometer esta locura.

Sorprendido, el general guardó la pistola y salió afuera para reprender a los centinelas por no haber acatado sus órdenes. Pero ellos juraron que no habían permitido pasar a nadie. El general regresó y ya no encontró al fraile. Asombrado, reflexionó y se preguntó si en verdad no sería una cobardía lo que él pensaba hacer, y finalmente cambió de idea.

Terminada la guerra, el general Cadorna se presentó un día en San Giovanni Rotondo y

solicitó al superior que le permitiera ver al Padre Pío. El Padre guardián asintió, con tal que se quedara en un rincón del pasillo por donde el Padre iba a pasar.

El general le vio venir y le miró fijamente. Para su sorpresa, sin duda era aquel mismo personaje misterioso que se le había presentado aquella noche en el cuartel de Treviso. Al pasar a su lado, el Santo levantó la cabeza, sonrió al general y, levantando el dedo como entonces, le dijo:

—¡Le fue bien, mi general!

Y, sin detenerse, continuó caminando hacia la iglesia.

## **El fraile volador**

El Padre Dámaso da Sant'Elia a Pianisi, superior del convento, informó sobre uno de los más célebres casos de bilocación del Padre Pío:

«Durante la Segunda Guerra Mundial, varios de los pilotos de la Fuerza Aérea angloamericana se encontraban en la zona de Bari el día 8 de septiembre de 1943 para efectuar unas misiones en territorio italiano. Eran de diferentes nacionalidades, y de diferentes religiones: católicos, ortodoxos, musulmanes, protestantes, judíos....

Cada vez que los pilotos se acercaban a la zona de Gargano, cerca de San Giovanni Rotondo, veían a un fraile en el cielo, que les prohibía lanzar las bombas allí. Foggia y casi todas las ciudades en Puglia fueron bombardeadas varias veces, pero en San Giovanni Rotondo no cayó una sola bomba.

Testigo directo de este evento fue el General de la Fuerza Aérea italiana, Bernardo Rosini, que estaba al mando en ese momento en la zona de Bari para las fuerzas aliadas anglo-estadounidenses.

Rosini me informó que entre los pilotos hablaban acerca de ese fraile que aparecía en el cielo, extendiendo las manos y forzando a los aviones a dar marcha atrás.

Dado que los informes se repetían, y con diferentes pilotos, el Comandante General –el general Nathan F. Twining– decidió intervenir personalmente, ya que todo el mundo hablaba sobre esa increíble historia. Tomó el mando de un escuadrón de bombarderos, con la intención de destruir un depósito de suministros alemanes, cercano a San Giovanni Rotondo. Cuando el escuadrón regresó, el general estaba desconcertado.

Informó que, cuando estaban cerca del objetivo, él y sus pilotos habían visto en el cielo un fraile con las manos extendidas. Las bombas se soltaron en las llanuras, caían en áreas abiertas, y los aviones dieron un giro brusco para regresar a la base sin que los pilotos intervinieran.

Todo el mundo hablaba sobre el suceso, y querían saber quién era ese fraile.

Después de la guerra, el general decidió visitar al Padre Pío con algunos de los pilotos de ese escuadrón. Los pilotos le reconocieron inmediatamente.

Cuando el Santo vio al general le dijo: «¡Así que tú eres el que quería matarnos a todos!». El general se convirtió en su amigo.

### **El Padre Pío en la India**

El Coronel Russo de Caserta contaba que, durante la Segunda Guerra Mundial, fue prisionero de guerra en un campo de concentración en la India.

El Padre Pío iba a visitar a los presos cada noche. Cuando la guerra terminó, muchos de estos hombres, al volver a casa, fueron a San Giovanni Rotondo para agradecer al sacerdote. El Padre los conocía a todos y cada uno de ellos.

### **Para quitarse el sombrero**

Había en Roma un hijo espiritual del Padre Pío que había tomado la costumbre de quitarse el sombrero cada vez que pasaba por delante de una iglesia, por respeto a la Eucaristía. Pero un día se fue en compañía de unos amigos mundanos y juerguistas y, mientras pasaba con ellos delante de una iglesia, le daba vergüenza quitarse el sombrero. Inmediatamente sintió un silbido en el oído, a la vez que oía claramente la palabra «cobarde».

Cuando fue a San Giovanni Rotondo y se reunió con el Padre Pío, este le dijo: «¡Estás advertido! Esta vez recibiste una reprimenda, pero la próxima vez te daré una bofetada».

### **Un peregrino muy especial**

En 1950, la hija espiritual del Padre Pío Luigina Sinapi quiso cumplir con las visitas a las cuatro basílicas de Roma y le pidió a Jesús que le enviara como compañero protector al Padre Pío. Ella misma escribió lo siguiente:

«Mientras iba hacia Santa María la Mayor, vi a un fraile capuchino que caminaba delante de mí y me siguió hasta San Pedro. También en la capilla del Santísimo se arrodilló delante de mí. Cuando me acerqué a la puerta del elevador para subir al tercer piso del Palacio Papal, donde tenía que visitar al Santo Padre, observé que el capuchino que me había acompañado era el Padre Pío. Viendo mi sorpresa, me sonrió y dijo: “¿Estás satisfecha? Si ahora vas con el Papa, pídele la bendición para mí y dile que me ofrezco todos los días por él”.

Estaba tan emocionada que el Papa me lo leyó en la cara. Le conté entonces al Santo Padre lo que me había ocurrido. “Y... ¿por qué no le invitaste a subir?”, me dijo. Yo no

supe qué contestarle. Pero mientras el Papa levantaba la mano para la bendición, el Padre Pío estaba frente a nosotros, recibéndola también».

### **Un regalo de ida y vuelta**

Una mujer de Pesaro, esposa de un obrero, trajo a su hija sordomuda al Padre Pío, que la sanó instantáneamente. En un arrebato de gratitud, la mujer tomó una cadena de oro del cuello de la niña, el único objeto de valor que poseía, y se la dio al Padre Pío para la Virgen.

Cuando regresó a casa, le contó todo a su marido, el cual montó en cólera por la entrega que había hecho al Padre, diciendo que debería haber elegido otro artículo en vez del regalo que él mismo había hecho a su hija.

A la mañana siguiente, encontraron la cadena en la mesita de noche.

### **Promesa cumplida**

Monseñor Damiani, Vicario General De la Diócesis de Salto en el Uruguay, decía en 1930 a su amigo el Padre Pío:

—Me gustaría morir aquí, para que usted me asistiera en mis últimos momentos.

—No, usted morirá en Uruguay.

—¿Y usted irá para ayudarme a morir bien?

—Naturalmente.

Durante una mañana de ese mismo viaje, Monseñor Damiani sufrió un leve ataque al corazón, y al momento envió en busca del Padre Pío. Este estaba confesando, y no acudió a la llamada. Al mediodía, cuando se encontró con Monseñor Damiani, este le recriminó suavemente:

—¿Por qué no vino cuando lo mandé llamar? Podía haber muerto.

—Hombre de poca fe: ¿no le dije que usted morirá en Uruguay?

El final de la historia fue relatado en 1942 por el arzobispo de Montevideo, Antonio M. Barbieri:

«En 1942, en la víspera de las bodas de plata sacerdotales del Obispo de Salto, Monseñor Alfredo Viola, que reunía en el Obispado al Delegado Apostólico y a cinco prelados, fui despertado a medianoche por un golpe dado en la puerta de mi cuarto. Al entreabrirla, vi pasar un capuchino y oí una voz que me susurraba: “Vaya al cuarto de Monseñor Damiani, está muriéndose”.

Me puse la sotana, desperté a algunos sacerdotes y fuimos al cuarto de Monseñor.

Sobre la mesa de noche había una hoja de papel con unas palabras escritas de su puño y letra: “El Padre Pío ha venido”. (El Arzobispo conserva esa prueba)

Cuando fui a Italia y vi al Padre Pío, le pregunté: “Padre, ¿era usted el capuchino que vi la otra noche en que murió Monseñor Damiani?” El Padre pareció confuso, cuando le hubiera sido tan fácil negarlo. Insistí, pero él seguía guardando silencio. Entonces me eché a reír diciendo: “Ya comprendo”. El Padre Pío asintió: “Sí, usted ha comprendido”».

### **Rápido bautizo**

Ante el comentario de un matrimonio de Génova que se quejaba de que no tenían hijos, el Padre Pío les anunció: «Pronto me traerán el primero para que yo le bautice».

La profecía se cumplió, y al año siguiente regresaron felices a San Giovanni para presentar su hijo al Santo. Pero constataron con tristeza que en el monasterio no había pila bautismal, y además era imposible acercarse él, debido a la gran multitud. Ante aquel inconveniente, la madre permaneció en la casa parroquial, mientras el padre intentaba abrirse camino alegando que el Padre Pío les había invitado especialmente. Mas todos sus esfuerzos resultaron infructuosos.

Cuando se encontró con su mujer, esta le dijo que el Padre Pío había venido y había bautizado ya a su hijo.

### **A la hora convenida**

A veces las bilocaciones del Padre Pío eran auténticas citas, en el sentido de que él mismo decía el día y la hora en que tendrían lugar.

Un día, una niña señaló a sus padres la hora a la que el Santo llegaría. En su ignorancia, los padres fueron a esperarle a la estación de tren el día convenido. Tras una larga espera, volvieron a su casa resignados. La niña estaba dormida, y cuando despertó la madre le comentó desilusionada que el Padre Pío no había llegado.

—Claro que vino —fue la respuesta—: hace un instante que le vi.

### **Aparición de Nuestra Señora de la Guardia**

Rosita Polo Riva era una niña de 12 años, que estaba entre la vida y la muerte desde 1946, pues padecía serios problemas cardíacos y complicadas enfermedades pulmonares. La familia rogaba por su salvación a Nuestra Señora de la Guardia, encendiendo todos los días una vela en el altar. Tenía leves mejorías, pero después volvía a recaer.

A finales de julio, un amigo de la familia decidió escribir al Padre Pío. A las dos de la

tarde del día 8 agosto de 1947, el Santo se le presentó a la niña, después de que esta recuperara la conciencia tras un desmayo:

—Buenos días, Rosita —le dijo sonriendo—. No tengas miedo: soy el Padre Pío de Foggia. Me escribieron hablándome de ti y, en lugar de contestar, vine a verte. Si te portas muy bien, volveré esta noche como a las dos de la mañana, cuando tus padres estén también en casa, y los bendeciré a todos.

A Rosita le fue imposible conciliar el sueño esa noche. El Padre Pío acudió dos horas antes de lo prometido.

—¡Oh, mamá!, ¡Ahí está! —exclamó la niña, señalando un rincón de la habitación.

—Ya ves que vine antes de la hora: no quería despertarte.

Se quitó el guante y enseñó su mano herida, y luego le puso delante fotografías de niños que él había sanado.

—Mira, este era ciego y ahora ve. Este otro era mudo y ahora habla. Dile a tu mamá que no debe llorar. No he venido a anunciarte sino tu curación: tengo permiso para hacerlo. Nuestra Señora de la Guardia es quien te dará la salud. Vendré a verte el 28 de agosto hacia las ocho de la noche. Prepara un bonito altar y coloca en él a María.

Los padres y hermanos de Rosita, aunque no conseguían ver nada, se unieron a las oraciones.

A las ocho de la tarde del día 28 agosto, el Padre Pío volvió a aparecer, y señaló a Rosita la ventana en la que se aparecería la Virgen. Al momento, se oyó un canto lejano de voces angélicas, que se iba haciendo más nítido a medida que se acercaba.

Finalmente, la Virgen apareció en el centro de una gran nube blanca que cubrió la ventana, rodeada de delicadas cabecitas de ángeles. La Virgen vestía de rojo, con un manto azul bordado de estrellas, y mostraba en los brazos al niño Jesús. Sonriendo con una sonrisa inefable, dijo cariñosamente a la enferma:

—Yo soy Nuestra Señora de la Guardia. Sé siempre muy buena, Rosita. Reza mucho. Yo te ayudaré.

Seguidamente confió a Rosita un secreto que la niña debía guardar, diciéndole que, si se portaba bien, volvería para decirle a quién había que revelárselo. La Virgen volvió a sonreír a la niña, y el niño Jesús también lo hizo, levantando tres dedos de su manita. Finalmente, la nube se cerró.

El Padre Pío volvió a aparecer:

—¿Qué te pareció la Virgen? ¿No es hermosísima? Ahora ya estás curada. Yo no he de recordar esto, ¡veo tantas cosas! Pero tú recuerda toda tu vida lo que viste esta noche. Cuando vuelva la Virgen, también yo volveré a verte.

Rosita recuperó totalmente la salud, hecho que atestiguaron los doctores que la atendían. Pero Rosita Polo Riva no ha vuelto a ver a Nuestra Señora de la Guardia. ¿Cuál es el secreto? ¿A quién ha de revelarlo? Nada sabemos.

### **De cómo un comunista rompió su carnet**

Giovanni da Prato Bardazzi era taxista y un comunista violento. Cuando se emborrachaba, da Prato a veces golpeaba a su esposa. Una noche que lo había hecho, fue tambaleándose a su habitación, y se tiró en la cama. En ese momento, comenzó a sentir que la cama estaba siendo sacudida con fuerza de la barra inferior. Al mirar hacia abajo vio con asombro a un fraile que le miraba con expresión airada, que le dijo severamente lo que pensaba de su comportamiento, y luego desapareció. Giovanni saltó de su cama, cerró rápidamente la puerta principal, y luego gritó a su esposa: «¿Dónde está ese monje hijo de su madre?».

Dejando a un lado sus negaciones y protestas, Giovanni registró la casa y no encontró a nadie. Después de un rato, llegó a estar lo suficientemente sobrio como para convencerse de la sinceridad de su esposa. Esta había estado orando al Padre Pío en busca de ayuda, y se preguntó si este evento era la respuesta a sus plegarias. Cuando le dijo a su marido que creía que era el Padre Pío quien había aparecido en el dormitorio, su marido le gritó: «¡Mira, ningún monje me va a dejar a mí en ridículo! ¡Voy a ir a ver a este Padre Pío tuyo para oír sus explicaciones! ¡Y también me enteraré de si puede volar!».

Algunos días después, fiel a su palabra, Giovanni hizo un largo viaje en su taxi para ver al Padre Pío. Cuando se encontró con él, le reconoció, y estuvo hablando con el Santo, tras lo cual, en estado de *shock*, procedió a hacer una confesión. Al finalizar, Giovanni admitió que el Padre Pío le había traído a la memoria todas las cosas que él no había sido capaz de recordar. Entre lágrimas, Giovanni sacó su tarjeta de miembro del Partido Comunista y pidió al Santo que la destruyera. «Sí, lo haré. Pero tienes otra de estas tarjetas en el cajón de la cabecera de tu cama. Destruye esa también cuando vayas a casa».

Antes de despedirse, el Padre Pío le quiso poner una penitencia: «Has dado un gran escándalo, y ahora tienes que hacer algo para compensar por ello. Como penitencia irás todos los domingos a la Sagrada Comunión en la última Misa de la iglesia principal, hasta que yo te diga que te detengas» –en aquellos días, existía la regla de abstenerse de todos los alimentos sólidos a partir de la medianoche hasta la Sagrada Comunión. Giovanni tenía que hacer eso durante un año entero.

Giovanni había sido una figura importante entre sus compañeros comunistas, pero

ahora era solo un exótico «Santo Joe». Desafió a algunos de los comunistas que conocía al proponer a algunos de sus antiguos compañeros: «¿Por qué no vienes conmigo y ves cómo te va?» Algunos siguieron su consejo, y siempre acabaron impresionados, y a veces convertidos.

### «Ven a mi tumba»

Una historia interesante enviada a la revista *Voce di Padre Pío* fue la de R. Van Gisbergen: «Soy un holandés de veintiocho años, que se oponía a todo lo religioso como un niño pequeño. Mis padres siempre me llevaron a la iglesia el domingo, pero cuando tuve la oportunidad traté de escapar fuera de su influencia. Sí, algo en mí estaba en contra de Dios. Mi vida estaba llena de todo tipo de pecados contra Dios... Traté de suicidarme algunas veces y estaba lleno de odio contra mí mismo, la gente y el mundo... El 23 de septiembre de 1988 el Diablo se me apareció en mi sueño y me quedé muy asustado. Antes de este sueño no creía en Dios ni en el Diablo.

El Demonio se me apareció en forma de cabeza de perro y cabezas de dragón con lenguas llenas de sangre, y esta visión me produjo un verdadero pánico. Luego vino un monje con barba y un hábito marrón, que me dijo: “No tengas miedo de mí, hijo, ¡yo te protegeré en nombre de Dios Todopoderoso!” Al instante desperté, y sentí una felicidad y un gozo inexplicables... Llamé por teléfono a mi madre y le hablé del sueño. Ella me pidió que fuera a verla. Me acerqué a su casa y me mostró un libro que se titulaba *Padre Pío de Pietrelcina*. Nada más lo abrió mi madre, olí un perfume muy especial. Cuando empezó a pasar las páginas, no podía creer lo que veía porque en las fotos estaba el mismo monje de mi sueño: “¡Este es el mismo hombre que vi en mi sueño!”, grité. Mi madre estaba asombrada... De repente oí en holandés: “Ven a mi tumba, ven a mi tumba”.

El año pasado fui a dar las gracias al Padre Pío, mientras visitaba su cripta».

1. CRISTINA SICCARDI, *The “Little Girl” of Padre Pio*, Rita Montella, Citta Ideale, Prato (Italia) 2003.



## BILOCACIONES (2)

### **Santa Rita, Rita...**

Renata, una hija espiritual y amiga del Padre Pío, que solía llevar muchos peregrinos a visitarle y ayudó financieramente con la construcción del hospital del Padre Pío, tenía toda una historia que contar sobre cómo conoció a Rita Montella a través del Santo: «En 1954 tuve que ir a Bolonia a ver al doctor Giovanni Malfatti con el fin de recibir tratamiento para la mialgia facial. El tratamiento duró unos meses. El médico era un admirador del Padre Pío. Hablando con él, me enteré de que, como yo, era un hijo espiritual suyo.

Le confié que a menudo iba a ver al Padre Pío para pedirle consejo acerca de la salud de los pacientes en el hospital de Parma. En este contexto, el doctor me sugirió un acceso directo para ponerme en contacto con el Padre: con el fin de cumplir con sus deberes profesionales y evitar desplazamientos innecesarios a San Giovanni Rotondo, frecuentemente iba a una ciudad de Pisa, donde visitaba a una monja agustina carismática que estaba en contacto con el Santo. El nombre de esta monja era hermana Rita Montella y, según él, cada noche el Padre Pío solía visitarla en bilocación. Hablaban y oraban, en especial el Santo Rosario.

El médico, por lo tanto, me animó a presentar a esta monja todas las peticiones que tenía para los pacientes para que yo pudiera obtener la respuesta del Padre Pío durante la mañana siguiente. Él se ofreció a llevarme en coche con su esposa para cumplir con la visita.

Sin embargo, yo estaba tan apegada al Santo que no quería recurrir a esa monja. Después de dos meses de constante insistencia del doctor Malfatti para que me encontrara con esa monja, tuve una experiencia insospechada.

Una noche yo estaba medio dormida en mi cuarto cuando sentí un golpe en la puerta. Suponiendo que era un miembro de la familia, le invité a entrar. Entonces vi que la puerta ya estaba abierta y que un fraile capuchino, que reconocí como el Padre Pío, estaba allí junto con una monja desconocida.

Se acercaron a mi cama. El Santo me dedicó una gran sonrisa, mientras que la monja me acarició la cara, y me dijo: “Renata, estoy aquí para hacer que te encuentres en persona con la Hermana Rita”. Yo respondí de inmediato: “¡Oh, Padre Pío, gracias!”

Entonces la hermana Rita me miró y me dijo: “¿Quieres rezar el Rosario con nuestro ‘abuelo’ (Padre Pío)?” Me di cuenta de que mientras decía esto, tenía un hermoso Rosario blanco en sus manos.

Yo, sin embargo, le respondí que tenía demasiado sueño para orar. En ese momento, la monja miró al Padre Pío y le dijo: “Padre, Renata no quiere rezar el Rosario”. El Padre le explicó entonces muy dulcemente: “De hecho, la hermana Renata no solamente hace la buena acción de permanecer mucho tiempo arrodillada. Debes saber que ha iniciado un hermoso grupo de oración. Con miembros de este grupo y otras piadosas mujeres, ella va todos los días a un hospital de Parma. Al mediodía ayudan a las enfermeras a dar de comer a los pacientes que han regresado desde el frente ruso que están inválidos o mutilados a causa de la congelación y no pueden alimentarse. Creo que esta obra es también una oración válida”. La hermana Rita contestó a su vez: “Padre, si está bien para ti, también está bien para mí”. Para concluir, el Padre Pío dijo: “Entonces, hermana Rita, ¿nos vamos? Digamos adiós a Renata”.

El Padre se me acercó, me dio un par de palmadas en la mejilla y una triple bendición. Besé su mano. La Hermana Rita me acarició la cara como lo había hecho cuando entraron. Ambos dijeron: “¡Buen descanso!” Y se fueron, cerrando la puerta. Cuando desaparecieron, tuve la visión de un gran edificio que nunca había visto antes. Miré el reloj, y eran alrededor de las 4:00 p.m.

Debo aclarar que en cuanto a la monja que vino con el Padre Pío, estaba bajo la impresión de que era Santa Rita de Cascia. Para confirmar esto, temprano por la mañana me fui a un par de iglesias de la ciudad para ver algunas pinturas de esta santa. Pero no tuve la confirmación que deseaba, ya que no pude encontrar ninguna imagen de Santa Rita en las iglesias de Parma.

Unos días más tarde volví a ver al doctor Malfatti para el tratamiento y le hablé de mi experiencia y de Santa Rita de Cascia. De inmediato me aseguró que “no fue Santa Rita de Cascia la que vino con el Padre Pío. La monja que el Padre Pío te llevó era la hermana Rita, la monja agustina de Santa Croce sull’Arno, aquella a quien tú no querías conocer”.

Recuerdo ahora que no quería encontrarme con ella por respeto a mi querido Padre Pío. Mas ahora todo había cambiado, y el doctor Malfatti me dio una carta de presentación para llevar a la abadesa siempre que fuera a visitar a la monja.

Unos meses más tarde tomé el tren para ir a visitar a Rita en Santa Croce sull’Arno. Mi primera sorpresa al entrar en el monasterio era la forma del edificio, que era exactamente el que había visto en mi visión. Le entregué la carta de presentación a la abadesa, y me acogieron calurosamente. Entonces, tuve una reunión privada con la hermana Rita, que fue increíble.

Antes de empezar a hablar a través de la rejilla, fue ella la que me llamó por mi nombre y me dijo: “¡Renata, te conozco! Recuerdo esa noche que llegué con el Padre Pío...”

¿Cuándo vas a ir a San Giovanni Rotondo a darle mis saludos?”. Ésa fue mi confirmación.

El Padre Pío también tenía algo que decir sobre esto. Unas tres semanas más tarde, fui a verle en San Giovanni Rotondo, debido a un asunto urgente. Aproveché la ocasión para preguntarle sobre ese sueño en el que yo le había visto con quien yo pensaba que había sido Santa Rita. Él me respondió muy amablemente: “No sigas diciendo que me has visto en un sueño. Yo no soy un mago o un adivino o algo por el estilo. Debes saber que cuando voy en bilocación, el Señor me permite llevar otra persona conmigo que podría ser necesaria para la oración. Es solo por la bondad del Padre Eterno que voy con la Hermana Rita a los necesitados de misericordia y asistencia”.

La próxima vez que vi al Padre Pío, justo después de mi confesión, intenté comunicarle los saludos que la hermana Rita le había enviado. Sin embargo, en un momento de amnesia (que nunca había tenido antes) ni siquiera podía recordar el nombre simple de “Rita”. Me había olvidado de su nombre y su lugar de residencia. Al darse cuenta de mi vergüenza, me dijo: “Hermana Rita Montella, Santa Croce sull’Arno, en la provincia de Pisa”».

### **Un susurro en la noche**

Monseñor John Gannon estaba familiarizado con un jubilado de la Armada que vivía en Washington DC. El hombre había intentado suicidarse en dos ocasiones diferentes. Monseñor Gannon, quien era muy devoto del Padre Pío, le dio una estampa del Santo, aconsejándole que le rezara para pedir su intercesión. El hombre siguió el consejo de Monseñor Gannon, y repetía la oración frecuentemente.

Una noche, el hombre fue a un bar y, bajo la opresión de una gran sentimiento de desesperación, comenzó a pensar otra vez en acabar con su vida.

Entonces se le acercó un hombre con barba que estaba en el bar y le dijo: «¡Hola! Sé qué lo que está planeando hacer esta noche. ¡No lo haga!».

El amigo de Monseñor Gannon le pidió entonces que dijera su nombre y, aunque no pudo entenderlo por completo, sonaba algo así como «Pío».

Aquella noche no hubo intento de suicidio. El hombre estaba convencido de que el Padre Pío le hizo una visita, y que había intercedido por él en su hora más oscura.

### **Una noche en el tejado**

(Testimonio de Carla Riceputi de Spronelli, sobrina del sacerdote. Dado en Cesena, Italia, el 29 de noviembre de 2001)

El Padre Nello Masini había conocido al Padre Pío en 1950, y se había convertido en hijo espiritual suyo.

Durante un retiro espiritual en el Véneto, al que acudió con otros sacerdotes, se acordó que durmiera solo en una habitación al final de un largo pasillo, pues de todos era sabido que sus ronquidos insoportables no dejaban dormir a nadie.

Una noche se levantó para ir al baño que estaba al lado, pero la puerta se bloqueó y no podía salir. Empezó a gritar para pedir ayuda, pero como estaba aislado nadie acudió.

Desesperado, sabiendo que si no conseguía salir de allí pasaría la noche en el retrete, se subió a la taza con la intención de salir al tejado por un estrecho ventanuco, para desde allí pasar a alguna habitación que tuviera en ese momento la ventana abierta. Pero surgió otro problema, ya que se quedó atrapado en el ventanuco a causa de sus 120 kilos de peso.

Por más que hizo desesperados esfuerzos, seguía atrapado en la estrecha abertura. Como última solución, empezó a pensar en el Padre Pío y a rezar. Repentinamente, sin que él advirtiera cómo, se encontró en el tejado. Deslizándose con cuidado, encontró una ventana abierta en el pasillo, que le llevó de regreso a su dormitorio.

Meses después fue a ver al Padre Pío, encontrándolo en la terraza donde se sentaba para hacer sus oraciones vespertinas. Nada más verle, el Padre Pío le dijo: «¡Don Nello, Don Nello! ¡Aquella noche en el tejado...!».

### **Monumento a la bilocación**

Pocos días después de su conversión, el actor Carlos Campanini recibió en el salón de su casa la visita del Padre Pío, la cual le había anunciado unos días antes por medio de una postal enviada desde San Giovanni Rotondo. Impresionado, el actor encargó un busto para situarlo en el lugar de la aparición como recuerdo.

Cuando al poco fue a ver al Santo, le preguntó:

—Pero, Padre, ¿de verdad que era usted?

—¿Lo dudas acaso? —y, para demostrarlo, hizo alusión al busto que había colocado en el salón.

### **Alucinaciones**

En una emisión de la RAI dedicada a los enfermos, el periodista Giovanni Gigliozzi, encargado del programa, se sintió atacado por una de sus habituales jaquecas momentos antes de salir al aire. Desesperado, se dejó caer en un sillón mientras invocaba al Padre Pío, del cual era muy devoto. De improviso, oyó el rumor de unos pasos y el tintineo de

un Rosario, tras lo cual contempló la aparición del Santo, que le puso la mano sobre su cabeza a punto de estallar. Perplejo, el periodista pensó para sí: «Estoy sufriendo una alucinación». Pero, como por arte de magia, el dolor se esfumó.

Cogió el micrófono, y su emisión fue perfecta.

Al día siguiente, cuando se encontró con el Padre Pío en el corredor, el Santo le sonrió y le dijo con expresión picaresca: «¡Ten cuidado con las alucinaciones!».

### **¿Me das fuego?**

Miguel de Torremaggiore, el alfarero del pueblo, había cogido la costumbre de blasfemar. En el día de la fiesta de San Giovanni Rotondo, un viento muy molesto no le permitía encender los hornos. Totalmente fuera de sí, Miguel recurrió entonces a poner en acción el refrán popular que afirmaba que «con un taco a tiempo, se enciende todo», dirigiendo palabras malsonantes a varios santos del Santoral, al Papa, e incluso al mismo Padre Pío.

No bien hubo acabado su retahíla, la figura de un fraile apareció junto a él: «¡Que la paz sea contigo!», le dijo. «¡Que paz ni qué...! –protestó el alfarero– ¡Llevo ocho días blasfemando por culpa de este maldito viento que no me deja encender los hornos!».

El fraile repitió su saludo, después se sentó y pidió un poco de fuego, como si su intención fuera encender un cigarro. Ante aquella petición, Miguel se puso furioso, creyendo que aquel fraile pretendía burlarse de él. «No te exaltes –le dijo el fraile intentando apaciguarle–, yo te lo encenderé».

Al oír aquello, el alfarero soltó una carcajada y le gritó diciéndole: «¿Te crees tú otro Padre Pío, capaz de hacer milagros para los tontos?». El capuchino respondió sin inmutarse: «El Padre Pío soy yo». Nada más decir aquello, una larga llamarada prendía el fuego del horno. El alfarero, aterrado, se arrojó al suelo, a la vez que escuchaba una voz lejana que le decía: «Miguel, no tengas miedo, pero no blasfemes más».

Desde aquel momento, Torremaggiore se convirtió en un fiel hijo espiritual del capuchino.

### **Lo que el viento no se llevó**

Una hija espiritual del Padre Pío estaba leyendo una carta suya al borde de un camino. De repente, vino un golpe de viento y se la arrebató de las manos, llevándola hacia un declive del terreno. Cada vez se alejaba más de ella, hasta que de pronto se detuvo, introduciéndose misteriosamente debajo de una piedra, lo cual favoreció que la mujer pudiera recuperar su carta.

Cuando posteriormente se encontró con el Padre Pío, el Santo le dijo: «Tiene usted que prestar más atención al viento la próxima vez: si yo no hubiera puesto mi pie en la carta, esta se habría perdido».

### ***Ego te absolvo***

El Padre Alberto, que conoció al Padre Pío en 1917, contó la siguiente historia: «Vi hablar al Padre Pío mientras se encontraba de pie cerca de la ventana, con la mirada fija sobre la montaña. Me acerqué a él para besarle la mano, pero él no se dio cuenta de mi presencia y tuve la sensación de que su mano estaba entumecida. En aquel momento escuché que, con voz muy clara, dio la absolución a alguien. Después de un instante, el Padre se sacudió, como si se despertara de un sueño. Volviéndose hacia mí, me dijo: “¿Estás aquí? No me había dado cuenta”.

Un día después llegó de Turín un telegrama en el cual se agradecía al Padre Superior por haber mandado al Padre Pío a asistir a un moribundo. Del telegrama se pudo intuir que el moribundo estaba falleciendo en el momento en que el Santo pronunció las palabras de absolución en San Giovanni Rotondo. Obviamente, el Superior no envió al Padre Pío al agonizante, sino que le visitó en bilocación».

### **Teleconfesión**

En cierta ocasión, uno de los capuchinos del convento estaba a punto de llamar a la puerta de la celda del Padre Pío cuando le oyó hablar con alguien dentro. Decidió no molestarlos, pero esperó tras la puerta de todos modos. Poco después, el Santo abrió la puerta, pero no había nadie más en el interior de su celda.

—He oído que hablaba con alguien, pero no había nadie en su celda —dijo el capuchino.

—Oh, estaba escuchando la confesión de alguien —contestó el Padre Pío.

El Padre Romolo de San Marco in Lamis testificó el 20 de junio de 1921 que «el Padre Pío repite muy a menudo las palabras de la absolución sacramental, especialmente las palabras *absolvo* y *peccatis*. Lo hemos escuchado de su viva voz, en la sacristía, incluso durante la Misa. Esto podría estar relacionado con la bilocación».

### **Más teleconfesión**

El Padre Alessio, que atendía a las necesidades del Padre Pío día y noche, decía que él nunca había oído hablar al Santo acerca de la bilocación, pero que había sido testigo de un extraño incidente al respecto, muy parecido al que habían tenido otros frailes del

convento como el padre Honorato y el padre Alberto: «Un día, yo estaba en su habitación, sentado en el sillón. Le oía rezar el Rosario. Entonces, de repente, se detuvo, y le oí decir: “Ven aquí. ¿Qué deseas?”. Después de unos segundos, dijo nuevamente: “Ven aquí. ¿Qué deseas?”. Luego, en un tono más insistente, dijo: “¡Ven aquí! ¿Qué deseas?”. Entonces le oí pronunciar las palabras de la absolución: “Yo te absuelvo de tus pecados... como penitencia, dirás cinco Padrenuestros, cinco Avemarías y cinco Glorias”. Después, guardó silencio.

### **Cosas que hacer en un intermedio**

En 1953 el Padre Pío estaba sentado junto con otros monjes para una obra de teatro en el salón de actos del convento. El superior, que estaba sentado junto a él, informó que durante el intermedio el Padre Pío «puso sus brazos en la parte posterior de la silla frente a él, apoyó la cabeza en ellos, y permaneció en silencio e inmóvil durante unos minutos».

Al día siguiente, el padre Carmelo fue a visitar a un enfermo inválido en la ciudad, y se sorprendió cuando el hombre y su familia expresaron su agradecimiento por permitir que el Padre Pío fuera a visitar al hombre la noche anterior. El Padre Carmelo preguntó sobre la hora y la duración de la visita.

No había duda: se había realizado durante el intermedio.

### **Un turista en Roma**

Se sabe que el Padre no había estado nunca en Roma, excepto una vez para acompañar a una hermana suya que decidió entrar a un monasterio de clausura en el año 1917.

La Madre Esperanza, fundadora de las Criadas del amor Misericordioso (nombrada venerable), contó al periodista Renzo Allegri: «En el Santo Oficio vi al Padre Pío todos los días durante un año entero. Utilizaba unos guantes para ocultar sus heridas. Le gustaba saludar y a veces intercambiamos algunas palabras. Esto se llevó a cabo entre 1937 y 1939, cuando estaba trabajando en el Santo Oficio».

### **Peregrino en Lourdes**

El Padre Pío describió un día al Padre Rosario di Aliminusa cada detalle del santuario de Lourdes, a pesar de que nunca había estado allí. El Padre Rosario dijo: «¡Debes haberlo visto en sueños!».

El Padre Pío le contestó: «¿Qué sueños? No estaba dormido, sino despierto».

Al Padre Alessio le dijo en cierta ocasión: «Yo no tengo que ir a Lourdes. Voy allí cada

noche. Veo a la Virgen de Lourdes todas las noches».

El Padre Honorato Marcucci contaba que un día de julio de 1968 le dijo al Padre Pío:

—Padre, mañana voy de viaje a Lourdes. Deme la bendición y asístame en el viaje. ¿Quiere venir a visitar a la Virgen conmigo?

—¡He estado tantas veces...!

—Pero... ¡qué dice!: ¡usted no ha salido nunca del convento! ¿Está diciendo mentiras?

—No, no, a Lourdes no se va solo en tren o en coche: también se va de otros modos.

### **Algo diferente**

Según la tradición, en Loreto se encuentra la casa en la que vivió María. Varias veces se informó que se había visto rezar allí por la noche al Padre Pío.

Un día, Fray Daniele Natale tuvo el coraje de preguntarle:

—¿Padre, ¿has estado alguna vez en Loreto?

—No.

—¡Pero la gente te ha visto allí!

—¡Oh!: eso es algo diferente.

### **Visitando una capilla**

En 1966, el Padre Jean Derobert hizo un viaje a San Giovanni Rotondo, a fin de ver al Padre Pío. El Santo le pidió que iniciara un grupo de oración en París. En ese momento, el Padre Derobert era el capellán de una universidad que se encontraba a las afueras de la ciudad.

Con la ayuda de un amigo, pronto encontraron una hermosa capilla donde recibieron permiso para celebrar las reuniones mensuales de oración.

Un año más tarde, el Padre Derobert regresó a San Giovanni Rotondo. Tan pronto como el Padre Pío le vio, quiso noticias del grupo de oración. Escuchó con gran interés el informe del Padre Derobert, y luego le comentó: «Sé que el grupo marcha bien. Hay algunas almas muy hermosas que asisten. Voy allí a menudo». Luego procedió a describir con detalle la encantadora capilla donde se reunían todos los meses.

Muchos de los miembros del grupo de oración le habían dicho al Padre Derobert que a menudo sentían la presencia del Padre en sus reuniones mensuales.

### **Contando escalones**

En 1951 se consagró la nueva iglesia de la Sagrada Familia en Pietrelcina. El Padre

Alberto D'Apollito fue a la ceremonia desde San Giovanni Rotondo. A su regreso, dijo al Padre Pío: «¡Algún día tiene que ir y ver lo hermosa que es la iglesia». El Santo contestó: «Yo estuve también allí. Puedo describirte los más mínimos detalles, como el número de escalones a la entrada; y esto es algo que tú no sabes».

El Padre Alberto escribió más tarde: «De hecho, nunca había contado los escalones».

### **El vigilante y los ladrones**

Un señor deseaba visitar al Padre Pío, pero no se decidía porque en el barrio de Roma donde vivía se habían cometido últimamente muchos robos, y tenía miedo de que los ladrones entraran en su casa si la dejaba sola. Finalmente, hizo un pacto mental con el Santo: «Padre, yo iré a visitarte si tú me cuidas la casa».

En San Giovanni Rotondo se confesó con el Santo. Cuando al día siguiente fue a saludarle, el Padre Pío le preguntó con ironía: «¿Aún estás aquí? ¡Y yo que estoy sudando para vigilar tu puerta!».

Al oír aquello, volvió precipitadamente su casa, y comprobó que la cerradura estaba forzada, pero que no faltaba nada.

### **Un fraile en Nueva York**

La familia de Ellie Caza era originaria de Pietrelcina, y había conocido al Padre Pío en su infancia. Ellos finalmente emigraron de Italia a Nueva York. En 1960, cuando Ellie tenía 31 años, su abuelo, Jack Crafa, enfermó gravemente. Ellie y sus padres vivían cerca de su casa en Flushing, Nueva York, y durante su grave enfermedad la familia se quedó a su lado. Finalmente, Jack cayó en coma, y todos asumieron que estaba a punto de morir.

Un día, mientras Ellie y sus padres estaban junto a la cama de su abuelo, un desconocido llamó a la puerta. Al abrirla, todos quedaron sorprendidos al ver a un monje capuchino vestido con un hábito marrón oscuro, porque no había monjes capuchinos en su parroquia ni en cualquier otra parroquia en la zona. También se sorprendieron al ver que llevaba sandalias sin calcetines, porque era un día especialmente frío y la nieve cubría el suelo. El monje dijo que había venido a orar por su abuelo. Ellie estaba un poco molesto, porque pensó que el párroco debería haber venido a orar por su abuelo, y no un completo desconocido. Sin embargo, pronto quedó impresionado por la amabilidad y la compasión del joven monje.

A continuación, pasó directamente al dormitorio de su abuelo y le bendijo. Entonces invitó a la familia a rezar el Rosario, sugiriendo que se sentaran al lado de Jack, para

poder rezar el Ave María cerca de su oído, ya que él parecía tener la opinión de que Jack todavía era capaz de oír. Después de que el monje dijo esto, Ellie se sorprendió al descubrir que cuando tomó la mano de su abuelo en la de ella, sintió una respuesta parecida a un apretón muy ligero de su mano.

El joven capuchino luego dio al abuelo de Ellie los últimos sacramentos, y después bendijo a la familia antes de despedirse. Mientras caminaba por la puerta principal, el padre de Ellie, James, se dio cuenta de que no había ningún coche que lo esperara afuera. James lo miró mientras caminaba por la calle hasta que desapareció en la oscuridad. Jack Crafa murió esa misma noche. Había estado en coma durante nueve días.

Después de que el monje desconocido les hubo dejado, James se puso pálido y parecía bastante agitado. La madre de Ellie, Lucy, le preguntó por la razón, y su marido respondió: «¿No sabes quién era?: era el Padre Pío. Vino a dar la extremaunción a mi padre, y estaba tal y como le recuerdo cuando solía entregarle los huevos en Pietrelcina».

El abuelo de Ellie había sido uno de los hijos espirituales del Padre Pío, y por medio de una gracia especial de Dios el Santo había ido para confortarle y administrarle los últimos sacramentos de la Iglesia.

### **Comunión póstuma**

El padre del sacerdote Dominic Meyer estaba muriéndose en Wisconsin, mientras él estaba en San Giovanni Rotondo. La última vez que había visto a su padre, le había hecho una petición: «Hijo, eres amigo del Padre Pío. Sé que lo conoces bien. ¿Podrías pedirle que me ayude cuando sea mi hora?».

La primera vez que el padre Dominic estuvo a solas con el Padre se disculpó, e hizo la solicitud. El Santo asintió lentamente.

En una hermosa tarde, ya que no podía caminar, su hija y su esposo ayudaron al padre de Dominic a sentarse en el porche. Cuando fueron a traerle de vuelta a su habitación, vieron que no estaba allí. No se habían oído sus pasos, ni el cierre de la puerta.

Se apresuraron a ir a su dormitorio: allí estaba, en la cama, con los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta. «Y, Dominic –dijo su hermana–, vimos una Hostia en su lengua».

### **El chófer de París**

El Padre Pío Francesco Mandato, FMHJ, nació en Italia en 1956. Sus padres y abuelos eran de Pietrelcina, ciudad natal del Padre Pío. Tanto el Padre Mandato como otros

miembros de la familia, incluyendo a su bisabuelo, recibieron muchas gracias de su Padre espiritual, el Padre Pío.

Una vez París DeNunzio, el abuelo de Pío Francesco, hizo un viaje a San Giovanni Rotondo desde Pietrelcina para ver al Santo. El camino que conducía hasta el monasterio era empinado y peligroso. El Compañero de París, que conducía, se quedó dormido al volante y el coche se desvió y viró fuera del camino. París, que estaba muy asustado, comenzó a orar: «¡Padre Pío, ayúdanos!». En el último momento, el conductor fue capaz de hacerse con el control del coche.

Cuando llegaron al monasterio y se fueron a la celda del Padre Pío, Paris le habló sobre el accidente:

—¿Y estabas asustado, París? —preguntó el Santo. Ante la respuesta afirmativa de París, continuó—: Bueno... ¿no sabes quién estaba conduciendo?

París le preguntó a qué se refería.

—Yo conducía el coche —afirmó el Padre Pío—, ¡y todos pudimos llegar sanos y salvos!

### **Soplando velas**

El profesor Enrico Medi informó que estaba conduciendo por la estrecha carretera a San Giovanni, pensando que era el cumpleaños de su hija y que ella estaba soplando las velas en ese momento.

Se desvió en una curva de la carretera, y estuvo a punto de estrellarse con otros coches, pero pasaron a pocos centímetros, sin producirse rasguño alguno.

Esa tarde el Padre Pío, al verlo, le dijo: «Usted sopló las velas, y yo conduje el coche».

### **Enseñando a nadar**

Donald Fitzgerald, de Dublin (Irlanda), había estado enfermo y un amigo le dio una reliquia del Padre Pío. Donald siempre la llevaba alrededor de su cuello.

Un poco después, encontró trabajo en el condado de Galway en un barco pesquero, que emprendió con una tripulación de cinco pasajeros un viaje de pesca de diez días.

Al cuarto día, cuando estaban a 200 millas de la costa de Irlanda, se levantó un fuerte vendaval, con olas de hasta 20 pies de altura, que golpeaban el barco una tras otra. El capitán dio órdenes de regresar a la costa, pero una enorme ola golpeó la embarcación, y a consecuencia de su embate Donald perdió el equilibrio y cayó al agua.

Donald, que no sabía nadar, se quedó a 500 metros de la embarcación. Cuando se dio

cuenta de que se iba a ahogar, agarró la reliquia del Padre Pío que tenía alrededor de su cuello, y le rezó pidiendo su intercesión. Enseguida comenzó a percibir un hermoso perfume, y de repente vio al Padre Pío en frente de él, diciéndole que no se preocupara, que no moriría. Sintió que alguien lo levantaba fuera del agua y le ponía de nuevo en el barco.

Al día siguiente, el equipo fue capaz de volver a puerto con sus capturas.

### **Un niño generoso**

Una mujer fue a la Misa del Padre Pío, dejando a su hijo en casa. Cuando regresó, el hijo estaba comiendo un caramelo. La madre le preguntó de dónde había sacado el caramelo. El niño señaló a una imagen del Padre Pío.

Más tarde, después de la confesión, le dijo a la mujer: «¿Quieres un caramelo tú también?».

### **Cruzando el desierto**

El 24 de octubre 1949, el periódico *Il Progresso* (Italo-Americano) informó de esta historia:

Giacomo Cadice se había escapado de casa. Con el tiempo, los padres recibieron una carta desde Sidi-Bel-Abess en Argelia, donde afirmaba que se había unido a la Legión Extranjera y permanecería allí cinco años. Su padre, Pietro, fue al Padre Pío para pedirle ayuda, y éste le dijo: «Ve y ora. ¡En la tercera luna su hijo regresará a casa!».

La siguiente parte de la historia fue contada por el propio hijo. Una noche estaba de guardia en un puesto avanzado, cuando vio a un fraile haciendo un gesto con la mano para que le siguiera. Cruzaron el desierto todo el día, embarcaron en un buque para Marsella, y el fraile desapareció. Giacomo llegó a su casa, encontrándose con su familia. Cuando Pietro mostró a su hijo una foto del Padre Pío, inmediatamente reconoció al fraile, y comenzó a llorar.

### **Un largo peregrinaje**

En San Martín en Pensilis (Campobasso) vivía un campesino llamado Cuenca Andrea. Nunca pisaba la iglesia, ni se acercaba a los sacramentos, porque se declaraba ateo. Con frecuencia era grosero con su esposa e hijos.

Un día que estaba portándose particularmente mal, vio al Padre Pío en frente de él. Le había visto en las fotos, pero nunca en persona. Estaba conmovido. Pidió confesar, pero le dijo que no, y luego desapareció.

Andrea pidió disculpas a su esposa e hijos y comenzó una peregrinación a pie a San Giovanni Rotondo. Caminó durante tres días, sin descansar ni comer. Cuando llegó al convento se confesó con el Padre Pío. Después de la absolución, le dijo: «Ahora, ve a comer algo».

### **A Dios rogando**

María Pompilio, una hija espiritual que vivía cerca del convento, testificó que una noche estaba orando cuando empezó a quedarse dormida. De repente, sintió que alguien le daba una bofetada en la mejilla derecha, y la mano parecía la del Padre Pío.

Al día siguiente, ella le preguntó al Padre si la había abofeteado.

—Eso es lo que sucede cuando uno se duerme mientras está orando —respondió el Santo.

### **Cruzando el océano**

«Padre, ¿me tomaría usted como hijo espiritual?».

«Sí».

«Pero la semana que viene me marcharé a América».

«¿Y tú crees que yo no puedo alcanzarte y darte un bofetón, si no te comportas debidamente?».

### **Un fraile en el Vaticano**

El Cardenal Silj informó acerca de un sobrecogedor episodio que sucedió mientras estaba en una reunión con el Papa Pío XI y con varios cardenales, que debatían sobre la suspensión del Padre Pío *a divinis* (es decir, suspenderle de todas funciones sacerdotales).

Mientras el Papa hablaba en la reunión, un fraile capuchino apareció, se arrodilló y besó sus pies diciendo: «Su Santidad, por el bien de la Iglesia, no tome esa decisión». A continuación, pidió la bendición del Papa, le besó los pies de nuevo, se levantó y se fue.

El Papa preguntó: «¿Quién dejó entrar a ese fraile?».

Los cardenales salieron fuera para reprender a los guardias que habían dejado entrar al monje, pero todos los guardias negaron haberle visto.

El Papa se quedó en silencio. Después, ordenó al cardenal Silj que fuera a san Giovanni Rotondo para descubrir si ese monje era el Padre Pío.

El Cardenal preguntó al superior del convento, dándole detalles, si el Padre había

estado allí el día y la fecha señalados. El fraile le dio todos los datos que le solicitaron.

De vuelta en Roma, el Cardenal Silj informó al Papa que el Padre Pío estaba en el coro de su convento el día de autos.

El Pontífice nunca mencionó de nuevo la suspensión del Padre Pío de su función sacerdotal.

Este episodio fue reportado por la condesa Virginia Silj-Salviucci al Padre Pío Dellepiane, y revelado solo después de la muerte del Papa Pío XI.

### **El fraile de san Bernardo**

El Padre Alessio entró en la habitación del Padre Pío una noche y se lo encontró temblando, a pesar de que era una noche calurosa. Amontonó mantas sobre él, sin resultado.

Más tarde se enteró de que, a esa misma hora, un hombre moribundo en los Alpes pedía insistentemente en sus oraciones que el Padre Pío estuviera presente a su lado.

### **Una huella en la ventana**

El Padre Plácido Bux, compañero de clase del Padre Pío, se estaba muriendo en el hospital de San Severo.

Una noche, vio al Santo a su lado animándole a tener paciencia. Después, le vio colocar su mano sobre la ventana y desaparecer.

Por la mañana, vio la huella de una mano en el cristal. Contó la historia a todo el mundo. La noticia se extendió por el personal del hospital, y muchas personas fueron a verla.

Se llamó al Padre Piergiuliano, superior del convento de San Severo, y reprendió al Padre Plácido. Intentó limpiar la ventana con detergentes, pero la huella no desaparecía.

Entonces se llamó al Padre Alberto, Superior de San Giovanni Rotondo, el cual no creyó la historia. El Padre Plácido le pidió al Padre Alberto que preguntara directamente al Padre Pío, ya que era su superior.

De vuelta en el convento, el Padre Alberto se acercó al Santo pero, antes de que pudiera decir una palabra, el Padre Pío le preguntó: «¿Cómo está el Padre Plácido?» Entonces, el Padre Alberto le contó lo que había sucedido en el hospital.

Al terminar, el Padre Pío le preguntó: «¿Y tú, ¿aún dudas?».

El Padre Plácido se recuperó completamente de su enfermedad.





# OLOR DE SANTIDAD

## Los dos perfumes

Cada vez que alguien huele el perfume de santidad del Padre Pío es una señal de que Dios otorgó cierta gracia mediante su intercesión. Los olores son de violetas, lirios, rosas, incienso, o incluso tabaco fresco.

El perfume tiene siempre un valor positivo. Eso atestigua su presencia como una aprobación para algo que está pasando, una advertencia de un peligro que se acerca, una apelación contra el pecado y la tentación, un mensaje de cuidado a un alma en peligro, una respuesta a un pedido de ayuda, el anuncio o la confirmación de que se ha oído una oración o una solicitud.

El Padre Pellegrino, que fue su Superior, manifestó: «Personalmente, he notado el perfume. Había dos tipos de perfume. Uno era el de la sangre de las llagas, que era un olor a sangre, pero no desagradable. El otro era un perfume preternatural que he sentido dos veces: una en el año 1953, y la segunda la noche de la muerte del Padre Pío, mientras lo vestíamos. Yo y el doctor Sala nos dimos cuenta de lo extraordinario del hecho. No puedo decir qué tipo de perfume era, pero era intensísimo».

## Solo jabón

El obispo Carlo Rossi fue enviado a investigar al Padre Pío en 1921, como visitador del Santo Oficio. Estaba particularmente impresionado por el perfume que exhalaba el Padre Pío, por lo cual examinó su celda, en la que solo había jabón común: «Era un intenso y agradable aroma, similar al olor de la violeta. Yo lo he percibido. El olor se mantuvo en el pelo que se le había cortado dos años antes, y también se adhería a la sangre y vendas de los estigmas».

## Una fragancia perdurable

El Padre Romolo testificó en 1921: «En 1919 pasé por el convento del Padre Pío. Cuando le vi, acompañaba al obispo de Melfi fuera del convento. Su pañuelo se cayó, y un fraile que lo recogió me lo dio a mí. Me lo llevé a mi convento en Umbría. El pañuelo estuvo veinte días en mi maleta. Cuando lo abrí, después de tanto tiempo, todavía tenía el olor en toda su intensidad».

El mismo Romolo afirmaba lo siguiente sobre una venda del Santo: «En el pequeño cajón de la mesita de noche de mi celda había un vendaje del costado del Padre Pío, que

había estado en mi celda desde hacía un año, y cada vez que abría el cajón se notaba el aroma del Padre».

### **Un fraile perfumado**

Otro testimonio sobre el olor de santidad se debe al Dr. Romanelli, de Barletta: «En junio de 1919, cuando mi primera visita al Padre Pío, un perfume tan violento me llenó las fosas nasales, que no puede menos de decir al Padre Valenzano, que me acompañaba, que consideraba indecente que un fraile se perfumara. Sin embargo no percibí nada más ni a su lado ni en su celda; solo en el momento de salir volví a sentir una bocanada en el descanso de la escalera.

He conferenciado con muchos sabios sobre estos casos; todos están concordes en declarar que la sangre no puede despedir perfumes. Sin embargo, la que trashuman los estigmas tiene un aroma muy característico, y lo conserva aunque esté coagulada o seca en alguna tela. Esto es contrario a todas las propiedades naturales de la sangre, pero, lo quieran o no, es un hecho experimentado».

### **Siguiendo el rastro**

El Dr. Festa, el primer médico que examinó los estigmas del Padre Pío, escribió: «Cuando examiné por primera vez el costado del Padre Pío, guardé un trocito de tela manchado de sangre, pensando examinarlo en el microscopio. Como carezco de olfato, no observé nada extraño, pero las personas que volvían conmigo de San Giovanni a Roma, y que nada sabían del pedacito de género guardado en mi caja de instrumentos, percibieron –pese al viento que entraba por la ventanilla del autobús– un olor muy marcado, igual al que según ellos emanaba el Padre Pío.

En Roma, durante largo tiempo, conservé esa tela en un armario de mi consultorio, y hasta tal punto llenaba de efluvios la habitación, que muchos de mis pacientes me preguntaban espontáneamente de dónde venía ese perfume».

### **Una respuesta perfumada**

Un matrimonio polaco que residía en Inglaterra le mandó una carta al Padre Pío, pero no obtuvo respuesta. Ante esto, decidieron ponerse en camino. Se encontraban en Berna cuando dudaron de si seguir el viaje o no, pues les habían llegado noticias de que el Santo no recibía nadie, por orden de sus superiores.

Ya habían decidido interrumpir el viaje, cuando la habitación se inundó repentinamente de un perfume maravilloso, del cual no fueron capaces de descubrir su fuente, por más

que indagaron. Creyéndolo una señal, decidieron continuar con su viaje.

Al llegar a San Giovanni Rotondo, el Padre Pío les recibió inmediatamente:

—Le escribimos una carta, pero como no recibimos respuesta...

—¿Como que no os he respondido?: ¿no habéis notado nada esta noche en el albergue suizo?

### **Una esfera de perfume**

El Doctor Zuhair Yusuf Miscony; su esposa, la doctora Myriam; y la hija de ambos, Zena, todos católicos del Rito sirio en Irak, se trasladaron a Londres. En julio de 1989 se les dio una estampita con la reliquia del Padre Pío, recomendándoles que rezaran la oración todos los días.

Una tarde, Miscony, de camino a casa desde el University College Hospital, fue atropellado por una motocicleta, a resultas del cual fue lanzado cinco metros en el aire, aterrizando en la carretera, dándose de nuevo un fuerte golpe. El motociclista trató de ayudar, pero Miscony se puso de pie y dijo que estaba bien, y se fue a casa.

Su esposa y su hija le llevaron al hospital para que fuera examinado de posibles lesiones internas. Muchos médicos y pruebas más tarde, se constató que no había ninguna señal de daño. De vuelta a casa, estaba viendo un video del Padre Pío cuando olió «como una esfera de perfume en medio de la habitación. Como lirios, pero aún más hermoso».

Media hora más tarde, Myriam Zena regresó a su casa y se sintió inmediatamente golpeada por el perfume. Entrando en el salón, exclamó: «Él está aquí». Los tres comprobaron cada botella de la sala, pero ninguna estaba produciendo el perfume que olían. El perfume duró desde las 18:00 hasta alrededor de la medianoche.

### **La señal convenida**

Michel Boyer, héroe de la resistencia francesa, era un comunista ateo que decidió quitarse la vida. Un amigo que conocía sus intenciones le propuso un viaje a Italia para ver al Padre Pío, contándole algunos de sus hechos extraordinarios. Michel, escéptico, le dijo: «Si todo eso es cierto, que me dé una señal y prometo ir a verle».

Obsesionado con su suicidio, llegó hasta el lago de Lugano, y cuando ya estaba por meterse en el agua sintió repentinamente un perfume penetrante, que aparecía y desaparecía, y que le hizo recordar lo que su amigo le había comentado sobre el olor de santidad del Padre Pío.

Con la certeza absoluta de que aquello era la señal que había estado esperando, se

apresuró a ir a San Giovanni Rotondo, donde se quedó para siempre como médico de la Casa «Alivio del Sufrimiento».

### «*Vieni*»

El actor Carlo Campanini, hijo espiritual del Padre Pío, estando de gira por Brasil fue a la catedral de Sao Paulo para confesarse y comulgar. Al entrar, vio consternado que había una cola muy larga para la confesión.

Entonces decidió orar al Padre Pío en busca de ayuda. Nada más hacerlo, la puerta de un confesionario cercano se abrió y un sacerdote le llamó en italiano: «*Vieni* (vamos)». Se confesó, y hacia el final pudo oler la fragancia típica del Santo.

### **Cuando quiere y a quien quiere**

Fray Modestino dio este testimonio sobre la osmogénesis del Padre Pío: «Una vez me encontraba de vacaciones en San Giovanni Rotondo. Por la mañana me presenté en la sacristía, para servir durante la Misa al Padre Pío, pero otros monjes discutieron para tener ese privilegio. El Padre Pío interrumpió aquella discusión y dijo, mientras me señalaba: “La Misa la servirá él”. Nadie rechistó. Acompañé al Padre al altar de San Francisco, y empecé a prepararlo con absoluta concentración. En el momento del *Sanctus* tuve un repentino deseo de percibir aquel indescriptible perfume que ya muchas veces había olido cuando besaba la mano del Padre Pío. El deseo fue concedido enseguida: una oleada de perfume me envolvió, y fue aumentando más y más, hasta el punto de que ya no lograba respirar. Me apoyé con la mano en la balaustrada para no caer. Estuve a punto de desmayarme, y le pedí mentalmente al Padre Pío que me evitara esto frente a tanta gente. En aquel preciso instante el perfume desapareció.

Por la tarde, mientras acompañaba al Padre a su celda, le pedí explicaciones sobre el fenómeno. Me contestó: “Hijo mío, no soy yo: es Dios el que actúa. Lo hace sentir cuando quiere y a quien quiere. Todo ocurre como le gusta a Él”».

### **Una larga espera**

Un señor conoció al Padre Pío a causa de una serie de coincidencias bastante extrañas: «Yo escuché hablar por primera vez de esta obra de Dios después de la guerra, sobre todo de un amigo periodista. Ya que este amigo mío conocía bien al Padre Pío, me habló de él con un entusiasmo que a mí pareció excesivo. Mi primera reacción fue de indiferencia e incredulidad, especialmente cuando mi amigo me contó de ciertos fenómenos como los perfumes del Padre Pío, que muchos dijeron percibir en lugares

muy lejanos del religioso.

De repente, empecé a sentir un intenso perfume de violetas en lugares insólitos, donde era imposible que hubiera flores. El pensamiento me llevó hacia el Padre Pío, pero me rebelé, diciéndome que era víctima de sugerencias.

Un día el fenómeno también me ocurrió mientras estaba de vacaciones con mi mujer. Fui a la estación de ferrocarril para enviar una carta y en aquel lugar, que no está perfumado normalmente, sentí aquel inconfundible perfume de violetas. Mientras reflexionaba sobre aquel hecho, mi mujer dijo: “¿Pero de dónde viene este perfume?” “¿Tú también lo sientes?”, le pregunté, maravillado. Entonces le hablé del Padre Pío, de las discusiones con mi amigo y de aquel perfume que desde hacía tiempo me perseguía. “Si yo fuera tú –dijo mi mujer– partiría enseguida para San Giovanni Rotondo”. Al día siguiente estábamos de viaje. Cuando llegamos delante de él, el Padre dijo: “He aquí a nuestro héroe. He tenido que esperar mucho para que vinieras”. Aquel mismo día tuve el privilegio de hablar con él, y desde aquel momento mi vida cambió».

### **Mejor que una bofetada**

Un famoso abogado devoto del Padre Pío contaba: «Un día en que yo estaba en la iglesia vieja del convento y participaba en la Santa Misa –la larga y maravillosa Misa del Padre Pío–, en el momento en que el sacerdote elevó la Sagrada Hostia, me distraje pensando, y me quedé de pie. Fui, entre toda la muchedumbre de fieles arrodillados, el único aparentemente irreverente. De repente, fui sacudido por un penetrante y agradable olor de violetas que me hizo volver a la realidad. Miré a mi alrededor, y también me arrodillé.

Como siempre, después de la función religiosa fui a saludar al Padre, que me acogió diciéndome algo que me pilló por sorpresa:

—Hoy estuviste algo despistado.

—Entonces, ¿fue usted quien me despertó con su perfume?

—Sí, ¿no es mejor eso que una bofetada?

### **Una curiosa penitencia**

Después de su conversión, un siciliano se confesó con el Padre Pío, que le tuvo la mano derecha apretada entre las suyas. Cuando regresó a su casa, se dio cuenta que tenía en esa mano un perfume que no tenía en la izquierda, el mismo perfume que había experimentado cuando estaba cerca del Santo.

Aunque se lavara las manos, el perfume seguía allí, y esto duró durante los dos meses

que le llevó cumplir la penitencia que le había impuesto el Padre. Las veces que el perfume desaparecía trataba de sugestionarse para volver a sentirlo, pero eso no funcionaba.

Cuando acabó la penitencia, el perfume se desvaneció.

### «¡Mira por dónde vas!»

Un hombre que había estado en San Giovanni Rotondo y que había experimentado el maravilloso perfume del Padre Pío caminaba unos meses más tarde por una zona montañosa, cuando volvió a sentirlo nuevamente. Aquella fragancia maravillosa hizo que se detuviese, quedando extasiado durante unos momentos para disfrutar aquel olor tan exquisito. Cuando salió de ese trance, descubrió que se encontraba al borde de un precipicio, y que de no haber sido por aquel perfume hubiera seguido caminando hasta caer en él.

Ante aquella intervención del Santo, decidió ir inmediatamente a San Giovanni Rotondo para darle las gracias. Cuando el Padre Pío le vio, le dijo sonriendo «¡Hijo mío! ¡Mira por dónde vas!».

### Una mujer misteriosa

El Padre Pierre Denys Auvray, un sacerdote francés de la Orden de Santo Domingo, visitó al Padre Pío por primera vez en 1956. Después, fue con frecuencia a San Giovanni Rotondo, alojándose en el hotel *Villa Pia*, no muy lejos del convento de los capuchinos.

Una tarde, cuando regresó a su habitación, se dio cuenta de que estaba invadida por un perfume fuerte. Eso ya había ocurrido en más de una ocasión, por lo cual, lleno de preocupación, habló con Luigi, uno de los empleados del hotel, y le expresó una queja: «Alguien está entrando furtivamente en mi habitación cuando estoy fuera, y estoy muy molesto. Siempre mantengo mi puerta cerrada cuando salgo, pero creo que una mujer ha conseguido entrar desbloqueándola. Tengo pruebas, porque cuando entro hay un fuerte olor de perfume que aún está flotando dentro de la habitación».

Con el fin de demostrar su sospecha, invitó a Luigi a entrar en la habitación. Cuando lo hicieron, los dos percibieron la fragancia, y Luigi le explicó su verdadera naturaleza: «La fragancia de su habitación no se debe a que una señora haya estado viniendo aquí mientras usted está lejos: la fragancia es del Padre Pío».

Luigi explicó al Padre Denys que a veces el Santo daba a conocer su presencia por medio de una fragancia maravillosa. Mientras le hablaba, la habitación se impregnó repentinamente de un fuerte olor a incienso: «Ya ves –dijo Luigi–: ahora nos damos

cuenta de la fragancia del incienso. Lo que pasa es que el Padre Pío está en la iglesia en este momento presidiendo el servicio de la bendición».

Aquella fragancia estuvo en la habitación del Padre Denys durante los 15 días siguientes.

### **La otra mujer**

En cierta ocasión el signo aromático de la presencia del Padre Pío casi termina en un matrimonio roto.

Vincenzo Catalano, que vivía en el este de Harlem, en Nueva York, acababa de regresar a la práctica de los Sacramentos después de haberlos abandonado durante sesenta y cuatro años. Él decía que se lo debía al Padre Pío, que le llevó a hacer una buena confesión a un sacerdote capuchino en la Iglesia de Nuestra Señora Reina de los Ángeles, en la calle 113 Este, en Ciudad de Nueva York. En el camino a casa, compró un *money order* por \$ 12.00, para enviar al Padre Pío. Cuando llegó a casa, tomó el recibo de su bolsillo y trató de decirle a su esposa lo que había hecho. Pero ella no oía ni una palabra de lo que su marido le explicaba, ya que el recibo «apestaba» a perfume: «¡Tú tienes otra mujer!», le dijo. A Vincenzo le costó hacerla entender que no era sino el perfume del Padre Pío.

### **Un olor a madre selva**

Ann McAvoy, residente en el Bronx, Nueva York, nunca había oído hablar del Padre Pío hasta que un sacerdote agustino, el Padre Robert E. Reagan, OSA, se lo dio a conocer. Ann había estado orando para que la tensión en su familia se resolviera, y para que su hermano, Frank Stoddard, fuera sanado de los fuertes dolores que le producía un cáncer terminal de estómago, y así pudiera morir en paz.

El 1 de noviembre de 1968, Frank comenzó a tomar el medicamento que el médico le había recetado. El 11 de noviembre, el padre Reagan lo visitó de nuevo. Por primera vez, le habló a Frank y Ana sobre el Padre Pío, Aplicó al estómago de Frank un crucifijo que el Santo había bendecido, y lo dejó con ellos. Después, Ann aplicó el crucifijo algunas veces más al estómago de su hermano y oró con él. Durante todo ese tiempo, Frank no tuvo que tomar una sola píldora para el dolor.

La noche siguiente, Ann estaba agotada. Su testimonio sobre lo que sucedió es el siguiente:

«Mi hermano estaba en el dormitorio. Yo estaba sentada en el sofá y cogí el *Times*. Ni siquiera lo había abierto cuando percibí una hermosa y dulce fragancia, y me dije a mí

misma: “¿Qué es esto?”. Hace 23 años tuve neumonía, y desde ese momento no tenía ningún sentido del olfato. Pero aquel perfume me olía a madre selva. No había nada alrededor que pudiera desprender ese aroma, que se hacía más y más fuerte. Hubo tres oleadas, y luego se desvaneció.

Entonces rompí a sudar, porque esto era inusual y aterrador. El sudor goteaba de mi frente. Pensé que me estaba volviendo loca. No podía entenderlo. No tenía ningún maquillaje. Acababa de sentarme, y no había dado tiempo para que el calor de la lámpara me afectase. No asocié esto con el Padre Pío, pero me molestó toda la noche.

Tampoco le dije nada sobre esto al Padre Reagan. Cuando se lo conté más tarde, me recriminó: “Deberías habérmelo dicho antes”. Le dije que no se lo había contado porque no sabía cómo explicarlo. Entonces me informó que con frecuencia el aroma de las flores y el incienso se conectaban con la presencia del Padre Pío.

Mi hermano rezó el rosario todos los días hasta que murió. Desde el 11 de noviembre dijo que se sentía muy cómodo, a pesar de que no había tomado más medicamentos. Le pregunté: ¿Cómo te sientes? ¿Sientes algún dolor?”. Él respondía que no, aunque sentía algo de náuseas. El 6 de diciembre de 1968, mi hermano durmió durante doce horas, y tuvo una hermosa y pacífica muerte durante su sueño. Y también se restableció la paz en la familia».

### **Respondiendo una oración**

Domenico Tognola, de Zurich (Suiza), mandó su testimonio por escrito al convento de San Giovanni Rotondo:

«Una mañana me desperté y noté un fuerte olor a violetas, rosas y lirios. Lo reconocí asociado con el Padre Pío, y me preguntaba qué podría significar. Comprendí su significado cuando el cartero me trajo una carta de mi hermano, a quien no había visto en treinta y dos años, y había dado por muerto: había estado orando al Padre Pío para pedir que pudiera recibir cualquier tipo de noticias relacionadas con mi hermano, y esto era una respuesta a mi oración».

### **Cosas de la Edad Media**

Una mujer de Suiza convenció a su hijo de que fuera a visitar al Padre Pío. Aceptó, pero con la condición de que no tendría que besar su mano: «Estas son cosas de la Edad Media».

Sin embargo, después de la confesión besó la mano del Padre Pío, sin pensar en lo que había dicho a su madre.

Cuando fue a su madre unos momentos más tarde, ella observó que sus labios estaban marcadamente hinchados y con una notable coloración azul. Cuando su hijo trató de explicar lo que había pasado, su aliento tenía un fuerte perfume de violetas, La hinchazón le duró cinco días, lo mismo que el perfume.

### **Regalo de aniversario**

Una mujer involucrada en un accidente se rompió el brazo y el hombro, y después de 3 años de cirugías los médicos dijeron que nunca sería capaz de usarlo. Desesperada, fue a ver al Padre Pío. El Santo le anunció: «No se desespere. Su brazo se recuperará».

La mujer volvió a su casa, pero durante un tiempo no hubo mejoría. Tres meses más tarde, el 17 de septiembre de 1930, aniversario de la estigmatización de san Francisco, ella, toda su familia, e incluso los vecinos olieron un fuerte olor a perfumes y rosas. Esto duró aproximadamente 15 minutos. Momentos después, el brazo volvió a ser normal. Las radiografías posteriores no mostraron ninguna anomalía en los huesos y cartílagos.

### **Entendiendo un mensaje**

Alberto del Fante, escritor y defensor acérrimo defensor del Padre Pío, había prometido al Santo hacer la señal de la Cruz y decir una oración antes de empezar a trabajar. El 28 de febrero de 1931 empezó a escribir un ensayo, pero se había olvidado de decir su oración. De repente, empezó a oler un fuerte aroma a incienso. Llamó a su esposa y a sus hijos, pero no olían nada. Fue entonces cuando entendió el mensaje.

### **Describiendo el perfume**

Robert Hopcke, un seminarista luterano, asistía a una Misa católica en Pennsylvania con su amigo Vincenzo Mandato: «Recuerdo que olía muy claramente un fuerte olor a rosas justo antes de la homilía. Se fue, y regresó durante el Credo. Se desvaneció nuevamente, y volvió durante la consagración de la Hostia». Robert miraba a su alrededor, pero no había ninguna mujer cerca, ni flores, y las velas estaban muy lejos.

Después de la Misa, Vincenzo preguntó a Robert: «¿No habéis olido nada durante la Misa?». Todos confirmaron que habían tenido la misma experiencia. Más tarde, Robert compartió el episodio con el padre de Vincenzo, el Sr. Mandato, que había conocido al Padre Pío. El Sr. Mandato le explicó con todo detalle el perfume del Padre que Robert había olido. Robert concluyó: «No puedo negar que, antes de que yo contara lo que olí, el Sr. Mandato lo había descrito a la perfección».

## **La prueba**

Don Pierino Galeone preguntó al Padre Pío si podía estar presente el día de su ordenación al sacerdocio. Este es su testimonio sobre lo que ocurrió: «Me postré ante el altar, y enseguida empecé a oler el fuerte perfume del Padre Pío. Continuó sin cesar durante todo el tiempo de la ceremonia litúrgica».

## **Un perfume sofocante**

Lauro Bonaguro de Ferrara tuvo en 1998 un derrame cerebral. Estaba paralizado del lado derecho, con dificultades en el habla. Después de un mes en el hospital se fue a casa. No podía caminar ni subir su brazo, y tenía agudos dolores.

El 2 de mayo de 1999, mientras veían la ceremonia de beatificación del Padre Pío en la TV, él y su esposa olieron una intensa fragancia, «casi sofocante». La mujer buscó por todas partes, en la casa y en el jardín. No había ninguna explicación. En el momento de la presentación de la imagen del Padre Pío, el perfume se hizo aún más fuerte. Terminó después de varios minutos.

Un poco más tarde, la esposa de Lauro vio a su marido de pie en el baño: no se había dado cuenta de que estaba caminando con normalidad, y utilizando el brazo derecho mientras se peinaba. Comenzó a trabajar de nuevo.



# VISIONES Y ÉXTASIS

## **Un rayo de fuego**

Luigina Sinapi, una mujer de gran santidad personal, era hija espiritual del Padre Pío.

En cierta ocasión, cuando Luigina estaba en la iglesia de San Giovanni Rotondo, vio un rayo de fuego que salía del corazón del Padre Pío y luego se proyectaba sobre el tabernáculo.

Luigina se preguntó sobre el significado de aquello, y el Señor habló a su corazón y le dijo: «Es el amor del Padre Pío a Jesús en el Santísimo Sacramento».

## **Abreviando la Misa**

Acerca de la Misa del Padre Pío, Don Giuseppe Orlando, un sacerdote de Pietrelcina, decía que «las Misas eran demasiado largas, y los campesinos que asistían a ella antes de ir al campo se quejaron de que no podían pasar horas rezando con él, en lugar de ir a trabajar».

Giuseppe habló del Padre Pío al superior capuchino, el cual le hizo una sugerencia que funcionaría bien: Giuseppe se quedaría en la Iglesia cuando el Padre Pío celebraba y, cuando empezara a disminuir la velocidad, le daría un orden mental en nombre de la obediencia para que siguiera adelante. El Padre Pío obedecía, y reanudaba la Misa de inmediato.

## **Santa obediencia**

El Padre Guillermo, en sus *Cenni* (apuntes) sobre el Padre Pío, escribió que en 1911, estando en el convento de Venafro, «al recibir la comunión y dar gracias, el Padre Pío abría los ojos y los tenía así durante una media hora, indicando que algo extraordinario estaba pasando ante su vista. De esto estábamos convencidos, pues a veces sonreía, a veces se entristecía o alzaba la voz con fuerza, orando a Jesús por la conversión de algún pecador, o recomendándole a los bienhechores, o pidiendo la paz y la salvación para todos.

Un día el Padre Agustín invitó al doctor Pozzilli a asistir a uno de esos éxtasis después de la comunión, y pasó una vela encendida delante de sus ojos. El doctor le llamó y no respondió; pero al llamarle el Padre Agustín, como Superior, inmediatamente despertó.

El doctor Nicola Lombardi contaba lo siguiente: «Un día fui llamado donde el Padre Pío y le vi echado en cama con los ojos abiertos y fijos en algo que estaba delante. Le

dirigía la palabra a Cristo, a la Virgen y a su Ángel Custodio. El diálogo duró una media hora, en mi presencia y de otros religiosos. Acabado el diálogo, al retirarse los personajes con quienes hablaba, cerró los ojos y se durmió. Pero si el Superior en este estado de sueño le llamaba, aun desde fuera de la celda, y sin que sintiera su voz como hizo en mi presencia, se despertaba riendo y bromeando como si no hubiera pasado nada».

### **Diálogos celestiales**

El Padre Alessio Parente afirmaba: «Muchas veces, entrando en su habitación para acompañarle a la sacristía para oír las confesiones, le encontraba en éxtasis, con el rostro transfigurado. Sus ojos, a veces, estaban cerrados, y otras abiertos y fijos en la pared de la celda. Estaba tan absorto que no sentía el ruido de las llaves al entrar».

Cuando entraba en éxtasis, se le oía hablar, con bastante coherencia, con visitantes celestiales invisibles. El Padre Agostino anotaba lo que escuchaba y, aunque no podía tener acceso a lo que le decían esos seres invisibles, era posible entender el sentido general de aquellos diálogos celestiales.

Durante estos encuentros, el Padre Pío rezó por las conversiones, argumentó con Dios por la salvación de varias personas, expresó su temor y su horror por el Diablo, expuso el deseo de llevar la cruz, oró pidiendo que los estigmas se volvieran invisibles, lloró por la conducta mundana de los sacerdotes modernos, manifestó su preocupación acerca de que su enfermedad podría dar lugar a su expulsión de la Orden de los Capuchinos... Por encima de todo, sin embargo, el Padre Pío se dirigía con palabras de amor exaltado a su Salvador y Señor.

### **Una cuestión de humildad**

El Padre Agustín de san Marco in Lamis, su director espiritual, afirma en su *Diario* que durante el año 1913 los éxtasis del Padre Pío tenían lugar dos o tres veces al día, y duraban desde una hora hasta dos horas y media: «Los éxtasis y apariciones comenzaron a sus cinco años, cuando tuvo el pensamiento de consagrarse para siempre al Señor, y fueron continuos. Interrogado sobre por qué los había ocultado tanto tiempo, respondió que creía que eran cosas normales que sucedían a todos. Por ello, un día me preguntó: “¿Y usted no ve a la Virgen?”. Y al decirle que no, añadió: “Lo dice por humildad”».

### **Visión nocturna**

El Padre Raffaele había sido el Superior del monasterio de Nuestra Señora de Gracia en San Giovanni Rotondo entre 1928 y 1941. En total, había vivido con el Padre Pío

durante cuarenta años.

En septiembre de 1919, mientras Raffaele se preparaba para su ordenación sacerdotal, pasó cuatro días en San Giovanni Rotondo, alojándose en una celda que estaba justo al lado de la del Padre Pío.

En su escrito *Acceni*, relató el siguiente episodio: «Llegué a san Giovanni Rotondo el 17 de septiembre de 1919. Dormía en una celda angosta frente a la celda número 5 del Padre Pío. La noche del 19 al 20 septiembre no podía dormir por el calor. Hacia medianoche me levanto de la cama y abro la puerta. Todo estaba oscuro. Apenas alumbraba la lucecita de una lamparita de petróleo. Mientras estaba en la puerta para salir, veo que llega el Padre Pío del coro, donde había estado rezando. Estaba todo luminoso, con una imagen del niño Jesús en sus brazos. Andaba lentamente y murmuraba alguna oración. Pasó delante de mí todo radiante de luz, y no se dio cuenta de mi presencia. Solo algunos años después me di cuenta de que era el primer aniversario de haber recibido los estigmas».

### **Una visión del paraíso**

El Padre Agustín escribió en su *Diario* el 8 de abril de 1946: «Un anciano, vecino de nuestra casa, llamado Nicolás Pazienza, de una bondad y simplicidad extraordinaria, me contó que, hacía ya bastantes años, una noche de verano se despertó y vio la habitación del Padre Pío toda iluminada de una luz más brillante que el sol; y vio que el Padre estaba resplandeciente en medio de la luz. El buen anciano, ante tal visión, exclamó: “Dios mío, ¿qué será el paraíso?”. He podido verificar que desde su finca se puede ver la ventana del Padre Pío».

### **La herida luminosa**

El doctor Giorgio Festa, el mismo que había sido el primero en examinar sus estigmas el 14 y 15 mayo de 1919, operó al Padre Pío de una hernia inguinal en septiembre de 1925. Por miedo a que aprovecharan su inconsciencia para examinar sus estigmas, el Padre Pío se negó a ser anestesiado. Al llevarlo de vuelta a su habitación, se desvaneció, y entonces el doctor pudo observar de nuevo sus llagas, tal y como lo había hecho cinco años antes. Al observarlas, observó que los bordes de las llagas desprendían radiaciones luminosas.

### **Una Misa celestial**

Enrico Cerioni estuvo presente en la Misa del Padre Pío. A su regreso a Roma, escribió

una carta a Fray Daniele Natale sobre su experiencia. Este mostró la carta al Santo, preguntándole si Enrico había escrito la verdad. El Padre lo confirmó.

En esa carta se decía: «Vi dos filas de ángeles que salían de la sacristía, delante del Padre Pío. Cuando llegó al altar vi a la Madre de Dios a su lado. Tan pronto como la Misa hubo comenzado, el Padre Pío se llenó de luz y se mantuvo así durante toda la celebración.

En la elevación de la Sagrada Forma, Jesús se apareció y se mezcló con el Padre Pío. Fue difícil para mí distinguir a las dos personas. Durante la Comunión, la fusión se completó».

### **Una Reina en el trono**

En una carta al Padre Benedetto del 21 de julio de 1913 escribió: «El domingo, después de la celebración de la Misa, fui transportado por una fuerza superior a una habitación muy espaciosa, toda resplandeciente de luz vivísima. En un trono alto vi sentada una Señora de extraordinaria belleza. Era la Virgen santísima, que tenía al niño en su seno, el cual tenía una actitud majestuosa con un rostro espléndido y más luminoso que el sol. Y alrededor había una gran multitud de ángeles bajo formas resplandecientes».

### **Un mar de dulzura**

El Padre Pío escribió el 15 de agosto de 1929, en la fiesta de la Asunción: «Esta mañana me acerqué al altar con dolores físicos y una gran angustia interna. Sentí ganas de morir. Estaba impregnado por una tristeza mortal. En el momento de consumir la Sagrada Hostia vi claramente a nuestra Madre Celestial con el Niño Jesús en sus brazos. Ambos me dijeron: “¡Cálmate! Estamos aquí contigo! Nos perteneces, y nosotros somos tuyos”. A partir de ese momento me sentí ahogado en un indescriptible mar de dulzura y amor».

### **Visita nocturna**

El Padre Alessio Parente declaró: «En los últimos años de su vida el Padre Pío se hacía lavar la cara por mí o por el Padre Honorato. Una tarde le dije: “Padre, yo no he estado nunca en Lourdes, ¿por qué no vamos juntos a ver a la Virgen? Y me respondió: “No es necesario que vaya, porque a la Virgen la veo todas las noches”. Yo entonces le sonreí diciendo: “Ah, ¿es por esto por lo que se pone guapo y se lava la cara por la tarde, y no por la mañana?”. Él no respondió.

## **Una Mujer vestida de sol**

Una noche el doctor Kisvardy estaba en la celda del Padre Pío para que le firmara unos cheques. En ese momento se fue la luz y quedaron a oscuras. El doctor quiso ir a buscar una vela, pero el Padre Pío le dijo: «¿Adónde vas? No es necesaria una vela. ¡Hay tanta luz en la celda! ¿No ves a la Virgen sentada en aquella silla?». El doctor le dijo que él veía todo oscuro y nada más.

## **Pregunta incorrecta**

El Padre Tarcisio Zullo da Cervinara y el Padre Mariano da Magliano Santa Croce estaban en la habitación del Padre Pío. Se armaron de coraje y le preguntaron: «Padre, ¿está la Virgen en este momento en la habitación?».

La respuesta del Santo fue clara: «Pregunta incorrecta. Deberían haber preguntado: “¿Ha salido la *Madonna* alguna vez de esta habitación?”».

## **Una compañía muy especial**

En varias ocasiones, el Padre Pío confió a sus íntimos que la Santísima Virgen permanecía a su lado mientras él oía confesiones.

A Enzo Bertani le manifestó que «cada mañana, la Virgen María está en el altar, junto con Jesús, o el Santo Padre San Francisco».

Desde 1921 a 1923 el Padre Pío, por disposición del Santo Oficio, decía Misa en completa soledad. Años más tarde el Padre Pío le dijo al padre Eusebio: «Nunca estuve solo: Nuestra Señora siempre me hacía compañía durante la Misa».

## **¿Quién es el Padre Pío?**

Fray Daniele Natale y el Padre Agostino estaban orando en el coro cuando se abrió la puerta, por la que apareció el Padre Pío. Fray Daniele contaba lo siguiente sobre esta aparición del Santo: «Me quedé sin aliento porque vi a un gigante, un hombre enorme que entró por la puerta. Yo nunca había visto al Padre Pío así antes. Era alto, tan alto como el crucifijo del coro. Se arrodilló en su lugar habitual y se quedó inmóvil durante unos quince minutos. Luego se levantó, pero... ¡qué transformación!: parecía más envejecido. Fui hacia el Padre Agostino para preguntarle si había visto lo mismo. Él asintió, añadiendo: “Nunca vamos a entender quién es el Padre Pío”».

## **¡Bendito sea Dios!**

En 1916 Antonietta Pompilio preguntó al Padre Pío cómo meditar. Posteriormente informó que durante la conversación «empezó a hablar de la agonía de Jesús en Getsemaní, y luego se quedó en éxtasis. Durante cerca de una hora se quedó con los ojos cerrados, sin moverse. Luego regresó al estado normal y dijo: “¡Bendito sea Dios: continuemos!”».

### **Viendo lo invisible**

El Padre Costantino informó que, junto con el arquitecto Antonio Gentil y su hijo, estaban conversando en la celda del Padre Pío.

El joven preguntó al Santo: «¿Qué ve cuando distribuye la Santa comunión al pueblo? Usted mira fijamente a la Sagrada Hostia de una manera especial!».

El Padre Pío respondió: «Veo lo que no se ve».

### **Paño de lágrimas**

Aunque aparentemente pertenezca más que otros dones místicos al dominio de lo ordinario, el don de lágrimas no por eso deja de tener su componente sobrenatural y carismático.

«En realidad, además de ser un carisma del Espíritu, aquel de las lágrimas también es la natural consecuencia de la extraordinaria dimensión de fe del Padre Pío. Lloro porque toca con sus manos la miseria humana, pero sobre todo porque advierte, en su experiencia mística, la sublimidad, el tamaño, los latidos de un Dios misericordioso e infinitamente bueno y amoroso. No se puede negar que, si de una parte él vive una vida inmersa en el mar infinito del abrazo de Dios, de la otra las penas físicas, morales y espirituales le pesan, como peñascos, en toda su existencia. Son lágrimas que devuelven manifiesta su extraordinaria sensibilidad humana, su corazón inocente frente a la cruz, la enfermedad, las incomprendiones. Porque también el Padre Pío, a pesar de su invicta fortaleza, a menudo padece indeciblemente hasta llorar»<sup>[1]</sup>.

Solía decir: «Las buenas obras son el fruto de muchas lágrimas y de mucho sufrimiento».

El Padre Plácido hizo el noviciado con el Padre Pío en 1902. Todos los novicios tenían asignados su lugar de meditación. Se dieron cuenta de que, mientras meditaba, el Padre Pío lloraba abundantemente. Un día, él y los otros novatos le preguntaron de broma: «¿Por qué su lugar en el coro siempre está húmedo, y el nuestro está seco?». El Padre Plácido informó que a partir de ese día el Padre Pío extendía un pañuelo en el suelo en frente de él, y siempre estaba empapado de lágrimas.

El Padre Leone, condiscípulo del Santo durante los años 1903-1908, da este testimonio respecto a los años pasados en el noviciado:

«Cuando rezaba, el Padre Pío siempre lloraba, en silencio y tan abundantemente que sus lágrimas dejaban huellas sobre las losas de piedra del coro. Nosotros nos burlábamos de él. Entonces tomó la costumbre de extender por tierra, delante suyo, su gran pañuelo cuando se arrodillaba para rogar. Después de la oración, lo recogía, y estaba completamente mojado».

El Padre Antonino también testificó que «en Sant’Elia a Pianisi, en el momento de las oraciones comunes, y especialmente después de la comunión, el hermano Pío derramaba tantas lágrimas, que hacían un charco en el pavimento. Le preguntamos por la razón, y él nunca nos la dijo.

Un día que estaba su director espiritual, le pregunté por obediencia, y él dijo: «Lloro por mis pecados y por los pecados de todo el mundo».

1. <http://www.donatocalabrese.it/pPíoesp/cleonice.htm>

7

# TAUMATURGIA (1)

## **Prodigio en san Pellegrino**

Cuando tenía 8 años, el padre de Francesco le llevó al santuario de san Pellegrino en Altavilla Irpina. Allí vio a una madre que rezaba por su hijo deforme, que llevaba en brazos, pidiendo a san Pellegrino que se lo curase. El pequeño Francesco Forgione quedó conmovido por la fe de la señora y por sus lágrimas. Él mismo se unió a la madre para pedir la curación. Su padre quería sacarlo de la iglesia, pero él le pedía que le dejara un momento más.

En un cierto momento, la madre le dijo a san Pellegrino: «Si no me escuchas, tómalo». Y lo dejó sobre el altar. Apenas el niño deforme tocó el altar, quedó curado. La multitud se emocionó, y casi se aplastaban unos a otros por el entusiasmo del milagro. El Padre Pío contaba que su padre se preocupó de que le pasara algo ante la avalancha de gente.

Sus paisanos de Pietrelcina, muchos años después, recordaban este suceso diciendo: «¿No habrá sido este el primer milagro hecho por el Padre Pío?».

## **El primer milagro**

Encontrándose de novicio en Montefusco, los estudiantes salieron a dar un paseo por una zona donde abundaban las castañas. Fray Pío se acordó entonces de su tía Daría, que tan bien se había portado con él cuando era niño, llenó un saquito de seda con castañas y se lo hizo llegar.

Darìa conservó siempre el saquito. Tiempo después, justamente en el día en que se casaba su última hija, fue a buscar algo a una caja donde su marido guardaba pólvora. Llevaba en la mano una lámpara de aceite encendida, y una chispa que se desprendió hizo arder la pólvora, quedando su rostro negro y con quemaduras. La mujer se acordó entonces del saquito de su sobrino, se lo puso en la cara, y comprobó que volvía a su estado normal.

Este hecho lo relató la protagonista cuando llegaron a Pietrelcina las noticias de los estigmas de fray Pío. Algunos consideran este incidente como el primer milagro del Santo.

## **«Ve y camina»**

El primer reportaje sobre un milagro de sanación del Padre Pío que apareció en un periódico fue el que se publicó en *Il Mattino* el 6 de noviembre de 1919. En él, el

periodista Renato Trevisani informaba que el Padre Pío vio a Pasquale Di Chiara caminando penosamente con dos muletas, y le ordenó que las soltara:

—¡Tire a la basura esas muletas!

—¿Cómo voy a poder? ¡Me caería al suelo!

—¡Tire a la basura esas muletas! —insistió el Padre Pío.

Pasquale dejó las muletas e intentó llegar a un soporte. Pero no necesitó ningún agarradero: estaba de pie con normalidad.

—Hombre de poca fe: ve y camina.

Renato Trevisani y varias personas estaban presentes, y todos ellos aplaudieron con admiración. Pasquale explicó posteriormente que «sentí una sensación de ardor en el pie a través de mi cuerpo. Después comencé a caminar perfectamente sin ayuda».

La hija de Pasquale Di Chiara tenía prótesis en las piernas debido a la parálisis infantil. Cuando se reunió con el Padre Pío, el Santo le pidió que se las quitara. Así lo hizo, y fue capaz de caminar, por lo que no tuvo necesidad de volver a utilizarlas.

### **Pidiendo la bendición**

Francesco Visco vivía cerca del convento. Había caminado con muletas durante toda su vida a causa de una parálisis infantil (poliomielitis) que contrajo de nacimiento. Se arrastraba sobre las rodillas, con el apoyo de un par de pequeñas muletas. Los niños solían burlarse de él todo el tiempo. Se colocaba siempre cerca de la puerta del claustro, pidiendo limosna.

Cuando tenía 43 años tomó el valor de pedir: «Padre Pío, deme su bendición». Muchas personas, incluyendo el Padre Paolino da Casacalenda fueron testigos del suceso.

El Santo contestó rápidamente: «¡Deshágase de sus muletas!». Francesco, aturdido no se movió. Nuevamente el Padre Pío le gritó: «¡Le dije que tirara las muletas!». Delante de todas aquellas personas, Francesco se deshizo de ellas y, por primera vez en su vida, se puso de pie, y caminó sin problemas hasta su muerte.

### **Un enorme revuelo**

El 6 de septiembre de 1956, después de una Misa al aire libre, una niña que sufría de atrofia en los huesos fue llevada por sus padres en una silla de ruedas.

Al terminar, cuando el Padre Pío volvía a la iglesia con sus asistentes, los padres le llamaron de entre la multitud: «¡Padre Pío, Padre Pío, ten piedad de nuestra hija

enferma!» Al instante, el Padre se detuvo y les dirigió una bendición.

Repentinamente, la niña bajó de la silla y con lágrimas en los ojos gritó: «¡Padre Pío, Padre Pío, puedo correr!», y corriendo hacia él besó sus manos. Esta repentina curación causó un enorme revuelo.

### **Así nace un santo**<sup>[1]</sup>

Una señora de Grenoble (Francia) dio un testimonio sobre un suceso que ocurrió en septiembre de 1956.

Una noche tuvo un sueño sobre el Padre Pío, que le era totalmente desconocido, quien le dijo que daría a luz a un niño que tendría los pies deformes. «Pero no te preocupes por ello. Ven a Italia, donde se te dirá qué debes hacer». El sueño se cumplió. La familia y parientes estaban todos preocupados, pues los médicos no podían hacer nada.

Unos tres meses después, el esposo oyó acerca de un famoso doctor en Milán, por lo que envió a su esposa y a su hijo a su consulta. En la frontera italiana, la mujer tuvo que cambiar de tren; cuando se hubo sentado en el nuevo, se quedó dormida.

Al despertar, preguntó dónde estaban, enterándose que la próxima estación era la de Foggia. ¡Habían tomado el tren equivocado! Al verla tan consternada, uno de los viajeros le dijo que podía ir con ellos a ver al Padre Pío.

Al oír que era un sacerdote dijo: «¿Qué voy a hacer yo con un sacerdote? ¡Lo que necesito es un médico!»

Después de mucho insistir, accedió a ir San Giovanni Rotondo. Se unió al grupo de viajeros y, al entrar a la iglesia donde el Padre Pío estaba celebrando Misa, quedó sorprendida al verlo: ¡Ese era el sacerdote que había visto en su sueño!

Tal vez podría ayudarla. Después de Misa quiso hablar con él, pero le dijeron que las mujeres debían esperar 35 días como mínimo.

Los hombres podían verlo con más facilidad en la sacristía. El señor que había estado con ella en el tren, y a quien le había contado todos sus problemas, se ofreció a llevar a su hijo con él hasta allí.

Al llegar el Padre Pío, el señor le pidió que bendijera al niño enfermo. «¿Cómo se llama este niño?» «No lo sé; no es hijo mío», replicó el hombre. El Padre Pío ordenó: «Llévense este niño de aquí; no tiene nombre. ¡Tiene ya tres meses y no ha sido bautizado aún!».

Cuando el hombre regresó con el niño donde su madre, se enteró de que su padre había rehusado bautizarlo. Llorando, la mujer se retiró de la iglesia y telegrafió a su marido acerca del bautismo. La respuesta fue afirmativa.

El mismo Padre Pío bautizó al pequeño. Al pronunciar las últimas palabras del rito, se oyó un ruido, como si algo se hubiera roto. Al liberar las piernas del niño, la mujer observó que el aparato de metal que las encerraba estaba roto, y que las piernas estaban derechas. El Padre Pío añadió entonces: «Este niño se convertirá en un gran santo».

**«Estoy curada»**

***(Testimonio de Karl Wagner)***

«En julio de 1957 conocí a una dama de Hamburgo. Era profesora y sufría de atrofia vertebral, por lo cual todo su pecho estaba enyesado. Enferma incurable, había aprendido italiano y solo deseaba ir donde el Padre Pío y confesarse con él, siquiera una vez. Cuando, después de una larga espera, logró confesarse, fue sorprendida por el Padre, quien le dijo: “No necesitas ir más donde el médico ni tomar más medicinas; yo te quitaré todo tu dolor y sufrimiento inmediatamente”. En ese momento se sintió bien. Durante tres semanas la vi todos los días. Una y otra vez me decía: “Estoy saludable. Estoy curada”».

**No juegues con el sufrimiento**

El Profesor Bruno Rabajotti contó cómo, un día, un grupo formado por dos laicos, un religioso del monasterio de San Giovanni, y un sacerdote, decidieron jugar una broma de mal gusto al Padre Pío.

Convencieron a un hombre de unos treinta y cinco años para que fingiera que estaba paralizado, y después fueron juntos al monasterio, donde esperaron al Padre Pío en el vestíbulo, con el pretexto de que habían traído a alguien para que le curara. Era un viernes, el día en que los sufrimientos del Padre eran particularmente intensos. A veces, el sacerdote estaba en tal agonía que no podía ir a la iglesia para la Misa o las confesiones.

Cuando llegó al vestíbulo, inmediatamente miró al falso paralítico, y se acercó a él diciendo: «Usted finge estar enfermo, pero su verdadera enfermedad está en su alma. ¡Tiene heridas que no se puede ni imaginar! Entienda esto: no se puede jugar con el sufrimiento. Dios no lo quiere. La enfermedad que finge hoy golpeará a su familia. Dicho esto, el Padre Pío le miró durante unos momentos y luego se fue.

El joven estaba muy conmovido por estas palabras y se fue a casa lo más rápido que pudo. Cuando llegó allí, se enteró de que su hermano había sido atropellado por un coche. Cuando se le llevó al hospital, se le dio un tratamiento de emergencia, pero los

médicos no podían hacer nada debido a sus lesiones: estaría paralizado de por vida.

Al domingo siguiente, hubo una conferencia en el monasterio, y el Padre Pío estaba presente. Cuando hubo terminado, el Santo se levantó para irse, y entonces vio al falso paralítico entre la multitud. El joven se arrojó a sus pies, llorando, «¡Ten piedad de mí, Padre, porque he pecado!: mi hermano no era quien pecó. ¡Cúralo y deja que Dios haga conmigo lo que quiera!» El Padre Pío contestó: «No es de mi incumbencia concederte el perdón, pero ve y pregunta al sacerdote que colaboró en la comedia, y puedes ser tan merecedor de lo que pides como mereciste lo que te pasó».

A la semana siguiente, cuando pasaba por la cola de gente esperando para la confesión, el Padre Pío se dio cuenta de que estaba el mismo hombre acurrucado en un rincón, rezando. Por lo general, no prestaba atención a este tipo de situaciones, pero dudó por un momento, desconcertado. Se dirigió hacia el hombre, puso sus manos sobre él, y susurró algo al oído.

Más tarde, se supo que el hermano del falso paralítico había sido curado de una manera extraordinaria, y el desafortunado bromista se convirtió en uno de los hijos espirituales más fervientes del Padre Pío.

### **«Ven conmigo»**

Antonio Paladino, de Foggia (Italia), se ganaba la vida como jornalero. Como consecuencia de un grave accidente, perdió la mayor parte de la movilidad en su pie izquierdo, y también sufrió otras lesiones graves, que le llevaron a ser declarado incapacitado para el trabajo.

Se casó y tuvo una familia numerosa, a la que mantenía con su escasa pensión de discapacidad. Con el paso del tiempo, sus males físicos se agravaban, pues comenzó a sufrir de una enfermedad del corazón, y de otra de naturaleza pulmonar. Su situación sumió a Antonio en una sensación creciente de ira y de frustración, cuyo resultado final fue que perdió la fe en Dios. Su vida moral se deterioró también, pues aunque tenía un profundo sentimiento de culpa con respecto a algunas de sus acciones, no tenía la motivación para cambiar.

Un número creciente de personas instó a Antonio a visitar la Casa de Alivio del Sufrimiento en San Giovanni Rotondo. Llegó allí en camilla el 6 diciembre de 1968, y durante su estancia estaba inmovilizado en la cama con gran dolor. Sus piernas estaban completamente paralizadas, y las muletas que tenía junto a la cama no le eran de ninguna utilidad.

La ira y la depresión de Antonio sobre su condición eran evidentes para todos los que

entraban en su habitación del hospital: usaba malas palabras para hablar con los médicos, las enfermeras, e incluso con las monjas que trabajaban en el hospital. No le importaba nada que sus blasfemias ofendieran al personal del hospital. Hasta daba la impresión de que disfrutaba molestando a la gente, y ni siquiera el Padre Pío, que había fallecido unos meses antes, se libró de la ira de Antonio.

Una de las monjas que trabajaban en el hospital comenzó a orar cada día al Padre Pío pidiéndole la curación de Antonio.

En la noche del 12 de diciembre, mientras Antonio estaba durmiendo plácidamente en su cama de hospital, de repente sintió que alguien le tocaba en el hombro. Eso sucedió hasta cinco veces seguidas. Antonio abrió los ojos, y encontró a un monje de pie al lado de su cama:

—Levántate y ven conmigo —ordenó el monje.

—Pero no puedo caminar —objeto Antonio.

—Levántate y sígueme —insistió el monje.

Antonio miró las muletas que tenía en su habitación, a pesar de que sabía que eran inútiles:

—Las muletas no serán necesarias —señaló el monje.

Al bajar de la cama, Antonio se quedó sorprendido al descubrir que podía mover las piernas. Fue capaz de salir de la cama sin ayuda. El fraile le tomó por el brazo, y fue caminando con él por el pasillo, diciéndole que no debía blasfemar y que tenía que ser bueno:

—No menosprecies a la gente de mi casa, porque cada ladrillo de la misma es una gota de mi sangre.

Finalmente, volvieron a la habitación de Antonio. El monje le sonrió y le dijo:

—Lo has hecho bien. ¿Estás convencido ahora que puedes caminar como cualquier otra persona? Mañana te sentirás aún mejor de lo te encuentras ahora. Antonio, quiero que vengas a visitar mi tumba.

Justo después de eso, el monje desapareció. Fue entonces cuando Antonio comprendió que su visitante había sido el Padre Pío.

A la mañana siguiente, Antonio sintió una gran felicidad en su corazón. Simplemente, estaba rebosante de alegría. Se sintió renovado por dentro y, nada más salir de la cama, empezó a caminar por el pasillo, ante las miradas de incredulidad del personal del hospital. Antonio explicó a todo el mundo que había recibido la visita del Padre Pío esa noche, y que le había sanado.

Paralelamente, también la personalidad de Antonio parecía haber sufrido una completa

transformación: a todo el mundo se le hizo obvio que ahora Antonio era un hombre de profunda fe, y que había sido verdaderamente sanado en cuerpo, mente y espíritu. Pronto, fue dado de alta. Al salir del hospital, fue al monasterio de Nuestra Señora de Gracia.

Había un gran número de personas congregadas en la tumba del Padre Pío. Cuando Antonio llegó, se arrodilló y oró en voz alta sin ningún tipo de vergüenza. En voz alta, nombró los pecados graves de su vida, uno por uno, pidiéndole a Dios que le perdonase.

### **«Suframos juntos»**

Un muchacho tenía un tumor cerebral. Don Attilio Negrisolo sugirió que informara de su caso al Padre Pío. El joven lo hizo, y el Santo le dijo: «Vamos a sufrir juntos». Más tarde, el Padre dijo a don Negrisolo: «Hoy tengo un gran dolor de cabeza. Es como si me la taladraran». Por la tarde Don Attilio se enteró de que el muchacho estaba sanado.

### **Promesa cumplida**

El Padre Eusebio Notte mostró al Padre Pío una carta en la que se le pedía que ofreciera sus sufrimientos por un sacerdote.

A la mañana siguiente, el Padre se quejaba a Eusebio de un dolor insoportable en las sienes. Al oír aquello, el fraile le dijo: «¿Ha olvidado su promesa?» El Padre Pío contestó: «¡Oh, sí!».

### **Víctima por el Papa Pío XII**

Durante el invierno de 1953, el Papa Pío XII cayó gravemente enfermo. Su hermana le envió una carta al Padre Pío. El Papa se recuperó, y Monseñor Montini, secretario de Estado y futuro Pablo VI, envió al fraile una carta de agradecimiento. El Padre Pío se había ofrecido a sí mismo como víctima. La carta está incluida en la *Positio*.

### **Así desaparece un dolor**

El Padre Agostino se quejaba de un fuerte dolor en la rodilla. El Padre Pío le dijo: «¡Anímate! ¡Te ayudaré a distancia!» Pocos minutos después, el padre Eusebio vio al Santo cojeando notablemente. Como había oído la queja del Padre Agostino, fue a verle, y este le comunicó que el dolor en la rodilla le había desaparecido.

El Padre Eusebio entendió todo.

### ***Don't worry***

El Padre Tarcisio Zullo informó que en 1957 el padre provincial en Foggia cayó gravemente enfermo de bronconeumonía. Corrió a San Giovanni Rotondo para anunciárselo al Padre Pío, quien le dijo que no había nada por lo que preocuparse. Cuando el Padre Tarcisio regresó a Foggia, su superior estaba curado. Mientras tanto, se le informó de que el Padre Pío había caído enfermo.

### **Una gracia para Gracia**

Gracia, una campesina de 29 años, era ciega de nacimiento. En cierta ocasión en la que estaba hablando con el Padre Pío, este le preguntó si deseaba ver, a lo cual Gracia respondió inmediatamente que sí. «Bien, recuperarás la vista», anunció el Padre, el cual la envió a Bari, donde fue examinada por un afamado oftalmólogo, quien, después de la evaluación, le comentó a su esposa que no había esperanza para la muchacha:

—El Padre Pío puede salvarla únicamente por un milagro, pero yo debo enviarla de vuelta a su casa sin operarla.

—Pero si el Padre Pío te la envió —objetó su esposa—, intenta operarla.

El marido accedió a la petición de su esposa: operó a la muchacha, y consiguió que recuperara la vista en los dos ojos.

Loca de alegría, corrió a San Giovanni Rotondo, y se arrojó a los pies del Padre Pío, quien le ordenó que se levantara, a la vez que ella le rogaba: «¡Bendígame, Padre... bendígame!» El Padre Pío hizo entonces la señal de la cruz en el aire, pero Gracia continuó esperando la bendición, ya que cuando era ciega el Padre Pío tocaba su cabeza para bendecirla. Ante aquello, el Padre Pío le dijo: «¿Es que acaso necesitas que te tire un cubo de agua en la cabeza?».

### **Oremos juntos**

Una niña ciega se acercó al confesionario del Padre Pío, se arrodilló y dijo: «Padre Pío, soy ciega, pero tengo otras cuatro hermanas que son ciegas también. Por favor ruegue para que yo pueda ver. Pero no quiero molestarle. Que la voluntad de Dios se cumpla».

El Padre Pío tuvo piedad de la niña y de su situación. «¡Oremos juntos!» La niña entrelazó sus manos y el Padre las cubrió con las suyas.

Recitaron el Ave María juntos. Cuando llegaron a la última petición «Ruega por nosotros pecadores», la niña, emocionada y llorando a lágrima viva, gritó: «¡Padre veo a la gente, veo todo!» Ante aquel hecho prodigioso, la gente que había alrededor lloraba y gritaba: «¡Yo creo! ¡Yo creo en Dios!».

## **Una elección estricta**

Un joven le pidió al Padre Pío que le curara de su ceguera. Ante su requerimiento, el Santo le preguntó:

—¿Quieres recobrar tu vista, o salvar tu alma?

—Si se trata de una elección estricta, debería más bien salvar mi alma.

—Es una elección estricta —dijo el Padre Pío. Al joven le costó mucho aceptar aquella amarga elección.

## **Poniendo límites**

Un ciego de Lecco rogó al Padre Pío para que pudiera recobrar la vista, «aunque fuera solamente de un ojo», para que pudiera volver a ver los rostros de sus seres queridos. El Santo le preguntó varias veces: «¿Solo de un ojo?». Luego le pidió que tuviera buen corazón, y le comunicó que iba a orar por él.

Algunas semanas más tarde el hombre regresó llorando para agradecer al Padre Pío, porque había recobrado la vista. El Santo le dijo: «¿Así que usted está viendo otra vez con normalidad?». El hombre respondió: «Sí, solo con este ojo: con el otro no».

«Ah, solo de un ojo... —concluyó el Padre Pío—... Que esto te sirva de lección: nunca pongas límites a Dios... ¡pide siempre la gracia completa!».

## **Historia de una familia**

Giovanni Savino y Rosa di Cosimo tuvieron su primer encuentro con el Padre Pío seis semanas después de su boda, y se hicieron hijos espirituales suyos. Giovanni trabajaba como albañil en el monasterio, y cada mañana asistía a la Misa del Santo para recibir su bendición antes de ir a trabajar. Tenían ocho hijos.

Un día, su hija Dina fue golpeada por una moto. En el centro de primeros auxilios, los doctores le diagnosticaron un trauma craneal y graves hemorragias internas. Entró en coma, y no había cerca ningún hospital donde llevarla. La madre corrió a ver al Padre Pío, quien «miró en el cielo como si viera otra realidad», y dijo: «Recemos y dejemos todo en las manos de Nuestro Señor». Tres días más tarde, Dina abrió los ojos y se recobró rápida y completamente.

Algunos años más tarde, un hijo de Giovanni, llamado Giuseppe, fue atropellado también por una moto. Tenía heridas graves, y entró en coma profundo. El Padre Pío oró por él, y el niño recobró la conciencia y se recobró rápidamente.

El 12 febrero de 1949, el Padre Pío le dijo a Giovanni cuando este, antes de ir a

trabajar, le pidió la bendición: «Giovanni, estoy rezando al Señor para que no mueras». Y volvió a decirle lo mismo durante los tres días siguientes. Giovanni estaba asustado, y le pidió una explicación, pero el Padre Pío guardaba silencio.

El 15 febrero, preparando una carga de dinamita para volar unas rocas, esta le estalló en la cara, la cual resultó seriamente dañada: el ojo derecho era una cuenca vacía, y el izquierdo tenía numerosos cuerpos extraños dentro.

En ese momento, el Padre Pío exponía al Santísimo, y se le oyó la siguiente oración: «Señor, ofrezco uno de mis ojos por Giovanni, porque él es un padre de familia».

El 25 de febrero Giovanni olió un intenso perfume de flores, y sintió que el Padre Pío estaba cerca de él, golpeándolo tres veces con la mano en la frente. Giovanni le dijo: «Padre Pío, devuélveme la vista o déjame morir. Yo no puedo vivir como estoy ahora».

En el transcurso de la mañana, un oftalmólogo, que era ateo, vino a examinar a Giovanni, quien exclamó nada más verle: «Doctor, puedo verle con mi ojo derecho». El doctor le respondió: «Querrá decir con su ojo izquierdo: el derecho está completamente destruido». Sin embargo, el examen ulterior demostró al doctor que Giovanni tenía razón, y entonces dijo: «Ahora yo también creo, porque esto ha sucedido justamente delante de mis ojos».

Giovanni fue dado de alta en el hospital en junio, y visitó al Padre Pío, quien le dijo: «¡Si supieras solamente cuánto me has costado!».

Giovanni continuó viendo perfectamente con su ojo derecho vacío hasta su muerte, en 1979.

**«¡No morirás!»**

### ***(Testimonio de Karl Wagner)***

«El siguiente informe sirva para la gloria de Dios, en agradecimiento al Padre Pío, y tal vez para fortalecer la fe del lector.

En 1953 estaba al borde de la muerte, a raíz de mi largo cautiverio en Siberia. Tenía una severa atrofia de los pulmones, complicada con hemorragia de la estructura fibrosa. El corazón estaba aún peor, y los doctores diagnosticaron un serio mal en los músculos cardíacos. Para completar, ambos riñones, el hígado, la vesícula y otras glándulas estaban afectados también.

Después de una fuerte hemorragia, a consecuencia de la cual a duras penas podía hablar en voz alta, me encontraba al borde de la muerte. Recibí la extremaunción y me preparé para morir. De repente tuve un sueño: vi al Padre Pío, quien me pidió que fuera

a verle [...]

Inicialmente, solo sabía que existía un Padre Pío que tenía los estigmas de Cristo, pero no sabía nada más. Sin embargo, sentí un ardiente deseo de verle antes de morir.

Como por milagro, todo funcionó de tal forma que logré planificar el viaje, a pesar de que estaba gravemente enfermo. Me daba lo mismo morir en Viena que en Italia. El coste del viaje fue un gran sacrificio para mí, pero al fin logré llegar donde el Padre. Quedé profundamente conmovido al verle. Me aconsejaron ir y confesarme con él, aunque mi italiano era muy deficiente. Obedecí, y después de una larga espera entré al confesionario.

Terminada la confesión, el Padre Pío me dijo, triste y lleno de compasión: «Estás incurablemente enfermo. No hay manera de ayudarte. Debes morir». Y, para que pudiera entenderle, me mostró todas las partes enfermas de mi cuerpo. Quedé hondamente impresionado de que supiera todo eso: ¿quién pudo habérselo dicho? Hubo una larga pausa, y entonces dijo: «¡No, no morirás! He de tomar todo tu dolor y todos tus problemas para mí, y has de mejorar». Quedé tan asombrado que no pude siquiera decir «gracias» o «que Dios le bendiga».

Dicho esto, se levantó y abandonó el confesionario, pues yo era el último penitente. Durante mucho tiempo quedé hondamente impresionado con lo que pasó aquel día. La siguiente noche tuve un sueño en el que vi a dos hombres llevando al Padre Pío en una camilla donde yacía con profundo dolor. En la agonía de la muerte me miró y, triste aunque bondadosamente, me hizo comprender, como si hubiera dicho: «Mira la horrible pena que estoy sufriendo: la muerte, pues me estoy muriendo. Todo eso lo estoy tomando lentamente por ti».

Poco después, yo estaba perfectamente sano.

## **Un buen trabajo**

Desde Suiza, una pareja vino a ver al Padre Pío, pues la mujer estaba afectada de una enfermedad en la columna muy grave. Dormía con unas tablas de madera, y solo podía descansar hacia un lado. Sus dolores eran muy grandes, y el marido lo estaba pasando realmente mal.

Un conocido le dio un libro del Padre Pío a la pareja, aconsejándoles que si rezaban con devoción la mujer podría curarse. Así que decidieron escribir una carta al Santo pidiendo su intercesión.

Unos días más tarde, a la mujer le dio la impresión de que un fraile la estaba visitando en su habitación, sentándose a su lado en la cama. Aunque sintió miedo, no pudo decir

nada ni pronunciar palabra. Después sintió que unas manos con diminutas piedras le sanaban su columna.

La mujer quedó completamente curada, por lo cual decidieron ir a ver al Santo. Desafortunadamente, la mujer no pudo hablar con él; pero su marido sí logró acercarse al confesionario tras una espera de 16 días. Después de confesarse, preguntó con curiosidad: «Padre, quisiera preguntarle, ¿curó usted a mi esposa?»

El Padre Pío respondió: «¿Por qué? ¿No lo hice bien?» Y para sorpresa del hombre añadió: «Ahora, vuelvan a Suiza felices y contentos».

### **Un caso de transfiguración**

En 1982, Alice Jones, una profesora episcopaliana, llevaba en cama diez años, después de habersele practicado múltiples cirugías para curar un neurofibroma que paralizaba su lado izquierdo.

Un día, Eric Fisher, un sacerdote católico, fue a orar con ella: «El sacerdote estaba arrodillado junto a mi cama. De repente, tomó la apariencia de una persona que no era él. Aquella visión me aterrorizó. Tenía la cara de un anciano con barba, cuyas manos estaban agujereadas. Puso sus manos sobre mí, y me dijo: “¡Levántate y vete!”. Así lo hice. Y ya estaba curada.

Pocos días más tarde me di cuenta de quién era el anciano viendo una fotografía del Padre Pío».

### **El Padre Pío en California**

El diario estadounidense de *L'Italia e la Voce del Popolo*, editado en San Francisco, escribió la siguiente historia el 3 de marzo de 1956, testimoniada por el Padre Giuseppe G. Tursi, sobre la presencia del Padre Pío en la ciudad de Fresno, California, donde curó a un hombre enfermo.

Bartolomeo Pollina, un emigrante siciliano, que vivía desde hacía muchos años en la ciudad de Fresno, sufría una hernia muy grave que ponía en peligro su vida. Los médicos le aconsejaron la operación tan pronto como fuera posible, pero el enfermo no quería ni oír hablar de bisturí del cirujano.

A través de los libros, había llegado a conocer al Padre Pío y las maravillas que realizaba, y decidió esperar que el Santo le sanara de su enfermedad antes de que tuviera que recurrir a la cirugía. Bartolomeo escribió al sacerdote, pidiéndole que intercediera ante el Señor en su nombre.

En su respuesta, el Padre le dijo que estaba interesado en su caso, que iba a rezar por

él, y que él también debía orar y confiar en el Señor.

El tiempo pasó y nada cambió. Una noche, sin embargo, justo cuando estaba a punto de retirarse a la cama, Bartolomeo escuchó a alguien respirando pesadamente a los pies de su cama. Tuvo miedo por un momento, pero el resto de la noche transcurrió sin incidentes. La noche siguiente ocurrió lo mismo, pero esta vez la respiración vino desde el lado de la cama opuesto.

La tercera noche oyó la respiración de nuevo, esta vez a la cabeza de su cama. Al tercer día, Bartolomeo sintió dos manos que trabajaban en toda el área de la hernia, tratando de poner todo de nuevo en su posición natural. Él estaba completamente despierto, y siguió esta «operación» temblando un poco, pero plenamente convencido de que el Padre Pío había llegado para curarle.

Entonces experimentó una gran paz interior. Cuando se levantó, sintió curada la zona afectada. Volvía a hacer vida normal sin ningún tipo de miedo a hacerse daño.

Lleno de gratitud, escribió al Padre Pío para darle las gracias por esta curación y por haber escuchado sus oraciones. Bartolomeo prometió vivir una vida más cristiana. En su respuesta, el Santo le dijo a Bartolomeo que debía dar gracias al Señor y confiar en él siempre.

### **El Rosario azul (historia de Marcie)**

Lorriane era la madre de dos niñas gemelas idénticas, llamadas Marcie y Nancy, nacidas en 1985. Siempre se había sentido bendecida por haber recibido ese regalo de Dios.

Cuando solo tenía ocho años, Marcie empezó a tener convulsiones. Esto fue el comienzo de una verdadera pesadilla, ya que fueron en aumento. Marcie estaba siempre en el hospital, o enferma en casa. A pesar de la medicación que recibía, Lorriane sentía que perdía a su niña. Ningún doctor del área de Chicago podía darles la solución al problema, así que decidieron llevarla al Instituto Neurológico de Barrows, en Phoenix (Arizona), uno de los mejores hospitales, para una evaluación de su estado. Durante cinco años, un neurólogo la trató con combinaciones interminables de medicamentos y dietas especiales. Finalmente, decidió que la niña tendría que someterse a una cirugía del cerebro, en la cual se eliminaría del todo el lóbulo frontal derecho. Esto se llevaría a cabo por medio de tres operaciones.

La familia siempre había sido religiosa y, en medio de todo, mantuvieron su fe. Rezaban el Rosario juntos, y llevaron a Marcie a muchas iglesias para orar pidiendo ayuda y curación. Antes de que ella entrara en el hospital la última vez, un amigo de

Lorraine dio a la niña una medalla del Padre Pío y le dijo que rezaría al Santo para ayudarla. Cuando Lorriane era una niña, su tío le contaba historias sobre el Padre Pío, pero nunca imaginó que un día entraría en su vida. Lorraine puso la medalla en los pijamas de su hija.

Dos días antes de que Marcie entrara en su tercera operación, el 25 de enero de 1998, a las 5:30 de la mañana, Lorraine y su marido Phil la dejaron durmiendo en su cuarto del hospital, diciéndole a las enfermeras que iban abajo por una taza de café.

Cuando regresaron, veinte minutos más tarde, encontraron a Marcie despierta y, en su cama, un par de Rosarios azules. Le preguntaron dónde los había conseguido, y la niña respondió: «Un hombre con un abrigo marrón largo y barba estuvo aquí y me los dio». También dijo a los padres que, «tenía guantes sin dedos, y me dijo que estaría bien».

El cuarto de Marcie estaba al lado de la sala de las enfermeras, que se encontraba directamente al otro lado del ascensor. Lorraine y Phil preguntaron a las enfermeras si habían visto a alguien entrar en la habitación de su hija, y las enfermeras respondieron que nadie había estado en el piso o en su habitación desde que habían ido por café. Las únicas personas que habían utilizado el ascensor fueron ellos. También aseguraron que habían estado sentadas allí todo el tiempo. Todo el mundo estaba perplejo y nadie sabía qué pensar.

No fue necesario operarla, ya que Marcie abandonó el hospital unos días más tarde, y ha estado perfectamente sana desde entonces, sin ningún tipo de medicación, y sin ninguna señal de convulsiones o de otra enfermedad.

Cuando salieron del Instituto Neurológico de Barrows, el 2 de febrero de 1998, la familia sintió que los Rosarios debían ser compartidos con otros pacientes. Marcie se los dio al doctor que la había operado, para que se los pasara a otros niños que estaban enfermos.

Varios meses más tarde, Lorriane mostró a su hija una foto del Padre Pío. Marcie saltó y dijo: «Mamá, este es el hombre que vino a verme en el hospital y me dio el Rosario azul».

La familia celebró muchas Misas dijo en honor del Padre Pío, a las que a veces asistieron hasta 1000 personas, procedentes de varios países. Desde entonces, el Rosario ha ido a hogares de ancianos, hospitales, escuelas, y también ha sido venerado en Misas en Connecticut, New Hampshire y Maine. El Rosario también ha ido a Italia y ha tocado la tumba del Padre Pío.

## **Un «San Giovanni Rotondo» en Rumania**

### ***(Una increíble historia de conversión)***

En el año 2002 se le diagnosticó a Lucrecia Tudor un cáncer terminal de pulmón, pronosticándole tan solo unos meses de vida. Lucrecia tenía un hijo llamado Víctor, sacerdote ortodoxo rumano, que al saber la enfermedad de su madre llamó a su hermano Mariano, pintor especializado en iconografía que residía en Roma, con la esperanza de que conociera a algún especialista que pudiera tratar a su madre. Mariano contactó con uno de los mejores médicos del mundo en su especialidad, el cual también desahució a Lucrecia, limitándose a prescribirle una medicación que mitigase sus dolores.

Para que pudieran hacerle más controles, Lucrecia se quedó un tiempo en Roma con su hijo Mariano, el cual se encontraba trabajando haciendo un mosaico para una iglesia. Mientras su hijo trabajaba, Lucrecia visitaba el templo y veía las imágenes. Entre estas, le llamó mucho la atención una imagen del Padre Pío que estaba colocada en una esquina. Al preguntarle a su hijo, este le contó brevemente su historia, y desde entonces permanecía siempre sentada frente a la imagen del Santo. Incluso hablaba con ella, como si estuviera conversando con alguien que se encontrase presente.

Así transcurrieron dos semanas, tras las cuales Lucrecia y Mariano fueron al hospital para someterse a otra prueba. Para asombro de los médicos y de ellos mismos, no había ni rastro del cáncer terminal.

Ante aquel milagro, Víctor empezó a leer sobre el Santo, y le contó todo lo sucedido a sus parroquianos, que se unieron a su párroco en su interés por conocer la figura del Santo de Pietrelcina.

Por si fuera poco, otros enfermos de la parroquia también fueron sanados por intercesión del Padre Pío. El resultado final fue que la parroquia entera, con casi 350 feligreses, se pasó al catolicismo, concretamente al rito greco-católico. Su conversión fue tan extraordinaria, que incluso levantaron un templo en honor del Padre Pío, a pesar de las numerosas trabas y dificultades que encontraron para su construcción. Incluso han construido un pequeño hospital para enfermos terminales, con lo cual Víctor y sus feligreses han creado en Rumania un pequeño «San Giovanni Rotondo».

### **Nunca digas nunca**

#### ***(Historia transcrita por Susan Brinkmann)***

Paul Walsh tenía 17 años y estudiaba el último año de secundaria en Ridley Park (Pennsylvania) cuando el coche que conducía chocó contra un árbol en Chester Pike (Philadelphia, EE.UU), en una gélida noche de diciembre de 1983. Un médico describió

sus heridas en la cabeza como el equivalente de dejar caer un huevo en una acera de cemento: no solo se le destrozó el cráneo, sino que también se le rompieron todos los huesos de la cara. Además, sufría un derrame cerebral. Los médicos del *Crozier Chester Medical Center* dijeron que era irreversible el daño en el cerebro, y que nunca recuperaría la conciencia. Pero, como dice el viejo refrán, «nunca digas nunca».

Estuvo en coma durante varios meses. Ante la gravedad de la situación, «al final concluimos que Paul necesitaba un milagro» –dijo Betty, su madre–. «Si finalmente no mejoraba, lo aceptaríamos, pero mientras tanto creía en la posibilidad de un milagro, y por lo menos iba a rezar con fe».

Una mujer de San Madeline, en Ridley Park, le dio cinco tarjetas de oración correspondientes a cinco personas que se encontraban en proceso de beatificación y necesitaban un milagro. Todos los días después de la Misa, ella y su madre iban al hospital a rezar el Rosario junto a Paul, y después decían las cinco oraciones. «Cuando llegué a la oración del Padre Pío, Paul se bendijo a sí mismo, a pesar de que estaba totalmente inconsciente», contaba Betty.

Varias personas fueron testigos del fenómeno, incluyendo algunas enfermeras. Betty decidió llamar a un grupo local de devotos del Padre Pío para contar lo que estaba sucediendo. Decidieron enviar a alguien al hospital con uno de los guantes usados por el Santo para tapar los sangrientos estigmas de sus manos. El lunes 12 de marzo de 1984 Paul fue bendecido con la reliquia, y en pocos días una de sus muchas dolencias graves había desaparecido milagrosamente.

Betty llamó nuevamente al grupo de oración, y el 6 de abril de 1984 el guante fue llevado una vez más a Paul, poniéndolo sobre su cabeza. «Supe de inmediato que algo sucedió, porque fue como una descarga eléctrica que pasara por él»–dijo Betty– «Abrió los ojos y miró alrededor de la habitación. Luego volvió a caer en el coma de nuevo, pero yo sabía que algo había sucedido».

Estaba en lo cierto: al día siguiente, cuando regresó al hospital, se sorprendió al encontrar a su hijo sentado en una silla y mirando la televisión. Se dio la vuelta y dijo: «¡Hola, mamá!».

La enfermera entró corriendo y le dijo a Betty: «¡Ha estado hablando todo el día!» Cuando llamó al neurocirujano para decirle que Paul estaba hablando, el doctor dijo: «¡No es posible!» y colgó el teléfono.

Pero era cierto: «Los doctores hicieron a Paul otro *scanner*, y todo los médicos decían: “¡No puedo creer esto! ¡No puedo creerlo!” El lóbulo frontal de su cerebro no se rompió nunca más».

Paul posteriormente explicó que el domingo de Pascua del 22 de abril de 1984, cuando

Paul y su compañero de cuarto se despertaron, encontraron a un hombre parado al pie de la cama de Paul. Le describieron como «un viejo sacerdote con una túnica marrón». Paul pensó que era el hermano de Betty, Charley, que tenía un notable parecido con el Padre Pío. «Recuerdo que estaba muy seguro de que mi tío Charley había venido a visitarme» –dijo Paul– «Yo lo vi. Estaba muy contento y me sonrió, diciéndome: “¿Te encuentras bien?” Y entonces salió de la habitación».

Betty sabía que no podría haber sido Charley, porque vivía en Boston. Dobló una imagen del Padre Pío, ocultando el nombre, y se la mostró a Pablo. «Ese es quien me visitó –dijo– ¿No es el tío Charley?»

Si había alguna duda de que el Padre Pío intercedió en la curación de Paul, esas dudas se disiparon un año después del accidente, cuando la familia recibió una llamada telefónica inesperada de Bill Rose, que vivía en la propiedad donde Paul se había estrellado contra el árbol. Bill afirmó que escuchó el golpe la noche del accidente y salió corriendo, hallando a Paul tirado en el suelo con su cara en una alcantarilla. Sabía que el accidentado se estaba muriendo y, mientras alguien llamaba a una ambulancia, sacó la cabeza de Paul fuera de la alcantarilla y oró por su alma.

«Dentro de los tres a cinco minutos después del accidente de su hijo –dijo a Betty– le encomendé al Padre Pío».

A día de hoy, Paul reconoce que todavía se pregunta: «¿Por qué yo?» Pero eso no le impide contar su historia cada vez que puede: «No estoy haciendo esto para mí mismo –dice–: quiero dar esperanza a la gente».

Su recuperación fue rápida, sin ninguna explicación médica lógica. En una declaración escrita, el Dr. Ryan dijo: «Es mi opinión de que sin la ayuda de una influencia sobrenatural, Paul estaría hoy muerto o continuaría en un estado comatoso».

El 2 de mayo de 1984 fue dado de alta del hospital. Luego acabó sus estudios de secundaria, se graduó el 14 mayo 2005 en un colegio comunitario, y completó la educación universitaria, hasta convertirse en profesor de educación especial.

1. Historia tomada de KARL WAGNER, *Informe sobre el Padre Pío*, [http://www.garabandal.us/pdfs/el\\_padre\\_pio.pdf](http://www.garabandal.us/pdfs/el_padre_pio.pdf)



## TAUMATURGIA (2)

### Un desafío viviente

Una de las sanaciones más asombrosas del Padre Pío fue la que realizó en la persona de un ex empleado del ferrocarril toscano, muerto en el año 1983, a los setenta años. El empleado del ferrocarril dio el siguiente testimonio:

«Yo soy un desafío viviente a las leyes físicas.

En el año 1945 vivía en la provincia de Siena. Estaba casado y tenía un niño. Trabajaba como guardián de las instalaciones eléctricas de una estación ferroviaria. La mañana del 21 de mayo, mientras iba al trabajo en motocicleta, fui atropellado por un camión, y llegué al hospital moribundo.

Estuve en peligro de muerte durante varios días, y luego los médicos dijeron que estaba fuera de peligro. La recuperación fue larga, pero satisfactoria, excepto por la pierna. Estaba tan mal que los médicos no lograron curarla, a pesar de que visité numerosos hospitales.

Al principio del 1948, dejé la clínica ortopédica de Siena y fui declarado incurable. Debería quedar con la pierna rígida todo el resto de mi vida. Tenía treinta y cinco años y no lograba una curación completa. Estaba desmoralizado. No quería ver a nadie. Ya no deseaba vivir. Desahugué todo mi dolor contra mi mujer, que intentó siempre darme ánimo. Para movilizarme empleé las muletas, pero logré solo arrastrarme por pocos metros porque la pierna, más allá de estar rígida, estaba todavía llena de heridas sangrantes y dolorosas.

A menudo quería andar solo, pero cuando caía gritaba con toda mi rabia, blasfemando contra Dios y contra todo. Mi mujer era creyente, y yo no. Ella iba a la iglesia y yo la regañaba. Blasfemé para despecharla y lloró.

Un día, vino a nuestra parroquia un religioso para dar algunas conferencias. Cuando se le informó de mi caso, quiso hablar con mi mujer para confortarla: “¿Por qué no le entrega su caso al Padre Pío de San Giovanni Rotondo, un capuchino que hace milagros?” Mi mujer me refirió aquellas palabras con mucha esperanza, pero estallé en una irónica risotada, también pronunciando blasfemias e improperios contra el Padre Pío.

Era tanta mi desesperación, que al final del año le dije que probáramos a ir donde ese sacerdote. El viaje fue dramático. En el tren fui acostado sobre una camilla, pero cuando tuve que subir y bajar del compartimento los dolores fueron atroces. La primera etapa fue Roma. Para alcanzar San Giovanni Rotondo solo había un autocar, y partió temprano por la mañana. Decidimos pasar la noche en una pensión.

Por la mañana temprano, yo, mi hijo y mi mujer cogimos el autocar para San Giovanni Rotondo. El autocar se paró a unos dos kilómetros de la iglesia de los capuchinos. Las calles no estaban asfaltadas. No sé cómo logré alcanzar la iglesia. Apenas entré, me acosté sobre un banco medio desmayado.

Cerca de mí estaba un fraile confesando a las mujeres. No había visto nunca una fotografía del Padre Pío, por lo tanto no pude reconocerle. El visillo que sirve para esconder al confesor estaba abierto. El fraile tenía los ojos bajos y las manos escondidas en las mangas de la túnica. Cuando levantó la derecha para dar la absolución me percaté que tenía los medios guantes: “Es él”, me dije. En aquel instante el Padre Pío levantó los ojos y me miró por un par de segundos. Bajo aquella mirada mi cuerpo empezó a temblar, como si hubiera sido golpeado por una violenta descarga eléctrica.

Apoyándome sobre las muletas, me acerqué al religioso. Intenté decir algo, pero no me dio tiempo. Empezó a hablarme, trazando un cuadro perfecto de mi vida, de mi carácter, de mi comportamiento. Fui completamente secuestrado por sus palabras y ya no pensé en la pierna. Cuando el Padre levantó la mano para darme la absolución, sentí de nuevo la terrible sacudida en todo el cuerpo. Me arrodillé e hice la señal de la Cruz. Luego, siempre sin pensar en la pierna, me levanté y me alejé caminando normalmente.

Mi mujer, que estaba en la iglesia, me vio llegar con las muletas en la mano: «Giuseppe... ¡pero si estás caminando!», dijo.

Mi caso fue presentado a un congreso médico en Roma. Fui visitado por muchos ilustres especialistas, incluso por algunos que provenían del extranjero, y todos quedaron maravillados».

## **La bufanda milagrosa**

Giuseppe Canaponi, de Firenze, el 21 de mayo de 1945 fue golpeado por un camión mientras conducía su motocicleta. Sufrió múltiples fracturas en el cráneo y en los pies, y cinco fracturas en su fémur izquierdo. Se le practicaron múltiples cirugías, y tuvo que caminar con muletas desde entonces.

En 1948 se confesó con el Padre Pío. Al acabar la confesión, se alejó normalmente, sin darse cuenta. Volvió a agradecer al Padre, quien le dijo: «Yo no hice el milagro. Solo rezaba por ti: el Señor te sanó».

Giuseppe contaba que, en el invierno de 1954, llegó a San Giovanni Rotondo durante una tormenta. Tuvo que caminar bajo la lluvia un buen tramo de la carretera al monasterio, al cual llegó calado y helado hasta los huesos. ¡También había perdido la voz! Como era un amigo cercano del Padre Pío, fue directamente a la celda del fraile y

encontró al sacerdote en una conversación con el Superior.

Canaponi le saludó con una voz apenas audible. Al verlo en un estado tan lamentable, el Padre Pío le preguntó qué había sucedido. Luego tocó a Canaponi y dijo: «¡Mi pobre amigo! ¡Estás empapado!» Se volvió hacia el Superior y le preguntó: «¿Hay algo que podamos ponerle sobre los hombros?»

El Superior no tenía nada a mano. Entonces, el Padre Pío buscó por su celda y finalmente encontró una gran bufanda marrón colgada detrás de la puerta. «Por suerte para ti –dijo a Canaponi–, está casi nueva». La ató alrededor del cuello del hombre, y al instante Canaponi sintió un enorme calor a través de su cuerpo. «¡Ya me siento mejor!», exclamó.

Al decir esto se dio cuenta de que su voz había vuelto a ser normal. «Ya ves –dijo el Padre Pío–: ¡El calor te ha hecho bien!».

### **Un tren con retraso**

En el monasterio de San Giovanni Rotondo vivía un fraile llamado Hermano León de Tora. Había estado enfermo durante mucho tiempo con una dolorosa enfermedad que le causaba un gran sufrimiento. Cada vez que el Padre Pío regresaba a su celda después de las confesiones, nunca olvidaba ir a visitarle, para preguntar por su salud.

Un día, como de costumbre, el Padre Pío fue a ver al hermano enfermo con algunos de sus compañeros, entre ellos el hermano Daniel, a quien había salvado de una muerte segura después de mucha oración y una gran cantidad de sufrimiento ofrecido en su nombre. El Padre Pío se acercó a la cama y preguntó al Hermano León cómo se sentía. Al mismo tiempo, desabrochó la camisa del hermano y le colocó en el cuello uno de los mitones que usaba para cubrir los estigmas.

El Hermano León sentía que no podía soportar más el sufrimiento y le dijo al Padre Pío: «¡Me quiero morir!».

«Hermano –le contestó el Santo–, tu billete de tren aún no está listo!». Y salió de la habitación.

En el camino hacia la celda del Padre Pío, el Hermano Daniel le preguntó: «En cuanto a mí, Padre, ¿no estaba listo ya mi billete?».

«¡Sí! –respondió el Santo– ¡Y no solamente el billete, sino el tren también! ¡Nunca sabrás lo caro que me costaste!».

### **El chocolate milagroso**

La esposa de un sacristán, Ida Cuccana, estaba con temperatura muy alta desde hacía

cuarenta días. Tenía congestión pulmonar, y las radiografías habían llevado a los médicos a redactar un pésimo diagnóstico.

Un amigo de la familia le envió una tableta de chocolate que había bendecido el Padre Pío –era grande la indulgencia del Santo para con las manifestaciones de fe, por pueriles que fueran–. La pobre mujer había rezado lo mejor que podía, y su fiebre desapareció no bien comió el chocolate. Al día siguiente, al hacer su visita, los doctores cambiaban miradas sorprendidas, como si cada cual esperase de los demás una explicación que nunca llegó hasta ellos.

### **Una reliquia original**

#### ***(Testimonio de Lillo Militello, dueño del restaurante «La concordia», de Londres)***

«Durante un viaje a Italia organizado por mi iglesia parroquial de Londres, uno de nuestros objetivos era Pietrelcina, ciudad natal del Padre Pío, en la provincia de Benevento. Una vez que llegamos nos dimos una vuelta por el pueblo y luego nos fuimos a la casa donde nació y creció el Santo. Tan pronto como entré en la casa, percibí un ambiente especial, y estaba muy conmovido. Mientras mis compañeros de viaje buscaban en vano romper un pequeño pedazo de roca de la pared para tener una reliquia como recuerdo de su visita, un fragmento de roca cayó repentinamente a mis propios pies.

La historia continuó en mi restaurante del *Concordia Notte*. Una noche, una familia siciliana vino a cenar a mi restaurante. Estaban muy tristes, así que les pregunté por qué. Me dijeron que en el hospital de Catania (Sicilia) el marido había sido diagnosticado con cáncer y tenía solo unas pocas semanas más de vida, y que se encontraban en Londres para una revisión más en un hospital de la capital inglesa, especializado en oncología. Entonces les di un pedazo de esa roca y una fotografía del Padre Pío. Un par de semanas más tarde, la familia regresó a cenar a mi restaurante, y todos estaban muy felices porque el marido había sido curado».

### **Un guante contra el cáncer**

Una de las hijas espirituales del Padre Pío era la Madre Teresa Salvadores, la superiora de la Escuela Medalla Milagrosa, en Montevideo, Uruguay, quien estaba a punto de morir de cáncer de estómago y lesiones de las arterias de su corazón. Las monjas de su comunidad escribieron al Padre Pío, implorando su ayuda. Según sus cálculos, el mismo día en que el Santo recibió la carta, una señora, pariente de Mons. Damiani, el Vicario General de la Diócesis de Salto (Uruguay), regresó de Italia y dio a la Madre Teresa uno

de los guantes del Padre Pío.

Lo que sucedió a continuación lo contaba la misma interesada con estas palabras: «El guante se aplicó en el sitio donde tenía una hinchazón del tamaño de un puño, y en la garganta, porque sentía que me estaba ahogando. Entonces me quedé dormida. En un sueño vi al Padre Pío, que me tocó en la zona donde más me dolía. Después de tres horas me desperté. Enseguida pedí mi hábito, pues tenía la intención de salir de la cama donde había estado yaciendo durante meses. Me levanté sin la ayuda de nadie y fui a la Capilla. Al mediodía fui al comedor. Durante meses no había intentado comer, pero en ese momento comí más que cualquiera de mis compañeras. A partir de ese día, no he sentido nada».

María Teresa retomó inmediatamente sus actividades habituales, completamente curada. El Dr. Gianbattista Morelli, profesor de la Universidad de Montevideo, era su médico de cabecera. Después de seis meses, él y otros dos médicos la examinaron y declararon que estaba completamente curada.

### **«¡Deberías estar muerto!»**

Bill McLaughlin a los 23 años, en 1995, tuvo un accidente de tráfico muy grave. Fue trasladado en helicóptero a Dublín. Los doctores dijeron que, si sobrevivía, sería un vegetal. El capellán del hospital era un fraile capuchino. Tenía un guante del Padre Pío y lo pasó por encima del cuerpo de Bill.

Después de 15 minutos, Bill comenzó a mover los brazos y las piernas. La enfermera llamó al doctor, y este dijo que no entendía nada. Después de unos días volvió a estar perfectamente normal.

Fue enviado a fisioterapia. Cuando le llamaron, entró, y el fisioterapeuta, nada más verle, dijo: «Usted no es el que yo estoy buscando. Bill McLaughlin debía estar en una silla de ruedas».

Cuando pasó revisión con su médico de cabecera, este le comunicó con asombro: «¡Deberías estar muerto!».

Un escáner cerebral dibujó todas las lesiones y la parte del cerebro que había sido afectada. Pero no existían síntomas.

Bill fue a Roma en 1999 para la beatificación del Padre Pío. Junto con su familia, fue también a San Giovanni Rotondo después de la canonización.

Esta historia está registrada en el convento.

### **Un cardiólogo a domicilio**

La Señora Ercilia Magurno, mujer de mucha fe, había velado durante dos meses junto al lecho de su marido, enfermo de gripe, y afectado también de debilidad cardíaca. Ayudada día y noche por una monja, la esposa cuidaba a su marido con todos los medios posibles, mientras rezaba e invocaba al Padre Pío. Pero su marido empeoraba, y los doctores le aconsejaron que le dieran los últimos sacramentos, debido al fallo alarmante de su corazón.

Cierta noche invadió la habitación un penetrante perfume a flores. Pero el enfermo seguía empeorando por momentos, hasta el punto de que a la mañana siguiente el moribundo se estaba acercando a su fin. Dos días después, el señor Magurno entró en coma. Perdida toda esperanza, en el intervalo de dos días envió dos telegramas al Padre Pío. Finalmente, el 27 febrero 1947, el enfermo despertó después de un día de crisis prolongada. La monja estaba fuera, y la esposa estaba sola observándole. A medianoche ella se dio cuenta de que su sueño era más calmado de lo normal. A las siete y media de la mañana, su marido despertó, y ella se precipitó hacia él preguntándole: «¿Cómo te encuentras?».

—Estoy curado, estoy bien —respondió su marido—. El Padre Pío acaba de dejar la habitación. Abre la ventana, por favor, y tómate la temperatura.

Era completamente normal.

—Ernesto —preguntó la atónita esposa— ¿Qué estás diciendo? ¿Has visto al Padre Pío? ¿Qué te dijo?

—Vino con otro monje, examinó mi corazón y me dijo: “Esta fiebre se irá; mañana estarás curado y dentro de cuatro días podrás levantarte”. El Padre Pío echó un vistazo alrededor, examinó las medicinas, leyó los informes médicos y permaneció en la habitación toda la noche.

Un fuerte perfume de violetas que todavía permanecía en la habitación confirmaba este milagro.

Cinco meses después, ambos esposos fueron a San Giovanni, y el ex-enfermo reconoció a su salvador. El Padre Pío se le acercó, le puso la mano en el hombro con tono amistoso, y le dijo: «¿Cómo te ha hecho sufrir ese corazón!».

### **Un buen enfermero**

Giuseppe Massa estudiaba teología en Roma preparándose para el sacerdocio cuando enfermó. Su madre, que había vivido en San Giovanni Rotondo, estaba muy preocupada por su condición.

Un día le habló al Padre Pío acerca de la enfermedad de su hijo y le pidió sus

oraciones. Giuseppe pronto se recuperó y pudo continuar sus estudios para el sacerdocio. Fue un gran día para toda la familia Massa cuando fue ordenado sacerdote salesiano. Con ocasión de su ordenación, el Padre Pío le escribió una carta personal, en la que decía: «Deseo que seas un sacerdote santo y víctima perfecta».

Poco después de su ordenación, Giuseppe volvió a caer enfermo, sufriendo la fiebre alta y la debilidad que había experimentado anteriormente. Finalmente, se le diagnosticó una enfermedad renal, y se le dijo que tendría que someterse a una operación.

El médico habló con la madre de Giuseppe y le dijo que era aconsejable que viajara a Roma a un hospital que destacaba especialmente en la cirugía que necesitaba su hijo. La Sra. Massa sabía que sería muy difícil para ella hacer el viaje a Roma.

No podía decidir qué hacer, así que fue al monasterio y pidió al Padre Pío que le aconsejara: «Usted ya tiene otros cinco hijos que cuidar. No debe hacer el viaje a Roma», le dijo el Santo. «Pero creo que mi hijo querrá que esté con él mientras le operan. ¿Cómo se las arreglará sin mí?», respondió la señora Massa. A continuación, comenzó a llorar.

Al ver a la señora Massa tan angustiada, el Padre Pío se sintió muy apenado: «Si cree que no debo ir a Roma para estar con mi hijo, quiero que vaya usted en mi lugar», le pidió la señora. «¡Oh, bien, entonces iré yo!», contestó sin dudar el Padre.

Después de la intervención quirúrgica, Giuseppe mejoró en su salud de manera constante. Un día, le dijo a su madre que mientras él estaba en el hospital el Padre Pío había estado a su lado.

Cuando tuvo la oportunidad, viajó a San Giovanni Rotondo y habló con el Santo, para agradecerle la visita que le había hecho en su hora de necesidad. Su salud continuó mejorando, y vivió cincuenta años más.

## **Un paseo en bicicleta**

En 1947, Nicola De Vincentis trabajaba como jefe en la estación de tren de San Severo en Italia. Una mañana, al levantarse de la cama, sus piernas cedieron y se desplomó en el suelo. Todo su cuerpo estaba paralizado.

Fue visto y examinado por un gran número de médicos. Ninguno, sin embargo, fue capaz de determinar la causa de su problema. Por último, Nicola fue aconsejado por su médico de cabecera que viajase a Roma para que le examinase un neurólogo altamente apreciado y conocido, el Dr. Ugo Cerletti.

Este le diagnosticó con el virus tropical *Poliradicaneurite*, y le aseguró que nunca se recuperaría completamente de la enfermedad. Todo lo más, con una terapia adecuada

quizá algún día podría caminar de nuevo, pero con muletas. Desde luego, tendría que dejar su trabajo de ferroviario.

Un amigo suyo, el Padre Plácido de San Marco in Lamis, que vivía en el monasterio de los capuchinos de San Severo, le aconsejó visitar al Padre Pío. Nicola había oído hablar del santo sacerdote, pero sabía muy poco de él. Para entonces, había estado sufriendo del virus tropical durante dieciocho meses. Como último recurso, se decidió a aceptar la sugerencia del Padre Plácido de ir a verle.

El Santo recibió a Nicola con un abrazo. A la mañana siguiente, acompañado por el Padre Plácido, asistió a la Misa, haciendo el Padre Pío arreglos especiales para que Nicola pudiera sentarse en una silla, que colocó muy cerca de él en el altar.

Antes de marcharse, el Padre Plácido llevó a su amigo a los aposentos privados del monasterio y llamó a la puerta de la celda del Santo: «Padre Pío, Nicola y yo nos vamos ahora en autobús para San Severo. A Nicola le gustaría despedirse de ti», dijo el Padre Plácido. El Padre Pío abrió la puerta inmediatamente, bendijo a Nicola y le dijo: «Ten confianza en la gracia del Señor». Luego agregó: «Cuando llegues a casa, quiero que des un paseo en tu bicicleta. Después de eso, haz otra solicitud de examen médico en la oficina de la Administración Central de la Salud en Roma».

Nicola pensó profundamente sobre aquellas palabras. Aún tenía problemas con el equilibrio, frecuentes mareos, por lo cual pensó que el Padre Pío debía haber estado bromeando al sugerir que montara en bicicleta.

Al regresar a casa, sacó la bicicleta, siguiendo el consejo del Padre Pío. Esperó hasta el final de la tarde, cuando todos sus vecinos estaban en casa, ya que no quería dar un espectáculo con su torpeza, pues presumía que iba a hacer el ridículo.

Se subió a su bicicleta, y recorrió unos cien metros antes de caer. Se precipitó al suelo con tanta fuerza que el golpe casi le dejó inconsciente. Pensando que se podría estar muriendo, oró y rogó a Dios por ayuda. De repente, sintió que alguien le levantaba del suelo y le colocaba en el asiento de su bicicleta.

Pero... ¿cómo era posible?: estaba solo, y no había nadie a la vista.

De vuelta en la bicicleta, descubrió que podía pedalear con facilidad. Sus articulaciones y extremidades de pronto se sintieron flexibles. La constricción muscular y la parálisis habían desaparecido, y se sintió fuerte y con energía. También había recuperado su equilibrio. En ese momento, supo que había sido sanado.

Después de un examen minucioso, fue declarado apto para reincorporarse a su puesto de trabajo. Volvió a su posición como jefe de la estación principal en San Severo, y trabajó allí hasta que llegó a la edad de jubilación. Permaneció en excelente estado de

salud, libre de cualquier síntomas del virus tropical. Y, por supuesto, continuó siendo un devoto hijo espiritual del Padre Pío durante el resto de su vida.

### **Médico y medicina**

Danilo Gorin testificó en 1996 que había regresado a Italia desde Canadá porque tenía un cáncer de garganta terminal. Los médicos le habían dicho: «Vaya a su tierra natal a morir».

Con su esposa, se fue a ver al Padre Pío por primera vez. Tan pronto como el Santo le vio, dijo: «¡Eh, canadiense!». El pobre hombre estaba tan sorprendido que se puso a llorar.

Después de la confesión, el Padre Pío le preguntó: «Entonces, ¿qué dicen los médicos acerca de su enfermedad?» La explicación de Danilo fue que tenía tres meses de vida. Nada más terminar, el Padre Pío le tocó la garganta y dijo: «Ten fe, Jesús es médico y medicina».

En su camino a su ciudad natal de Vicenza, se dio cuenta de que se sentía normal. Después de un examen médico se encontró completamente curado.

### **Escribiendo una carta**

Ginette Estebe, de Royan (Francia), testimonió lo siguiente: «Estaba paralizada de mi lado izquierdo, en brazos y piernas, y tenía el rostro demacrado y deformado. Dieciocho médicos me habían dicho que era incurable. Un día me hablaron sobre el Padre Pío, y decidí escribir una carta. Me llevó tres días redactarla con mi mano derecha. Después de enviarla, descubrí que podía mover mis brazos, manos y piernas. Tras un breve periodo de tiempo, estaba completamente curada.

Fui a darle las gracias al Padre Pío. Estaba en una sala con muchas otras personas. Me reconoció y me hizo señas, me bendijo y puso su mano sobre mi cabeza».

### **El niño que dormía**

María Gennai era la madre de un bebé enfermo de pocos meses. En mayo de 1925 fue informada por los médicos de que no podían hacer nada para salvarlo. Fruto de la desesperación y de la fe, envolvió al niño en un poco de ropa, tomó su maleta de cuero, y se subió en un tren para ir ver al Padre Pío. El niño dejó de respirar y se volvió azul durante el viaje. Puso el niño en la maleta y siguió su camino.

Cuando estaba delante del Padre Pío empezó a llorar lastimosamente, y abrió la maleta. El Padre estaba conmovido. Puso su mano sobre la cabeza del niño y rezó en

silencio. Luego le dijo a María: «¿Por qué lloras? ¿No puedes ver que tu hijo está durmiendo?».

Como si estuviera despertando de un largo sueño, el niño comenzó a moverse y volvió a la vida.

### **La fe de una madre**

Una madre de Pescara fue a ver al Padre Pío, llevando en sus brazos a su hijo de 4 años, que estaba en estado crítico. Al entrar la mujer en la iglesia con el niño, llamó en voz alta: «¡Padre Pío, ayúdame! ¡Mi hijo está muriendo en mis brazos, o quizás tal vez ya haya muerto!» Y añadió: «¡Si no me ayudas lo dejare aquí contigo!».

A la vez que gritaba esto, se acercó al confesionario. El Padre Pío bendijo al niño y lo devolvió a su madre diciendo: «Creo que eres su madre: aquí está tu hijo». La mujer abandonó la iglesia con el niño, que se movía y quería bajar al suelo para caminar, a la vez que decía: «Madre, ¡dame algo de comer, que tengo hambre!» Estaba completamente curado.

### **Resucitando**

Preziosi Paolina, madre de cinco hijos, de San Giovanni Rotondo, tenía al Padre Pío un cariño especial. Antes de la Pascua, cayó gravemente enferma, y los médicos dijeron que no había nada que pudieran hacer para salvarla. El marido y los niños fueron a implorar ayuda al Padre Pío. Al oír su petición, el Santo dijo: «Resucitará el domingo de Pascua».

El Viernes Santo perdió el conocimiento. En la mañana del Sábado Santo entró en coma. Los familiares acudieron de nuevo al Padre Pío, que volvió a decir: «Ella va a resucitar».

Paulina murió el sábado por la noche. La familia hizo los preparativos para su entierro, vistiéndola con su traje de novia, como era costumbre en la zona.

El Padre Pío empezó la Pascua con la Misa de Vigilia y en el momento del Gloria, cuando resonaron las campanas y el órgano, empezó a llorar. Al mismo tiempo, Paolina se arrodilló junto a la cama y empezó a recitar en voz alta el “Credo”.

Todo el mundo se sorprendió. Le preguntaron qué había sucedido. Ella dijo: «Yo estaba subiendo. Cuando estaba a punto de entrar en una gran luz, me di la vuelta, y volví a la vida».

El Padre Pío no había dicho «Se recuperará», sino: «Ella va a resucitar».

## **Un médico misterioso**

Vincenzo Martini fue llamado urgentemente desde el hospital para que fuera allí inmediatamente, ya que su esposa estaba a punto de dar a luz a su segundo hijo. Nada más llegar, los doctores le explicaron que la situación era desesperada, y que debía tomar una decisión: elegir entre la vida de la madre o la de su hijo. Vincenzo optó a favor de la mujer.

Cuando estaba firmando los papeles que explicaban su decisión, un médico fue a su encuentro y le felicitó: «¡Felicidades!: ha sido usted padre de un chico de ocho libras de peso!».

Vincenzo corrió al encuentro de su mujer, y esta le dijo que el niño le había sido entregado por un doctor que iba vestido con un hábito marrón. Fue entonces cuando el marido recordó al Padre Pío, y le enseñó una foto suya. La mujer no tuvo ninguna duda: «Él fue el médico que me entregó a nuestro hijo».



# EL ÁNGEL DE LA GUARDA Y EL PADRE PÍO

## Carrera de ángeles

Un profesor y su mujer, al volver un día del colegio donde trabajaban, se encontraron con que su hijo tenía mucha fiebre. Probaron bajársela de mil maneras, pero sin resultado.

Cuando ya era muy tarde el hombre le dijo a su mujer: «Debemos acostarnos ya, puesto que mañana debemos ir a trabajar. Duerme aquí con el niño, que yo iré a la otra habitación». Pero antes de meterse en la cama recordó haber leído algo sobre un sacerdote llamado Padre Pío, al cual se le podía mandar al ángel de la guarda para pedir su intercesión. Eso mismo hizo: era la una de la mañana.

Pasadas las 3 de la madrugada, despertó lleno de felicidad diciendo: «¡El niño está bien!» Ella le contestó: «Yo sé por qué: antes de dormirme envié a mi ángel al Padre Pío». ¡Así que ambos habían hecho lo mismo!

Un mes después, el profesor fue a dar las gracias al Padre Pío en persona. Al verle, el Santo le dijo con ironía: «Con usted, no puede uno tener paz ni de noche. Vaya a darle su agradecimiento a Nuestra Señora».

Antes de irse, el hombre le preguntó: «Padre, solo una cosa más, ¿puedo preguntarle qué ángel llegó primero: el mío o el de mi esposa?» Sonriendo, el Padre contestó: «El tuyo estuvo conmigo a la una; el de tu esposa un poco después».

## Un ángel cumplidor

El Padre Eusebio dio el siguiente testimonio: «Estaba viajando a Londres en avión, contra el consejo del Padre Pío, que no quería que usara este medio de transporte. Mientras sobrevolábamos el Canal de la Mancha, una violenta tempestad atacó el avión, y nos encontrábamos en grave peligro. Entre el terror general yo recité el acto de contrición y, no sabiendo qué otra cosa hacer, le mandé al Padre Pío a mi Ángel de la Guarda, suplicándole ayuda urgente. De regreso a San Giovanni Rotondo, fui a verle:

—Muchacho —me dijo— ¿Cómo estás? ¿Salió todo bien?

—Padre —le dije—, estuve a punto de morir.

—Entonces, ¿por qué no obedeces?

—Pero yo le mandé al Ángel de la Guarda...

—¡Y menos mal que llegó a tiempo!

## **¿Cuál es el problema?**

Una mujer estaba sentada en la plaza de la iglesia de los capuchinos, la cual estaba cerrada. Era tarde, y en su mente y su corazón repetía una y otra vez: «¡Padre Pío, ayúdame; Ángel de la Guarda, por favor, vaya a decirle al Padre Pío que me ayude, si no mi hermana va a morir».

Desde la ventana por encima de ella, llegó la voz del Padre Pío: «¿Quién me está llamando en este momento? ¿Cuál es el problema?» La mujer le habló acerca de la enfermedad de su hermana. El Padre Pío fue en bilocación a la enferma y la sanó.

## **Traducción simultánea**

Un día cinco austríacos quisieron confesarse con el Padre Pío, pero como no sabían italiano pensaron que no iba a ser posible realizar su deseo. Sin embargo, los cinco pasaron por el confesionario, del cual salieron mostrando mucha alegría.

El Padre Ruggero, que había sido testigo, preguntó al cabo de los días al Padre Pío cómo había conseguido entender a los austríacos, a lo cual el Santo respondió: «Cuando quiero, entiendo todo».

## **El Padre Pío habla alemán**

El Profesor Bruno Rabajotti relata cómo estaba en la celda del Padre Pío, recitando el Rosario con él.

Cuando terminaron, alguien trajo a un visitante alemán, un hombre alto y delgado, con el pelo corto de color blanco. Comenzó a dar gracias al Padre Pío, por las cosas maravillosas que le habían sucedido a su hija merced a su intercesión.

La conversación continuó por un tiempo con preguntas y respuestas entre los dos hombres. Rabajotti apenas podía creer lo que escuchaba: el Padre Pío estaba hablando alemán. Finalmente, el Santo le dijo:

—Pareces sorprendido al oírme hablar y entender un idioma que desconozco. Yo no soy el único que puede hacer eso. ¿Por qué no lo intentas?».

—¡Pero yo no sé nada de alemán, Padre! —objetó Rabajotti.

—Ni yo —afirmó el Santo—, pero es fácil: todo lo que tienes que hacer es empezar a hablar. Este hombre vino aquí hace un año, y le contará su historia. Las diferencias de idioma y las barreras entre las almas desaparecerán cuando hablemos el único lenguaje que realmente importa: el del espíritu.

El Profesor Rabajotti hizo lo que el Padre Pío le dijo y, para su asombro, fue capaz de

mantener un conversación con el hombre en alemán. Durante este tiempo, el Padre Pío se quedó mirándolos con los brazos cruzados, absolutamente encantado.

Rabajotti afirmaba que «a pesar de que hemos hablado en alemán, pensé que estaba hablando italiano. ¡Era tan fácil y tan hermoso! Antes de salir nos abrazamos».

### **«Ich werde sie»**

En 1940 un sacerdote suizo llegó para confesarse con el Padre Pío. La confesión se desarrolló en latín. Antes de irse, el sacerdote le encomendó a una enferma, y ante esta petición el Santo le respondió en perfecto alemán: «*Ich werde sie an die gottliche Barmherzigkeit empfehlen* (la encomendaré a la divina misericordia)». Ante aquello, el sacerdote quedó asombrado.

### **Un ángel políglota**

El 7 de septiembre de 1912, el Padre Agostino escribió una carta al Padre Pío en griego, aunque era consciente de que desconocía ese idioma, con la intención de confundir al Diablo, que con frecuencia obstaculizaba la correspondencia entre ambos.

Don Salvatore Pannullo – el párroco de Pietrelcina– estaba presente cuando abrió la carta. En su parte inferior escribió más tarde este testimonio: «En virtud de la santidad del juramento, doy testimonio de que el Padre Pío abrió esta carta y me explicó palabra por palabra el contenido.

Yo le pregunté cómo podía leer y explicar lo que había en el escrito sin siquiera saber griego, y él respondió: “¡Usted ya lo sabe!: el Ángel de la Guarda me lo explicó todo”».

El Padre Agostino escribió en su *Diario*: «El Padre Pío no sabía griego ni francés. Era su Ángel el que le explicaba estas cosas, y él respondía al punto las cartas».

### **Un fiel cartero**

Cleonice Morcaldi, hija espiritual del Padre Pío, dio el siguiente testimonio:

«Durante la Segunda Guerra Mundial mi sobrino estaba prisionero. Nosotros no habíamos recibido noticias suyas durante un año, y creíamos que estaba muerto. Sus padres pensaban lo mismo. Su madre fue un día a ver al Padre Pío y se arrodilló delante del fraile, que estaba en el confesionario: “Por favor, Padre, dígame si mi hijo está vivo. No me marcharé hasta que me conteste”. El Padre Pío simpatizó con ella, y teniendo piedad de sus lágrimas le dijo: “Levántese, y quédese tranquila”. Días después yo no resistía el dolor que los padres estaban sufriendo, por lo que decidí pedirle un milagro al Padre Pío, diciéndole: “Voy a escribir una carta a mi sobrino Giovannino. Solamente

escribiré su nombre en el sobre, porque nosotros no sabemos dónde está. Usted y su Ángel Guardián le llevarán la carta. Él no contestó, pero escribí la carta y la dejé en mi mesa de noche, para entregársela a la mañana siguiente. Para mi gran sorpresa, asombro y miedo, la carta desapareció. Inmediatamente le di gracias, y él me dijo: “Dale las gracias a Nuestra Señora”.

Casi quince días después nuestro sobrino contestó la carta. Entonces todos en nuestra familia estábamos contentos, dando gracias a Dios y al Padre Pío».

### **Obediencia angelical**

El Padre Lino Barbati envió a su Ángel de la Guarda para pedir al Padre Pío por la curación de una persona. En vista de que no mejoraba, le preguntó: «¿Podría ser que a veces el Ángel de la Guarda no hace lo que le pedimos que haga?» La respuesta del Padre Pío fue terminante: «¿Qué estás pensando: que él es desobediente como tú y yo?».

### **«¿Crees que soy sordo?»**

Un italiano-americano de California solía rezar a su Ángel de la Guarda para que le contara sus necesidades al Padre Pío. Un día, después de la confesión, le preguntó al Santo si realmente escuchó a su ángel. «¿Crees que soy sordo?», respondió el Santo: y repitió lo que había dicho recientemente a su ángel para que se lo comunicara a él.

### **Un fraile muy ocupado**

El Padre Alessio se acercó al Padre Pío llevando algunas cartas en su mano con el fin de pedirle algo, pero el Padre le dijo bruscamente: «Muchacho, déjame en paz, ¿no ves que estoy ocupado?» El Padre Alessio se fue mortificado. Más tarde, el Santo se disculpó y explicó: «¿No viste todos los ángeles que estaban conmigo? Son los ángeles de la guarda de mis hijos espirituales, que me traían sus mensajes. Tenía que comunicarles las respuestas que necesitaban».

### **Sala de audiencias**

El Padre Alessio ayudaba al Padre Pío a meterse en la cama por la noche. Después, esperaba allí a que el Padre Pellegrino le relevara en el turno de noche.

Acostado en la cama, el Padre Pío siempre recitaba el Rosario. Con frecuencia, el Padre Alessio oyó al Padre Pío interrumpir el Rosario diciendo cosas tales como: «Dile que voy a pedir a Jesús», «dile que rezaré sobre ello», «dile que le recordaré en mi

Misa».

Solo tiempo después el Padre Alessio se dio cuenta de que el Padre Pío mantenía conversaciones con los ángeles guardianes de algunos de sus hijos espirituales.

### **Ángeles celosos**

El Padre Gabriel Bove declaró: «Para mí era sorprendente lo que decía la gente de que el Padre Pío tenía mucha familiaridad con su Ángel Custodio, por lo cual le pedían que fuera durante la noche a confortar a los enfermos y socorrer a los pecadores. Esto me lo confirmó el mismo Padre.

Un día de verano de 1956, después de bendecir a los fieles, salía el Padre Pío de la iglesia muy fatigado. Aquel día parecía que estaba más cansado que de ordinario. Caminaba apoyado del brazo del Padre Giambattista y se parecía a san Francisco estigmatizado bajando del monte. Yo le tomé del otro brazo, preguntándole:

—Padre, ¿está muy cansado?

—Sí, hijo mío, estoy aplastado por tanto calor.

—Esta noche descansará. Además pediremos a su Ángel Custodio que venga a aliviarle.

Detuvo el paso y con fuerte voz me gritó:

—Pero ¿qué dices? Debe ir de viaje.

Era eso precisamente lo que yo quería saber. Disimulando mi sorpresa, le respondí:

—¿Qué? ¿Su ángel debe viajar?

—Cierto.

—Padre —le respondí—, si su ángel debe viajar para confortar a los enfermos y socorrer a los pecadores, permita que nuestros dos ángeles al menos tomen su puesto.

—No, que cada uno de sus ángeles esté con su protegido —y, sonriendo, añadió—: ¿Y si estos ángeles se ponen celosos?».

### **¡Felicidades!**

El 20 septiembre 1945, poco después de terminada la Segunda Guerra Mundial, la señora Pía Garella se hallaba en el campo a unos kilómetros de Turín cuando tuvo el deseo de remitir al Padre Pío un telegrama para felicitarle por el aniversario de sus llagas. Sin embargo, al estar en el campo no pudo encontrar a nadie que lo pudiese enviar. Fue entonces cuando recordó que el Padre Pío recomendaba que le enviaran al Ángel de La Guarda cuando tuviesen necesidad de contactar con él. Siguiendo este consejo, le pidió a

su ángel que llevara personalmente la felicitación.

Pocos días después, recibió una carta de su amiga Rosinella Placentino, remitida desde San Giovanni Rotondo, en la cual contaba que el Padre Pío le había dicho: «Escribe a la señora Garella, y dile que le doy las gracias por la felicitación espiritual que me ha mandado».

### **Un ángel atento**

El Padre Alessio Parente fue asignado como sacristán en Nuestra Señora de Gracia en los años 1959-1961. A partir de 1965-1968, fue el asistente personal del Padre Pío.

Una mañana, al término de la Misa, el Padre Alessio tuvo una experiencia asombrosa. Acababa de distribuir la comunión en la barandilla del altar y había tomado el copón vacío para purificarlo. Para ello, el Padre Alessio vertió agua en él para lavarlo, y luego lo secó con un purificador. Estaba a punto de poner la tapa en el copón cuando, por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que algo se movía: a su derecha, vio una Sagrada Forma flotar en el aire, y luego precipitarse dentro del copón. Instintivamente miró a su alrededor para ver si alguien estaba junto a él, pero no había nadie. Cuando le habló al Padre Pío sobre el incidente, este le aconsejó que estuviera más atento y que no se precipitase cuando distribuía la Sagrada Comunión, agregando que un ángel había puesto la Hostia consagrada en el copón para evitar que cayese en el suelo.

### **Correo certificado**

En una ocasión, el Padre Denys envió a su ángel guardián al Padre Pío. Sucedió cuando estaba predicando un retiro a una orden religiosa de monjas en la ciudad costera de Biarritz, en el suroeste de Francia. Durante el retiro, comenzó de repente a sentirse muy enfermo. Preocupado por el hecho de que no pudiera ser capaz de continuar con el programa, el Padre Denys oró con urgencia a su Ángel de la Guarda: «Querido Ángel de la Guarda: por favor, lleva un mensaje al Padre Pío de mi parte. Dile que estoy muy enfermo y necesito sus oraciones para poder recuperarme. De lo contrario, no veo cómo puedo completar este retiro».

El Padre Denys empezó a sentir pronto un gran alivio, y se las arregló para predicar todos los sermones en el retiro. Más tarde, escribió una carta a uno de los capuchinos de san Giovanni Rotondo, explicándole que había enviado a su Ángel de la Guarda al Padre Pío, y que quería saber si el Santo había recibido el mensaje. El capuchino contestó al Padre Denys, explicándole que había hablado con el Santo sobre el asunto, y que este le había dicho que, efectivamente, el Ángel Custodio del Padre Denys le había hecho una visita. También le dijo que esperaba que se encontrara mejor, y que había estado orando

por él desde que recibió el mensaje angelical con respecto a su enfermedad.

### **Un curioso despertador**

El Padre Alessio sabía que era una bendición para él poder ayudar al Padre Pío a diario, pero los cuidados nocturnos que requerían las frecuentes enfermedades del Santo le impedían descansar durante la noche, por lo cual a menudo sentía la tensión física y mental de un horario tan agotador.

Cada mañana, el Padre Alessio ayudaba al Padre Pío a prepararse para Misa. También le ayudaba a subir los escalones del altar y luego a quitarse los guantes antes de que comenzara la Eucaristía. Después, se apresuraba a ir a su celda para dormir un poco. Estaba siempre tan cansado que, por lo general, se quedaba dormido al instante. Ponía el despertador para poder estar a tiempo de vuelta en la iglesia, pues al final de la Misa ayudaba al Padre Pío a bajar por las escaleras del altar. Seguidamente, tenía que llevarle a la sacristía, para finalmente llevarle de vuelta a su celda.

Muchas veces, el Padre Alessio dormía tan profundamente que no escuchaba la alarma de su despertador. En ese momento, oía que alguien llamaba a gritos a su puerta. Cuando la abría, no veía a nadie allí. Misteriosamente, todo el corredor estaba vacío.

Entonces se daba cuenta de que se había quedado dormido y corría a la iglesia. Cuando llegaba, el Padre Pío estaba invariablemente dando la bendición final, por lo cual llegaba justo a tiempo para ayudarlo a bajar los escalones del altar. Esta misma situación se repetía cada vez que se quedaba dormido.

También el Padre Alessio era el encargado de llevarle al confesionario. Una vez cumplida su misión, volvía rápidamente a su celda para dormir un poco.

Si el despertador no lograba sacarle de su sueño, escuchaba una voz que le decía:

«¡Alessio, es hora de ir a la iglesia!» Al instante se despertaba y retornaba apresuradamente para ayudar al Padre Pío después de las confesiones.

A veces llegaba un poco tarde, pero el Santo siempre estaba allí esperándole, pues nunca caminaba solo por los pasillos, que solían estar llenos de gente, y una de las funciones del Padre Alessio era protegerle de los devotos excesivamente apasionados, hasta el punto de que algunos llevaban tijeras, con la intención de cortar un pedazo de su hábito para conseguir una reliquia del Santo.

Un día, el Padre Alessio estaba sentado al lado de Padre Pío, pensando acerca de su problema con el exceso de sueño, sintiéndose avergonzado por ser tan poco fiable. Cuando le comentó al Padre Pío que no entendía por qué la alarma no conseguía despertarlo, el Padre Pío le recomendó que se comprara otro despertador, porque no

siempre iba a poder enviarle a su ángel custodio para que le despertara.

### **La música de los ángeles**

En una ocasión, el Padre Alessio oyó una música celestial en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia. Sonaba como un coro de bellas voces cantando juntos en perfecta armonía. Algunos de los otros capuchinos también lo oyeron. No podían entender de dónde venía la música, y cuando le pidieron una explicación al Padre Pío, les dijo que se trataba de la voz de los ángeles, llevando las almas del purgatorio al paraíso. Los frailes se miraron incrédulos, y entonces añadió: «¿Por qué os sorprende la música de los ángeles?». Cuando se le preguntó en otra ocasión si los ángeles estaban presentes en la Misa, contestó que la corte celestial entera estaba presente en cada Misa.

### **Espectáculo celestial**

Cuando el Padre Pío murió el 23 de septiembre de 1968, varios peregrinos que estaban en San Giovanni Rotondo informaron a los capuchinos que vieron ángeles en el cielo nocturno. Al amanecer, los ángeles desaparecieron tan misteriosamente como habían llegado. Conociendo la devoción de toda la vida del Padre Pío a los ángeles, difícilmente puede sorprendernos este fenómeno.

### **Un ángel marchoso**

Margherita Cassano vivía en 1947 en san Giovanni Rotondo, en una pequeña habitación al principio de la Viale Capuchinos, a bastante distancia del convento. En aquellos días no había iluminación en la calle, y el camino era inseguro, lleno de piedras.

Ella se levantaba cada mañana a las tres de la madrugada para llegar a la iglesia a tiempo para la Misa del Padre Pío. Informó que en varias ocasiones, en plena oscuridad, caminando hacia el convento, oyó una voz masculina que decía: «Uno, dos, uno dos...» Aquello le daba mucho miedo. Y de nuevo: «Uno, dos, uno dos...». Finalmente, llegaba a la iglesia.

Cuando tuvo oportunidad, le dijo al Padre Pío que se estaba volviendo loca. Pero el Santo la tranquilizó: «Es tu Ángel, que estaba contando su pasos para hacerte compañía. Lo hacía solo para hacerte saber que está ahí, velando por ti».

### **El buen pastor**

Margharita Cassano todavía tenía muchos retos que enfrentar. Debido a su inquietud por vivir en un lugar tan aislado, le costaba dormir por la noche. Un día, oró al Padre Pío

para que la liberara de su miedo. Cuando a la mañana siguiente se despertó, encontró un hermoso perro pastor alemán sentado a la entrada.

Cuando iba a Misa de madrugada, el perro caminaba justo enfrente de ella. Para su sorpresa, cuando la Misa terminaba, volvía a acompañarla en el camino de vuelta. Esa noche durmió en su puerta, y su compañía disipó la inseguridad de Margharita, que desde entonces pudo dormir bien, sin miedo alguno.

### **El guardaespaldas**

Durante la Segunda Guerra Mundial, en 1943, un joven ingeniero estaba caminando por un camino rural en San Severo (Foggia) cuando fue abordado por un grupo de agricultores que blandían amenazadoramente unas horcas.

Ellos pensaban que era un soldado enemigo disfrazado. Cuando estaban a punto de hacerle daño, un perro feroz apareció de la nada ladrando a los agricultores. Los campesinos se asustaron y se retiraron.

Cuando el Padre Pío le vio, le dijo: «Podría haber sido muy malo para usted si yo no hubiera enviado a mi Ángel de la Guarda».

### **El portero**

En 1912, el Padre Agostino pasó en un viaje por la casa del Padre Pío en Pietrelcina a las tres de la mañana.

En ese momento, el Padre Pío estaba viviendo allí. Cuando el Padre Agostino entró, se maravilló de que la puerta estuviera abierta. Decidió entrar. El Padre Pío estaba en la cama, pero no dormía: «¿Por qué dejas la puerta abierta?», le preguntó. «No tengo ningún miedo: Tengo al Ángel de la Guarda vigilando toda la noche», contestó el Santo.

### **El ángel exterminador**

El Padre de Rosina de Pietrelcina, Alfonso, deseaba verificar por sí mismo si el Padre Pío realmente tenía la clarividencia que la gente le atribuía. Para ello, un día tuvo la audacia de decir al Padre:

—Voy a entrar en su celda para llevarme algo.

—¡Eso no sería una buena idea! – advirtió el Santo—: tal vez suceda algo que le impida llevar a cabo su plan.

Pero Alfonso no prestó atención a la advertencia. Un día, comenzó a caminar por las escaleras que llevaban a la celda del Padre Pío, pero repentinamente comenzó a suceder algo muy extraño: nada más dar el primer paso, sus piernas se quedaron completamente

inmóviles. Sin embargo, podía andar perfectamente cuando hacía ademán de bajar los peldaños.

Cuando volvió a ver al Padre Pío, le preguntó acerca de la parálisis repentina, y la respuesta del Santo fue irónica: «Bueno, tengo un Ángel de la Guarda muy bueno que custodia mi puerta: estoy bien protegido».

### **Rápido y barato**

Bárbara Ward, benefactora de la Casa de Alivio del Sufrimiento, estaba a punto de someterse a una operación de múltiples quistes en los ovarios, en el Hospital de St. George en Londres. Bernardo Patrizi salió del hospital para ir a la oficina de correos, desde donde envió un telegrama al Padre Pío: «Bárbara está enferma. Urgentemente requiere sus oraciones». Cuando regresó al Hospital, la recepcionista le pidió que le diera a Bárbara unas flores y el telegrama que acababa de llegar.

El telegrama decía: «Siento que esté enferma. Tenga la seguridad de mi oraciones».

En la siguiente ocasión en la que Bernardo fue a San Giovanni Rotondo, informó al Padre Pío que Bárbara se había recuperado y le dio las gracias por las flores y el telegrama. El Santo le respondió: «¡Bah telegramas!: los Ángeles Guardianes son más rápidos y más baratos».

### ***Speedy***

Cecil Humphrey-Smith informó que padecía unas lesiones muy graves a causa de un accidente automovilístico que había sufrido en 1955. Su amigo el Marqués Sacchetti, tras visitarlo en el hospital, decidió ir a la oficina de correos para enviar un telegrama al Padre Pío pidiendo sus oraciones. Ambos eran hijos espirituales suyos.

En la oficina de correos el Marqués Sacchetti rellenó el formulario y se lo dio al empleado. El cartero, al leer el nombre del remitente, le dio un telegrama que acababa de llegar: era de parte del Padre Pío, prometiendo oraciones para una pronta y completa recuperación.

Algún tiempo después, fueron a verle para darle las gracias por sus oraciones. Lo hicieron y, cuando le informaron de la coincidencia de los telegramas del Padre Pío, este dijo: «¿Creéis que los ángeles son lentos como los aviones?».

### **Un chófer inesperado**

Piergiorgio Biavati conducía desde Florencia a San Giovanni Rotondo en 1960. Cuando llegó a Nápoles se sentía muy cansado y con sueño, por lo cual se detuvo en un

área de descanso para tomar un café. Le quedaban tres horas más conduciendo.

Sobre lo que sucedió después dio el siguiente testimonio: «Solo recuerdo que arranqué el motor y puse mis manos en el volante. No recuerdo nada más.

Cuando alcancé la plaza en frente del convento alguien me sacudió por los hombros y dijo: “Vamos, hazte cargo tú ahora”».

Cuando Biavati le contó el episodio al Padre Pío, este dijo: «Te estabas durmiendo todo el camino, y mi Ángel de la Guarda tuvo que conducir por ti».

10

150

# LAS MIL MARAVILLAS (1)

## **El primer milagro**

Fray Modestino mostró al Padre Pío una botella de vino de la tierra que acababa de comprar en la ciudad, y le pidió que lo bendijera. El Padre Pío hizo la bendición y luego, con una amplia sonrisa, dijo: «¡Bueno, este es mi primer milagro del día!».

Fray Modestino no entendía por qué había dicho eso. En el transcurso de una comida, compartió el vino con otros frailes. Era excelente.

No mucho tiempo después, Fray Modestino se enteró de que el fabricante de vino había sido encarcelado por hacer falso vino a partir de polvos, no de uvas.

## **Una religiosa con prisa**

En cierta ocasión una religiosa llegó desesperada a San Giovanni Rotondo para pedir la urgente intervención del Padre Pío. Dirigía un pequeño instituto para niños huérfanos.

Después de oír la Misa, fue a la sacristía con la esperanza de poder hablar con él pero, ante el gentío que había, comprendió que la espera iba para largo, así que decidió marcharse, pero gritando antes su petición: «Padre, debo marcharme. ¡Os recomiendo a mis pobres huérfanos!».

Sin volver siquiera la cabeza, el Santo respondió en voz alta: «Me lo has dicho varias veces durante la Misa. Hija mía, vuélvete tranquila, que todo está arreglado».

Desde aquel día, la institución encontró misteriosos benefactores anónimos que la salvaron de la ruina.

## **Aire acondicionado**

Cuando el Padre Carl Gismondi, FSSP, fue asignado para ser el pastor de la parroquia de Santa Ana en San Diego (EE.UU), organizó un grupo mensual de oración del Padre Pío. Allí recibió una gracia, que contaba con el siguiente testimonio:

«No hace mucho tiempo, estaba oyendo confesiones en Santa Ana un viernes, en medio de un caluroso día de verano. No tenemos aire acondicionado en la parroquia, con lo cual el tiempo veraniego puede llegar a ser bastante incómodo, y todavía más sofocante en el confesionario, ya que este estaba construido con el máximo aislamiento con el fin de insonorizarle para mantener la privacidad de los penitentes. Esto significaba también, en cierto grado, “a prueba de aire”.

De repente, sentí una brisa muy fresca que bajaba de la parte superior del

confesionario. Yo lo describiría como “un flujo hacia abajo”, que me dio una gran cantidad de alivio. El aire frío fluía solo desde la parte superior, mientras que los lados del confesionario no se vieron afectados.

Me sorprendió esa brisa suave y fresca. Antes de ser sacerdote, fui ingeniero, así que me pregunté, desde la perspectiva de un ingeniero, cómo una brisa podría venir desde la parte superior del confesionario. Empecé a analizar la situación, pero no podía llegar a ninguna conclusión.

Después de la Misa, cuando saludé a las personas que salían de la iglesia, una mujer se acercó a mí y me dijo: “Padre, sentí su molestia mientras usted estaba escuchando confesiones: hacía tanto calor en la iglesia, que yo sabía que debía ser muy incómodo estar en el confesionario. Entonces dije una oración al Padre Pío en su nombre: “Padre Pío, por favor envíe al Padre Gismondi una brisa fresca para que se sienta más cómodo mientras escucha las confesiones”».

### **Una oración eficaz**

El padre Federico Carozza informó que estaba en la plaza de Santa María de las Gracias cuando una mujer desesperada le dijo que necesitaba hablar con el Padre Pío, porque su marido le había solicitado el divorcio.

El fraile le dijo: «El Padre Pío está rezando en el balcón. Ve a la iglesia y únete a él con tus oraciones». Ella lo hizo así.

Cuando regresó a su hotel se encontró con un mensaje telefónico de su marido, rogándole que volviera a casa, porque estaba esperando para abrazarla.

### **Promesa cumplida**

La esposa de Mario –el dueño de un restaurante en San Giovanni Rotondo– tenía una gran devoción al Padre Pío. En una ocasión, cuando hizo su confesión al Santo, le dijo que estaba preocupada por su hijo de cuatro años de edad: «Tengo que trabajar en el restaurante todo el tiempo con Mario, y no soy capaz de dar a mi hijo el tiempo y la atención que necesita».

El Padre Pío le dijo que no se preocupara, que él siempre velaría sobre su hijo y que le protegería de cualquier daño. Ante esta promesa, la mujer salió del confesionario alegre y confiada.

Unos días más tarde, la mujer oyó el sonido de gritos provenientes de la calle. Cuando salió corriendo del restaurante para averiguar lo que había sucedido, vio a su hijo tirado debajo de un camión grande.

La próxima vez que fue a la confesión, le contó el aterrador incidente:

—Mi hijo casi muere aplastado por un camión grande.

—Bueno... ¿recibió algún daño? —preguntó el Padre Pío.

—No, ninguno —respondió la mujer.

—¿Sufrió siquiera un rasguño? —volvió a preguntar el Santo.

—No, ni siquiera eso —respondió la mujer.

—Está bien —concluyó el Padre Pío—: ya te dije que iba a protegerle.

### **Un regalo inesperado**

De vez en cuando, el Padre Denys era aquejado por diversos problemas de salud. Un día le dijo al Padre Pío que si su estado de su salud mejorase, haría una peregrinación a Tierra Santa, porque siempre había tenido ganas de ir allí: «Por supuesto, la Divina Providencia tendría que ayudarme, porque los gastos del viaje serían enormes, mucho más de lo que soy capaz de pagar». El Padre Pío le escuchó, pero no hizo comentarios.

Un día, en el comedor del hotel, el Padre Denys conoció a un matrimonio del Líbano, el Sr. y la Sra. DeChabert, que había ido San Giovanni Rotondo a pedir al Padre Pío oraciones por su hijo, muerto trágicamente en un accidente en la India solo tres meses antes.

Cuando el matrimonio se enteró del deseo del Padre Denys de peregrinar a tierra Santa, y de que este carecía de los medios necesarios para hacerlo, Mr. DeChabert le dijo: «No sería caro en absoluto: sería gratis. Voy a darle un billete de primera clase: Soy el Director de Transporte Público en el Líbano».

El Padre Denys se quedó asombrado. Pensó en su deseo de toda la vida de visitar Tierra Santa, y se acordó de la vez que había hablado con el Padre Pío al respecto. Tenía la sensación de que el Santo tenía algo que ver con aquel regalo inesperado.

### **Un trabajo permanente**

Biagio Fusco tenía esposa y seis hijos que mantener, y estaba constantemente preocupado por su precaria situación financiera. Después de una confesión con el Padre Pío, le pidió que rezara por él, para que pudiera pasar la prueba de profesor, y para que lograra encontrar un trabajo, ya que llevaba cuatro años intentándolo sin éxito. Al oír su petición, el Padre Pío levantó los ojos hacia arriba, y su rostro estaba sereno y hermoso. Al ver aquello, Biagio se convenció de que todo saldría bien.

Poco después de eso, Biagio recibió una carta en la que se le comunicaba que se le

ofrecía un puesto de profesor en un pueblo cercano. La carta estaba fechada el 27 de julio de 1923, la misma fecha en la que él había hecho su confesión.

El miembro de la junta escolar que se reunió con él le comentó lo afortunado que era: «Los trabajos en estos días están muy escasos –dijo–. Usted es de hecho muy afortunado por haber sido contratado: ¡es casi como un milagro!». Nada más terminar estas palabras, el aire se llenó de un fuerte perfume. Biagio sabía que en ese momento el Padre Pío estaba presente, y que había intercedido por él.

Biagio fue asignado para trabajar en la escuela de su elección, y después de un breve periodo de tiempo el trabajo se convirtió en permanente.

### ***Hierognosis***

El Padre Pío tenía el don de percibir si los objetos estaban o no bendecidos, facultad que se conoce bajo el nombre de *hierognosis*.

Este don le permitía conocer si el agua había que bendecirla o si ya estaba bendita. Si alguien le presentaba una botella con agua de Lourdes, él, sin hacer preguntas, la llevaba a sus labios y la besaba.

Bruno Cornacchiola, a quien supuestamente se le apareció la Virgen en un campo aledaño a la abadía de Tre Fontane –iglesia erigida sobre el lugar donde fue decapitado San Pablo y donde, según la tradición, al caer la cabeza al suelo rebotó tres veces en el suelo e hizo tres fuentes–, un día fue a buscar al Padre Pío. He aquí su testimonio: «Cuando fui a su presencia –no nos habíamos visto nunca– le di un sobre sin decirle qué contenía. El Padre Pío lo tomó, lo apretó sobre su pecho con amor y no me lo devolvió: el sobre contenía un poco de tierra de la gruta de las Tres Fuentes». (Esta tierra ha sido protagonista de muchas sanaciones milagrosas).

### **La almohada azul**

Tony Cavaliere emprendió la búsqueda de la verdad y la iluminación a través del estudio comparativo de las religiones del mundo. Al mismo tiempo, añadió una serie de disciplinas espirituales a su rutina diaria, con la esperanza de que, al hacerlo, estaría más cercano a la verdad. Sin embargo, en lugar de encontrar la paz interior y la plenitud, empezó a experimentar una creciente sensación de ansiedad y confusión. El miedo y el temor se convirtieron en sus constantes compañeros. Fue a varios médicos, tratando de encontrar ayuda, pero no le sirvió de nada.

Con el paso del tiempo, el estado de Tony se agravó, hasta el punto de que ya no era capaz de trabajar, preguntándose si le sería posible vivir una vida normal otra vez.

Cuando cierto día un amigo le habló acerca del Padre Pío, su interés se despertó, hasta el punto de que le dijo a su esposa que le gustaría hacer un viaje a san Giovanni Rotondo para orar en la tumba del Santo. Aunque era un católico renegado, estaba familiarizado con la enseñanza de la Iglesia sobre el poder de intercesión de los santos y creía en él.

Tony y su esposa emprendieron finalmente el viaje a san Giovanni Rotondo. Visitaron la celda donde Padre Pío había vivido durante muchos años, y también tuvieron tiempo para ir a la iglesia donde había celebrado la Misa y para orar en su tumba. En todas partes Tony experimentó sentimientos de paz y de fe.

Después de que regresaron a casa, su cuñada les dijo que había tenido un sueño muy extraño. En él, el Padre Pío estaba escuchando su confesión. Al final de la misma, ella le preguntó: «¿Por qué no haces que Tony recupere su salud?» El Padre le sonrió y le dijo: «Dile a Tony que va a estar bien». En el sueño, el Santo le enseñó una almohada azul con un Rosario sobre ella: «Da este Rosario a Tony», le pidió.

Al escuchar aquello, Tony tuvo la seguridad de que iba a recuperarse. Un año más tarde, gozaba de buena salud y buen humor, libre de todos los síntomas que previamente le habían causado problemas. Regresó a la práctica de su fe católica y también se hizo muy devoto del Rosario: «Estoy dedicado a difundir el mensaje de Padre Pío, el Rosario y la Iglesia católica, que me trajo la paz de Cristo».

### **«Todo depende de Dios»**

«Mi madre Angela había sido siempre muy devota del Padre Pío y también de la Virgen del Paraíso, la patrona de la ciudad donde creció en Sicilia.

Desde que a mi hermano José se le diagnosticó que padecía cáncer, mi madre oraba constantemente al Padre Pío y a la Virgen, pidiendo un milagro. Pero la curación no se realizó, y mi hermano murió en 2009 después de sufrir durante un año y medio. Mi madre quedó tan destrozada, que le dijo a la familia que ya no creía en Dios ni en el poder de los Santos, que iba a sacar de la casa todos los objetos religiosos, y que nunca volvería a rezar de nuevo: había terminado con la religión para siempre.

Varias semanas después, mi madre me dijo que algo increíble había sucedido. En medio de la noche vio al Padre Pío, quien le dijo: «Oré con tanta perseverancia como pude por su hijo, pero no pudo ser». Levantó la mano y, señalando hacia arriba, concluyó: «Todo depende de Dios».

La experiencia fue tan vívida que despertó a mi madre, que estaba sumida en un profundo sueño. Ella comenzó a preguntarse: «¿Ha sido un sueño, o en realidad el Padre Pío me hizo una visita?» Volvió a dormirse, pero tuvo otra vez el mismo sueño, exacto

en todos sus detalles.

Despertó de nuevo permaneció desvelada el resto de la noche. El sueño trajo la paz a mi madre: nunca volvió a hablar en contra de la Iglesia, retomó su vida de oración y sus devociones, como había hecho en el pasado, y mantuvo la fe hasta su muerte».

### **La escalera de mármol**

Una mujer estaba casada con un hombre de negocios muy exitoso. Poco después de su matrimonio, su marido se convirtió en frío e indiferente. Cuando llegaba a casa del trabajo por las tardes –con frecuencia volvía muy tarde en la noche– apenas le dirigía la palabra. Sintiendo sola y abandonada, se puso muy deprimida, y rezaba pidiendo una solución al problema.

La mujer poseía una estampa del Padre Pío. A pesar de que no sabía prácticamente nada sobre él, un día, sintiendo la dolorosa realidad de su situación, tomó la estampa en la mano y oró: «Padre Pío, estoy muy triste por el estado de mi matrimonio. Por favor, despierta a mi marido y ayúdale a cambiar. Ven a él en un sueño o haz lo que sea necesario, con el fin de sacudirlo de su indiferencia hacia mí. Muéstrale el error de su camino. ¡Por favor, salva nuestro matrimonio!».

Esa noche, su marido volvió a casa muy tarde, como de costumbre, y durante la noche tuvo un sueño extraño. En él, estaba en un hermoso edificio, que parecía un hospital nuevo, que tenía una magnífica escalera de mármol. Mientras caminaba por ella, vio a cinco monjes con un hábito marrón que venían hacia él. Detrás de ellos iba un sexto monje. Los cinco primeros pasaron a su lado sin detenerse, pero el sexto se detuvo frente a él. Le miró con severidad y luego levantó la mano en un gesto de aviso. Inmediatamente, el hombre pensó en su esposa y lo mal que la había estado tratando. A la vez, reconoció al monje: era el Padre Pío.

Sacudido por aquel sueño, arrepentido de su conducta hacia su esposa. Le daba la impresión de que aquel sueño le había despertado de un sueño todavía más profundo, en el que había estado sumido durante mucho tiempo.

A la mañana siguiente, el hombre se arrodilló a los pies de su esposa, y acarició suavemente su pelo con el fin de despertarla. Le habló con gran ternura y le pidió perdón por su frialdad y por su negligencia. Ella no podía creerlo: no la había hablado con tanto afecto desde que se casaron. Por otra parte, su marido nunca le había pedido disculpas por nada. Pero verlo arrodillado a su cabecera fue quizás la mayor sorpresa de todas: debido a su orgullo, definitivamente no era el tipo de hombre que se pusiera de rodillas bajo ninguna circunstancia.

Tiempo después, la mujer hizo un viaje a San Giovanni Rotondo y fue capaz de visitar la Casa Alivio del Sufrimiento. El hospital le pareció hermoso en todos los sentidos. Se dio cuenta de la amplia y atractiva escalera de mármol cerca de la entrada. Recordaba que su marido le había dicho que en su sueño había estado en un hermoso hospital que tenía una escalera así.

Después de su sueño sobre el Padre Pío, su marido hizo un gran esfuerzo para cambiar, y su matrimonio fue bendecido con la felicidad desde ese momento en adelante.

### **¡Demos gracias a Dios!**

Antonio Ciannamea viajó a San Giovanni Rotondo a ver al Padre Pío en muchas ocasiones. Siempre se sintió un privilegiado cuando le visitaba en su celda.

En una ocasión, tuvo un sueño desacostumbrado. En él, el Padre Pío estaba sentado en su silla habitual en su celda y él estaba arrodillado a su lado. A través de los labios entreabiertos de Antonio, el Padre colocó un tubo, y sopló en él tres veces. Las mejillas del Padre se hincharon mientras soplabla el aire. Cuando Antonio sintió el aliento del Santo, experimentó una gran sensación de bienestar. El Padre Pío le dijo entonces: «Ve con la gracia de Dios». Después de eso, despertó.

Antonio no creía mucho en el simbolismo de los sueños, pero debido a que aquel le había parecido tan real, sintió que debía contener un mensaje, aunque él no supiera exactamente cuál era. Cuando le contó su experiencia a su esposa, ella se preocupó, y le dijo que tuviera cuidado en el trabajo, pues para ella el sueño parecía ser una especie de advertencia.

Ese día, Antonio visitó varios de los diferentes departamentos de la fábrica donde trabajaba. Cerca de seis toneladas de plomo fundido estaban a punto de convertirse en el marco para unas baterías de acumuladores de electricidad. Algunos de los empleados estaban ocupados limpiando los filamentos que sobresalían de los marcos. Al mismo tiempo, la cinta transportadora traía barras de plomo hacia adelante para ser cargadas.

El técnico jefe de la fábrica tenía un pedazo de tubo que estaba colocando en la parte superior de un marco. De repente, una lluvia de plomo hirviendo pasó por el aire, que le recordó a Antonio una ráfaga violenta de fuego de ametralladora. El plomo solidificado aterrizó en el pelo, la ropa y los zapatos de Antonio. Al ver aquello, se llenó de terror, pero, para su gran alivio, ni una gota de plomo había tocado su piel. Salió completamente ileso.

Los empleados que estaban cerca y habían sido testigos de cerca del fatal accidente dijeron que había tenido suerte de escapar sin ninguna lesión.

Esa misma noche, Antonio tuvo otro sueño sobre el Padre Pío. En su sueño, el Santo estaba de pie en el altar con sus vestiduras sacerdotales. Cuando se arrodilló ante él, el Padre Pío se volvió hacia él, le bendijo, y le dijo: «¡Demos gracias a Dios!».

### **Un sueño perfumado**

Una mujer con graves desórdenes mentales llevaba 25 años sin salir de casa. En todo ese tiempo tampoco había visto a su hermano. Este contactó con algunos parientes y logró saber la dirección de su hermana, a la vez que se enteró de los problemas mentales que tenía.

Una noche, la mujer soñó con un religioso con apariencia de santo que le sonreía. Al día siguiente, percibió una extraña fragancia de rosas en su casa. Poco después, se armó de valor y salió a la calle para asistir a Misa.

Finalmente, su hermano la fue a visitar, y le dijo que había estado rezando al Padre Pío para que recuperara la confianza.

### **Una víctima para la víctima**

Hubo una vez un hermano capuchino en el Monasterio de Nuestra Señora de Gracia que fue asignado para ayudar al Padre Pío en muchas de sus tareas diarias. Le tenía una gran devoción, y realizaba su trabajo de un modo ejemplar. Cada mañana, de 4 a 4.30, iba a la celda para ayudarlo.

La rutina era siempre la misma: el Padre solía estar sentado en su silla, ya sea leyendo su breviario o rezando el Rosario. El hermano, después de besarle la mano, procedía a estirar las cubiertas de la cama y hacer otras tareas simples en su celda.

Una noche, tuvo un sueño terrible. En verdad, fue una pesadilla. En su sueño, el Padre Pío era anciano y estaba muy enfermo. Era casi incapaz de moverse o hablar, y parecía como si estuviera a punto de morir. En el mismo sueño también había otro Padre Pío, que estaba flotando en el aire desde arriba y sonreía, bañado en una luz hermosa. Pero el que predominó fue el del sufrimiento. Cuando se despertó, estaba tan acongojado que se echó a llorar.

Pensó que el sueño podría haber sido una premonición del futuro, porque, a medida que el Padre Pío envejecía, sus sufrimientos aumentaban más y más.

El sueño se produjo en la Casa Alivio del Sufrimiento, que había sido inaugurado recientemente. El Santo estaba muy atareado, no solo con las muchas preocupaciones del hospital, sino también con la expansión de los grupos de oración que había fundado. Además, había un flujo constante de peregrinos que acudían masivamente a San

Giovanni Rotondo para asistir a la Misa del Padre Pío y hacer su confesión con él. Su salud no era la mejor, pero todavía era capaz de llevar a cabo una gran cantidad de trabajo, y parecía tener la energía necesaria para hacerlo.

El hermano no pudo apartar el sueño perturbador de su mente. Se fue a la pequeña capilla del monasterio de Nuestra Señora de las Gracias y, con lágrimas en los ojos, rezó ante el tabernáculo: «Jesús, te lo suplico: por favor, no dejes que nada malo le suceda a nuestro Padre Pío. ¡Ha sufrido ya tanto! Sé que te pertenece, pero él nos pertenece también a nosotros y le amamos. No dejes que sus padecimientos aumenten. Dámelos a mí en su lugar. No quiero que el Padre Pío tenga que soportar más sufrimiento».

Después de orar largamente, hizo un gran esfuerzo para quitar el sueño de su mente. Decidió no decirle nada a nadie.

A la mañana siguiente, fue a la puerta del Padre Pío en el horario habitual de 4:30 am. Como siempre, le encontró sentado en su silla, leyendo su breviario y preparándose para la Misa de la mañana. Le saludó y le besó la mano. Para su gran sorpresa, se levantó lentamente de su silla a una posición de pie, y luego dijo: «¡Quiero darte las gracias, hijo mío, por lo que hiciste por mí anoche!». El Padre Pío había sentido las oraciones que el buen hermano había ofrecido por él, y le estaba muy agradecido.

### **Una rosa de ida y vuelta**

Giovanna Rizzani Boschi había asistido a la Misa del Padre Pío en San Giovanni Rotondo durante más de cuarenta años. También había ido regularmente a confesarse con el Santo.

En una ocasión, Giovanna decidió visitar a su buena amiga Margherita Hamilton, que residía en Roma. Durante la visita, observó que en su terraza tenía una magnífica rosa roja. La recogió y la puso en un florero, el cual colocó en una mesa cerca de una imagen del Padre Pío. Mirando la imagen, Giovanna dijo a Margherita: «Esta rosa es tan hermosa que voy a llevarla al Padre Pío».

Un poco más tarde, llegó una amiga de visita, y estuvieron conversando y admirando la rosa. Después de un rato, Margherita miró la mesa donde estaba el florero con la rosa y dijo con expresión de sorpresa: «¡Mirad! La rosa no está en el florero: ¡ha desaparecido!». Las mujeres buscaron por todo el piso, pero no la vieron: «¡Esto es imposible! – volvió a decir Margherita–: ninguna de nosotras ha salido de la casa. La rosa estaba aquí y ahora ha desaparecido. ¡Las cosas no pueden simplemente desvanecerse en el aire!».

Unas tres semanas después, Margherita y Giovanna decidieron ir al monasterio de

Nuestra Señora de Gracia para visitar al Padre Pío. Cuando llegaron, le encontraron en una pequeña sala de estar. Para su gran sorpresa, sostenía una hermosa rosa en la mano: era la rosa que Giovanna tenía la intención de darle, la que había desaparecido.

—Muchas gracias por la rosa, Giovanna —dijo el Santo—. Le agradezco su amabilidad.

Ni que decir tiene que Giovanna y Margherita se sorprendieron mucho: justo delante de sus ojos estaban viendo la rosa milagrosa. Apenas repuesta de su asombro, Giovanna le pidió:

—Padre, ¿podría devolverme la rosa?

—¡Por supuesto que sí! —respondió el Santo sin dudar.

Giovanna la llevó a su casa y la puso en un marco, y siempre fue una de sus más preciadas posesiones.

### **La rosa de Pompeya**

El 19 de septiembre de 1968, cuatro días antes de la muerte del Padre Pío, el Padre Alberto D'Apollito estaba presente cuando un hijo espiritual le trajo un ramo de rosas con motivo del 50 aniversario de sus estigmas. El Padre las aceptó, pero le pidió que llevara una de las rosas a la ermita de Nuestra Señora de Pompeya.

Así lo hizo. Una de las hermanas del santuario colocó la rosa en un florero junto con otras flores. El día 23, cuando el Padre Pío murió, la hermana vio que las flores del jarrón se habían marchitado. Estaba a punto de tirarlas cuando se dio cuenta de que la rosa del Padre Pío «estaba cerrada, y se mantenía fresca y perfumada». Al ver aquello, colocó la rosa en un nuevo recipiente.

Un año más tarde, cuando el Padre Alberto fue en peregrinación a Pompeya, él y su grupo vieron la rosa «conservada en su envase, aún fresca, con el tallo ligeramente amarillento».

### **Jugando al escondite**

También entre los dones que se le atribuyen a Pío se cuenta la posibilidad de tornarse invisible, facultad que la Iglesia Católica ha aceptado en muy pocos santos, entre ellos San Vicente de Paul, San Luciano y San Vicente Ferrer.

En cierta ocasión, una delegación de escépticos que se encontraba en el monasterio quiso burlarse del Padre Pío, y pidieron hablar con él. Los capuchinos les indicaron que el Santo se encontraba en la sacristía, pero cuando fueron allí no le encontraron. Estaban a punto de retirarse cuando el Padre Pío se materializó delante del grupo.

—Le hemos estado buscando, Padre —alcanzó a balbucear aterrorizado el que

encabezaba el grupo.

—Pero, señores, yo he estado aquí mismo todo el tiempo. Ustedes han pasado delante de mí varias veces, pero aparentemente no me han visto —señaló el religioso, con su acostumbrada bondad y comprensión.

### **Quedarse en blanco**

Una historia curiosa sobre las capacidades paranormales del Padre Pío es su reticencia a que le hicieran fotografías, hasta el punto de que ningún fotógrafo que disparara su cámara sin contar con el permiso del Santo conseguía impresionar las placas, con lo cual el rollo aparecía en el revelado perfecto en todos sus fotogramas, excepto los que se habían dedicado al Santo.

En cierta ocasión, un médico le hizo una foto, y luego decidió que tomaría más. Mientras ajustaba su cámara antes de disparar, el Padre Pío le advirtió: «No, doctor... no más fotografías, ¡por favor!» El médico se disculpó, pero no hizo caso, y procedió a tomar una fotografía tras otra.

Todas salieron en blanco, excepto la imagen que había tomado antes de la admonición del Padre.

Este fenómeno adquirió tales proporciones, que motivó las quejas de los peregrinos, que tenían la ilusión de llevarse como recuerdo una foto del capuchino de los estigmas. Por este motivo, los superiores le dieron la orden de que, por santa obediencia, no realizara más aquel prodigio. El Padre Pío cumplió de inmediato con aquella orden, hasta el punto de que fue el personaje más fotografiado del siglo XX.

### **Un zahorí muy especial**

La siguiente historia la debemos a Margherita De Cianni, una vecina de la niñez del Padre Pío.

Un día, el padre del Santo, Grazio, estaba cavando un pozo. Cavó doce metros, pero no encontró ni rastro de agua. Francesco dijo que no volvería a encontrar agua allí, y luego señaló un lugar preciso en otro lugar del campo donde podría hallarla.

Su padre le preguntó que cómo lo sabía. «Jesús me lo dijo», respondió su hijo. «Voy a cavar allí —le dijo su Padre— pero, si no hay agua, te voy a tirar en el agujero». Clavó siete pies, y brotó un copioso manantial de agua.

### **Otra vez el zahorí**

Durante las obras de construcción del monasterio de Pietrelcina hubo una gran escasez

de agua, y los obreros estaban desesperados, ya que tenían que traerla desde una fuente situada a 300 metros. Cuando informaron de este problema al Santo, este pidió un plano y, señalando un punto concreto, dijo: «Hagan un pozo de cinco metros, y encontrarán toda el agua que necesitan». Hay que señalar que el Padre Pío se encontraba en su convento de San Giovanni Rotondo, y no en el lugar de las obras, en Pietrelcina.

Alrededor de las obras, en un radio de unos 500 metros, se habían construido algunas casas, cuyos propietarios ya habían cavado pozos en más de una ocasión, sin resultado alguno. Sin embargo, cuando los obreros hicieron lo que el Padre Pío les había indicado, encontraron agua suficiente para las obras y para abastecer a todo el vecindario.

### **La Síndone de Conegliano**

Francesco Cavicchi, de Conegliano, cerca de Treviso en la región del Véneto, estaba en febrero de 1967 esperando en el pasillo para ver al Padre Pío. Estaba un poco nervioso y sostenía en su mano un pañuelo porque las manos le estaban sudando. Cuando el Padre estaba pasando, se le cayó al suelo. El Santo lo recogió y se lo devolvió. La historia posterior de ese pañuelo la explicaba así:

«Estaba muy feliz de tener el pañuelo. Se lo mostré a mi esposa y a nuestros amigos, contándoles lo que había pasado. Era una pieza absolutamente normal de tela.

El 23 de septiembre 1969, en el aniversario de su muerte, hice con mi esposa un viaje de noche en autobús a la tumba del Padre Pío. Visitamos la cripta. Estaba cansado, así que me senté en un banco y me quedé dormido. Entonces tuve un sueño del Padre Pío. Fuera de la iglesia hacía calor, por lo que metí la mano en mi bolsillo para sacar un pañuelo con el que secarme el sudor. Pero en lugar de un pañuelo normal, tomé por error el del Padre Pío. Lo miré y apareció manchado. Cuando lo abrí, y una mujer que estaba cerca gritó: “¡El Padre Pío!”. Ella estaba viendo la imagen del Santo en el pañuelo. Le di la vuelta para observar el otro lado y mi esposa dijo: “¡Veo el rostro de Jesús!”.

De vuelta en Conegliano le mostré el pañuelo al clero, incluyendo al obispo, y me dijeron que mejor me estuviera tranquilo, para evitar el fanatismo.

Y eso es lo que he hecho durante más de treinta años. Pero la gente ha venido a verlo, y dicen que han conseguido gracias a través de él».

Cavicchi murió en 2005. Su esposa mantuvo el pañuelo en casa hasta su muerte en 2009. En la actualidad se custodia en un convento cuyo nombre no ha sido revelado.

Los religiosos no quisieron informar del asunto hasta haber sometido el pañuelo a una prueba científica, y esta ha llegado ahora.

El profesor Giulio Fanti, catedrático de Mecánica y Termología en la Universidad de

Padua, y experto en la Sábana Santa de Turín, ha aplicado a la tela de algodón de Cavicchi métodos parecidos a los utilizados para examinar la Síndone, y ha encontrado los mismos resultados: «He examinado si en el pañuelo había alguna huella de color artificial, pero no he encontrado ningún pigmento. Ambos rostros, de tonalidad gris oscuro, están hechos de un “no-color”».

Es más, Fanti afirma que el ojo derecho de Jesús, distinto del correspondiente ojo del Padre Pío por el otro lado de la tela, tiene un párpado cortado, una señal similar a la que se aprecia en la Sábana Santa de Turín.

El pañuelo descubierto en Conegliano comienza ahora un recorrido de investigaciones hasta que pueda determinarse con certeza si hay una explicación científica para estos hechos, o es uno más de los hechos extraordinarios vinculados al Padre Pío.



## LAS MIL MARAVILLAS (2)

### **El efecto boomerang**

Un día, un coche pasó por una carretera cercana al hospital que había construido el Padre Pío. Un hombre que iba en el vehículo preguntó al conductor: «¿Qué son esos edificios que se ven allí, en la colina?» La respuesta fue: «Ese es el hospital del Padre Pío». Sorprendido, el hombre, que era ateo, replicó: «¿Tienen los capuchinos dinero para construir un hospital así de grande?» El conductor contestó: «Eso es algo diferente, señor. Allá, arriba en ese convento, vive el Padre Pío, quien tiene las heridas de la cruz como el mismo Cristo. La gente dice que es un santo. En aquella iglesia de allá, y en todo el mundo, se obtienen gracias increíbles por su intercesión. El Padre Pío es muy humilde y no acepta nada. Pero cuando llegemos al pueblo verá los muchos autobuses que llegan de todas partes del mundo, y oirá a peregrinos hablar en idiomas diferentes. Una y otra vez vienen a dar gracias y a pedir nuevos favores. Aún así, se han recibido limosnas y donaciones, y el Padre Pío las ha utilizado para construir ese nuevo hospital. Él no quiere nada para sí mismo. En todo el mundo, es único, por su gran amor por Dios y por su prójimo».

En ese momento, el ateo entró en cólera y pronunció injurias e insultos contra el Padre Pío.

Tras un largo rato, llegando al pueblo, se burló de nuevo y con tono de humor dijo al conductor: «Dentro de pocos días se celebrará una gran fiesta aquí». «¿Qué fiesta?», preguntó el chofer. La insolente respuesta fue: «En pocos días celebraremos el funeral del Padre Pío, y entonces acabaremos con este asunto». En ese mismo momento llegaron al restaurante. El coche se detuvo, pero cuando el viajero, de unos 30 años de edad, se apeó, cayó al suelo y murió.

Hubo una gran confusión. «¿Que ha pasado?» La gente se acercaba a curiosear: «Este hombre debe haber tenido un ataque de apoplejía. ¿Estaba excitado?», preguntaban al conductor. «No, hablamos del Padre Pío». Y el conductor contó la conversación con el hombre. Un testigo que oyó todo fue de inmediato al convento, para informar al Padre Pío de lo que había ocurrido. Al verle, el Santo le dijo: «No necesitas contarme eso. Lo sé». Entonces pronunció estas sorprendentes palabras: «En ese momento, cuando el hombre juró contra mí e hizo una maldición deseando mi muerte, yo estaba con Dios. La maldición no pudo hacerme daño: fue redirigida contra él mismo. Celebraremos su funeral en pocos días».

De este ejemplo podemos aprender que Dios no permite que nadie se burle de él, de

sus santos, o de su gente santa, y que nunca debemos maldecir a nadie, pues podemos ser víctimas de nuestra propia maldición.

### **El mejor paraguas**

El Ingeniero Todini, de Roma, se quedó un día hasta muy tarde en San Giovanni Rotondo. Cuando iba a marcharse, advirtió que llovía a mares. Ante aquel inconveniente, solicitó permiso para dormir en el monasterio, pero el Padre Pío se negó.

—Pero, Padre —se quejó entonces el ingeniero— ¿Cómo voy a hacer para volver al pueblo sin paraguas? ¡Me voy a calar hasta los huesos!

—Yo le acompañaré —repuso el Padre.

El señor Todini se despidió. Al abrir la puerta que daba sobre la plaza, oyó el estruendo del agua que caía a torrentes. Se subió el cuello, se encasquetó bien el sombrero para evitar que el viento se lo arrebatara, y salió. A pesar de que le azotaron ráfagas violentas de agua y viento, solo sintió sobre él unas pocas gotas de agua.

—¡Qué fastidio! ¡Vendrá empapado! —le gritaron sus huéspedes nada más entró.

—¡Pero si apenas llueve!

—¡Vamos! ¿Conque apenas llueve? ¡Si parece el diluvio universal!

Todini les mostró entonces la ropa completamente seca, quedando todos asombrados.

### **Una cosecha excepcional**

Durante una primavera en San Giovanni Rotondo, una voraz plaga de orugas infestó los almendros de San Giovanni Rotondo, devorando hojas y flores, y no dejando ni la cáscara. Los campesinos intentaron detener aquella catástrofe, pero no lo consiguieron, por lo cual estaban muy preocupados, pues para muchos de ellos las almendras eran su única fuente de recursos económicos. Desesperados, decidieron pedir ayuda al Padre Pío.

El Santo tenía una bella vista de los almendros a través de su ventana del convento, y decidió bendecirlos. Se puso sus vestiduras sagradas y comenzó a rezar. Al término de sus oraciones, asperjó con agua bendita a la vez que hacía la señal de la cruz en el aire, en dirección a los árboles.

Al día siguiente no quedaba ni rastro de las orugas, y los almendros volvieron a recuperar su estado normal, como si nada hubiera pasado.

Ese año la cosecha fue excepcional, la más abundante que se había conocido.

### **Otra cosecha excelente**

En abril de 1912, todos los árboles de la zona estaban infestados de piojos, y la cosecha amenazaba ruina. Un día un campesino se acercó al Padre Pío y le pidió que fuera a su campo para bendecir a los árboles y maldecir a los piojos. El Padre Pío consintió en hacerlo.

El campesino se asombró de que en poco tiempo todos los piojos habían desaparecido. Cuando se enteraron de esto, todos los campesinos de varios kilómetros a la redonda rogaron al Padre que pasara por sus campos maldiciendo a los piojos en sus árboles.

Los piojos desaparecieron, y la cosecha final fue excelente.

### **Hermanos pájaros**

Todos los días el Padre Pío pasaba media hora de recreación en el jardín del convento, charlando con otros frailes y algunos amigos, disfrutando de la sombra en los días cálidos del verano.

Una tarde, los pájaros que anidaban en los árboles del jardín estaban armando un tremendo alboroto con sus trinos, causando un estruendo tan ensordecedor que en la tertulia que el Padre Pío mantenía con sus amigos era imposible entenderse.

Molesto por la situación, el Padre Pío se dirigió a los pájaros y les dijo: «¡Ya es suficiente!». El doctor Centra, que presenció el fenómeno, testificó que nada más oír aquello los pájaros, la cigarras y los grillos se quedaron callados.

### **Un jilguero obediente**

En 1916 el Padre Pío estaba hablando en una reunión de los terciarios franciscanos en la casa Ventrella, cuando un jilguero en la jaula lo interrumpió con un canto persistente. Ante aquella molestia, dijo: «¡Silencio! ¡Escucha tú también!». El pájaro se detuvo, y solo reanudó su canto cuando el Padre Pío salió de la reunión.

### **Historia de una «avispa»**

Testimonio del Padre Honorato: «Fui a San Giovanni Rotondo con un amigo en motocicleta. Llegué al convento algunos minutos antes del mediodía. Presentando mis respetos al superior, me dirigí al confesionario a saludar al Padre Pío y besar su mano. Al verme, me dijo: “Muchacho, ¿la ‘avispa’ te picó?” –debe tenerse en cuenta que mi modelo de motocicleta se llamaba “avispa”–. Yo estaba bastante sorprendido: de hecho el Padre Pío no me había visto cuando llegué al convento, pero sabía qué tipo de transporte usaba.

A la mañana siguiente de dejar San Giovanni Rotondo con mi “avispa” partimos a San Miguel, un pueblo cercano. El tanque de gasolina iba vacío, por lo que decidimos llenarlo en Monte San Angelo. Pero en cuanto alcanzamos ese pueblo se nos presentó un problema: todas las bombas de gasolina estaban cerradas, por lo cual decidimos regresar a San Giovanni Rotondo.

Realmente, esperábamos encontrar a alguien por el camino que pudiera darnos un poco de gasolina. En primer lugar, yo estaba angustiado por mis hermanos del convento, porque iba a llegar tarde a la hora del almuerzo, cosa que no estaba bien... Pero sin la gasolina, a los pocos kilómetros, la moto empezó a hacer ruido y se detuvo. Verificamos el tanque, y estaba vacío. Con tristeza le dije a mi amigo que teníamos solo diez minutos para llegar al convento y almorzar con nuestros hermanos. No encontrábamos ninguna solución, y mi amigo, ante aquel contratiempo, dio un puntapié al pedal: increíblemente, ¡la motocicleta arrancó de nuevo!

Emprendimos inmediatamente el viaje a San Giovanni Rotondo, sin preguntarnos la razón de por qué la motocicleta había arrancado sin gasolina. Cuando llegamos a la plaza del convento la motocicleta se detuvo de nuevo. Destapamos el tanque y vimos que todavía estaba seco. Asombrados, miramos nuestros relojes: era diez minutos antes de la hora del almuerzo, lo cual quería decir que habíamos cubierto quince kilómetros a un promedio de 180 kilómetros por hora... ¡sin gasolina! Yo entré al convento mientras los hermanos estaban bajando para el almuerzo y, cuando fui a buscar al Padre Pío, se quedó mirándome mientras se reía».

### **Historia de un «ratón»**

Un señor de Ascoli Piceno (una ciudad italiana) contó lo siguiente: « A finales de los años 1950 fui a San Giovanni Rotondo con mi esposa para confesarnos, y recibí la absolución después de los consejos del Padre Pío y de efectuar la penitencia. Por la tarde estaba todavía en el convento. El Padre me vio de nuevo y me dijo:

—¿Todavía está usted aquí?

—Mi “ratón” no arrancó –le contesté.

—¿Qué es exactamente el “ratón”?

—Es mi coche.

—Vayamos y echemos un vistazo –me dijo.

Me invitó a dejar el monasterio, cosa que hicimos sin ningún problema. Viajamos toda la noche, y a la mañana siguiente lo llevé al mecánico, el cual me dijo, después del chequeo, que el sistema eléctrico del automóvil estaba descompuesto, por lo cual no me

creyó cuando le dije que había viajado con el coche toda la noche, pues era imposible cubrir doscientas millas, entre San Giovanni Rotondo y Ascoli Piceno, con el vehículo en aquel estado. Entonces comprendí que el Padre Pío me había ayudado. Mentalmente le di las gracias, y estoy seguro de que me ha escuchado».

### **El cocinero prodigioso**

En febrero de 1958, Laurino Costa envió un telegrama al Padre Pío, con la petición: «Rece por mí para que encuentre un trabajo».

En respuesta, recibió un telegrama donde el Padre Pío le decía: «Venga a San Giovanni Rotondo de una vez».

Cuando se encontró con el Santo, le dijo: «Laurino, veo que has llegado. Tú alimentarás a mis enfermos». Al oír aquello, el recién llegado objetó: «Pero, Padre, nunca he cocinado un huevo en mi vida».

Pero el Padre Pío insistió: «Ve y prepara la comida para mis enfermos. Siempre estaré cerca de ti».

Laurino fue a la Casa de Alivio del Sufrimiento, y nada más llegar le dijeron en la puerta: «Usted debe ser el cocinero experimentado que hemos estado esperando».

Laurino informó años más tarde: «Era un espectáculo aterrador. Esa gran cocina espaciosa, con enormes calderas, estufas, fregaderos, tuberías, lavabos, utensilios de cocina, y así sucesivamente... Nunca había visto nada igual en mi vida. Pero la visión más alarmante fue observar a los empleados de la cocina allí de pie, esperando mis órdenes. Sin embargo, tuve la sensación de que yo siempre había estado allí. Ese mismo día hice la comida para 450 personas. A día de hoy todavía no sé qué lo que sucedió: todo el día me encontré trabajando con calma y diciendo a los demás lo que debían hacer, como si llevase a cabo una rutina a la que estuviera acostumbrado. Después de un tiempo, el Padre Pío insistió en que mi familia se mudara allí. Así fue como nos instalamos aquí, donde permanecemos 14 años».

### **A seis pulgadas de tierra**

El Hermano Bill Martin nació en Brooklyn, Nueva York, el 1 de agosto de 1938. La primera vez que visitó al Padre Pío fue en 1959. Regresó en 1964 y entró en el convento como un fraile lego. Ayudó al Padre Pío en sus últimos tres años de vida (1965-1968). En 1969, después de la muerte del Padre, el hermano Bill Martin entró en el noviciado de Morcone, asumiendo el nombre de José Pío, y fue ordenado sacerdote en 1974. Murió el 3 de mayo de 2000.

Fue testigo de un caso de levitación del Padre Pío, que contaba así: «Fue casi al final de su vida. Otro hermano y yo le estábamos ayudando en el altar. Iba a decir Misa. Recuerdo que pensé: “¿Por qué su peso sobre mi brazo se siente como si no pesara nada en absoluto?” Fue entonces cuando miré al suelo, y vi que los pies del Padre Pío estaban a seis pulgadas de la tierra: se estaba deslizando por el aire, levitando. Intercambié una mirada con el otro monje, y enseguida comprendí que habíamos llegado a la misma conclusión casi al mismo tiempo. Nunca hablamos sobre ello, pero entendimos».

### **Más pulgadas sobre tierra**

Ante las preguntas de Monseñor Rossi, visitador del Santo Oficio que fue en 1921 a San Giovanni Rotondo para investigar sobre él, el Padre Pío contó lo siguiente: «Estaba confesando en la sacristía, que estaba llena de hombres. Hacía mucho calor y me sofocaba, pidiendo ayuda. Pensé que lo mejor era irme para que ellos también salieran. Sin embargo, no podía bajar los escalones del confesionario, porque había mucha gente. Tuve que pasar por fuerza por encima de aquellos hombres, al menos sobre los primeros, y me encontré fuera. Entonces regresé para hacerlos salir».

### **Caminando sobre ladrillos**

Testimonio de Pierino Galeone: «Después de la confesión de las mujeres, alrededor de las 11.30 de la mañana, el Padre Pío abrió la pequeña puerta del confesionario, se incorporó, y echo un vistazo alrededor. La Iglesia estaba atestada de gente esperando para verle pasar. No había sitio para moverse. Yo estaba cerca del altar mayor, a la derecha. De repente, vi al Padre Pío levantarse dos yardas sobre el suelo. Había una especie de nubes alrededor de él, que le envolvían por completo. Los frailes le buscaron, pero no pudieron encontrarle. Había desaparecido.

Por la tarde, los frailes le preguntaron al Padre Pío, pidiéndole una explicación. El Santo les dijo: «Esta mañana, al salir del confesionario, me sentí aturdido, y temiendo caer al suelo pedí a los ángeles que me ayudaran en aquella situación embarazosa. Ellos me ayudaron a caminar sobre las cabezas de la gente. ¡Qué duras eran! ¡Más duras que ladrillos!».

### **Multiplicando panes**

«En el verano de 1942 –contaba el Padre Rafael–, en plena guerra, el pan estaba racionado y cada día pedían pan unos 15 pobres. A la hora de la comida fuimos al comedor, pero no había más que unos 500 gramos de pan para los 10 religiosos, además de los pobres que esperaban. El Padre Pío estaba todavía orando en la iglesia.

Comenzamos a comer la menestra y, de pronto, llegó el Padre con bastante pan fresco. Le miramos sorprendidos y le dije: “Padre Pío, ¿de dónde ha sacado este pan?”. Me respondió: “Me lo ha dado una peregrina de Bolonia en la puerta”. “Gracias a Dios”, contesté. Ninguno de los religiosos dijo una palabra: habían comprendido que era un milagro».

### **Otro caso de multiplicación**

El Padre Rafael dio fe del siguiente hecho en el Proceso: «Una mañana, el hermano sacristán fray Crispín se había olvidado de poner hostias para consagrar. El Padre Pío, después de confesar, dio la comunión a los fieles. Había poquísimas hostias en el copón y los fieles eran muchos. Según iba dando la comunión, las hostias iban aumentando. Yo asistí a este portento, que fue notado por la señorita americana María Pyle y la señorita Caterina Valentini, alemana».

### **Traducción simultánea**

Una señora de Alemania deseaba confesarse con el Padre Pío. Hablaba con fluidez en italiano, por lo cual planeó hacer la confesión en ese idioma. Sin embargo, antes de que pudiera decir ni una palabra, el Padre Pío empezó a hablar con ella en alemán. La señora comprobó que su acento era perfecto.

Algún tiempo después, vio al Padre Pío de nuevo. Ella comenzó a hablarle en alemán, pero el Santo no respondió. Volvió a hablar en alemán, pero el capuchino seguía sin decir nada. Finalmente, le habló en italiano y le dijo: «Padre Pío, si usted ha hablado tan bien conmigo en alemán en el confesionario, ¿por qué no lo hace ahora?». «¡Oh!: la confesión es una cuestión completamente diferente», fue la respuesta del Santo.

### **En buena compañía**

Nicola Pazienza era un hombre profundamente religioso, admirado por su gran fe y su carácter moral excepcional. Amaba rezar el Rosario, que llevaba con él en todo momento. Un amigo suyo, Antonio Di Maggio, era muy consciente de su profunda piedad.

Un día, le propuso hacer un viaje a San Giovanni Rotondo: «Hay un sacerdote santo que recientemente ha sido trasladado al monasterio de Nuestra Señora de Gracia –dijo Antonio–. Su nombre es Padre Pío. Mucha gente cree que es un santo. Dado que usted es tan religioso, creo que tenemos que ir a verlo».

Nicola quedó muy impresionado por lo que Antonio le había dicho. Quería visitar al

santo sacerdote, pero de momento no podía hacer planes para realizar su deseo, ya que tenía que atender a su cosecha de trigo, que estaba en el tiempo de ser aventada. Esperó muchos días, pero no podía seguir adelante con la faena porque no había viento.

Un día que Nicola habló a su esposa sobre el Padre Pío, nada más acabar su historia comenzó a soplar una ligera brisa, que le permitió aventar el trigo y guardarlo en el granero. Cuando la tarea estuvo completada, montó en su mula, y con su Rosario en la mano se dirigió a San Giovanni Rotondo.

Cuando Nicola llegó, descubrió que para ver al Padre Pío tendría que presentar o una carta de presentación o un permiso especial expedido por la policía local. Nicola no tenía ni idea de que tal documentación fuese necesaria. Como no tenía tiempo para conseguir los documentos, decidió tratar de entrar en el monasterio sin permiso.

Había un guardia parado junto al reloj del monasterio, que hacía el seguimiento de todos los visitantes. Cuando se le acercó, vio que Nicola no tenía ni un permiso ni una carta, por lo cual le dijo que no podría ver al Padre Pío. Nicola estaba muy decepcionado, pues había aguardado con ilusión encontrarse con el Santo.

Mientras estaba hablando con el guardia, uno de los capuchinos salió de la iglesia y le indicó: «Al Padre Pío le gustaría verte». Estaba verdaderamente sorprendido: ¿cómo podría el Padre Pío tener conocimiento de que él estaba fuera, con la esperanza de entrar en el monasterio? Ellos nunca se habían encontrado anteriormente.

Siguió al capuchino dentro del monasterio, y pronto estuvo delante del Santo:

—Oh, veo que ya has llegado. ¿Con quién viniste y cuánto tiempo te tomó llegar hasta aquí? —preguntó el Padre Pío.

Una vez más, el visitante fue tomado por sorpresa. Ciertamente, parecía como si el fraile le hubiese estado esperando.

—Me tomó tres horas llegar aquí en mi mula —respondió Nicola— Y vine solo.

—Llegaste en la mitad de tiempo que tardaría una persona común en hacer el viaje —dijo el Padre Pío—. La razón por la que has tardado tan poco se debe a que fuiste acompañado por Jesús y María.

Nicola se asombraba más y más a cada minuto que pasaba. Finalmente, el Santo le dio su bendición, y pudo besar su mano estigmatizada.

### **Un correo muy eficiente**

A través de los años, María Pyle fue el testigo de muchos milagros provocado por la intercesión del Padre Pío. Un prodigio que presencié personalmente tuvo como protagonista a una carta que había viajado desde San Giovanni Rotondo a Turín, una

distancia de más de 600 millas, en treinta minutos.

Un hombre de Turín llegó a San Giovanni Rotondo para buscar el consejo del Padre Pío con respecto a un asunto personal. La respuesta tenía que ser recibida en Turín antes de un cierto día y hora pero, aunque el hombre hizo un gran esfuerzo para hablar con el Santo sobre el asunto, nunca fue capaz de verle y obtener su consejo hasta el día y casi la hora en que la información necesitaba ser recibida en Turín.

Cuando por fin tuvo la oportunidad de hablar con el Padre sobre el problema, le dijo con tristeza que el consejo había llegado demasiado tarde, porque no había tiempo incluso aunque se enviase un telegrama a Turín.

El Padre Pío dijo le dijo que escribiera inmediatamente una carta y que la enviara de todos modos. El hombre obedeció, y en media hora la carta llegó a su destino, justo a tiempo para el propósito que la había motivado.

María Pyle vio el sobre y claramente visible el matasellos de San Giovanni Rotondo y la marca de Turín, en la que se demostraba que había sido recibida solamente media hora después de haber sido expedida.

Esta carta y el sobre se mantienen cuidadosamente conservados en los archivos de San Giovanni Rotondo.

## **Buena memoria**

París deNunzio solía rezar diariamente al Padre Pío, recomendando a su mujer, su hija, su hijo y otros familiares. Una vez, cuando estaba hablando con él, le pidió que orase por su familia, y comenzó a nombrarlos.

El Padre Pío le interrumpió, diciéndole: «No tienes que decirme sus nombres: los oigo todos los días en tus oraciones».

## **Un signo de esperanza**

Judy Hayes, de Florida (EE.UU), había sido sanada de un linfoma de Hodgkin en fase cuatro, la etapa final, por la intercesión del Padre Pío.

Después de su recuperación, tenía un gran deseo de promover el conocimiento del Santo, por lo cual siempre llevaba estampas de él en su bolso.

Una tarde, mientras Judy estaba disfrutando de una tarde bajo el sol de Florida, se sentó junto a ella una mujer. A pesar de que no la conocía de nada, se sintió impelida a hablar con ella, preguntándole si era católica. Nunca se había dirigido a ningún desconocido preguntándole por su afiliación religiosa, pero había hecho la pregunta casi sin darse cuenta. Ante la respuesta afirmativa de la mujer, le dio una estampa de oración

del Padre Pío, a la vez que le hablaba un poco sobre él: «Oh, es usted una respuesta a mis oraciones!», dijo la mujer, la cual le explicó seguidamente que su marido sufría una enfermedad terminal. Aquella tarde se había quedado con él una amiga, y ella estaba rezando pidiendo ayuda justo antes de que Judy se acercara a ella: «¡Oh, Dios mío!: por favor, envíame un signo de esperanza. Necesito una mayor fe en Ti y más fuerza para seguir adelante. ¡Estoy tan deprimida! Por favor, dame a alguien que me ayude!». Con los ojos llenos de lágrimas, la mujer agradeció a Judy la estampa del Padre Pío y le aseguró que iba a rezarle.

## **Bautizo y boda**

Clara y Dan se conocieron en 1947 en Trieste, Italia, donde Dan, un oficial de la policía militar americana, estaba destinado. Se hicieron buenos amigos, y cuando Clara le presentó a su madre, esta le comentó que Dan sería un buen esposo para ella. Pero Clara no estaba buscando un marido, ya que solo tenía quince años y el matrimonio era algo en lo que no pensaba en absoluto.

Un día, cuando Clara estaba en la iglesia, una mujer a quien ella no conocía se acercó a ella y le dijo: «¿Necesitas una gracia?». Cuando Clara le pidió qué quería decir con eso, la mujer le explicó: «Hay un santo en San Giovanni Rotondo llamado Padre Pío. Si necesitas una gracia o si tienes algún problema, debes ir a verle».

Clara pensó en la conversación que ella y su madre acababan de tener sobre Dan Steele y decidió que sería una buena idea ir a San Giovanni Rotondo y hablar con aquel Santo.

Después de asistir a la Misa del Padre Pío, Clara se confesó con él, y luego le preguntó si Dan sería un buen esposo para ella. Al enterarse de que era protestante, el Santo se opuso a la boda: «¡Usted no sabe lo que está haciendo!: está tratando de comprar un gato en una bolsa!». A continuación, cerró la rejilla del confesionario.

Dan no sabía que Clara y su madre habían ido a ver al Padre Pío. Cuando volvieron a encontrarse, Dan le comentó que había tenido una experiencia increíble: estaba dando un paseo cuando de repente vino sobre él un deseo muy fuerte de convertirse al catolicismo. Le explicó que no tenía nada que ver con el hecho de que ella era católica, sino que sintió que era lo que Dios quería para él.

El mismo Padre Pío le bautizó en 1948, cuando Dan tenía 19 años de edad.

## **El canto del gallo**

Margherita estaba compartiendo un pequeño piso con otras dos chicas en san Giovanni

Rotondo. Se levantaba cada mañana para ir a la Misa del Padre Pío. Como era a las 5.00 a.m, Margherita se despertaba por la alarma del reloj despertador del pasillo. Un día le dijo al Santo:

—Padre Pío, me sobró un poco de dinero y quiero mi propio despertador. ¿Qué piensa usted?».

—¡Bueno, ya es hora!

Margherita compró el despertador y lo llevó a casa.

Esa misma noche, le dijo a las otras chicas: «Escuchad, no os preocupéis más de poner la alarma para mí por la mañana». Las chicas se sorprendieron ante aquella petición: «¿De qué estás hablando?: ¡nunca ha habido un despertador en la casa!».

### **Una fuga sorprendente**

Un antifascista fue capturado por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Al enterarse su padre de que iba a ser deportado, fue a ver al Padre Pío para encomendarle que protegiera a su hijo.

Dos días después de la partida del tren de prisioneros, recibió una tarjeta postal, donde el hijo le comunicaba a su padre: «Estoy bien, me encuentro en casa de la tía».

Posteriormente contaba que encontró abierta una de las puertas del vagón, y se arrojó por ella del tren en marcha. Al apercibirse los alemanes de la fuga, pararon el convoy y registraron la zona con sus perros-policías. Escondido en un zarzal, el joven escuchó aterrorizado cómo se acercaba la jauría. Uno de los perros le descubrió y se detuvo ante él silencioso, limitándose —para su sorpresa— a lamerle los tobillos. Después, desapareció en la oscuridad.

### **«¿Cuántas veces me has llamado!»**

*(Testimonio del P. Valentino de San Marco in Lamis. San Severo, Italia, 8 de abril de 1992)*

Multitud de testimonios también muestran que el Padre Pío escuchó la voz de sus hijos espirituales incluso cuando estaban lejos de él.

El Padre Valentino era un fraile capuchino de San Marco in Lamis, fervoroso hijo espiritual del Padre Pío. Durante la Segunda Guerra Mundial estaba en la Emilia Romagna, en el tiempo en el que la «línea gótica» del ejército alemán estaba acampada en los Apeninos, dividiendo así la región en dos. A causa de esta separación, él no tenía noticias de su familia, que vivía en Puglia desde hacía tiempo. Así que un día decidió tratar de cruzar la línea y encaminarse al sur, para ver a sus familiares.

Sin embargo, para realizar su propósito tenía que cruzar el frente militar, y esto era muy arriesgado. Conocía algunas personas que estaban luchando contra los alemanes, por lo que les pidió ayuda y consejos sobre qué hacer. Le indicaron un camino a través de las montañas, pero advirtiéndole que era muy peligroso. Además, estaban en pleno invierno, y el tiempo era muy frío. Había también más personas que anhelaban reunirse con sus seres queridos, así que el grupo estableció una fecha para la partida. El día llegó y el Padre Valentino se dijo a sí mismo: «Es ahora o nunca».

Junto con un pequeño grupo, partió a pie. Valentino oró a Dios por la seguridad del grupo, y también pidió en sus oraciones la intercesión y ayuda del Padre Pío. Finalmente, el grupo llegó a un lugar muy alto en las montañas, donde el camino era estrecho y estaba cubierto de nieve. En este punto, el camino descendía por una ladera empinada. Cuando el Padre Valentino estaba a la mitad del camino por la ladera, colocó mal uno de sus pies y comenzó a deslizarse pendiente abajo.

«¡Padre Pío, ayúdame! ¡Padre Pío, ayúdame!», gritó, mientras se deslizaba hacia abajo. De repente, un arbusto detuvo su caída. Los otros le ayudaron volver a la seguridad del grupo, y pudo continuar su viaje. Finalmente, el grupo cruzó la línea militar de forma segura, sin ser descubierto.

Al llegar a San Marco in Lamis, después de descansar un par de horas, quería ir a San Giovanni Rotondo para ver al Padre Pío. Tan pronto como el Santo le vio, dijo: «¡Cuántas veces me llamaste la otra noche... ¡cuántas veces!».

Luego le abrazó y dijo: «Demos juntos gracias al Señor».

## **Salvación y conversión**

«Mi madre era una de las primeras hijas espirituales del Padre Pío. Vino desde Foggia para pedirle la conversión y protección de mi padre, cuando en abril de 1945 le iban a fusilar.

Él se encontraba delante del pelotón de fusilamiento cuando de pronto vio al Padre Pío delante de él para protegerle. El comandante del pelotón dio la orden de hacer fuego, pero ningún tiro se disparó de los rifles que le apuntaban. Los siete miembros del pelotón y su comandante, sorprendidos, verificaron sus rifles y no encontraron ningún problema. Así que el pelotón apuntó de nuevo a mi padre, y el comandante pidió a sus soldados que dispararan de nuevo. Pero nuevamente sucedió lo mismo: los rifles no funcionaron.

Esta realidad misteriosa e inexplicable interrumpió la ejecución. Mi padre regresó a casa y se convirtió, recibiendo los Santos Sacramentos en San Giovanni Rotondo cuando fue a agradecer al Padre Pío. De esta manera mi madre obtuvo el milagro que ella siempre

había pedido al Padre Pío: ¡la conversión de su marido!».

### **Salvad al soldado Patrick**

*(Testimonio del Dr. Patrick Dignam)*

«Durante la Segunda Guerra Mundial, era miembro de la 15ª Fuerza Aérea estadounidense estacionada en Foggia. Mientras estuve en Italia, visité al Padre Pío y a Mary Pyle en San Giovanni Rotondo. Tuve el honor de servir a la Misa del Santo, y de estar con él en la sacristía mientras se ponía sus vestiduras para la celebración. Allí le pedí que me mantuviera a salvo a través de la guerra, si era la voluntad de Dios.

Al día siguiente, iba a volar en una misión muy peligrosa, pero durante la noche desarrollé una infección grave del oído, y el médico de la fuerza aérea se negó a autorizarme para volar al día siguiente. Le supliqué que me dejara ir con mis amigos, pero se negó terminantemente.

Con tristeza comprobé que el piloto que tomó mi lugar en esta misión resultó muerto por el impacto directo de un proyectil antiaéreo. Si me hubieran permitido volar ese día, el muerto habría sido yo».

### **Un acto de Dios**

*(Testimonio de Ray Neameyer)*

«Tuve el honor de conocer al Padre Pío cuando estaba en el ejército como piloto destinado en Foggia, Italia. Sufrí la explosión de un motor mientras estaba volando en un caza bimotor conocido como P38. Un espeso humo negro comenzó a salir del motor, pero después de un tiempo dejó de salir y regresé a la base con un solo motor.

Al día siguiente hice revisar el aparato por el mecánico jefe, y me dijo: «Llevo aquí mucho tiempo y he visto muchas cosas, pero esto ha sido un acto de Dios, si alguna vez vi alguno».

Anteriormente a ese episodio milagroso, había tenido un encuentro con el Padre Pío, el cual había puesto la mano sobre mi cabeza, y lo mismo hizo con los otros que estaban conmigo. Después, nos dio su bendición para que todos volviéramos a casa sanos y salvos».

### **Un camino seguro**

En 1944 Joe Asterita era capellán asistente de la Fuerza Aérea del Ejército. Era de origen napolitano, como el Padre Pío.

Un día, el Padre le dijo que cinco personas necesitaban un viaje de vuelta a Foggia. Joe

se negó a llevarlas, porque estaba prohibido el transporte de civiles en vehículos militares.

Pero el Padre Pío insistió: «Cada vez que te pido que hagas algo por mí, ten la seguridad de que todo saldrá bien. No debes tener miedo». Joe aceptó, y permitió a los dos hombres, dos mujeres y un niño entrar en su pequeño *jeep* militar.

Por el camino, Joe vio a dos oficiales de la Policía Militar. Miraron al jeep, pero pasaron por su lado sin problemas. En ese momento, el aire se llenó con el perfume del Padre Pío. Mientras continuaban, se iban encontrando con muchos militares, pero el vehículo de Joe nunca fue detenido. El perfume siguió esparciendo su aroma hasta que los cinco italianos llegaron a salvo a su destino.



# CIELO E INFIERNO

## En las moradas celestiales

María Pompilio, que fue una de las fieles hijas espirituales del Padre Pío, trabajó como maestra de escuela en San Giovanni Rotondo. Asistía a la Misa del Padre Pío cada mañana y se confesaba con él regularmente. A través de los años, había recibido muchas gracias mediante su contacto con el Santo.

Una vez, en la víspera de Navidad, el Padre Pío había ido a la sacristía de la iglesia cerca de las 8:00 pm para oír las confesiones de los hombres. Era una noche muy fría. Debido a que no había calefacción en el monasterio en esa época, se había colocado una estufa en la sacristía.

Mientras el Padre Pío estaba oyendo confesiones de los hombres, María Pompilio y varias otras mujeres se quedaron en la iglesia a rezar. Después de que las confesiones terminaron, María y sus compañeras entraron en la sacristía para saludar al Padre y besarle la mano. Al hacerlo, María se dio cuenta de que la mano estaba helada. Saludó a sus hijas espirituales y les dijo: «Que el Niño Jesús os haga sentir su misericordia y su tierno amor».

Una de las mujeres pidió entonces al Santo: «Por favor, hable con nosotras un poco más de tiempo. Cuéntenos más sobre el Niño Jesús y denos la calidez de su amor».

El Padre Pío llevó a sus hijas espirituales a la sala de los visitantes, donde había una larga mesa con suficientes sillas para que todas pudieran sentarse cómodamente.

Una vez allí habló sobre los Misterios de Navidad: «Hijas, meditemos en las palabras de las Escrituras, en el libro de Juan [“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”]». Las lágrimas llenaron sus ojos al citar aquellas palabras. Se detuvo un momento para secárselos y luego continuó. Seguidamente, reflexionó sobre las privaciones de Jesús en su nacimiento y su infancia. De repente, el Padre Pío cerró los ojos y se quedó en silencio.

—El Padre Pío se ha dormido —susurró una de las mujeres— Ha escuchado confesiones durante todo el día de hoy y está agotado. Estemos tranquilas y aprovechemos para orar hasta que se despierte.

—Yo no creo que esté dormido —dijo otra de las mujeres—: Hoy es Nochebuena, y yo creo que está en profunda comunión con Jesús en este mismo momento. Es realmente un privilegio para nosotras estar sentadas aquí con él.

Después de unos treinta minutos, el Padre abrió los ojos. Una de las mujeres le dijo

entonces:

—Padre, ha estado usted en silencio por un largo tiempo. Dado que es la víspera de Navidad, estábamos preguntándonos si estabas con el Niño Jesús.

El Padre Pío respondió afirmativamente. Otra mujer dijo:

—Padre Pío, por favor, díganos lo que ha experimentado mientras estaba sentado con los ojos cerrados.

—Si prometes no decir una palabra al respecto hasta después de mi muerte, contaré todo —pidió el Santo.

—Le damos nuestra palabra de que no vamos a decirle nada a nadie —dijeron las mujeres al unísono.

Entonces el Santo les dijo:

—El Señor permitió que deseara una feliz Navidad a mi hermano Miguel, que está en América, y también a mi hermana, la hermana Pía, en su convento en Roma. Entonces Jesús me mostró a todos mis hijos espirituales que han pasado a la vida eterna, y vi sus moradas en el cielo.

### **Cómo se pierde un alma**

Una mujer transmitió al Padre Pío su preocupación por el alma de su difunto marido, que había fallecido de un cáncer hacía poco. La había abandonado a ella y a sus dos hijos para irse a vivir con otra mujer durante más de tres años. En el trance de la muerte había consentido en aceptar los últimos sacramentos.

El Padre Pío fue terminante: «El alma de tu esposo se ha condenado para siempre, porque al recibir los últimos sacramentos ocultó muchos pecados. No tenía ni arrepentimiento, ni una buena resolución. También era un pecador contra la misericordia de Dios, porque dijo que quería tener las cosas buenas de la vida, y luego tener tiempo más tarde para convertirse a Dios».

### **Una cuestión de tiempo**

Una chica se suicidó tirándose al río Arno desde un puente, en Florencia, y su hermana vivía atormentada pensando que con este suicidio estaba condenada. En vista de que su preocupación no remitía, decidió ir a ver al Padre Pío. Este, en cuanto la vio, le dijo: «Del puente al río hay unos segundos». La chica, entre sollozos, balbució un agradecimiento: el Padre le había dado a entender que sabía por confidencia divina que mientras caía tuvo tiempo de arrepentirse, por lo cual la hermana pudo regresar con paz en el corazón.

## **Billete al purgatorio**

En 1920 hubo una epidemia en San Giovanni Rotondo. El último en morir en el pueblo fue Nicolino Pompilio, hermano de Antonietta, hija espiritual del Padre Pío, la cual le preguntó llorando:

—Padre, tú que vas a todas partes en espíritu, ¿puedes bajar también al purgatorio?

—Sí —le respondió el Padre.

—¿Puedes entonces hacer que yo vea a mi hermano, si está allá?

Tres días después, Nicolino se le apareció a su hermana. Estaba contento y sonriente, y le dijo:

—Hermana, ¿sabes quién ha venido a verme?: ha venido el Padre Pío. Me dio la mano y me preguntó: “¿Qué es más bonito, estar en el purgatorio o estar en la vida?”

—Nicolino, ¿cuánto purgatorio te ha tocado? —le preguntó Antonietta.

—Dos años —contestó—.

—¿Y cómo es el fuego del purgatorio?

—Es más fuerte que el fuego natural. Sin embargo, el sufrimiento mayor es la privación de Dios, aunque lo sufrimos con hermosa esperanza.

Cuando nuevamente Antonietta encontró al Padre, éste le dijo:

—Hija mía, ¿estás contenta? ¿Qué más quieres saber?... Pero basta, no me hagas más preguntas.

## **Entrada denegada**

Ettore Masone era sobrino del Padre Pío. Aún no había cumplido treinta años cuando se puso gravemente enfermo, cayó en estado de coma, y parecía que iba a morir. Pero, de repente, se despertó y gritó: «No voy a morir nunca más».

Se recuperó por completo y al instante. Más tarde recordó: «Estaba en las puertas del Cielo y vi a mi hermana Giuseppina, que murió hace muchos años, allí de pie en la puerta. Entonces vi también al Padre Pío. Ambos no me dejaron entrar. Fue entonces cuando me desperté».

## **Regreso al valle**

Tampoco las puertas del paraíso le estaban cerradas al Padre Pío.

Cuando murió Asunta, la hermana del Padre Paolino, superior del convento donde estaba el Padre Pío, este le preguntó por el alma de su hermana. El Santo le contestó:

—Padre mío, no te preocupes. Yo le entregué el alma de Asunta a Nuestro Señor. Solamente que ella se quedó en el Paraíso y yo tuve que regresar a este valle de lágrimas.

### **Volviendo del Cielo**

El Padre Costantino Capobianco dijo al Padre Pío: «Quiero morir antes que tú para que puedas ayudarme cuando suba al cielo». El Santo contestó: «¿Crees que no puedo volver del Cielo?».

### **Viaje al Paraíso**

El 19 de agosto 1947, el Padre Luca da Vico del Gargano dijo al Padre Pío que iba a marcharse de Pietrelcina, pero éste le anunció: «Mantén la calma, hijo mío: vas a permanecer en Pietrelcina hasta tu muerte».

El Padre Luca cayó enfermo unas semanas más tarde, y murió en Pietrelcina el 2 de noviembre de 1947. En enero de 1948 el Padre Pío, a través de su hermano Michele, envió un mensaje a los frailes en Pietrelcina: «Vi al Padre Luca irse al Paraíso en la noche de Navidad, con gran esplendor y gloria. Desde el cielo reza por los frailes y por Pietrelcina».

### **El caso de Pietro di Mauro**

En mayo de 1922, el Padre Pío declaró lo siguiente a Alberto Costa, Obispo de Melfi, y al superior del convento, el Padre Lorenzo de San Marcos, junto con 5 otros frailes más. Uno de ellos, Fray Alberto D' Apolito de San Giovanni Rotondo, escribió el relato de la siguiente manera:

«Una noche, después de una fuerte nevada, el Padre Pío estaba sentado junto a la chimenea, absorto en la oración, cuando un anciano, vestido con una capa antigua todavía usada por los campesinos del sur de Italia, se sentó junto a él. Respecto a este hombre, dijo el Padre Pío: “No me podía imaginar cómo podía haber entrado en el convento en ese momento de la noche, ya que todas las puertas estaban bloqueadas. Le pregunté: “¿Quién eres? ¿Qué quieres?”».

El anciano le dijo: “Padre Pío, soy Pietro Di Mauro, hijo de Nicolás, apodado *Precoco*. Yo fallecí en este convento el 18 de septiembre de 1908, en la celda número 4, cuando todavía era un asilo de pobres. Una noche, mientras estaba en la cama, me quedé dormido con un cigarro encendido, el cual incendió el colchón, y morí, asfixiado y quemado. Todavía estoy en el Purgatorio. Necesito una Santa Misa con el fin de ser liberado. Dios permitió que yo viniera a pedirle su ayuda”.

El Padre Pío contaba que: “Después de escucharle, respondí: Tenga la seguridad de que mañana celebraré la Santa Misa por su liberación”. Me levanté y le acompañé hasta la puerta del convento, para que pudiera salir. No me di cuenta en ese momento que la puerta estaba cerrada con llave. La abrí y me despedí de él. La luna iluminaba la plaza, cubierta de nieve. Cuando ya no le vi delante de mí, fui asaltado por un sentimiento de miedo, y cerré la puerta. Volví a entrar en la habitación de invitados, y me sentí débil».

Unos días más tarde, el Padre Pío también contó la historia al Padre Paolino, y los dos decidieron ir a la ciudad, donde miraron las estadísticas parroquiales del año 1908. Allí descubrieron que el 18 de septiembre de ese año un tal Pietro Di Mauro había muerto de quemaduras y asfixia en la habitación número 4 del convento, entonces utilizado como un albergue para personas sin hogar.

### **Los extraños visitantes**

El Padre Pío contó esta historia una noche de febrero de 1922 a los *Fratini*, que eran los jóvenes educados por los capuchinos:

«Bajé una noche para calentarme en la chimenea de la sala de la comunidad, y me sorprendió encontrar cuatro frailes sentados al lado del fuego en silencio y con sus capuchas levantadas.

Los saludé, como solemos hacer, con «¡Alabado sea Jesucristo!», pero nadie respondió. Asombrado, miré de cerca para averiguar quiénes eran, pero no reconocí a ninguno de ellos. Me quedé allí durante varios minutos viéndoles, y me pareció que estaban sufriendo algún tipo de dolor. Los saludé de nuevo, pero tampoco hubo respuesta.

Entonces fui a averiguar si teníamos algunos frailes visitantes que se alojaran con nosotros. El Padre Superior me dijo: “¿Es posible que algunos hermanos visitantes hayan llegado sin que nadie me lo hiciera saber? ¿Qué ocurre?”

Cuando llegamos allí, no encontramos a nadie cerca del fuego. Comprendí entonces que debían haber sido frailes muertos que estaban experimentando su purgatorio aquí, donde habían ofendido a Dios. Pasé toda la noche ante el Santísimo Sacramento, rezando por su liberación».

### **Una noche más**

Por la misma época, el Padre Pío informó a Fray Alberto de otra aparición de un alma del purgatorio:

«Una noche, cuando estaba absorto en la oración en el coro de la pequeña iglesia, fui

sacudido y perturbado por un sonido de pasos, velas y jarrones de flores que se movían en el altar mayor. Pensé que alguien debía estar allí, y grité: “¿Quién es?”

Nadie respondió. Volviendo a la oración, me molestaron de nuevo los mismos ruidos. De hecho, esta vez tuve la impresión de que una de las velas, que estaba en frente de la imagen de Nuestra Señora de Gracia, había caído. Con ganas de ver lo que estaba sucediendo en el altar, me puse de pie, me acerqué a la reja y vi, a la sombra de la luz de la lámpara del Tabernáculo, a un hermano joven haciendo un poco de limpieza.

Pensé que era el Padre Leone, que estaba reestructurando el altar, y como ya era la hora de la cena, me acerqué a él y le dije: “Padre Leone, vaya a cenar, no es tiempo para desempolvar y reparar el altar”.

Pero una voz que no era la voz del Padre Leone me contestó: “Yo no soy el Padre Leone”. “¿Entonces, quién es usted?”, le pregunté. “Yo soy un hermano suyo que hice el noviciado aquí. Mi misión era limpiar el altar durante el año del noviciado. Desgraciadamente, en todo ese tiempo yo no reverencé a Jesús Sacramentado, Dios Todopoderoso, como debía haberlo hecho, mientras pasaba delante del altar, causando gran aflicción al Sacramento Santo por mi irreverencia, puesto que El Señor se encuentra en el tabernáculo para ser honrado, alabado y adorado. Por este serio descuido, yo estoy todavía en el Purgatorio. Ahora Dios, por su misericordia infinita, me envió aquí para que usted decida el tiempo desde el cual yo podré disfrutar del Paraíso, y para que Ud. cuide de mí”.

Yo creí haber sido generoso con esa alma en sufrimiento, por lo que exclamé: “Usted estará mañana por la mañana en el Paraíso, cuando yo celebre la Santa Misa”.

Esa alma lloró: “¡Cruel de mí! ¡Qué malvado fui!”. Entonces lloró y desapareció. Esa queja me produjo una herida tan profunda en el corazón, que la he sentido y sentiré durante toda mi vida. De hecho, habría podido enviar esa alma inmediatamente al Cielo, pero la condené a permanecer una noche más en las llamas del Purgatorio».

### **Una historia repetida**

Una noche el Padre Pío charlaba con otro monje. Era ya muy tarde, y el Santo le dijo que se encargaría de cerrar todas las puertas y de apagar las luces. Después de atrancar la puerta de entrada, el Padre Pío volvía a su celda por un pasillo cuando se encontró repentinamente con un señor que llevaba gafas y traje con corbata. El capuchino le preguntó quién era, qué hacía allí, y cómo había conseguido entrar si las puertas estaban cerradas. El extraño personaje le dijo que había entrado por la puerta, y después le pidió que no le echara, ya que solo quería hablar un minuto con él. Compasivo, el Padre Pío le invitó a entrar en una pequeña estancia para que el hombre pudiera hablarle.

Una vez allí, el hombre empezó a contarle que tenía una grave problemática familiar, ya que su familia estaba peleada por su culpa, y quería pedirle consejo sobre cómo solucionar esa situación. El Padre Pío le animó a recurrir a la oración, a pedir perdón, y a reparar sus faltas con sacrificios.

Una vez terminó sus recomendaciones, le invitó a abandonar el monasterio. El hombre parecía animado y agradecido por los consejos del Santo. Al salir por la puerta del pasillo, el Padre Pío se giró para dejarle pasar, pero comprobó que el hombre había desaparecido. El comentario que hizo entonces reflejó perfectamente su sentido del humor: «Dios mío, otra alma del purgatorio: solo a mí me pasan estas cosas».

### **Liberando almas**

Annita Lodi testificó que un día le dijo al Padre Pío después de la confesión: «Mañana es la fiesta de San Francisco. Por favor, pídale que vaya al Purgatorio y libere las almas de mis padres». El Padre le respondió: «Eso puedo hacerlo yo mismo».

### **«Está a salvo»**

Una mujer fue al Padre Pío para saber acerca de su hermano, que se había suicidado después de pasar serias dificultades financieras. Con esta intención, fue a su Misa, pero no pudo hablar con él. Se sentó en la iglesia, llorando y rezando, mientras que el Padre estaba confesando. En un determinado momento le dieron un codazo y le dijeron: «El Padre Pío te está llamando». Se volvió hacia el confesionario, y vio que el Santo le estaba haciendo una señal con la mano, para que se acercara al confesionario. La mujer se acercó, se arrodilló delante de él, y el Padre le dijo: «No te preocupes, mantén la calma: está a salvo».

### **«¡Viva el Padre Pío!»**

Una noche de 1944, los frailes oyeron voces que venían de abajo diciendo: «¡Viva el Padre Pío!». El superior, el Padre Raffaele da S. Elia a Pianisi, dijo al portero Fray Gerardo da Deliceto que echara a esa gente y cerrara la puerta.

Fray Gerardo bajó las escaleras, pero no encontró a nadie, y comprobó que la puerta estaba cerrada. Regresó a informar al Padre Raffaele, el cual, totalmente desconcertado, se dirigió directamente al Padre Pío para preguntarle si sabía algo al respecto.

«¡Oh! Eran soldados que habían muerto en el campo de batalla, y vinieron a darme las gracias por las oraciones que he hecho por su salvación».

## **Dando las gracias**

Un fraile del convento declaró: «Estábamos todos en el comedor cuando el Padre Pío salió de repente y caminó con paso firme hacia la puerta del convento. La abrió y empezó a tener una conversación.

Los dos frailes que habían venido con él no vieron a nadie y empezaron a pensar que algo raro estaba pasando con el Padre. En el camino de vuelta a la zona de comedor, se explicó. «No os preocupéis: estaba hablando con algunas almas en su camino desde el Purgatorio al Paraíso. Vinieron a darme las gracias porque yo los recordé hoy en la Misa».

## **De cuerpo presente**

Un asesino, atormentado por su pecado de sangre, fue a ver al Padre Pío para rogar por la absolución de su crimen. Fue relatando todos los pecados de su vida, salvo el de asesinato. Tenía buena intención, pero no lograba sacar las fuerzas suficientes para confesar su delito. Al finalizar, se produjo un silencio incómodo por ambas partes, pues sabían que faltaba algo por hablar.

Tras un momento, el Padre Pío salió del confesionario, y llevó de la mano al penitente hacia unos bancos cercanos, donde había varios hombres sentados. Sorpresivamente, el hombre lanzó un grito desgarrador, perdió la conciencia y se quedó allí tumbado durante algunos minutos. Al volver en sí el Padre Pío le envió de nuevo al confesionario.

Acto seguido, el hombre recibió el perdón de su pecado grave y recobró la felicidad de su alma. Luego contó que el Padre Pío le concedió la gracia de ver al hombre asesinado sentado en un banco con el cuerpo aparente que tienen los Santos y las almas del purgatorio. Esta visión le había hecho recordar la crueldad de su acción de manera tan vívida, que había hallado el valor para confesarla.



# EL CIRINEO

## **Santo o demonio**

El Padre Pío tuvo largos períodos de fiebres muy altas, fiebres místicas inexplicables, que aparecían y desaparecían misteriosamente, y que desconcertaban a todos los médicos, impotentes para tratarla. Con frecuencia las temperaturas del Padre Pío eran tan altas que los termómetros estallaban bajo su axila.

En los primeros tiempos, la temperatura corporal se le tomaba con un termómetro de mercurio, hoy ya en desuso. La temperatura corporal normal es de 36,8°. Una temperatura por encima de 40° requiere tratamiento.

El propio Padre Pío dijo que a veces su temperatura se elevaba a 48°. En una ocasión confesó que «eso pasa cuando estoy enfermo. Sin embargo, la enfermedad es moral, más que física». Decía además que eso le sucedía cuando tenía «alguna visión del Señor», y en esos momentos le parecía estar «en un horno, pero siempre en estado consciente».

Las temperaturas superiores a los 51° iban y venían sin causa aparente. En una ocasión, con un termómetro de baño especial, su temperatura llegó a 127,4 grados Fahrenheit (¡53°!). El Padre Michaelangelo, un franciscano que vivió con él, dijo: «Ningún termómetro ordinario podía medir la temperatura del Padre Pío. Estuve presente una vez cuando el médico quiso tomarle la temperatura para comprobar si se le rompería el termómetro. El Padre Pío dijo: “¡No..., el termómetro se romperá!” En un instante... ¡bang!: el mercurio se disparó y lo rompió de inmediato».

Un fraile atestiguó que «incluso bajo la presión de esta fiebre, al Padre Pío no se le ve caído, sino que es capaz de hacer perfectamente su vida normal», comprobándose que no sufría ningún tipo de delirio u otro trastorno mental acompañando tan altas temperaturas.

En el hospital militar donde se le ingresó en repetidas ocasiones durante su servicio militar siguió sufriendo fiebres con temperaturas extraordinariamente altas, algo que él y sus colegas religiosos se habían acostumbrado a ver, pero que eran completamente nuevas para el equipo médico y las enfermeras.

En diciembre de 1915, en el Hospital Militar de la Trinidad en Nápoles, durante un examen físico rutinario, el Doctor Giuseppe Grieco, médico teniente del Ejército italiano, le tomó la temperatura al Padre Pío con un termómetro de mercurio en la axila. En menos de un minuto el termómetro se rompió, habiendo pasado más allá de la temperatura máxima de 42 ° C.

Le pasó lo mismo a otros tres termómetros, destrozados de la misma manera. El Doctor Grieco llamó entonces a un colega, el doctor Francesco Melle. Decidieron probar con un termómetro de baño, que podía leer hasta 80°C. ¡El termómetro dio una lectura de 48°!

No lo podían creer, por lo cual hicieron una nueva medición con un termómetro de precisión de laboratorio: esta vez la temperatura fue de ¡49°!

Ante aquel hecho tan insólito, decidieron informar al Doctor Felice D'Onofrio, jefe de los servicios médicos. Este le tomó de nuevo la temperatura, y volvió a dar un valor de 49°.

«Esto es un misterio. Es imposible. No puedo creer lo que estoy viendo. Debería estar agonizando. Este hombre o es un santo, o un demonio».

Le recetó quinina y fue a verle por la mañana. Le tomó de nuevo la temperatura y esta era de 36°. «No entiendo nada. Vamos a enviarle a casa a morir en paz».

## **El muerto viviente**

El comer muy poco fue una constante en la vida del Padre Pío. Era realmente increíble lo que podía soportar en el confesionario durante tantas horas sin una alimentación adecuada.

Todos los médicos que le observaron declaraban que lo que comía era totalmente insuficiente para mantener vivo a un hombre adulto.

En el simposio internacional sobre lesiones coronarias que tuvo lugar el 5 mayo 1956, refiriéndose al Padre Pío, el doctor británico Ewans declaró: «Para nosotros los médicos el Padre Pío está biológicamente muerto. Hay que tener en cuenta la cantidad de calorías que consume diariamente en el desempeño de su actividad y, por otra parte, las que recibe nutriéndose tan poco, al límite de la supervivencia. Hay que pensar también en la sangre que pierde todos los días, como él mismo ha testificado y se prueba en el examen de las vendas del costado. Así que por la fuerza del principio científico de las calorías necesarias para la existencia humana y de las leyes que regulan el equilibrio físico-síquico del organismo, para nosotros los médicos está biológicamente muerto. Dicho de otro modo, humanamente es imposible que un hombre pueda sobrevivir en esas condiciones y que pueda trabajar sin descanso todos los días».

## **Santa obediencia**

En más de una ocasión, el Padre Pío estuvo durante veintiún días sin comer, alimentándose solo de la Santa Comunión. «Tienes que comer», decía el superior. «Por

favor, no puedo». «Debes», insistía el superior, y a los pocos minutos vomitaba todo lo que había ingerido.

### **Un alimento muy especial**

El Padre Pío manifestaba que se nutría únicamente de la Eucaristía: «¡Es el Señor quien lo hace, no yo! ¡Es el Señor, que está trabajando en mí!».

Ya durante su noviciado quedaron patentes los fenómenos místicos que concurrían en él. El maestro de novicios percibió enseguida que aquel joven enteco se mantenía sin tomar alimentos, sostenido únicamente por la Comunión. Para comprobarlo, le prohibió comulgar, pero el resultado fue que Francesco se sentía morir. Finalmente, el maestro tuvo que suspender la prueba, y el futuro estigmatizado volvió a alimentarse únicamente del cuerpo de Cristo.

### **Curación milagrosa**

Estaba todavía en su etapa de novicio cuando, un día, el Padre Pío dejó de tomar alimento alguno. Después de 36 días decidieron avisar a sus padres, rogándoles que fueran a ver a su hijo, pues se estaba muriendo.

Al llegar su padre y verle así, le dijo: «No quiero que mi hijo muera aquí; si ha de morir, que sea en casa. Me lo llevaré conmigo». El Padre Guardián se negó a ello, pero finalmente el Padre Superior accedió.

Padre e hijo regresaron a casa en tren. Al llegar al pueblo de Bertevanto tuvieron que cambiar de trenes. En la espera, el Padre Pío dijo a su padre inesperadamente: «Padre, por favor, cómpreme una limonada, pues tengo sed». Grazio cumplió el deseo de su hijo, quien apuró el vaso todo lo que pudo, diciendo luego: «Ahora me siento fuerte y saludable de nuevo; por favor cómpreme una carta y un sobre: debo escribir al Padre Superior y contarle que estoy curado».

Sin embargo, de vuelta al convento, el Padre Pío continuó comiendo tan poco que ni siquiera un bebé de un año hubiera podido subsistir con tan poco alimento.

### **Porque el Señor lo quiere**

«Tengo una gran angustia en el cumplimiento de las necesidades diarias de comer, beber y dormir. Lo hago solo porque el Señor lo quiere».

El Padre Agostino testificó: «Come aproximadamente 20 gramos de alimento cada 24 horas».

El Padre Roberto da Nove dijo: «El Padre Pío no come nada para desayunar y cenar.

Para el almuerzo: verduras hervidas, frutas de temporada, a veces un huevo. A veces toma un chocolate caliente para cenar. Hay períodos en los que no puede retener nada: momentos en los que toma algo de comida, que más tarde no puede tolerar.

En cierta ocasión, el Padre Pío dijo a su sobrino Mario Pennelli: «En cuarenta años no he podido comer ni la mitad de una barra de pan».

El Padre Alberto explicaba: «El Padre Pío tenía unas galletas muy duras y garbanzos tostados en el cajón de la despensa. En lugar de la comida, traía una de las galletas en su boca y masticaba muy lentamente, dando la impresión de que estaba comiendo».

El Doctor Pavone testificó: «El Padre Pío comía muy poco. Solía ir una vez al día al refectorio bajo obediencia. En términos médicos, la nutrición del Padre Pío era absolutamente insuficiente. Estas cosas están en contra de la ley natural, contra todo. Pero sucedieron».

Fray Modestino comentaba: «El Padre Pío comía muy poco. Algunos días no comía nada en absoluto... Un día, me dijo: “Hijo mío, reza por mí. Mi vientre esta hinchado y me duele. Hoy comí solo 30 gramos de alimento”». En una ocasión, le comentó que «el mayor favor que podía obtener de los superiores sería prescindir de comer».

Un día de Navidad tomó un café expreso, y comentó: «Es Navidad, y es tiempo de celebrar».

El Padre Dominic Meyer confirmó que «con frecuencia le entregaba gran parte de la comida que se le servía al fraile que estuviera a su lado».

El Padre Rafael relataba: «Muchas veces su superior tenía que llamarle desde el confesionario para que fuera al refectorio. De lo contrario, estaría oyendo confesiones todo el tiempo».

El mismo Padre Raffaele testificó en el proceso: «Un día cayó enfermo. Calculamos su peso: era de 83 kilos. Pasó tres días en cama sin probar ningún alimento. Cuando se levantó recuperado, pesaba 86 kilos. Había puesto tres kilos sin comer nada durante tres días».

## **El fraile insomne**

El Padre Pío se acostaba con solo una sábana y una manta ligera, ya que no podía soportar mantas pesadas.

En una ocasión preguntó a un joven cuánto tiempo había dormido la noche anterior. «Seis o siete horas», contestó.

«Eso es más de lo que duermo yo en un año» –concluyó el Santo.

Testimonio del Padre Raffaele: «En su temprana vida sacerdotal, se levantaba a las

3:00 de la mañana. Solo quería dormir durante unas tres horas a lo sumo. En sus últimos años, por lo general, no iba a la cama en absoluto».

El Padre Eusebio decía: «Se levantaba muy temprano en la mañana, limpiaba sus heridas y empezaba a rezar el rosario, a orar y a meditar».

En su libro *Testimonios del Padre Pío*, fray Modestino cuenta lo siguiente: «Una tarde de 1964 estaba solo con el Padre Pío, al lado de su cama. De repente, me dijo: “Escucha, hijo mío: reza a Dios para que sea capaz de dormir. Mis ojos me duelen y estoy exhausto. Son ya tres años en los que no he dormido”».

### **Una pregunta al «abuelo» Pío**

La hermana Rita Montella asistió al Padre Pío en bilocación durante su agonía el 23 septiembre de 1968. Según su testimonio, en el momento de su fallecimiento estuvieron presentes la Virgen María, San Francisco y Santa Clara.

Las visitas del Santo a la hermana Rita continuaron después de su muerte. Durante los años setenta, el Padre D’Anastasio conoció al Padre Pancracio Poli, el ex-provincial de los Capuchinos de la Toscana, el cual quería que la hermana Rita le preguntara al Padre Pío sobre la desaparición de sus estigmas cuando murió. Esta es la respuesta escrita de la Hermana Rita, fechada el 9 de octubre de 1976: «Querido Padre Pancracio: He preguntado al “abuelo” Pío por qué no tenía los estigmas cuando murió. Él respondió: “¿Quién quiere saberlo?”. Yo le respondí: “El Padre Pancracio”. Él sonrió y añadió: “Dile que yo mismo pedí a Jesús esa gracia”».

### **Petición denegada**

Una mujer fue a ver al Padre Pío en confesión para preguntar acerca de su hermana, la cual había muerto hacía tiempo. Sin embargo, el Santo no contestó. Tres semanas después volvió, y el Santo le dijo: «Tu hermana ya está en el cielo». A lo cual replicó la mujer: «Padre, ¿por casualidad rezó usted, o incluso sufrió por ella? ¡Sufre usted tanto todos los días!» El Padre permaneció en silencio. La mujer continuó: «Padre, por favor, rece para que logre yo obtener este favor: quisiera sufrir por mi hermana lo que usted sufrió por ella». Al oír esta petición, el Padre Pío respondió: «Querida mía: si tuvieras que soportar esa pena, morirías».

### **Las sandalias del pescador**

Debido a las heridas de los estigmas que traspasaban sus pies, estos estaban siempre muy hinchados, por lo cual tenía que usar zapatos hechos especialmente de suave cuero,

con la parte superior cortada. Probablemente habría sido incapaz de caminar en absoluto, si no fuera por esas sandalias hechas especialmente para sus pies, que le habían sido regaladas por unos amigos de Suiza. Aún así, su marcha era siempre incierta y vacilante, y cojeaba más que andaba.

Sus compañeros capuchinos notaban que a veces apoyaba su peso en los bordes de los pies y los talones a fin de aliviar la presión en la parte central, donde estaban las heridas.

El Padre Pellegrino, que le atendía, decía que «los pies del Padre Pío le causaban mucho dolor, tanto es así que yo sentía pánico cada vez que tenía que ayudarlo a ponerse sus zapatos. Era suficiente con tocar el empeine muy ligeramente para causarle un gran dolor».

Un día, un hombre de la India visitó al Padre Pío. Estaba tan intimidado, que cayó de rodillas a sus pies. Juntando las manos e inclinando la cabeza casi hasta el suelo, siguiendo la costumbre típica de la India, tocó los calcetines con los que el Padre cubría sus pies, sin darse cuenta de que también tenía allí las mismas heridas que en las manos. Ante el contacto, el Santo gritó de dolor, hasta que se contuvo y sonrió.

## **Una pura llaga**

Cleonice Morcaldi preguntó un día al Padre Pío. «Se dice que tu cuerpo es todo una pura llaga». El Santo respondió: «¿No es esta nuestra gloria? Y si no hay espacio para más llagas, entonces tendremos llaga sobre llaga. Todo esto no es por el amor del sufrimiento en sí mismo, sino por los frutos que proporciona: da gloria a Dios, salva a las almas de los vivos, y libera a los difuntos del fuego. ¿Qué más podemos desear?».

Tenía llagas en las manos, pies, y costado. Pero nunca consintió en dejarlas a cargo de doctores y enfermeras. Era extremadamente duro manejar esta situación en un convento pequeño y pobre, con pocos frailes capaces de proveer vendas limpias y de efectuar un seguimiento de lo que sucedía con las llagas.

Según palabras de Gerardo Leone, «las camisas, la telas puestas en el costado para absorber la sangre, los calcetines, los medios guantes, marrones durante el día, estaban blancos por la noche. Aquellas prendas no podían ser parte de la limpieza comunal del convento, donde a veces se ocupaba de ellas el padre Raffaele, pero la mayoría de las veces estaban a cargo de las hijas espirituales, una de las cuales era Cleonice, quien solía lavar en su casa las ropas manchadas de sangre.

Sobre este asunto, escribió lo siguiente:

«Era verano y el Padre Pío, cuyos vestidos eran todos de lana, sufría terriblemente el calor. Le envié una camiseta blanca de lino ligero para que la utilizara en lugar de la de

lana. Estaba bastante segura de que iba a rechazarla. En cambio, me la envió después de tres días, toda manchada de sangre. Prácticamente, no había espacio entre las manchas. En varias zonas, especialmente en los hombros, había mancha sobre mancha. También le había enviado un par de calcetines blancos. Estos también me vinieron de vuelta totalmente manchados, desde la punta hasta el tobillo.

Un fraile franciscano pidió estas reliquias sagradas para ser guardadas en los archivos. Un sacerdote tomó una foto, y luego se la pasó a un periodista sin mi permiso. Dios lo permitió, porque hizo mucho bien a los que lo vieron».

### **En carne propia**

Testimonio de Fray Modestino: «El 4 de febrero de 1971, observando una nueva camisa de lana, me señaló, para mi gran sorpresa, una mancha de sangre, de cerca de cuatro pulgadas, sobre el hombro derecho, en el mismo lugar en el cual Jesús había estado llevando una pesada cruz.

Antes de ir a la cama le recé, y le pregunté si realmente tenía dolor en el hombro derecho. Me desperté alrededor de las 1:00 de la mañana, y sentí un dolor terrible en mi hombro derecho, como si estuviera siendo penetrado por un cuchillo. Al mismo tiempo, oí un perfume fuerte, y oí una voz: “¡Ésa es la forma en la que he sufrido!”. Ahora había entendido».

### **Desafiando a Dios**

Giovanni Bardazzi da Prato asistió a la Misa del Padre Pío y después manifestó lo siguiente: «Estaba observando al celebrante. Parecía sufrir terribles dolores. Yo no creía que Dios existiera, pero tuve un pensamiento: “Esta Misa está siendo demasiado larga. Si existes, déjame sufrir lo que él está sufriendo”. Al momento, me pareció que estaba pasando a través de las torturas más atroces. Grité dentro de mí: “Para: si esto dura un momento más, será mi muerte”. El dolor cesó. Nadie a mi alrededor se dio cuenta. Aprendí que nunca se debe desafiar a Dios».

### **Viendo al Cirineo**

Un hijo espiritual del Padre Pío, el profesor Gerardo De Caro, en una conferencia celebrada en Pavía, Italia, el 25 de mayo de 1983, arrojaba luz sobre el doloroso camino de la Cruz del Padre Pío: «Una noche, mientras estaba de pie en su celda, vi al Padre Pío de retorno desde el coro, caminando con los hombros inclinados y con el pecho casi tocando sus rodillas. Arrastraba sus sandalias por el suelo, como si llevara una enorme

cruz encima. Tenía que sentir un gran dolor al caminar. Apoyaba su peso en los bordes de los pies y los talones a fin de no presionar las heridas de los pies. Le miré y él me miró. Inmediatamente, y con gran esfuerzo, se enderezó. Por un instante, le vi como Jesús bajo la cruz.

Después de la confesión, le dije: “Padre, usted es como Jesús”. Pero el Padre Pío intentó reprobarme. Estos fueron los sufrimientos que constituían su Calvario, y que le llevaron a padecer tanto durante toda su vida».

### **Una inmolación completa**

El Padre Modestino estuvo cerca del Padre Pío durante muchos años y fue testigo presencial de sus innumerables sufrimientos. Dejó este testimonio: «En enero de 1945, cuando todavía no muchas personas llegaban a San Giovanni Rotondo, solía servir a la Misa del Padre Pío en la madrugada, con una veintena de personas presentes. En aquellos tiempos, su Misa duraba de una hora a una hora y media. Cansado de permanecer de rodillas, me solía cambiar a un lado del altar para continuar ayudando al Santo Sacrificio de pie. Desde esa posición, era capaz de seguir cuidadosamente los gestos, los movimientos, las lágrimas, los suspiros y los profundos recuerdos del Padre Pío.

Cuando mis ojos se posaron en la frente y la nuca, me di cuenta de que en su piel habían aparecido ampollas, y que en la frente tenía marcas similares a los pinchazos realizados por espinas. Con el dedo medio de su mano derecha, con frecuencia parecía querer quitar algo que le molestaba alrededor de sus sienes. Al final, me di cuenta de que tenía impresa en la frente una pequeña cruz de unos tres centímetros. Yo estaba ayudando a la coronación de espinas del Padre Pío».

Una preciosa reliquia que se conserva en san Giovanni Rotondo es un paño que fue utilizado por el Santo para secarse la frente. Está manchado de sangre. A uno de sus hijos espirituales que le preguntó si él sufría la coronación de espinas, el Padre Pío le respondió afirmativamente: “De lo contrario la inmolación sería incompleta”. Aseguraba que las espinas estaban alrededor de su cabeza. Durante la Misa tenía muchas espinas, pero también antes y después de ella.

### **Coronación de espinas**

Dos hijas espirituales estaban hablando con el Padre Pío. De repente, se puso pálido, y ellas oyeron un martilleo, al mismo tiempo que veían rastros de sangre fluyendo de la boca y la nariz del Santo. Mientras se limpiaba la sangre, preguntó:

—¿Que habéis oído?

—Un martilleo –respondieron.

—Vale: eso era la coronación de espinas.

### *Ecce Homo*

Otra visión de la participación del Padre Pío en la Pasión está relatada por el Padre Alberto D’Apolito:

«En 1950, un joven estudiante universitario, Bruno G. Di Lucera, que había abandonado la religión y que no creía que el Padre Pío fuese un santo, sino un impostor y un charlatán, fue persuadido por su novia para que fuera a San Giovanni Rotondo a ver por sí mismo.

La primera mañana, por simple curiosidad, asistió a la Misa. De repente, en el momento de la consagración, se puso pálido. Había sido testigo de algo extraordinario: en la cabeza del Padre Pío vio una triple corona de espinas, y su rostro estaba cubierto de sangre como el *Ecce Homo*. Creyendo que era una alucinación o un truco de los ojos, no dijo nada a su novia ni a nadie más.

La segunda mañana, sucedió lo mismo. Y de nuevo, por miedo a ser tachado de fanático, tampoco le dijo nada a nadie. Sin embargo, comenzó a reflexionar y a cambiar su opinión sobre el Padre Pío.

En la tercera mañana se produjo el hecho decisivo: en el momento de la consagración, vio al Padre Pío suspendido de una cruz. Su rostro era como el rostro de Jesús y en la cabeza había una triple corona de espinas. Al ver esto, se echó a llorar.

Cleonice Morcaldi, una de las hijas espirituales del Padre Pío, se enteró de la experiencia de Bruno de ver al Padre Pío coronado de espinas. Oyó que al ver la expresión serena y hermosa en la cara del Padre, Bruno se conmovió hasta las lágrimas. También oyó que el Santo le dijo que no dijera nada a nadie acerca de la experiencia, pero que fuera a casa y diera gracias a Dios. Cleonice quería saber si la historia era verdadera, por lo cual le preguntó directamente al Santo. Él le respondió: «¿tienes alguna duda? Eres como santo Tomás: no crees». Su respuesta parecía tan evasiva que quiso preguntarle una segunda vez, pero el Santo se mostró reacio.

Cleonice rezó entonces a la Virgen María: «Madonna, por favor deja que el Padre Pío me diga si es verdad que lleva la corona de espinas». Pasó el tiempo y un día, mientras estaba haciendo su confesión, le preguntó de nuevo: «Padre, ¿lleva la corona de espinas en todas sus misas?». El Padre Pío contestó: «¡Cuántas cosas quieres saber!... Sí, llevo la corona antes e incluso después de la Misa, porque no puedo quitarme nunca está

diadema de la corona de espinas que Dios ha puesto sobre mí. La llevo antes de la Misa, durante la Misa, día y noche».

### **«Usted debe estar en la Cruz»**

En 1935, cuando la Misa del Padre Pío todavía duraba más de dos horas, una hija espiritual le preguntó:

—Padre, ¿no te cansas nunca de estar de pie, con esas heridas?

—No estoy sostenido por mis pies —respondió el Santo.

Esta respuesta la desconcertó.

—Pero, Padre, puedo ver que se mantiene de pie. Entonces... si usted no se sostiene sobre sus pies... usted debe estar en la cruz —concluyó.

—¿Es ahora cuando te das cuenta de eso?

### **A la hora prevista**

En el año 1963, el Padre Pío le dijo a doña Josefina Bove, de Nápoles: «Moriré cuando terminen la cripta donde quieren que sea enterrado». Los trabajos de la cripta culminaron el día 22 septiembre por la mañana. Por la tarde fue bendecida, y a continuación recibió la visita del Padre Pío. A las pocas horas, fallecía el Santo.

### **Té con flores**

Su última bilocación conocida sucedió la tarde anterior al día de su muerte. El Padre Pío fue a saludar al Padre Umile, que se encontraba postrado en cama en Génova a causa de una caída ocurrida el 29 de agosto de 1968.

Hacia las 16.30 del 22 de septiembre 1968, sor Ludovica fue a ver al Padre Umile para llevarle una taza de té. La religiosa sintió un fuerte perfume de flores que impregnaba todo el entorno. Como no sabía el origen del perfume, miró al Padre como buscando una explicación de aquel fenómeno.

El Padre le dijo entonces: «El Padre Pío ha venido a saludarme y me ha dado su último adiós».

Al día siguiente se difundió la noticia de la muerte del Padre Pío.

### **Adiós al Padre Pío**

*(Testimonio de Pasquale Cattaneo)*

«Durante las dos últimas semanas de septiembre de 1968, me encontraba en San Giovanni Rotondo. Siempre que estaba en el pueblo iba a visitar al Padre Pío en el monasterio. Cuando me enteré de que estaba muy enfermo, no le quise molestar y decidí esperar a que se sintiera mejor.

A mi regreso a Nápoles, varios días después, escuché en la radio que el Padre Pío había muerto. Estaba profundamente afligido, y no quería creer que él se había ido. Me parecía que nunca iba a morir.

Quería saber todos los detalles sobre su muerte, pero la prensa solo daba informaciones muy breves. Iba a aprender todo sobre su muerte más tarde, durante una visita a la marquesa Giovanna Rizzani Boschi, en Roma. Ella me dijo que vivía muy lejos de San Giovanni Rotondo, durante los últimos meses de la vida del Padre Pío. Un día oyó una voz que le decía: «Ven inmediatamente a San Giovanni. Si te demoras, nunca me verás de nuevo». Giovanna se puso de inmediato en camino con su amiga Marguerite Hamilton, y ambas se alojaron en un pequeño hotel cerca del monasterio. Llegaron cuatro días antes de la muerte del Santo.

Al confesarse, el Padre Pío le dijo a la marquesa: «Esta es la última confesión que le voy a hacer. Yo te absuelvo de todos los pecados que has cometido desde que tuviste edad de razón hasta ahora».

«¿Por qué, Padre?», preguntó Giovanna.

«Ya te lo he dicho», contestó: «Ya no voy a ser capaz de escuchar tu confesión porque me voy, y Jesús viene a mi encuentro».

Giovanna entendió que el Padre Pío estaba dejando este mundo. Salió del confesionario muy conmovida y le besó la mano. Ella le ofreció 50.000 liras para el hospital Casa Alivio del Sufrimiento, pero el Padre Pío se negó, diciendo que pronto iba a necesitar su dinero. Aunque ella le aseguró que tenía suficiente dinero para su comida y su viaje de regreso a Roma, repitió que ella lo necesitaría pronto. La marquesa fue de nuevo a la habitación de hotel que compartía con su amiga.

Al caer la noche, después de bendecir a la multitud que se había congregado en San Giovanni para el Congreso Internacional de Grupos de oración, el Padre Pío fue a su celda. Esta bendición iba a ser su despedida del mundo.

Durante la noche del 23 de septiembre de 1968, alrededor de las 2:25 de la madrugada, Madame Boschi de repente despertó llorando y diciendo que el Padre Pío se estaba muriendo. Su amiga, Marguerite, pensó que la marquesa estaba teniendo una pesadilla y trató de calmarla, pero fue en vano. Muy segura de la muerte del Padre Pío, la marquesa quería irse al monasterio. Margarita tuvo que vestirse rápidamente e ir con ella. Llegaron justo cuando uno de los capuchinos anunció la triste noticia a la multitud reunida frente a

la iglesia.

Unos días más tarde, la marquesa le dijo al Padre Alberto D'Apollito, que dudaba de sus afirmaciones, que ella estaba presente cuando el Padre Pío murió. Le explicó, de la manera más precisa y detallada, todo lo que sucedió en los dramáticos últimos momentos de este hombre santo, describiendo cada persona que estaba en la habitación.

### **Las dos madres**

Sentado en el sillón, unos minutos antes de morir, el Padre Pío dijo: «Veo dos madres». Su madre había muerto muchos años antes: estaba viendo a la Virgen María y a Mamma Peppa, su madre biológica, juntas.

La última palabra del Padre Pío fue: «¡María!».

### **El último prodigio**

Durante tres días, más de cien mil personas desfilaron por la capilla ardiente del Padre Pío. Pero el Santo tenía reservada una última sorpresa a sus fieles, con la que quería despedirse de una forma personal, espectacular e, incluso, humorística.

Acabados los funerales, la multitud se dirigió mecánicamente hacia la explanada de la Iglesia, y fijó sus ojos en la ventana de la celda del fallecido, desde la cual el Padre Pío salía a saludar a los peregrinos agitando un pañuelo, cuando sus crisis de salud o las prohibiciones de sus superiores le impedían el contacto con sus fieles.

Pronto se elevó un murmullo de voces que gritaban que le estaban viendo allí, con su gesto familiar de agitar el pañuelo.

Para cortar de raíz esa fantasía, los superiores taparon la ventana con cortinas, pero... ¡Oh, prodigio!: en todas las ventanas de la fachada apareció nítidamente el Padre Pío agitando alegre su pañuelo.

### **El mayor milagro: la santa Misa del Padre Pío**

*(Testimonio de Karl Wagner, testigo directo de la Misa del Padre, que estuvo nueve meses en san Giovanni Rotondo)*<sup>[1]</sup>

Exponemos al final del libro este testimonio directo de alguien que –como tantos otros testigos– presenció el que, en nuestra opinión, fue el mayor milagro en vida del Padre Pío: su increíble manera de celebrar la santa Misa.

«Cada día, en invierno o en verano, el Padre Pío celebraba la Santa Misa a las cinco de la mañana. Desde la una, ya la gente se amontonaba a las puertas de la iglesia,

rezando y cantando en espera de que fueran abiertas. Yo tuve la oportunidad de presenciar esto en varias ocasiones. Hacia las cuatro de la mañana, una gran multitud se aglomeraba allí. Podía oírseles cantar y rezar en varios idiomas. Venían de lejos y no les importaba el sacrificio de levantarse tan temprano para poder estar cerca del altar del Padre Pío.

A las cuatro y media se abrían las puertas para dar paso a los entusiastas peregrinos. El Padre Pío, también, se había preparado durante 3 horas para celebrar la Santa Misa, como lo presencié varias veces. A las cinco menos cuarto entraba en la sacristía, tambaleándose y tropezando lleno de dolor. Por esa época experimentaba la agonía de Cristo en el Monte de los Olivos, día tras día, en una forma misteriosa. No conocía descanso. Muchos sacerdotes y altos dignatarios, hombres de todas las extracciones, le esperaban allí para hacerle sus peticiones. Él avanzaba unos cuantos pasos, se arrodillaba y rezaba.

Algunos minutos más tarde se levantaba y, fortalecido, caminaba hacia la mesa, se revestía con los ornamentos y se preparaba para renovar el sacrificio incruento de Cristo en el altar. Frecuentemente tenía lágrimas en sus ojos. Al preguntarle por qué, contestaba con voz trémula: «No soy digno de celebrar la Santa Misa. Soy el sacerdote más indigno».

A las cinco en punto caminaba hacia el altar, una ardua tarea a través de la impetuosa asamblea de fieles. Se podía ver claramente que cada paso, cada movimiento, le causaba un profundo dolor. Celebraba la Misa en el altar principal, lo cual era una gran ventaja para los fieles, que podían verle desde tres costados.

Con gran compostura y devoción decía el *Introito*. Estaba claro que las heridas le dolían debido al largo tiempo de pie. Algunas veces se llevaba la mano a la frente, como para aflojar la corona de espinas. Se acercaba entonces al altar, trataba de besarlo, pero un dolor inenarrable se lo impedía. Inmediatamente después entraba en éxtasis por primera vez. Sufría y ofrecía reparación por los pecados que Dios colocaba ante sus ojos una y otra vez.

Durante el Gloria y el Credo entraba ocasionalmente en éxtasis, y se tenía la impresión de que estaba presenciando todo cuanto decía, pues se reflejaba en su aspecto, en su apariencia, que casi siempre era de dolor; raras veces de alegría.

Cuando el Sacristán acercaba el misal al lado del Evangelio, pasaba al centro del altar, se inclinaba y entraba de nuevo en éxtasis. Entonces, por primera vez, se podía ver y oír claramente llorar y gemir al Padre Pío. Tenía un pañuelo especial sobre el altar, llamado «pañuelo de lágrimas», con el cual enjugaba su llanto.

Recuperado del éxtasis, leía el Santo Evangelio con enorme devoción y amor. Durante

el Ofertorio, al elevar la patena, entraba de nuevo en éxtasis. Frecuentemente hablaba en voz baja con alguien que no podíamos ver. Parecía colocar las múltiples peticiones, que se habían escrito y entregado, en la patena, continuando así por un rato. Lo mismo ocurría durante la segunda parte del Ofertorio.

Cuando el Padre Pío se volvía hacia los fieles en el *Dominus Vobiscum*, estos podían ver claramente su mano, perforada y enrojecida. Su dolor aumentaba constantemente debido al largo tiempo de pie. Después del *Sanctus*, era frecuente que una elevada fiebre abrasara su cuerpo. Sentía dolores que le quemaban y despedazaban. De acuerdo con los sacerdotes que concelebraban con él, sus ojos estaban hundidos dentro de sus cuencas, y su fisonomía cambiaba para asemejarse a la de Cristo en agonía en la cruz. Los dolores de esta agonía convulsionaban su cuerpo en el momento en que la campana indicaba el momento de la Consagración, y el Padre Pío decía las palabras para realizarla. Se estremecía y revolvía víctima del más aterrador sufrimiento, al tiempo que la sangre fresca manaba de las heridas de sus manos.

El Padre Pío no contemplaba la pasión de Cristo: la vivía en su propio cuerpo en forma misteriosa. La gente gemía, lloraba y gritaba: «¡Jesús misericordia!» Tenían miedo de que pudiera morir, y más especialmente durante la Semana Santa. Lo que más impresión causaba era verle renovando el sacrificio incruento de Cristo, entregando todo cuanto tenía, la sangre de su propio corazón, para hacerlo más aceptable.

Su sangre chorreaba por todo su cuerpo. Era esto lo que más conmovía a la gente. Se podía oír de pronto alguna voz sofocada por el llanto diciendo: «¡Creo!» ¿Se ofrecía el Padre Pío en sufrimiento expiando anticipadamente por estas almas para que pudieran ser convertidas? Muchas personas de diferentes religiones se convirtieron en esos momentos.

La Consagración se prolongaba por cinco minutos. El Padre Pío mejoraba un poco después, aunque el dolor no disminuía. Frecuentemente caía en éxtasis de nuevo. Rezaba entonces el Padre Nuestro con gran devoción. Finalmente, llegaba el momento de su propia comunión. Al golpearse el pecho diciendo: «Señor, no soy digno», se podía oír flaquear su voz. Había lágrimas en sus ojos y no tardaba en golpear su pecho una segunda y una tercera vez. Finalmente recibía la Sagrada Hostia. En ese momento, el Padre Pío caía en éxtasis de nuevo.

Ahora sí podía decirse que se veía radiante. Disfrutaba abundantemente de la felicidad y la gloria del cielo, en cuanto esto pueda ser posible para un mortal. En este momento, de alguna forma, recibía la recompensa por la pesada carga que llevaba, y nuevo vigor y fuerzas para desempeñar la difícil tarea que le esperaba cada día. Permanecía en ese estado por algún tiempo. Aún profundamente recogido decía la post-comunión, para ser

luego llevado de regreso a la sacristía entre la multitud.

Allí se despojaba de los ornamentos y se ponía los guantes de lana que cubrían sus santas heridas, absorbiendo la sangre y protegiéndolo de las miradas de los curiosos. Acto seguido, caminaba hasta el claustro y hacía su acción de gracias. Afuera, frente al altar, se podía ver frecuentemente a los peregrinos venidos desde muy lejos, con lágrimas de emoción en sus ojos. Algunos, habiendo sido convertidos y aún dentro de la iglesia, daban paso a su temperamento italiano y decían en voz baja: «¡Ay, te he reconocido tan tarde, oh Dios! Busqué paz y no encontré descanso». Fue allí donde encontraron la paz y el reposo para sus almas. Más tarde, se acercaban al confesionario arrepentidos.

Debemos comprender cuán profundamente esta Misa, que duraba por lo general más de una hora, conmovía a los asistentes. Entre los muchos sacerdotes que fueron, uno declaró que no podría soportar otra Misa del Padre Pío, con el resultado de que en adelante celebró sus Misas con más belleza y devoción que antes».

### **Oraciones al Padre Pío pidiendo su intercesión**

Amado Señor, Padre Eterno en la Santísima Trinidad: te damos gracias y te glorificamos, porque de tu Divina Voluntad glorificada por los méritos del sacrificio perpetuo de tu amado Hijo en la Cruz y en el sagrario hemos recibido, según su promesa, los dones del Santo Espíritu, el amor, la paz y la gracia de la vida eterna.

Así como miraste con misericordia al amado Padre Pío de Pietrelcina y lo llamaste a tu servicio, para hacerlo a tus ojos víctima de amor, imprimiendo en su cuerpo las huellas de la Pasión de tu amado Hijo, te pedimos humildemente aceptes por su entrega y servicio a tu Hijo, y por su intercesión, las súplicas que nosotros elevamos a Ti por el Papa, por la santa Iglesia Católica, por nuestros obispos y sacerdotes, por nuestra comunidad, por las almas, por nosotros pecadores, por los más humildes, menesterosos y abandonados, y por la necesidad que ahora te entregamos con la luz del Espíritu Santo desde el fondo de nuestros corazones... (*Hacer la petición*)

Confiados en tu bondad e infinita misericordia te suplicamos que, según tu santa voluntad, nos concedas lo que te pedimos por intercesión del Santo Padre Pío, si es para nuestro bien y salvación. Gracias, Dios mío.

Danos entonces la fe para glorificarte, danos la esperanza para adorarte y danos la caridad para amarte, haciendo con nuestros hermanos según tú palabra. (*Padre Nuestro, Ave María y Gloria*)

Oh, Dios, que concediste a San Pío de Pietrelcina el insigne privilegio de participar de modo admirable en la Pasión de Tu Hijo, concédeme, por su santa intercesión, la gracia

de \_\_\_\_\_, que ardientemente deseo; y otórgame, sobre todo, que yo me conforme a la muerte de Jesús, para alcanzar después la gloria de la Resurrección.  
*Gloria al Padre...* (tres veces)

### **Oración para pedir una sanación**

Padre Pío, acudimos a ti como intercesor de los desvalidos y de los enfermos; tú que en vida tuviste la suerte de contar con el beneplácito del Señor y de portar sus estigmas, haz que, por tu poderosa intercesión, esta persona (*decir nombre*) que está enferma sane. Nosotros daremos grandemente gracias a Dios, si quisieras escucharnos. Amén.

### **Oración de confianza en la misericordia divina (Por San Pío de Pietrelcina)**

¡Oh, Señor! Te pedimos una confianza sin límites en Tu divina misericordia, y la fuerza para aceptar las cruces y sufrimientos que traen inmensas riquezas a tus almas y a Tu Iglesia.

Ayúdanos a amarte con un corazón puro y contrito, y a humillarnos bajo Tu cruz, a medida que escalamos la montaña de la santidad, llevando nuestra cruz que nos conduce a la gloria celestial.

Que podamos recibirte con gran fe y amor en la Santa Comunión, y que permitamos que Tú actúes en nosotros como deseas para tu mayor gloria.

¡Oh, Jesús, el Corazón más adorable, fuente eterna del Divino Amor, que nuestra oración encuentre acogida ante la Divina Majestad de Tu Padre Celestial!

Que Jesús te conforte en todas tus aflicciones,

que te sostenga en los peligros,

te cuide siempre con su gracia,

te lleve por el camino seguro y recto

que conduce a la salvación eterna.

Que Él te haga siempre más querido a su Corazón Divino,

y siempre más merecedor del Paraíso.

Amén.

York, pp. 8-10.



# BIBLIOGRAFÍA

- AGOSTINO, D. S.: *Diario*, San Giovanni Rotondo, Edizioni Padre Pio, 2012.
- BEAUCLERK ST. ALBANS, Suzanne Marie Adele: *Magic of a mystic: stories of Padre Pio*, Clarkson N. Potter, New York, Distributed by Crown Publishers, 1983.
- BENÍTEZ GRANDE-CABALLERO, L.: *El Padre Pío: mensajes del santo de los estigmas*, San Pablo, Madrid, 2014.
- BENÍTEZ GRANDE-CABALLERO, L.: *Orar con el Padre Pío*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2004.
- BUTERA V, Luis (MSP): *Los milagros del Padre Pío, el hombre que llevó los estigmas del Señor en su cuerpo*, Ed. EDISEPA, México, 1994.
- CACCIOPPOLI, Giuseppe: *Padre Pío: heavenly facts, words of wisdom*, <http://caccioppoli.com/%27%202014%20Padre%20Pio.pdf>, 2014.
- CACCIOPPOLI, Giuseppe: *Padre Pío: times lines, his own words, facts* <http://caccioppoli.com/Padre%20Pio%20time%20line,%20words,%20facts.pdf>, 2012.
- CALICÓ, Enrique: *Vida del Padre Pío*, Fundación Gratis Date, Colección “Cuadernos A5”, Pamplona, 2002.
- CATTANEO, P.: *Padre Pio gleanings*, Editions Paulines, Quebec, 1991.
- CHIRON, Ives: *El Padre Pío: el capuchino de los estigmas*, Palabra, Madrid, 1999.
- DA RIESE PÍO X, Fernando: *El Padre Pío de Pietrelcina*, ediciones Padre Pío de Pietrelcina, San Giovanni Rotondo, 1984, (1ª ed. 1974).
- DA RIPABOTTONI, Alessando: *Saint Pio of Pietrelcina. Everybody's Cyrenean*, San Giovanni Rotondo, Edizioni Padre Pio, 2010.
- DIMOND, Michael, Bro. O.S, B.: *Padre Pio: un sacerdote católico que hacía milagros y tenía las heridas de Jesucristo en su cuerpo*, [http://www.mostholymonastery.com/Padre\\_Pio\\_spanish.pdf](http://www.mostholymonastery.com/Padre_Pio_spanish.pdf), 2006.
- FERNANDO DA RIESE PÍO X (O.F.M.Cap.): *Padre Pío de Pietrelcina: un crucificado sin cruz*, Centro de Propaganda, Madrid, 1989.
- GAUDIOSE, D. M.: *Prophet of the people. A biography of Padre Pio*. Alba House, New York, 1974.
- FLUMERI, Gerardo da: *Positio super virtutibus Betifications et Canonizationis servi Dei Pii a Pietrelcina*, 6 tomos, síntesis de 104 volúmenes de proceso diocesano, Roma, Orden Capuchina, Positio, 1996.
- GHEZZI, Bert: *Mystics & miracles : true stories of lives touched by God*, Loyola

- Press, Chicago, 2002.
- IASENZANIRO, M.: *Charismatic priest. Testimonies*, San Giovanni Rotondo, Edizioni Padre Pio, 2007.
- IASENZANIRO, F. M.: *The Padre saint Pio of Pietrelcina: His mission to save souls. Testimonies*, Edizioni Padre Pio, San Giovanni Rotondo, 2006.
- LEONE, G.: *Padre Pio and His Work*, Edizioni Padre Pio, San Giovanni Rotondo, 1986.
- LUZZATTO, Sergio: *Padre Pio: miracles and politics in a secular age*, Metropolitan books, Henry Holt and Company, Nueva York, 2010.
- MARY FRANCIS, Mother: *Padre Pio: The Wonder Worker*, New Bedord, Massachusset (EE:UU), Franciscan Friars of Immaculate, 1999.
- McCAFFREY, John: *Tales of Padre Pío*, Image books, Colorado Springs, Colorado (USA), 1981.
- MORTIMER CARTY, F. C.: *Padre Pio, the stigmatist*, TAN Books, Rockord, Illinois, (USA), 1994.
- PEÑA, Ángel, OAR: *San Pío de Pietrelcina, estigmatizado del siglo XX*, Lima, Perú, <http://www.autorescatolicos.org/PDF051/AAAUTORES01838.pdf>
- PEÑA, Ángel, OAR: *San Pío de Pietrelcina y su ángel custodio*, Lima, Perú, <https://drive.google.com/file/d/0B0fWQcW3AnDOYzk5NjBIODctYWJIZi00Y2Q0LWIwYTYtNWE3MDBmMDU0NDc2/view?pli=1>
- RUFFIN, C. B.: *Padre Pio: the true story*, Our Sunday Visitor, Huntington, Indiana (USA), 1994.
- NAPOLITANO, Francisco: *El Padre Pío, el estigmatizado*, Ediciones Padre Pío da Pietrelcina, San Giovanni Rotondo, 1977.
- SÁNCHEZ-VENTURA Y PASCUAL, F.: *El Padre Pío de Pietrelcina: un caso inaudito en la historia de la Iglesia*, Ed. Círculo, Zaragoza, 1998, 2ª ed.
- TANGARI, M. K.: *Stories of Padre Pio*, TAN books and publishers, Rockford, Illinois, 1996.
- TREECE, Patricia: *The Joyful Spirit of Padre Pio: Stories, Letters, and Prayers*, Franciscan Media, 2014.
- WAGNER, Karl: *Informe sobre el Padre Pío*, Ntra. Sra. Del Monte Carmelo, Nueva York.

## Links

<http://www.miraclesofthesaints.com/2010/09/bilocation-of-st-padre-pio.html>

<http://www.caccioppoli.com>

<http://infallible-catholic.blogspot.com.es/2012/04/life-and-miracles-of-padre-pio.html>

<http://www.mysticsofthechurch.com/2013/08/little-known-stories-of-st-padre-pio.html>

<http://www.mysticsofthechurch.com/2013/11/miracle-stories-in-life-of-st-padre-pio.html>

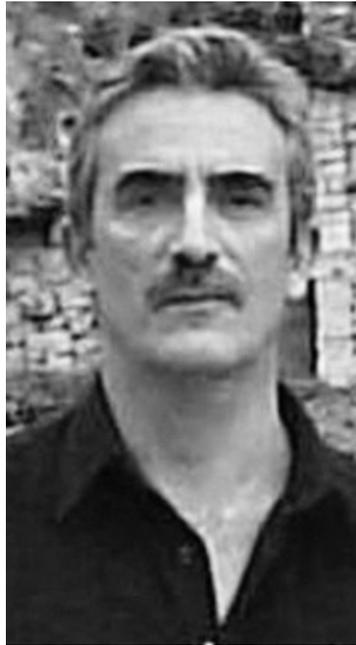
<https://padrepiodepietrelcina.wordpress.com/>

<http://www.fratefrancesco.org/biogr/PadrePio.pdf>

<http://www.padrepio.catholicwebservices.com/>

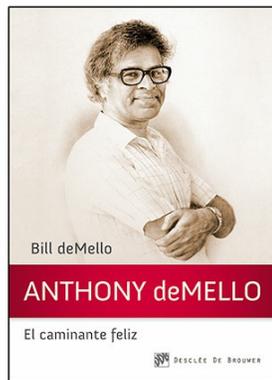
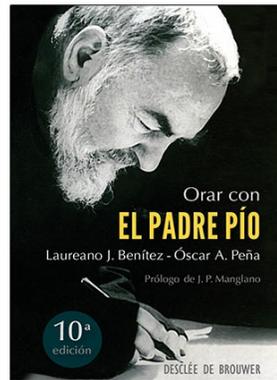
<http://www.pamphletstoinspire.com/#!stories-about-padre-pio/c814>

## ACERCA DEL AUTOR

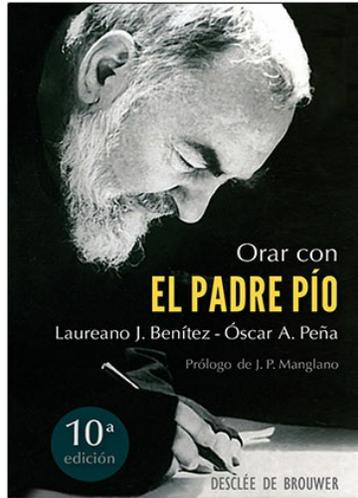


*Laureano Benítez Grande-Caballero es licenciado en Filosofía y Letras. Ha publicado 16 obras, entre las que destacan: Orar con el Padre Pío, Orar con la vida de los santos, Orar con la palabra de los santos, El arca de la sabiduría, Luz en el santuario, El corazón dorado y El sufrimiento: un camino a la plenitud.*

## OTROS LIBROS



Adquiera todos nuestros ebooks en  
[www.ebooks.edeslee.com](http://www.ebooks.edeslee.com)



## Orar con el padre Pío

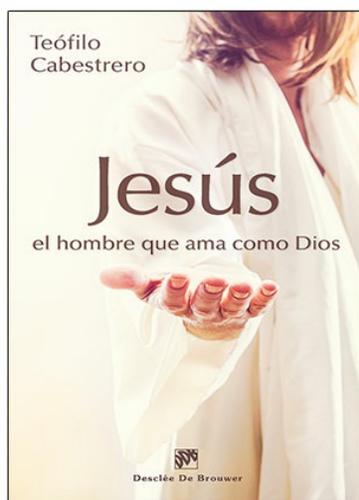
Laureano J. Benítez y Óscar A. Peña

ISBN: 978-84-330-1863-9

[www.edeslee.com](http://www.edeslee.com)

El Padre Pío de Pietrelcina (1897-1968), fraile capuchino durante 61 años, es mundialmente conocido porque llevó los estigmas de Cristo durante cincuenta años exactos, siendo el único sacerdote estigmatizado de la historia de la Iglesia. En su vida se conjugan de forma admirable los carismas sobrenaturales con la perfección de las virtudes cristianas: además de los estigmas, fue portador de otros muchos dones místicos (éxtasis, visiones, clarividencia, bilocaciones, olor de santidad y sanaciones milagrosas). Sin embargo, nunca salió de su convento, ni escribió libros, sino que era un simple sacerdote que decía Misa y confesaba.

El carisma de santidad del P. Pío se basa en un amor “devorador” por Cristo, que le lleva a compartir sus sufrimientos en el Calvario, ya que “Jesús no está nunca sin la Cruz”. Abrazando esta Cruz, desarrolló su vocación de salvar almas, dando un sentido al sufrimiento que inexorablemente forma parte de toda vida humana, en la creencia de que, cuando se acepta en la fe y se entrega y ofrece en el amor a Dios y a los hermanos, se convierte en un camino de salvación y redención.



## **Jesús, el hombre que ama como Dios**

*Vivir hoy la condición humana al estilo de Jesús*

Teófilo Cabestrero

ISBN: 978-84-330-2768-9

[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

"Este libro es una nueva victoria de la Cristología de Jesús de Nazaret. Y un bello texto de Espiritualidad teológica muy humana, transparente y con grandes síntesis".

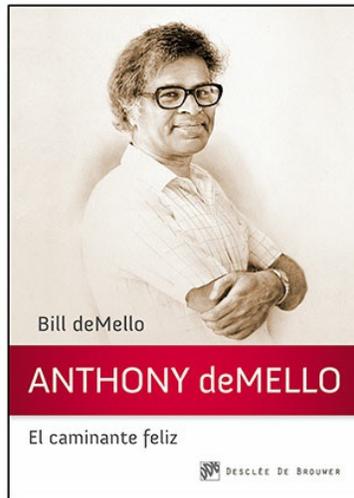
Pedro Casaldáliga

Si analizamos con claridad y realismo lo más esencial de nuestra condición humana, sus luces y sus sombras, veremos que ella misma nos hace capaces de lo mejor y también de lo peor, de ser muy humanos o inhumanos. Y descubriremos que la felicidad o la desdicha en la vida dependen de la calidad de nuestras relaciones interpersonales, del amor o el desamor con que las vivamos.

Y si después de esa exploración abrimos los evangelios y observamos cómo vivió Jesús nuestra condición humana, veremos qué tipo de hombre fue y contemplaremos en Él la humanización del amor de Dios. Jesús comparte con nosotros su Espíritu, la fuerza de vivir en el amor sin egoísmos que dinamiza las mejores esencias de nuestra condición hacia la felicidad personal, familiar y común.

Ese es el itinerario de las páginas de este ensayo, escrito con el corazón y la cabeza, atento a nuestra vida cotidiana que en el mundo actual se nos deshumaniza fácilmente, lo que hace aún más atractiva y necesaria la propuesta de Jesús.





## **Anthony deMello**

*El caminante feliz*

Bill deMello

ISBN: 978-84-330-2755-9

[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

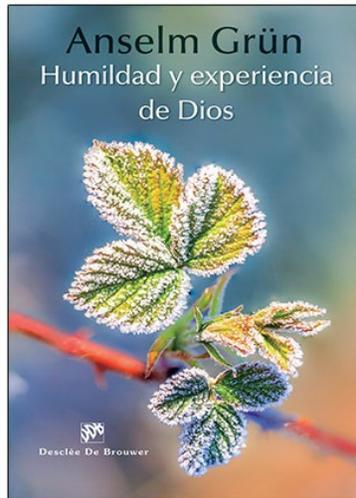
Un relato único y cordial de la vida y el mensaje de un gran maestro espiritual, escrito por su hermano menor.

Anthony deMello, jesuita indio fallecido en 1987, es uno de los maestros espirituales más populares e influyentes de nuestro tiempo. Gracias a sus libros y sus retiros se ganó en todo el mundo la admiración de un número de seguidores que no ha dejado de crecer en los últimos años. Pero ¿quién fue Anthony deMello? ¿Cuáles fueron las fuentes que nutrieron su desarrollo espiritual?

En esta oportuna biografía, Bill deMello, hermano menor de Tony, ofrece un retrato honesto e íntimo. Empezando por sus primeros años de vida en la India y su formación como jesuita, seguimos el progresivo perfeccionamiento de Tony en una nueva aproximación a la espiritualidad cristiana que integró las fuentes orientales y las occidentales. Aun reconociendo que empezó a apreciar el mensaje de Tony después de la muerte de este, Bill logra transmitir ese mensaje -una invitación a despertar a la experiencia de Dios en la vida diaria- y el impacto que ha tenido en innumerables personas.

Esta biografía, durante mucho tiempo esperada, será un gran don para todas aquellas

personas que han estimado los escritos y la sabiduría de Anthony deMello.



## **Humildad y experiencia de Dios**

Anselm Grün

ISBN: 978-84-330-2776-4

[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

Este libro es una fascinante defensa en pro de una búsqueda y experiencia de Dios que transcurran en la realidad humana y en la propia vida. Como mejor pueden hacerse ambas cosas es aceptándonos a nosotros mismos tal como realmente somos. Para ello es preciso tener valor y, sobre todo, estar dispuesto a encararse con la propia vida y volverse humildemente a Dios.

Este temprano escrito de Anselm Grün, que aquí se pone de nuevo a disposición del público, presta voz a la sabiduría de los Padres del monacato y a sus palabras sobre la humildad.

El cambio en la conducta surge cuando los niños aprenden a escuchar internamente, percibiendo lo que su cuerpo siente por dentro de ellos mismos. Este proceso de cambio, llamado focusing, se explica con ayuda de muchos ejemplos extraídos de las experiencias personales de los autores, de sus talleres de trabajo, seminarios de formación y sesiones de psicoterapia infantil.

Los autores exponen un enfoque estructurado para su aplicación en colegios y demás situaciones grupales, pero buena parte del programa también puede ser aplicado en casa por los padres. Con ayuda de este libro podemos, de forma totalmente independiente, acompañar a los niños de manera más consciente en su proceso de desarrollo y, en virtud

de ello, veremos crecer su confianza en ellos mismos.

# COLECCIÓN TESTIGOS

1. EL CORAZÓN DE LA GRANADA. Un santo llamado Juan de Dios, por Juan Félix Bellido.
2. LIMPIACRISTALES Y ARZOBISPO. Biografía de Mons. Miloslav Vlk (Praga), por Alain Boudre.
3. DIETRICH BONHOEFFER. Víctima y vencedor de Hitler, por Georges Hourdin.
4. MARTIN LUTHER KING. Contra todas las exclusiones, por Vicent Roussel.
5. GANDHI. La sabiduría de la no-violencia, por Jean-Marie Muller.
6. MARÍA MONTESSORI. La educación liberadora, por Anne Sizaire.
7. VIDA DE JUAN XXIII. El Papa extramuros, por Gino Lubich.
8. EL DESEO DE DIOS Y LA CIENCIA DE LA CRUZ. Aproximación a la experiencia religiosa del Hermano Rafael, por Antonio M.<sup>a</sup> Martín.
9. EL ROSTRO FEMENINO DE DIOS. Reflexiones de una carmelita descalza, por Cristina Kaufmann.
10. LA AVENTURA DE SER HOY SACERDOTE. Biografía de Rufino Aldabalde, por José María Javierre.
11. HASTA LOS ÚLTIMOS CONFINES. Vida de San Francisco Javier, por Juan Félix Bellido.
12. SAN ANTONIO DE PADUA. Arca del Testamento, por Emiliano Jiménez.
13. LA CONQUISTA DE LA LIBERTAD. Vida de San Felipe Neri, por Juan Félix Bellido.
14. AL HILO DE LOS DÍAS. Nueva antología de Escritos Espirituales, por Charles de Foucauld.
15. PIERRE TEILHARD DE CHARDIN, por Bernard Sesé.
16. MADRE DE LOS POBRES. Sor Ángela de la Cruz, por José María Javierre.
17. NI EL COLOR DE MI CENIZA. La monja de la noche clara, por José María Javierre.
18. DEL SILENCIO A LA PALABRA. La vida de Juan N. Zegrí, por Juan Félix Bellido.
19. PREGONERO DE LA VERDAD. Biografía de Juan Pablo II, por Eusebio Ferrer.
20. EN TU AMOR FLORECIDAS. La alegría de ser monja, hoy. Madre Maravillas de Jesús, Carmelita Descalza (1891 - 1974), por Lucinio Ruano.
21. SUFRIR Y AMAR, AMAR Y SUFRIR. Vida y obra de la Beata Madre M<sup>a</sup> Pilar Izquierdo Albero, Fundadora de la Obra Misionera de Jesús y María, por Miguel de Santiago.
22. BEATA M<sup>a</sup> PILAR IZQUIERDO. Epistolario.
23. MI RAFAEL. El Beato Rafael Arnáiz, según el Padre Teófilo Sandoval, su confesor, intérprete y editor, por Juan A. Martínez Camino.

24. ÁNGELA DE LA CRUZ, YA PRONTO, SANTA ÁNGELA, por José M<sup>a</sup> Javierre.
25. SAN FRANCISCO JAVIER. El molinero de Dios, por Alfredo Verdoy.
26. EL AMADO DE DIOS. Biografía espiritual de Henri Nouwen, por Michael O'Laughlin.
27. SIMONE WEIL. Acción y contemplación, por Maria Clara Lucchetti Bingemer - Giulia Paola Di Nicola (Eds.).
28. ABIERTO A DIOS, ABIERTO AL MUNDO. Por una Iglesia dialogante, por el Cardenal Franz König
29. TENDRÍAMOS QUE HABER GRITADO. La vida de Dietrich Bonhoeffer, por Christian Feldmann
30. FERNANDO RIELO. Fundador de los Misioneros y Misioneras Identes, por Isabel Orellana Vilches
30. EL EVANGELIO DE LA AMISTAD EN CARLOS DE FOUCAULD, por José Luis Vázquez Borau
31. SAN FRANCISCO ORACIÓN VIVIENTE. El infinitamente pequeño ante el infinitamente grande, por Divo Barsotti
32. EMILIE DE VILLENEUVE. Luz de Dios en los más pobres, por María Dolores De Miguel Poyard
33. DIOS NO ES CRISTIANO. Y otras provocaciones, por Desmond Tutu
34. ANTHONY DEMELLO. El caminante feliz, por Bill deMELLO
35. EL PADRE PÍO. HECHOS EXTRAORDINARIOS DEL SANTO DE LOS ESTIGMAS. Por Laureano Benítez - Óscar Peña

# Index

Portada interior	2
Créditos	4
Introducción: el santo de los milagros	7
1. Clarividencia	19
2. El apóstol del confesionario	44
3. Bilocaciones (1)	58
4. Bilocaciones (2)	73
5. Olor de santidad	89
6. Visiones y éxtasis	100
7. Taumaturgia (1)	108
8. Taumaturgia (2)	126
9. El ángel de la guarda y el padre pío	138
10. Las mil maravillas (1)	150
11. Las mil maravillas (2)	164
12. Cielo e infierno	179
13. El cirineo	188
Bibliografía	206
Acerca del autor	210
Otros libros	211
Orar con el padre Pío	212
Jesús, el hombre que ama como Dios	213
Anthony deMello	215
Humildad y experiencia de Dios	217
Colección Testigos	219